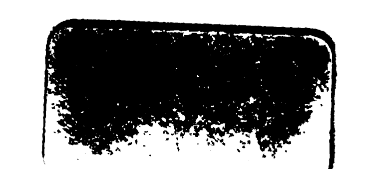
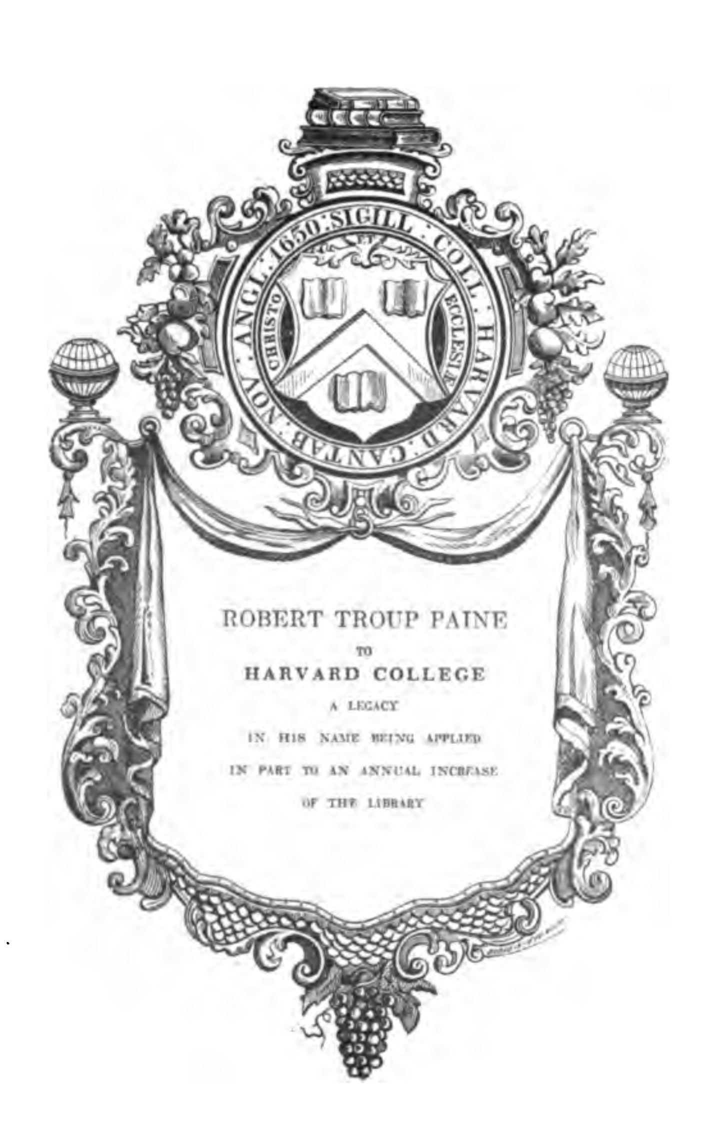




NOV. ANGL. 1650. SIGILL. COLL. HARVARD. CANTAB.
CHRISTO ET ECCLESIAE
ROBERT TROUP PAINE
TO
HARVARD COLLEGE
A LEGACY
IN HIS NAME BEING APPLIED
IN PART TO AN ANNUAL INCREASE
OF THE LIBRARY

OBRAS LITERARIAS

DE

D. JOSÉ MARCHENA

OBRAS LITERARIAS

DE

D. JOSÉ MARCHENA

(EL ABATE MARCHENA)

RECOGIDAS

DE MANUSCRITOS Y RAROS IMPRESOS

CON UN ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

DEL DOCTOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

de la Real Academia Española.

TOMO I

SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1892

POESÍAS



ODAS

I

SUEÑO DE BELISA

BELISA duerme: el céfiro suave
Agita la violeta blandamente;
El arroyuelo corre mansamente,
Y el padre Tormes con su ruido grave
Teme inquietar su sueño regalado;
El Sol desde el Ocaso
Lanza lánguidos rayos;
El Amor recostado
Sobre el tierno regazo
De Belisa, le guarda el dulce sueño.
El cefirillo vivo
En fragantes olores empapado,
Retozón y lascivo
Ora el seno nevado
Agita licencioso,
Ora más atrevido
El labio sonrosado,
El labio de carmín besa amoroso.
¡Oh sueños verdaderos,

Sueños que á los mortales
Dicha pronosticáis ó desventura (1)
Venid, venid ligeros:
Ablandad ¡ay! la dura
Condición de Belisa, y sus desdenes;
Y mis acerbos males
Mudad en un instante en dulces bienes.
  Pintadle mi cariño respetoso,
Y mi amante constancia y mi firmeza,
Y mi ardiente pasión impetuosa;
Quizá que ella piadosa
Deponga su fiereza,
Y me quiera una vez hacer dichoso.
  Sueño; pues tú amansaste los rigores
De la que el dulce canto
De Batilo esquivaba,
De Batilo el honor de los pastores;
Si te mueve mi llanto,
Mi llanto que apiadara la onza brava,
De mi Belisa muda los desvíos
Y... Mas ella despierta,
Y su dulce sonrisa
Es una prueba cierta
De que el Sueño escuchó los votos míos.
Mas ¡ay! que ella me llama; fuente pura,
Pintadas florecillas,
Y vosotras parleras avecillas
Celebrad á porfía mi ventura.

---

(1) Antes había, y fué borrado después:
«Pronosticáis desgracias y venturas».

II

BELISA EN EL BAILE

CUAL rosa sobresale entre las flores,
Ó cual la luna en la mitad del cielo
Á las estrellas todas señorea;
Cual entre chozas de pajiza aldea
Se levanta del suelo
El erguido palacio; así Belisa
Abrasando de amor á mil pastores
Entre las zagalejas sobresales,
Y todos los zagales
La danza y las pastoras descuidando
Absortos á Belisa están mirando...
Los sus ojos de fuego
Que de un azul brillante
El Amor ha pintado
Doquiera que los pone abrasa luego;
Ni hay corazón helado
Que su mirar no encienda en un instante.
El rubio y rizo pelo
En ondas mil de oro al aire dado

Por el cuello nevado
Desciende en largas trenzas hasta el suelo.
Cual se ve entre celajes
Febo en Abril sereno
Ya cerca de Ocidente,
Tal por entre las gasas y plumajes
Se columbra tal vez el blanco seno
Y su pecho que late blandamente.
Mas ella á danzar sale: las zagalas
Le ceden envidiosas
El puesto: avergonzadas
La maldicen llorosas
Con su belleza airadas;
Mas la pastora amable
Desarma su furor con risa afable.
¡Cuán concertadas son sus cabriolas!
¡Cuán muelle el paso! ¡qué animado el gesto!
¡Qué viveza en la acción! ¡cuánta finura
Del cuerpo en el contorno delicado!
Las Gracias y el Amor la han maestrado
Y á rendir corazones la han dispuesto.
¡Oh fatal condición! ¡Oh pena dura!
Belisa, que los Cielos han formado
Para inspirar amor á los mortales,
De amorosos cuidados
Exenta y libre su poder ignora.
Amor; tu harpón dorado
Asesta y hiere de Belisa el pecho;
Yo besaré gustoso mis cadenas;
Voluntario me echo
El dogal apretado,
Y de hoy más tu cautivo me confieso,
Si tus grillos de lirios y azucenas
Á mi Belisa echases
Y en una misma cárcel nos juntases.

III

EL ESTÍO

DEL álamo frondoso
Las verdes hojas ya se han marchitado;
El segador cansado
En mitad de la miés toma reposo.
Por aquí un arroyuelo bullicioso
Con aguas cristalinas corrió antes,
Ora un aire inflamado
Y de la seca arena el polvo ardiente
Enciende al fatigado pasajero.
  Un delicioso otero
Del Tormes rodeado
Con su sombra suave nos convida,
Do el aromado ambiente
Del céfiro empapado
En olores fragantes
De millares de flores
Su blando soplo espira á los amantes.
Todo respira amores;
Las tiernas palomillas

Con ardientes arrullos repetidos
Muestran su amor; las tristes tortolillas
Con profundos gemidos.
  Allí, mi bella Emilia, viviremos
Lejos del mundo, libres de cuidados:
Las vacas por el día ordeñaremos:
Ornaré yo tus sienes
De azucenas y rosas,
Y en amantes delicias anegados
De la vida las sendas espinosas
Sembraremos de bienes.
  Emilia, bella Emilia, ¿qué tardamos?
Huye la vida, y vuela presurosa;
Antes que nos sepulte eterno sueño
¡Ay! ¿por qué los placeres no gustamos?
Olvidemos la ciencia fastidiosa,
Depongamos el ceño,
Á Amor sacrifiquemos
Y sus dulces deleites ¡ay! gocemos.

IV

Á MELÉNDEZ VALDÉS

DESCIENDE del sagrado
Monte, Calíope santa, y las loores
De Batilo me inspira; dí cuál fuera
De los brazos de Baco y los amores
Por Temis arrancado:
Cuál la Diosa severa
Blandir le enseña la amenazadora
Espada del delito vengadora.
La espada que tajante
En tu mano, Batilo, al poderoso
Opresor amenaza herida y muerte.
Ya pálido el malvado poderoso
Vacilar su constante
Potencia de tu fuerte
Brazo impelida mira, y ya caído
Asombro es del tirano aborrecido.
Temis torna á la tierra
Y en Celtiberia pone su morada;
Por tí, justo Batilo, desde el cielo

Á los mortales otra vez bajada:
La codicia, la guerra
Sangrienta, ya del suelo
Celtíbero huyen lejos, y vencidos
Al cielo alzan los monstruos sus bramidos.
Otro tiempo el Tonante
Sus rayos encendidos fulminaba
Contra el tirano duro y ambicioso;
Su fuego abrasador aniquilaba
Las puertas de diamante,
Y el déspota orgulloso
Mientras fiado en la lealtad dormía
De sus guardas, con ellos junto ardía.
Tal el desapiadado
Lycaón, y tal el suegro de Linceo
Sufren pena y tormentos inmortales;
Que no borran del pálido Leteo
Las aguas el pecado,
Ni se acaban los males,
Antes Alecto del azote armada
Cruda castiga la nación malvada.
Mas ora el inocente
Opaco bosque, y la floresta amena
De Júpiter airado los rigores
Siente, y burla el perverso de la pena
Debida á sus horrores,
Y el cielo le consiente;
Huyamos ¡ay! las tierras habitadas
De iniquidad y vicios infectadas.

V

Á CHABANÓ (1)

LAS humildes mansiones
Desaparecen del linaje humano,
Y las nubes preñadas
Mis plantas huellan: lejos ¡oh profano
Vulgo! á tí no son dadas
Las sagradas armónicas canciones
Oir que Apolo inspira,
No el oir los tonos de la acorde lira.
   Rásgase el mortal velo,
Que al hombre siempre encubre tenebroso
Los sublimes arcanos,
Que intenta en vano escudriñar curioso;
Y á tí, Chabanó, en manos
De la sabia Minerva, al alto cielo
Arrebatado veo,
Cual lo fuera en otro tiempo Prometeo.
   Las leyes de natura

(1) El profesor de Física, Chabaneau. (N. del editor.)

Sublimes y sencillas, ilustrado
Con la antorcha Febea
La Diosa ante tus ojos ha mostrado;
Cómo una misma sea
La que del monte en la caverna escura
Forma el oro y contiene
Los mundos que en sus órbitas retiene:
  El oro apetecido,
Que guerra y muertes trujo á los mortales
Y que escondiera en vano
La tierra en sus entrañas: ya los males,
La codicia, el insano
Furor á luz se muestran, del sumido
Pozo con él parecen;
Inocencia y candor desaparecen.
  El mercader las naves
Avaro apresta; el Aquilón sañudo
En vano se embravece,
Y las olas del mar azota crudo;
El oro que se ofrece
Á su esperanza busca y las suaves
Playas trueca cuidoso
Por el mar alterado y borrascoso.
  No así bajo el reinado
Del buen Saturno; que en inalterable
Paz el mundo vivía,
Y la doncella tímida y amable
Su favor concedía
Por premio de sus ansias á su amado:
Mas ora la riqueza
¡Oh mengua! compra y goza la belleza.

VI

Á LÍCORIS

DESPUÉS de un año entero
Venus ¡ay! no te cansas de abrasarme,
Ni tú, Cupido fiero,
Con inmortal dolor de atormentarme,
Aunque en llanto sumido,
Y de pena me tengas consumido.
  El congreso sagrado
Que en Francia destruyó la tiranía
Por otros sea loado,
Y del brazo francés la valentía,
Que hiende en un instante
Del despotismo el muro de diamante.
  El pueblo su voz santa
Alza, que libertad al aire suena;
El opresor se espanta,
Y la copa del duelo bebe llena
Que en crueza ceñido
Ya hizo apurar al pobre desvalido.
  ¿Quién podrá dignamente

Cantar los manes de Rousseau, clamando
Libertad á la gente,
Del tirano el alcázar derrocando,
La soberbia humillada,
Y la santa virtud al trono alzada?
  Que yo en amor ardiendo
Sólo á Lícoris canto noche y día,
Lícoris repitiendo
Por la montaña y por la selva umbría,
La cítara tocando,
Y de mis ansias el ardor templando.
  Los besos amorosos
Que cogí de su boca regalada,
Más dulces, más sabrosos
Que la ambrósia por Hebe derramada:
Su blanda resistencia
Que grata convidaba á más licencia:
  Y mis glorias pasadas
Canto por siempre ¡ay! ya desparecidas,
Tan por mi mal halladas
Y cual tenue vapor desvanecidas.
¡Oh tiempo, cuál volaste,
Y en qué dolor sumido me dejaste!

VII

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

SUENA tu blanda lira,
Aristo, de las Ninfas tan amada,
Cuando á Filis suspira,
Y en la grata armonía embelesada
La tropa de pastores
Escucha los suavísimos amores.
  Mientras mi bronco acento
Dice del despotismo derrocado
De su sublime asiento,
Y con fuertes cadenas aherrojado
El llanto doloroso
Al pueblo de la Francia tan gustoso.
  Cayeron quebrantados
De calabozos hórridos y escuros
Cerrojos y candados;
Yacen por tierra los tremendos muros
Terror del ciudadano,
Horrible baluarte del tirano.
  La libertad del cielo

Desciende, y la virtud dura y severa;
Huye del francés suelo
El lujo destructor, la lisonjera
Corrupción, el desorden;
Reinan las leyes con la paz y el orden.
  El fanatismo insano
Agitando sus sierpes ponzoñosas
Vencido clama en vano;
Húndese en las regiones espantosas,
Y con él es sumida
La intolerancia atroz aborrecida.
  Dulce filosofía,
Tú los monstruos infames alanzaste;
Tu clara luz fué guía
Del divino Rousseau, y tú amaestraste
El ingenio eminente
Por quien es libre la francesa gente.
  Excita al grande ejemplo
Tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados
Grillos, y que en el templo
De Libertad de hoy más muestren colgados
Del pueblo la vileza,
Y de los Reyes la brutal fiereza.

VIII

LA PRIMAVERA

¿Ves, hermosa, la fuente que bullendo
El céfiro menea blandamente?
Amor la agita: mira su corriente
Hacia el amado arroyo huir riendo.
Mira volar la abeja susurrante
En torno de las violas olorosas,
Y su néctar le ofrecen amorosas,
Zagala; que es la flor también amante.
¿No escuchas gorgear los ruiseñores,
De aguda flecha el tierno pecho heridos,
Y en melodiosos trinos no aprendidos
Explicar sus dulcísimos amores?
¿No ves las palomillas amorosas
Exhalar sus arrullos inflamados?
¿Los pichones no ves enamorados
Responder en querellas cariñosas?

Todo es amor; la alegre primavera,
Al universo nueva vida dando,
Naturaleza yerta va inflamando,
Que Enero con su escarcha entorpeciera.
Y tú, por más que lo rehuyas dura,
Has de rendir á Amor el cuello erguido,
Que todo se avasalla ¡ay! á Cupido:
Tal es la ley eterna de natura.

IX

EL AMOR RENDIDO

LAS pesadas cadenas
Del despotismo atroz ufano hollando,
Cantemos, lira mía,
El acordado tono al cielo alzando,
La presente alegría
Y las pasadas penas;
Libertad sacrosanta, tú me inspira;
Que sólo libertad suene mi lira.
 Mientras fué mi morada
La esclava Hesperia, del rapaz Cupido
La flecha penetrante
De aguda llaga el corazón ha herido;
Hoy peto de diamante
Á su punta acerada
Oponer quiero, y, de firmeza armado,
Sus amenazas arrostrar osado.
 ¡Oh deidad inclemente!
¡Oh Cupido implacable! ¡oh santo cielo!
¿Qué beldad peregrina
Viene á las Galias del hesperio suelo?
¡Oh belleza divina!

Á tus piés reverente
Me postro humilde, y ante tí rendido,
Amor, confieso á voces, me ha vencido.
Al duro yugo atado
La cerviz humillada, al fiero en vano
Perdón ¡ay Dios! le pido;
Que en mis lloros se ceba el inhumano,
Y al carro en triunfo uncido,
Con el dedo mostrado,
El quebrantado cuerpo puede apenas
Arrastrar las gravísimas cadenas.
De mis ojos cansados
Huyó por siempre el apacible sueño,
Y en perenes raudales
De amargo llanto el porfiado empeño
De mis penosos males
En mi daño obstinados
¡Ay! los ha para siempre convertido,
Y en quebranto inmortal ¡ay! me ha sumido.
Deidades sacrosantas
Que en Olimpo subido hacéis manida,
Muévaos mi humilde ruego;
Apagad en mi pecho la encendida
Llama de amante fuego;
Postrado á vuestras plantas,
De vos aguarda un triste este consuelo;
Mas ¡ay! que al desdichado es sordo el cielo.
¡Oh deidad sobrehumana!
Á tí fué dado, hermosa, solamente
La pasada alegría
Tornar ¡ay triste! al corazón doliente:
Ablanda, diosa mía,
Tu condición tirana;
Mira cuál á tus piés ruego amoroso;
Dí una sola palabra, y soy dichoso.

X

Á CARLOTA CORDAY

OH pueblo malhadado!
Con mil cadenas tu cerviz altiva
Amarrará á su carro la anarquía:
De libertad te priva
El padre de los dioses indignado,
En pena de tu infame cobardía,
Hasta que con altares
La diosa que ofendistes aplacares.
  De Bruto el alma santa,
Rasgando las esferas celestiales,
En tí vino, y tu diestra generosa
De sus armas fatales
Á los tiranos, ciñe. ¡Ay! cuál levanta
El vulgo vil al cielo su espantosa
Voz por su soberano,
Muerto, Carlota, por tu noble mano.
  El fragoso camino
Es este del Olimpo; el inflexible
Catón y Marco Aurelio por él fueron;

Por él siguió el terrible
Azote de los reyes, el divino
Rousseau; por él los dioses concedieron
Escalar las moradas
Á las divinidades reservadas.
  Salve, deidad sagrada;
Tú del monstruo sangriento libertaste
La patria; tú vengaste á los humanos;
Tú á la Francia enseñaste
Cuál usa el alma libre de la espada,
Y cuál sabe inmolar á sus tiranos;
Tú abriste la carrera,
Y en la lid te lanzaste la primera.
  De tu pueblo infelice
Sé deidad tutelar: ¡oh! no permitas
Que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
Con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
El brazo que le libra. ¡Ay! que tan bello
Heroísmo es perdido,
Y pesa más el yugo aborrecido.
  Que en las negras regiones
Las Furias hieran con azote duro
Del vil Marat el alma delincuente;
Que en el Tártaro escuro
Sufra pena debida á sus acciones,
Y del gusano eterno el crudo diente
Roa el pecho ponzoñoso,
¿Será por eso el pueblo más dichoso?
  La libertad perdida
¡Ay! mal se cobra; en pos de la anarquía
El despotismo sigue en trono de oro;
Su carro triunfal guía
La soberbia opresión; la frente erguida
Va la desigualdad, y con desdoro

El pueblo envilecido
Tira de su señor al yugo uncido.
  ¡Oh diosa! los auspicios
Funestos, de la Francia ten lejanos:
Torne la libertad á nuestro suelo;
Así con puras manos
Los hombres libres gratos sacrificios
Te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
Donde asistes, clemente
Protege siempre la francesa gente.

XI

EL CANTO DE AMARILIS

Quitad allá las ciencias,
Dejadme mis amores:
Allá dispute el sabio,
Otro piense, y yo goce.
Denme á mí de Amarilis
Oir los cantos acordes,
Que encienden en mi pecho
Mil amantes ardores.
Que Florián á Trigueros
Le colme de loores,
Que Forner satirice,
Y Guarinos elogie;
Y que estas necedades
Diviertan á la corte,
¿Qué á mí, que odio los lauros
De Minerva y Mavorte?
¡Oh, pueda yo beodo
Las suavísimas voces
Escuchar de Amarilis,

Y arder en sus amores!
La vida es deleznable,
Veloz el tiempo corre;
Pues gocemos placeres,
Y evitemos dolores.
¿No ves marchito el prado,
Y secas ya las flores?
¿No ves de escarcha y hielos
Coronados los montes?
Unas en pos de otras
Se van las estaciones;
La juventud con ellas
¡Ay! huye y los amores.
Ligero el tiempo vuela;
Pues ¡ah! no le malogres.
¿Qué sabes si más vida
Te conceden los dioses?
Ya he visto yo los filos
De las tajantes hoces
Segar la seca espiga
Con las lozanas flores.
Vivamos y gocemos
Antes que triste llores
Tu engaño, y tu hermosura
La llames y no torne.

ELEGÍAS

I

Á LÍCORIS (1)

DEL airado Mavorte la crueza
¡Oh! no cantes, mi lira, ni la insana
Sed de sangre, el furor y la fiereza.
Mas dí de Venus, reina soberana
De Pafos, el poder; dí los amores
Y de las Gracias la belleza humana.
Canta del dios vendado los loores,
De Cupido certero las doradas
Flechas, su blanda risa, y sus favores.
Deja, Cupido santo, las preciadas
Aras de Chipre, y en tu fuego ardiente
Enciende mis entrañas frías y heladas.
¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente
Súplica, por mi mal bien acogida!
¡Oh condición de Amor cruda, inclemente!
Baja de Olimpo el pérfido, y fingida

(1) Esta Elegía se publicó también en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*. (Nota del Editor.)

Piedad muestra en su rostro y apostura
Dulce el falso, y sonrisa fementida.
«Del Betis á la orilla una hermosura
(Amarla es tu destino eternamente)
Te ofrezco; parte, corre á tu ventura.»
Dijo y voló; yo loco encontinente
El Manzanares dejo, y desalado
Al Betis corro con anhelo ardiente.
Ya no hay más libertad ¡ay! ya aherrojado
Lícoris en durísimas prisiones
Me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.
Yo triste los pesados eslabones
Arrastro, mientras que tormenta horrible
Levantan en mi pecho las pasiones.
Amor en fuego ardiente, inextinguible,
Me abrasa sin cesar; jamás la hoguera
Aparta, que esquivar me es imposible;
Que el crüel me persigue por doquiera,
Cual cierva á quien fatal punta acerada
El costado rompió con llaga fiera;
Que el monte, el llano corre la cuitada,
El doliente bramido al cielo alzando,
Del rabioso dolor siempre aquejada.
Así mi cruda pena va aumentando
La aguda flecha con que Amor me ha herido,
Siempre el enfermo pecho lastimando:
La imagen de Licoris, el bruñido
Cabello de azabache, la alta frente,
El sonrosado labio, el cuello erguido,
Y el hablar, y el reir suavemente
Amor grabó con punta de diamante
En el mezquino corazón doliente.
Mora Licoris en mi pecho amante,
Licoris mora en él; vos amadores,
De Gnido desertad la ara humeante.

Ved cuál la abandonaron los amores
Y á Lícoris festivos rodeando
De guirnaldas la ciñen de mil flores.
El sangriento Cupido está aguzando
La inevitable flecha, y falsa risa
Va por sus labios pérfidos vagando.
¿Quién de mi dulce bien vió la sonrisa,
Y cantar pudo la ambición, la guerra
Que los tronos trastorna, rompe y pisa?
Obra de un dios maligno es nuestra tierra;
El duelo la pasea de contino,
Que todo bien lejos de sí destierra.
Y cuando el placer muestra su divino
Rostro, nosotros necios le esquivamos,
¡Oh del error efeto el más indino!
Que la flor de la vida así pasamos;
La vejez nos señala el tenebroso
Ataud, que en vano tristes evitamos.
Gusta, Lícoris mía, el delicioso
Néctar de amor, agora que te es dado
Del tiempo del placer nuestro envidioso,
Y nunca sin desdicha despreciado.

II

Á AMARILIS

SOLEDAD deliciosa, bosque umbrío
¡Ay, cómo en tu retiro busco en vano
Alivio al inmortal quebranto mío!
  Me hirió de Amor la poderosa mano,
De Amor la flecha aguda envenenada
Que contra mí lanzara el inhumano.
  ¡Oh mil veces feliz edad dorada
En que fué la ternura y la firmeza
Del constante amador siempre premiada!
  Agora al rendimiento, á la fineza
Se retribuye indiferencia fría,
Al obsequio humillado cruel dureza.
  ¿Qué mal dios en su cólera daría
El siempre infame honor á los mortales,
Que tanto de natura los desvía?
  Él el pudor nos trajo, él sus fatales
Leyes á Amor impuso, y él los bienes
Más dulces transformó en acerbos males.
  De mi dulce enemiga los desdenes

El acaso los causa, y hace en llanto
Mis ojos dos raudales ¡ay! perenes.
  Sigue, Amarilis, de Cupido santo
Las leyes, del amor sigue el sendero
Exento de pesar y de quebranto.
  Honor, de la natura comunero,
Ejercite en el vulgo su tirana
Dominación y su poder severo.
  Tú escucha del Amor la soberana
Voz, que al deleite agora te convida;
Que está la edad en su verdor lozana.
  Huye la primavera de la vida
Cual un ligero soplo, un breve instante,
Y nunca torna si una vez es ida.
  Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante
Que agora sólo espira tus amores,
Y que esquivas más dura que diamante,
  Lejos huirá de tí; de adoradores
La turba que te cerca de contino,
Cual brillo suele de caducas flores
  Tal desparecerá; que del destino
Esta es la ley severa, inexorable;
Éste de la hermosura el hado indino.
  Tal la purpúrea rosa, que al amable
Céfiro abrió su seno, el soplo airado
Del vendaval deshoja, y despreciable
Yace y marchita en el florido prado.

III

LA AUSENCIA

De la eterna manida del lamento
Pálidos habitantes, malhadados
Reinos á do jamás cupo el contento,
   Nó; jamás vuestros dioses enojados
Tormentos inventaron que igualasen
La ausencia á que me fuerzan ¡ay! los hados.
   No plugo al crudo cielo que bañasen
De Adur las ondas mis cenizas hiertas
Y plácidos mis manes reposasen.
   Yace aquí un amador, yacen sus muertas
Esperanzas, el túmulo diría,
Su fe constante, y sus finezas ciertas.
   Tal vez sobre mi tumba lloraría
Ceñido de ciprés un fiel amante
De su ingrata señora la falsía:
   Mi sombra en torno del sepulcro errante

Sus lloros enjugara, y su quebranto
Compadeciera, y su penar constante.
Bella Minerva Aglae, de tu llanto
Una lágrima acaso regaría
Los huesos de quien vivo te amó tanto.
¡Oh, cuál de tu dolor ufana iría
Mi alma á morar en los Elisios prados,
Y mi ventura alegre cantaría!
Jamás del dulce Orfeo los acordados
Tonos con mis canciones se igualaran;
Y fueran otra vez embelesados
Del Tártaro los monstruos, y cesaran
Las ondas del Leteo su corriente,
Y las tremendas Furias se aplacaran.
Mas ¡ay! de tí, mi dulce bien, ausente,
Ronca suena mi lira, y triste lloro
Vierten mis ojos hechos larga fuente.
Estos mis cantos son: Minerva adoro;
¿Dó estás, Minerva Aglae? ¿no me entiendes?
Sólo se escucha el murmurar sonoro
Del Sena, y mis sollozos; ¿y no atiendes,
Ingrata, á mi dolor? ¿y yo ando en vano?
¿Y tú mi fuego más y más enciendes?
En esto que de tí me hallo lejano,
Eco responde solo á mis querellas;
Yo en llanto amargo me deshago insano.
¿Por qué la Fama, dí, pregona bellas
De este Sena las Ninfas tan preciadas?
¿Junto á Minerva Aglae qué son ellas?
De su hermosura así son eclipsadas,
Como del alma Venus la belleza
Sus émulas confunde despechadas.
El duro Amor ceñido de crueza
La sigue á todas partes; con alhagos
El falso va escondiendo su fiereza.

¡Guarte, mortales tristes! ¡qué de estragos!
¡Cuántos de letal flecha son heridos!
¡Qué días les prepara Amor aciagos!
Llévate ¡oh deidad cruda! tus mentidos
Favores, y tus glorias lisonjeras,
Y tórname mis bienes ¡ay! perdidos;
¡Ay! tórname mi alma y paz primeras.

IV

TRADUCCIÓN DE TIBÚLO

(Elegía primera del libro segundo.)

Los frutos y los campos consagremos;
Únanse vuestras voces á la mía,
Y el rito antiguo alegres celebremos.
¡Oh Baco! ¡oh santo dios de la alegría!
De pámpanos la frente coronada
Vén; y tú, madre Ceres, tú le guía.
Repose el labrador y la cansada
Tierra en el día solemne, y cuelgue ociosa
La dura reja á la labor usada.
Libres los bueyes sean de la penosa
Coyunda, y sueltos pasten, coronados
De adelfa entrambos cuernos y de rosa.
Todos nuestros afanes (1) sean sagrados;
Matronas y doncellas en tal día
Descansen de la rueca y los hilados.
¡Lejos del ara los que la ambrosía
En la pasada noche habéis gustado

(1) Antes «trabajos.»

Y el néctar de la diosa de Idalía!
  Pureza y castidad han agradado
Siempre á los dioses; puro sea el vestido;
Cada uno en lustral agua sea lavado.
  Ved cuál al sacrificio conducido
El cándido escuadrón lleva al cordero,
Y de lauro el cabello va ceñido.
  Deidades tutelares del Hespero
Suelo, á vos la labranza, y labradores
Consagro; proteged ¡oh! mi lindero.
  Fértil cosecha las frondosas flores
¡Oh! no anuncien en vano; la inocente
Oveja huya del lobo los furores.
  Y el colono feliz, tranquilamente,
Viendo sus trojes llenas, descuidado
Y alegre al grande fuego se caliente.
  De rústicos en torno rodeado
Los verá en juego levantar contentos
Chocillas con el mimbre más delgado.
  Mas los dioses escuchan mis acentos;
Ved, ved cuál de la víctima el dichoso
Aspecto los anuncia al voto atentos.
  Del padre Baco el néctar delicioso
Traed, y en torno brindemos y bebamos,
Ni entre un brindis y otro haya reposo.
  Beodos el día festivo celebramos:
¡Oh Baco! honren la fiesta tus furores
Santos, y ni caídos nos rindamos.
  Mas cantemos del vino en los ardores
El nombre augusto de Mesala ausente,
De yedra coronados y de flores.
  ¡Oh vencedor de la aquitana gente,
Noble Mesala! tú que honras triunfante
Á tu abuelo y remoto descendiente;
  Tú propicio me inspira, mientras cante

De los agrestes dioses los loores
Al compás de la cítara sonante.
  Los campos canto, y sus habitadores
Celestes, que á trocar nos enseñaron
La bellota en manjares mil mejores.
  De palma los primeros levantaron
Al labrador la rústica cabaña,
Y de agostada hierba la techaron.
  Al formidable toro con la maña
Astuta sujetaron al arado,
Y al bosque confinaron la alimaña.
  Entonces la manzana se ha ingertado,
Y el seco huerto del humor sediento
En el amigo riego se ha empapado.
  También el viñador pisó contento
En el ancho lagar la uva dorada,
Cantando á Baco en armonioso acento.
  El rico dón de Ceres, la tostada
Espiga de los campos la cogemos
Cuando lanza el León llama abrasada.
  Al campo la sabrosa miel debemos,
Cuando á la abeja Hiblea sus panales
De agrestes flores fabricar la vemos.
  Del rústico trabajo los mortales
Fatigados cantaron dulcemente
Cantilenas en versos desiguales;
  Y de la flauta al són plácidamente
Celebraron en himnos las deidades
Celestes y su brazo omnipotente.
  Guió el grosero coro en las edades
De oro, de mosto el labrador teñido,
Cantando de Lyeo las bondades.
  El cabrito de Baco aborrecido
Le dió el pastor en dón, que entonces fuera
Por el cabrón'el hato conducido.

Ornó de agreste flor la cabellera
Del lar antiguo el zagalejo ufano,
Cuando colora el Mayo la pradera.
Pace la oveja el abundoso llano;
Cubre el lomo el vellón, que de contino
De la doncella emplea la tierna mano.
La femenil labor del campo vino,
De do el huso, la rueca y el hilado,
Al menos fuerte sexo útil destino.
Alguna que el trabajo ha fatigado
De tí canta, Minerva, las loores;
Suena la lanzadera en tanto al lado.
En los amenos campos, entre flores,
Entre el galán novillo y el ligero
Potro nació también el dios de amores (1).
Aquí se ejercitó también el fiero
En lanzar el harpón ¡ay! diestramente,
Tan penetrable agora, y tan certero.
Y no el ganado, la doncella siente
La cruda herida, y doma el inhumano
La condición del joven más valiente.
El oro desperdicia el mozo insano
Por él; de su ingratísima aterido
Ronda las puertas el cascado anciano;
Y la doncella hermosa sin rüido
Las plantas mueve, y frustra la cuidosa
Madre que vela con atento oído:
Palpando por la estancia tenebrosa
Camina á do la atiende el fiel amante,
Y descansa en sus brazos amorosa.
Infeliz el que flecha penetrante
Hirió de Amor, y bienaventurado

(1) Éste y los doce tercetos siguientes se encuentran también en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.* (Nota del Editor.)

El que le vió este dios de buen talante.
Vén también á la fiesta, dios vendado;
Mas lejos de nosotros ten tu ardiente
Saeta; ¡ay! ten lejos el harpón dorado.
Cantad al dios de amor: abiertamente
Le invoque cada uno á la majada,
Y á su pecho le llame ocultamente,
Ó á voces el que quiera: ¿ya enredada
No veis la tropa en fuegos amorosos,
Y la danza lasciva ya empezada?
Jugad, que los caballos tenebrosos
Unce la noche; el escuadrón lucido
De astros ya la siguen silenciosos.
Y en pos viene el Morfeo adormecido,
Que las alas batiendo (1) tardamente
Espira sueño, y deja en él sumido
El hombre y la alimaña juntamente.

---

(1) Antes: «batiendo las alas.»

SÁTIRAS

I

Á SANTIBÁÑES (1)

Yo, aquel que la Academia no ha premiado,
Ni de Bouillón el bárbaro diarista,
Ni el bonazo Guarinos ha elogiado;
  Cuando me pica soy también coplista,
Y enhilo á millaradas consonantes,
Cual pudiera el más diestro repentista.
  Que del seco Forner no los tajantes
Reveses me amendrentan; no el graznido
De la chusma de cuervos discordantes.
  ¿Y quién á Vaca de Guzmán ha oído
De Clío tañer la trompa sonorosa,
Que el disonante estruendo haya sufrido?
  Las Dríades que habitaban en la undosa
Margen de Henares, Columbano huyendo,
Dejaron su morada deliciosa;
  Y mientras, en el Tormes con tremendo
Desapacible són grazna Berilo,
Y huyen las Ninfas el horrible estruendo.

(1) D. Vicente María Santibáñez. (Nota del Editor.)

Ninfas que del dulcísimo Batilo
Oísteis la suave melodía,
¿Dónde hallaréis contra Guerrero asilo?
¿Yo callar? ¿y Trigueros cantaría
Las majas y Lerena y la Riada,
Con su insulsa y pesada grosería;
Y de Iriarte la musa siempre helada
Dramas tan regulares y tan fríos
Como *La señorita mal criada?*
Pues ¿quién para escribir no cobra bríos,
Viendo que hasta Forner tiene ya fama,
Y de Huerta se loan los desvaríos?
No más, que ya la cólera se inflama,
Ya la bilis rebosa á borbollones,
Y ya brotan mis ojos viva llama.
Deja, amigo, que exhale en mis renglones
La rabia, y mas que contra mí vomite
El bando de Forner mil maldiciones;
Que no estimo siquiera en un ardite
Su estúpida manada de escritores,
Por más que alce el ahullido, y que más grite.
¡Desventurado siglo, en que de amores
Casal canta; Moncín y el ignorante
Labiano de comedias son autores!
¿Y no quieres que esgrima la tajante
Espada de la mofa y la ironía
Contra turba tan necia y tan pedante?
La adulación, la vil lisonja guía
Las plumas, y se premian los escritos
Que ostentan la más baja villanía.
Los pensamientos nobles (1) son proscritos
Antes de ver la luz, y sofocados
De la santa verdad los libres gritos.

(1) Antes: «libres.»

Los libros á ministros dedicados
(Archivos de vileza y de mentira)
Por ellos los autores pensionados.
¿Pues quién esto contempla, y no se aíra?
¿Quién la literatura tan vilmente
La ve humillada, sin enojo ni ira?
Juraron mortal odio eternamente
La ciencia, el desengaño iluminado,
Á la potencia fiera y insolente.
El libro al poderoso dedicado
No contuvo jamás verdades duras,
Que á los que pueden siempre han disgustado.
Derívase de fuentes tan impuras
Hoy la ciencia de España, ¿y esperamos
Ver sus aguas correr tersas y puras?
¡Oh cuán erradamente caminamos
Al templo de la Fama, si siguiendo
De la vil protección las sendas vamos!
Que tal vez la grandeza va tejiendo
La red con beneficios, y cautiva
La ciencia que escapar no puede huyendo.
Busca el saber la libertad, y esquiva
El trato con el rico potentado
Que frentes huella (1) con la planta altiva.
Al esclavo el pensar no le fué dado;
Natura al que no hinca la rodilla
Al tirano, este dón ha reservado.
¿Y de la vil canalla que se humilla
Al siervo de sus siervos, la ignorancia
Quieres tú que me cause maravilla?
¿Te admira que trasplanten de la Francia
Vocablos sin razón, y así amancillen
De nuestro idioma patrio la elegancia? (2)

(1) Antes: «holla cervices.»
(2) Antes: «Del idioma la hermosa redundancia.»

El virtuoso Sócrates, el santo
Inflexible Catón fueron por ellas,
Y el que siguió sus huellas dignamente
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,
Y modelo á los siglos venideros.
Busquemos el saber, y los amores.
Las honras, los caudales y los puestos
Ocupen al profano. De Minerva
Éste sea, amigos, el sagrado templo.
El sabio, del Olimpo ve tranquilo
El luchar de los vientos, las tormentas,
El Euro batallando con el Noto,
Á su soplo agitado el mar insano,
Y el naufragar amargo de los tristes
Contempla compasivo, que en las ondas
Sañudas con dolor el alma exhalan.
Así el mal difundido por la tierra
Observaremos siempre: el despotismo
Asolar y mandar, la intolerancia
Ensangrentar la espada, y escudarse
De la piedad con el broquel sagrado:
Y cuál el fanatismo atroz desnuda
La religión de su sagrada veste,
Mientras la inerme diosa pide al cielo
Que tan horribles monstruos extermine,
Y la convierta á su esplendor antiguo.
Los derechos del hombre, que ignorados
Del hombre mismo fueran tantos siglos,
Derechos que atropellan en las Cortes
Los déspotas soberbios, los soeces
Infames cortesanos, vil canalla
Indigna de la vida y luz del día,
Tal vez estudiaremos; las sagradas
Obligaciones que natura impone,
Y que la sociedad y Dios prescriben

Ocupación serán de nuestras juntas.
También á veces las amables Musas
Nos recrearán de otros estudios serios,
Ni negará Terpsícore sus sales
Alguna vez, cuando burlar queramos
Los fríos Iriartes, los Trigueros
Insulsos y pesados, la insufrible
Charla de Vaca, y el graznar contino
De la caterva estúpida, que infecta
De dramas nuestro bárbaro teatro.
Apolo templará su acorde lira
Cuando de Jovellanos y Batilo,
Del dulce Moratín y Santivañes
Los loores cantemos, por quien alzan
Su voz las patrias Musas, que yacieran
En sueño profundísimo sumidas.
¡Oh cuánto la amistad, y de la gloria
Sagrado ardor me inflama! ¡oh, cómo espero
Recorrer la carrera denodado
Que á mi vista se ofrece! Ciencias, artes,
Todo con vuestro auxilio se me allana,
Que á la constante aplicación, al tiempo,
Y á la amistad juiciosa y ilustrada
Ningún conocimiento se resiste.
Cuando el viejo Saturno fué arrojado
Por Jove de su reino, que con leyes
Tan iguales y justas gobernara,
El bien y la virtud huyeron lejos
Del malhadado mundo, y alanzada
La amistad fué con ellos juntamente.
La vil esclavitud cubrió la tierra,
La ensangrentó la guerra; el perdurable
Duelo la consumió y el llanto eterno.
Ya caminaba á pasos de gigante
La humanidad al término postrero,

Cuando á la tierra torna compasiva
La afligida amistad: el llanto enjuga
Al triste, y le consuela en sus miserias;
Lamenta las desdichas, indulgente
Perdona los defectos y las culpas
De la naturaleza inseparables
En el frágil mortal: suave aligera
El peso insoportable de la vida.
Ella aquí nos ha unido: sus favores
¡Oh! no desperdiciemos; merezcamos
Gozar eternamente sus delicias.
Virtud y humanidad fueron sus padres:
Amemos la virtud, y tiernamente
Amémonos también, sin que los odios,
Los celos, las disputas literarias,
Fuentes de tan crüeles enemigas,
Nuestra fiel amistad jamás alteren.

EPÍSTOLAS

I

Á EMILIA

Bella Emilia, perdón; yo te lo ruego
Por tu belleza; ¡ah cielos! ¡mi osadía
Cuánta disculpa tuvo! ¿Dó se halla
Aquel que á tu hermosura indiferente
Sin amarte (1) te mira? ¿Quién tu dulce,
Tu suave elocuencia escuchar pudo
Sin la emoción más viva? ¿Y yo cuitado,
Yo solo ¡ay triste! sentiré tus iras?
¿Te aplacas, bella Emilia? ¿me perdonas?
Á un eterno silencio me condeno;
No más de amor hablarte; no fué dado
Á mí, mortal, la dicha soberana.
   Seamos amigos, adorable Emilia;
Si de amor no soy digno, podré al menos
Serlo de la amistad: sencillo, franco,
Jamás la vil lisonja, la mentira
Infame mi conducta han afeado.

(2) Antes: «transportes» *en vez de* «amarte.»

¡Mi corazón sensible cuántas veces
En lágrimas se exhala en las desdichas
De mis amigos! ¡Las perfidias bajas,
Las mentidas caricias, las lisonjas
Envenenadas, la insultante mofa
De los que fingen serlo, cuánto acíbar
Sobre mi triste vida han derramado!
Almas villanas (1), yo lo he merecido;
Ingratos, yo os he amado; esto es bastante.
¡Ay! pasemos en blanco mis desdichas.
De mis falsos amigos las injurias
Atroces, las envidias, los crueles
Encarnizados odios olvidemos.
Seamos amigos, vuelvo á repetirlo,
De la santa amistad, y de las ciencias
Al sagrario acogidos, los profanos
Asestarán en balde sus saetas
Contra nosotros. Ora, la balanza,
Y el compás de Neutón en nuestra mano
Teniendo, aquel cometa seguiremos
En su alongada elipse. Ora á Saturno,
Y á Júpiter pesando las distancias
De Marte á nuestra tierra mediremos,
Ó bien por el calor de nuestro globo
Su edad sabremos. Ora calculando,
El infinito mismo, que no es dado
Al hombre conocer, numeraremos.
Otras veces, la historia recorriendo,
Teatro vasto de horrores y miserias,
La suerte lamentable de la débil
Humanidad, del despotismo injusto,
De la superstición, del falso celo
Siempre oprimida compadeceremos.

(1) Antes: «de cieno» en vez de «villanas.»

Ó bien hasta el Eterno nuestras almas
Por grados elevando, nuestras manos
Puras de iniquidad levantaremos
Á la extensión inmensa, do el muy alto
Habita todo en todo; en respetoso,
En profundo silencio el bello orden,
La perfección que reina en el gran todo
Absortos admirando, y en tranquila
Paz el último día aguardaremos,
Do el alma nuestra libre de cadenas,
De Marco Aurelio y Sócrates al lado,
En la contemplación del universo
Gozará de placeres inefables.

II

Á MI AMIGO LANZ (1)

Oh dulce Lanz! mi juventud lozana
Ya para siempre huyó, cual agostada
Rosa, que brilla sólo una mañana.
Cerca está ya de mí la fatigada
Corva vejez, de muerte precursora,
De achaques y quebrantos rodeada.
¿Dó estás, oh juventud? ¿dónde está agora
De aquel semblante mío la frescura?
¿Dónde del claro Tormes la pastora
Que del cáliz de amor ¡ay! la dulzura
Me dió á gustar? mi luz es eclipsada;
Ya sepultado ¡ay! yago en noche escura.
Pronto la férrea Parca no aplacada
Irresistible va á precipitarme
En el voraz abismo de la nada.
Dulce esperanza ¡oh! vén á consolarme:

(1) El ilustre matemático español D. José María Lanz, creador de la nueva ciencia llamada *Cinemática*. Esta epístola de Marchena se publicó en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*. (Nota del Editor.)

¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
¿Quien me dió el sér no puede conservarme
Mas allá de la tumba? ¿está ceñida
Á este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien le mida?
¿Qué es el alma? ¿conozco yo su esencia?
Yo existo; ¿dónde iré? ¿de dó he venido?
¿Por qué el crímen repugna á mi conciencia?
Si de toda moral la norma ha sido
Nuestro propio interés, ¿por qué en la historia
Siempre el perverso vive aborrecido?
¿Me es de Nerón odiosa la memoria
Porque temo morir de sus crueldades
Víctima? ¿qué interés tengo en la gloria
De Foción? ¿qué me importan las maldades
Del infame Tiberio? ¿de Trajano
Qué bien hacerme pueden las bondades?
No calumniemos el linaje humano:
El malo á las ideas generosas
Un vil origen atribuye en vano.
Nó, Lanz: de las acciones virtuosas
Estímulo es la noble *simpatía;*
El *egoismo* vil de las viciosas.
De Helvecio errada la filosofía
Convence en esta parte la conciencia,
Que es de nuestra razón la mejor guía.
Vano fuera alegarnos la experiencia,
Que sólo enseñar puede lo que ha sido;
Quien lo que debe ser dice es la ciencia.
Tiranos y impostores se han unido
Para ahogar la virtud, y yo me admiro
Que sus esfuerzos más no hayan podido.
En todas partes la violencia miro
Sobre el trono sentada, y exhalando
La libertad el último suspiro.

Del despotismo el horroroso bando;
La vil superstición, la intolerancia
La sanguinosa espada blandeando;
La feroz anarquía que la Francia
Corre, y tala y asuela; cual abrasa
Celeste rayo la suntuosa estancia
De reyes, junto con la humilde casa
Del pobre labrador, y vuela ardiente,
Consumiéndolo todo por do pasa.
¿Qué haces? ¿dó te despeñas, imprudente
Pueblo? ¿la libertad sin moral quieres?
¿Qué Dios te sopla este furor demente?
¿Piensas, atropellando tus deberes,
Que más sean tus derechos respetados?
¡De cuán fatal error víctima eres!
Así es; los pueblos desmoralizados
Hoy sus cadenas rompen, y otro día
Se forjan grillos mucho más pesados.
De la ignorancia siempre la anarquía
Ha sido inseparable compañera,
Como la libertad lo es de Sofía (1).
Mas todos los delitos que esta fiera
Comete, culpa son del despotismo,
En cuyo horrible seno ella naciera.
Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el sér el seno mismo.
¡Ah! sepamos templar hasta la ardiente
Ansia del bien; el hombre es perfectible,
Pero se perfecciona lentamente.
¿El efecto fatal de la terrible
Revolución francesa cuál ha sido?
La guerra general, un lujo horrible,

(1) La ciencia ó la sabiduría.

El orbe por dos pueblos oprimido,
Repúblicas y reinos devorados,
De Europa el equilibrio destruído;
De la filosofía los sagrados
Principios por la chusma de escritores
Con descaro increíble calumniados;
De cuanto del delirio en los furores
Un populacho vil ejecutara,
Culpados los más célebres autores.
El amor del trabajo, do cifrara
Sus virtudes la clase laboriosa,
Ora la sed del mando reemplazara.
Donde los proletarios su horrorosa
Dominación ejercen, ¿la anarquía
Qué vínculo social disolver no osa?
En el abismo de la tiranía
Al pueblo precipita la licencia,
Que por sus falsas máximas se guía.
Así el Vesubio lanza con violencia
De sus entrañas rocas inflamadas,
De la atracción venciendo la potencia.
Mas luego por su peso arrebatadas
Caen, y abrasan los campos convecinos,
Y sepultan ciudades desoladas.
Tal un pueblo empeora sus destinos,
Cuando se entrega á locas sugestiones
De demagogos de alentar indinos.
Con las horribles exageraciones
De la revolución el despotismo
Perpétuamente asusta á las naciones.
Como si el más absurdo fanatismo
De un vulgo vil fuera razón bastante
Para que en un profundo parasismo
Los pueblos se durmiesen, y triunfante
De los esfuerzos de animosos pechos

La soberbia opresión fuera arrogante.
  El hombre jamás pierde sus derechos;
Cobrar la libertad es siempre justo;
Rompamos nuestros grillos; que deshechos
  Al suelo caigan, y que pongan susto,
Cayendo, á los tiranos macilentos
Que nos oprimen con su cetro injusto.
  Sofisma es confundir con los violentos
Furores de la plebe arrebatada
De una nación los grandes movimientos.
  Cuando la propiedad es respetada,
Cuando la humanidad al pueblo guía,
Cuando toda opinión es tolerada,
  ¿Puede nacer acaso la anarquía
De una revolución sólo funesta
Á los fautores de la tiranía?
  Nueva lógica, amado Lanz, es ésta,
Olvidar la violencia perdurable
Del déspota, y la furia descompuesta
  Alegar de la plebe, cuya instable
Cólera se apacigua en un momento,
Como las olas de la mar mudable.
  Más de tres siglos hace que el sangriento
Infame tribunal del Santo Oficio
Oprime á España con furor violento.
  Y dos años, nó más, el ejercicio
Fatal de la anarquía duró en Francia;
¿Cuál causa de los dos más perjüicio?
  ¿La riqueza, el comercio, la abundancia
De cuál de los dos pueblos han huído?
¿Dó está el saber, y dónde la ignorancia?
  Tal la revolución francesa ha sido
Cual tormenta que asuela las campañas,
Los frutos arrastrando del ejido.
  Empero el despotismo las entrañas

Deseca de la tierra donde habita;
Cual el volcán que vive en las montañas,
  Y con perpetuo movimiento agita
El suelo, que su lava esteriliza,
Y, cuanto más destruye, más se irrita.
  La esclavitud es quien desmoraliza
Los pueblos, quien sofoca los talentos,
Y quien toda virtud inutiliza.
  Ni tampoco están libres de violentos
Vaivenes las naciones más esclavas,
Y de internos terribles movimientos.
  Cual mugen del Océano las bravas
Olas, cuando la tierra se estremece,
Y la mar rompe sus ferradas trabas;
  Un pueblo esclavo, cuando se embravece,
Con sus cadenas se arma, y desbocado,
Ningún delito en su furor le empece.
  Contemplemos el suelo malhadado
De la Persia infeliz, de la Turquía,
Por un dueño absoluto dominado.
  Las discordias civiles, la anarquía
Son siempre inseparables compañeras
Del despotismo, y de la tiranía.
  Y de consuno las monstruosas fieras
Sangre beben, de sangre se alimentan,
Y las naciones devorando enteras,
Siempre con llanto y sangre se sustentan.

SILVAS

I

Á CUATRO HERMANAS

LA villana avaricia, el insaciable
Amor del mando y del poder supremo
Las bajas tierras oprimido habían;
Abrumados gemían
Los hombres bajo el cetro intolerable,
Y del dolor en el violento extremo
Los dioses invocaban,
Que sordos á sus ruegos se mostraban.
Amor, tú consolaste
La humanidad; tú su deshecho llanto
Piadoso le enjugaste,
Trocando en alegría su quebranto.
Tú las cuatro Beldades
Formaste á hermosear mi patrio suelo:
La belleza les diste de deidades
Moradoras del Cielo.
Por ellas ha tornado,
Por ellas el placer al mundo; humean
Por ellas los altares,

Do sacrifica el pueblo enamorado
En el templo de Amor, y de cantares
Amantes la armonía
Hinche el templo de dulce melodía.
¿El poder, la riqueza,
Qué valen comparados
Con el placer que ofrece la belleza?
Que los mortales son más desdichados
Cuanto más de natura desviados.
Apolo: si otro tiempo penetrante
Flecha de amor te hirió, si la inhumana
Dafne adoraste en vano, si en pos de ella
Montes y valles recorriste amante,
En vano reprehendiéndote Diana,
Templa para cantar ninfa más bella
La cítara dorada:
Derrama en mis cantares tal dulzura,
Que la suprema gracia y la hermosura
Sea en ellos dignamente celebrada.
Canta tú los sencillos
Juguetes, los placeres inocentes
Que á la bella Francisca la ocupaban
En su primera edad. Mil amorcillos
Ya entonces preparaban
El sonante carcaj y flecha ardiente.
¡Oh tiempo! ¿Dónde por mi mal te has ido? (1)
Dulce satisfacción de la inocencia,
¡Ay! cuán más deliciosa que el mentido
Placer del mundo y que la falsa ciencia!
Canta de Madalena la belleza;
Las gracias de la hermosa Catalina,
De Alcinda la viveza,

(1) El Autor había ido en su niñez á la escuela con ella. (Nota de Marchena.)

El sabroso reir, la habla divina,
Y su mirar que el pecho de diamante
Torna de blanda cera en un instante.
Diosa de los amores,
¡Oh Venus! si ser quieres festejada
Del bando de amadores,
Pon aquí tu morada,
Aquí do está aguzando eternamente
Amor sangriento la saeta ardiente.
Y yo desesperado
De pintar tal belleza
Doy fin al tosco canto,
Que nunca fué á mi humilde Musa dado
Elevarse á la alteza
Que pide Apolo para empeño tanto.

SONETOS

I

Á UNA DAMA QUE CENÓ CON EL AUTOR (1)

DASE Dios por manjar á su escogido
Pueblo en la pascual cena misteriosa;
Cristo es comida y mesa deliciosa
Del hombre de amor tanto confundido.
Jesús asiste en gloria y prez ceñido
Eternamente con su amada Esposa;
¡De amor omnipotente portentosa
Hazaña! en tierra mora, al Cielo es ido.
Tú que por diosa adora el alma mía,
Bellísima Amarilis, á tí es dado
Hacer tan gran milagro nuevamente.
Cristo se ha dado á sí en la Eucaristía:
¡Ay! tú date á mi pecho enamorado,
Y vivirás en él eternamente.

(1) Este soneto es una bufonada sacrílega, pero le publicamos, aunque con repugnancia, como muestra de los extravíos á que llegó la impiedad del Abate Marchena. (Nota del Editor.)

II

EL SUEÑO ENGAÑOSO

Al tiempo que los hombres y animales
En hondo sueño yacen sepultados,
Soñé ante mí los pueblos ver postrados (1)
Alzarme (2) rey de todos los mortales.
Rendí el cetro á las plantas celestiales
De Alcinda, y mis suspiros inflamados
Benignamente fueron escuchados;
Me envidiaron los dioses inmortales.
Huyó lejos el sueño, mas no huyeron
Las memorias con él de mi ventura,
La triste imagen de mi bien fingido.
El mando y el poder desparecieron.
¡Oh de un desventurado suerte dura!
Amor quedó, mas lo demás es ido.

(1) Antes había: «Los varios pueblos á mis piés postrados.»
(2) Antes había: «Me alzaron.»

VERSOS SUELTOS

I

MORTAL, débil mortal, tal es tu suerte;
Los placeres más dulces nos fastidian;
Venus, la diosa Venus, que hermosea
La tierra que vivimos, y las flores
Á manos llenas sobre el hombre esparce;
Venus, sagrada diosa, sus delicias
Niega al mortal profano y corrompido,
Que en un serrallo obscuro impenetrable
De eunucos y de esclavos rodeado
Del dulce amor ignora los delirios.
¡Cuántas veces, amigo, cuántas veces
De amor en los placeres anegado
En ardientes suspiros el sensible,
El inflamado corazón se exhala
En brazos de mi Doris! ¡cuántas veces
Sus lágrimas mis besos enjugaron!
Y cuando Amor nos dió su dulce néctar...
Nuestros sentidos todos embriagados
En deleites divinos, nuestra alma
Gustó la dicha y el placer supremo.

II

Así cuando el alcázar del Olimpo
El soberbio Mimante y los Titanes,
Hórridos hijos de la dura tierra,
Escalar intentaron, y de Atlante
El grave Pelïón agobió el hombro:
Cuando cien lanzas blandeó Briareo,
De Encélado la mano poderosa,
Arranca sierras y montañas lanza
Contra el sagrado cielo, y ni el tremendo
Rayo que Jove por los aires vibra
No le amedrenta, ni el feroz bramido
Del Noto por Eolo desatado,
Ni las olas que heridas del tridente
De Neptuno las tierras anegaban;
Nó el reluciente casco de Mavorte,
No le asustan de Apolo las saetas;
De Apolo que á la sierpe en otro tiempo
Traspasó el cuerpo duro con mil flechas,
Y en angustia rabiosa exhaló el alma
En negra podre y en veneno envuelta.
Tres veces tiembla la morada augusta
De las deidades: Venus y las Gracias
Á lo último del cielo huyen medrosas;
Las otras diosas siguen: los amores
Se acogen á sus brazos, ó en sus senos
Se esconden, temerosos del peligro.

III (1)

LA coronación se acerca
Y mi pobre Musa helada
No pica de profetisa,
Ni al rey vaticina hazañas.
En vano el frío Iriarte
Sus insulsas coplas grazna,
Y en lenguaje de Gaceta
Á Carlos y Luisa canta.
¿Qué me importa que Forner
Alce su tremenda vara,
Y en duros y malos versos
Haga por elogios sátiras?
¿Que el escritor cinco letras
Acatamiento le haga,
Qué á mí? ¿fuí yo por ventura
El autor de la Riada?
Por más que el necio (2) Berilo
Las ninfas de Salamanca
Las atruene con sus cantos (3)
Sin armonía ni gracia,
Mi Musa en profundo sueño
Y en vil ocio sepultada
Á Moratín y á Batilo
No envidia lauro y guirnaldas.

(1) No sabemos por qué este romancillo se encuentra mezclado con los *versos sueltos* en el manuscrito de París. (Nota del Editor.)

(2) Antes había otra cosa muy borrada que no leo. (Nota del señor Morel-Fatio.)

(3) Antes había: «atruenden? canciones.»

EPIGRAMAS

I

SOBRE LA TRADUCCIÓN DE LA MUERTE DE CÉSAR (1)

AYER en una fonda disputaban
De la chusma que dramas escribía,
Cuál entre todos el peor sería;
Unos Moncín, Comella otros gritaban.
El más malo de todos, uno dijo,
Es Volter traducido por Urquijo.

II

SOBRE LA CRÍTICA DE ESTA TRADUCCIÓN POR UN ITALIANO

SAGACIDAD de crítico estupenda!
El que la impugnación de Urquijo lea
De su obra formará cabal idea
Aunque una letra de español no entienda.
Basta saber que escribe en castellano
Como su impugnador en italiano.

(1) Este epigrama se publicó en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*. (Nota del Editor.)

ROMANCES

I

EN LA PROFESIÓN DE UNA MONJA

DESCIENDE del alto Cielo,
Devoción alma: mi lengua
Mueve porque cante digna
Del muy alto la grandeza:
Del gran Dios que los espacios
Tenebrosos de la inmensa
Extensión sembró de soles,
Y del caos la noche eterna
Llenó de luciente día,
Y no del hombre desdeña
La virtud, que al justo ofrece
Inefable recompensa;
Cuando de Dios en el seno,
Disipadas las tinieblas
Mortales, absorto admire
De los seres la cadena;
El orden, las inefables
Leyes, con que los planetas
Rechazados y atraídos

Corren órbitas inmensas.
¡Oh cuán bienaventurada
La que huyendo las riquezas,
Y deleítes mundanales,
Que nunca el corazón llenan,
Dios, el hombre y la natura
Lejos del mundo contempla,
Del fanatismo enemiga,
Y de la impía licencia!
No víctima del capricho
Paternal llora en la celda
Su amarga soledad triste,
Su forzada continencia.
Mas al Eterno elevando
Manos limpias de impureza,
De sus loores el incienso
Grato al Altísimo llega.
¿Por qué la tajante espada
De Temis no se ensangrienta
Contra el padre, que tirano
De sus hijas las condena
Á una reclusión forzada,
Do entre lamentos y penas
Inmortales le maldicen,
Y detestan la existencia?
¿Y Tú, eterno Dios, tus rayos
Para cuándo los reservas,
Si tu religión sagrada
Es velo de la violencia?
No así tú, que despreciando
Los halagos, la terneza
Materna, á Dios te consagras,
En manos de Dios te entregas.
Guarda atenta su ley santa;
La superstición destierra,

Que torna en mezquina y baja
De Dios la sublime idea.
Ama á los hombres: el claustro
No de esta ley te dispensa,
La más antigua y más santa
Que dictó naturaleza;
Con paciencia los defectos
De tus hermanas tolera;
La intolerancia aborrece
Dios más que nada en la tierra.
¡Oh Dios de misericordia! (1)
Derramadla á manos llenas
Sobre la que se consagra
Por virgen y esposa vuestra.

(1) Antes había: «Dios de las misericordias.»

II

EL AMOR DESDICHADO

DEL Oceáno irritado
En las arenosas playas
Que con Bayona confinan
Un infeliz paseaba.
Desatados Euro y Noto
Hasta los cielos levantan
Las olas del mar airado,
Y la deshecha borrasca
Al mísero marinero
Naufragio y muerte amenaza.
Lejos el llanto se escucha
De una hermosa que, abrazada
De su amante, al sordo cielo
¡Ay! en balde piedad clama.
Luchando van con los vientos
En una delgada tabla,
Cuando un fiero torbellino
Los sepulta entre las aguas.
El Aquilón poderoso

Los altos fresnos arranca;
Uno y otro polo truena,
Y las vecinas montañas
Por las lóbregas cavernas
El eco horrendo dilatan.
Un corderillo azorado
Dolientes balidos lanza;
Por hallar su madre anhela,
Y un lobo hambriento le asalta.
Horror y duelos respira
Naturaleza enlutada;
El pastor en ayes tristes
Así sus penas lloraba:
«Desdenes, amor y celos
Mi corazón despedazan;
Mi llanto mueve las fieras
¡Y tu pecho no apïada!
¡Oh! plega al Amor un día
Que tu condición tirana
Rendida á un joven altivo
Ruegue sin ser escuchada.
Sumido en amargo lloro
La Aurora ¡ay triste! me halla;
Tiende su manto la noche,
Y mi dolor no se calma.
Anoche en ajenos brazos
Ví tu imagen adorada
En sueños. ¡Cielos! la muerte
Antes que tan crudas ansias.
¿Por qué hicísteis mi enemiga
Tan bella y tan inhumana?
Róbale, Amor, su hermosura,
Ó su crudo pecho ablanda.
Divino Amor, si mi vida
En su aurora consagrada

Fué á tí, si mis dulces versos
Tal vez en lágrimas bañan
Los sensibles corazones;
¡Ay! amansa de una ingrata
La empedernida crueza,
Y mi dolor crudo aplaca.»
De la insensible Dorisa
Así un pastor se quejaba,
Y las compasivas Ninfas
Lamentan sus tristes ansias;
Mas de la ingrata pastora
Jamás el desdén se ablanda.

SEGUIDILLAS

PRIMERAS

Á UNA DAMA

VÉN, Musa chocarrera,
Sopla benigna,
Inspírame unas coplas
De seguidillas.
Vén sin tardanza,
Y mira que una hermosa
Ha de escucharnos.

Que de las avarientas
El oro es cebo,
Pero de las hermosas
El dulce verso;
Que el pecho altivo
Rinde y en llama torna
El hielo frío.

Mas nó; tú, rapaz, hijo
De Venus bella,
Dicta tú loores dignos
De tal belleza:

Que las beldades
Celebrar dignamente
Sólo Amor sabe.

Dínos tú cuál hechiza
Si canta ó toca,
Y cuál calle, ría, ó hable
Siempre enamora;
Y cuál pendiente
Mil amadores de ella
El alma tienen.

No así entre las estrellas
Brilla el lucero,
Como entre mil preciosas
Su rostro bello,
Y el cuello erguido
Del duro yugo exento
Del cruel Cupido.

Y el seno palpitante
Do Amor anida,
Do sus flechas asesta
Que nadie evita.
Cesad, cantares;
Pues Amor la ha formado,
Que él la retrate

HEROIDAS

I

ENONE Á PARIS

(Traducción de Ovidio.)

Ah! si tu nuevo dueño te consiente
Las cláusulas leer de ajena mano,
Lee las querellas de mi amor ardiente.
Tus mortales ofensas, inhumano,
Enone en estas selvas celebrada,
Tuya, si tú lo sufres, llora en vano.
¿Qué deidad con nosotros enojada
Se opone á nuestro amor? para perderte
¿En qué, mísera, pude ser culpada?
¡Ay! culpada sufrir mi cruda suerte
Mejor supiera; un pecho delincuente
Firme resiste á su dolor y fuerte.
Tu nombre, ilustre agora y eminente,
Escuro fué cuando te dió la mano
Enone, hija del claro Simoente.
Paris, agora príncipe troyano,
Esclavo era; yo ninfa; á hacer mi esposo
De un siervo me forzó el amor tirano.
Al abrigo de un álamo frondoso,

Tendidos sobre el muelle y verde lecho,
El ganado nos vió tomar reposo.
  Tal vez cubiertos del pajizo techo,
De la inclemente nieve defendidos,
Yacimos juntos ¡ay! en lazo estrecho.
  ¿Quién te indicó las peñas do escondidos
Sus cachorros dejar suele la fiera,
Do se acogen los corzos perseguidos?
  De tus afanes grata compañera,
Yo las redes manchadas ya tendía,
Los perros ya animaba en la carrera.
  El plátano frondoso, la haya umbría
Muestran en sus cortezas estampado
Mi nombre, que tu amor grabara un día.
  Y crece con el árbol levantado
El celebrado nombre; el amor mío
¡Oh! con él sea á las nubes elevado.
  Está plantado un álamo sombrío,
Á do escribieras tú tu ardor amante,
Á las frescas orillas de este río.
  ¡Oh! vive eterno tú, do el inconstante
Grabó este verso en tu corteza dura,
Jurando por los dioses ser constante.
  «Antes corriendo contra su natura
De Xanto la onda tornará á sus fuentes,
Que vivir pueda yo sin tu hermosura.»
  Tornad donde nacísteis, ¡oh corrientes
De Xanto! presurosas; apagados
Yacen fuegos un tiempo tan ardientes.
  Infaustos á mi amor ¡ay! son los hados:
Desde el aciago día que la diosa
Juno y Palas guerrera, desechados
  Los decentes arreos, y la hermosa
Venus desnuda su árbitro te hicieron,
Á calmar comenzó tu ansia amorosa.

Mis miembros de temor se entorpecieron,
Y corrió por mis huesos un frío hielo,
Cuando tales prodigios se dijeron.
Los ancianos peritos en el vuelo
De las aves consulto amedrentada;
Todos me anuncian enojado el cielo.
Por el hacha tajante derribada
Cae la haya en tierra y sesga con ligeras (1)
Velas la mar, en nave transformada (2).
Antes que «Á Dios te queda» me dijeras (3)
Lloraste: ¡ay! ¡cuánto fué tu llanto honroso,
Si este nuevo amor torpe consideras! (4)
Lloraste, y lloré yo, y el abundoso
Llanto por nuestros rostros confundido,
De ambos los pechos anegó copioso.
Cual olmo á la amorosa vid asido
Abrazada la tiene estrechamente,
Tal á tus brazos fué mi cuello unido.
Tus excusas burló toda tu gente
Viendo acusar de tu tardanza al viento,
Cuando soplaba más propiciamente.
¡Ah! ¡con cuán doloroso y triste acento
«Queda á Dios» me dijiste, y amoroso
En mi boca exhalaste tu lamento!
Corren las naves por el mar undoso,
Hienden los remos (5) las espumas canas,
Las velas hinche el Euro poderoso.
Á las olas se mezclan ¡ay! mis vanas
Lágrimas, y del mar en las llanuras
Miro correr las naos ya lejanas.

(1) Antes: «Cae la haya en tierra, y corre por los mares.»
(2) Antes: «En voladora nave transformada.»
(3) Antes: «Antes que de mis brazos te arrancares.»
(4) Antes: «Si con el nuevo amor le comparares.»
(5) Antes: «mares.»

Entonces con fervientes preces puras
Tu pronta vuelta á las Nereidas ruego;
Tu vuelta, causa de mis penas duras (1).
¡Mis votos te trajeron, y otro fuego
Te inflama, ingrato! ¡por tu nueva esposa
Fatigó ¡ay! los altares mi amor ciego!
Ya se avista la armada en la anchurosa
Mar, que cual la montaña levantada,
Tal resiste á su furia procelosa.
No bien tu nave veo, desalada,
Á lanzarme en tus brazos anhelando,
Correr intento por la onda salada.
En esto, desdichada, veo temblando
Purpurados arreos, de tí ajenos,
En lo alto de la proa tremolando.
Ya sulcados del mar los vastos senos
Ancla en tierra la nave: absorta miro
Otra mujer; ¡ay! ¿qué esperaba menos?
Ni basta á mi dolor; ¡ay! no respiro
De saña, cuando veo que amoroso
En su boca exhalabas un suspiro.
Despedazando entonces el rabioso
Pecho, furiosa mis cabellos meso,
Y tiño en sangre el rostro doloroso.
Mis penas, triste, de llorar no ceso;
Ida escuchó mil veces mi querella,
Que de mis males ¡ay! no alivia el peso.
Así el penar que causa esa tu bella
Sienta un día de su amante abandonada
Y acuse en balde su fatal estrella.
Ora, ingrato, te sigue la robada
Amiga al casto lecho de su esposo,
Sin temer riesgos de la mar airada.

---

(1) Antes: «Tu vuelta, para (?) mí triste, tan duras.

Mas ¡ay! cuando pastor menesteroso
De tu señor guardabas el ganado,
Sólo á Enone el ser tuya fué glorioso.
No admiro tu opulencia, no el dorado
Alcázar, ni de Príamo ser la nuera
Anhelo; sólo á ser tuya he aspirado.
No porque de una ninfa á Príamo fuera,
Aunque rey, la alianza ignominiosa,
Y Héctor gloriarse de ella no pudiera.
Si aspiro á ser de un príncipe la esposa,
Bien sienta una diadema en mi cabeza,
Ni indigna soy de suerte tan gloriosa.
Del tálamo dorado la riqueza
Mejor me está que del humilde lecho
De secas hojas de haya la pobreza.
No amenazan mil riesgos á tu pecho
Por mi amor, ni las naos de Mycena
Vengarán el insulto á su rey hecho.
Esta dote consigo trae Helena;
La guerra enciende, Menelao furioso
Tu adúltera reclama á Troya ajena.
Si de restituirla estás dudoso,
Consulta al invencible Héctor tu hermano,
Ó pregunta á Deífobo juicioso;
Al sabio Anténor y á tu padre anciano,
Que la edad enseñára á ser prudente,
Que los dos te darán consejo sano.
Mal la carrera empiezas, torpemente
Tu patria á tu pasión sacrificando;
Grecia es justa; tu amor es impudente.
¡Necio! en Helena vives, confiando
Que con tal veleidad de tí prendada
Constante sea su nuevo amante amando.
Cual llora Menelao la violada
Fe del conyugal lecho, y su pureza

Por extranjera huella amancillada,
  Así tu llorarás; que la limpieza
Del pudor ¡ay! se mancha una vez sola,
Ni lava arte ninguna la impureza.
  Arde en tu amante llama agora; vióla
Menelao un tiempo de su amor perdida;
Ora la fe de esposa infiel viola.
  ¡Andrómaca feliz, que á Héctor unida
Goza de casto amor suaves contentos!
Tan dulce debió, ingrato, ser mi vida.
  Ligero, cual las hojas de los vientos
Juguete, que á las nubes van alzadas,
Volando en torbellinos turbulentos;
  Y como las aristas abrasadas
En el Agosto por el sol ardiente
Que por los aires corren exhaladas.
  ¡Ay! del estro profético la mente
Casandra llena, me predijo un día
Los crudos males que ora mi alma siente.
  «¿Qué haces, mísera Enone?» me decía,
«Necia, que de la mar aras la orilla,
Y siembras ¡ay! en vano la ola fría.
  »Viene novilla griega (¡oh vil mancilla!)
Á tí, á la regia estirpe, y el troyano
Suelo viene á perder griega novilla.
  »Sumid ¡oh dioses! en el mar insano
La torpe nave; en sangre va teñido
Por esta nave el Helesponto cano.»
  Del fatídico ardor el pecho herido
Así habló; los cabellos en mi frente
Se erizan, el fatal anuncio oído.
  ¡Mísera! mis desdichas ciertamente
Predijiste; novilla más dichosa
Pace en mis pastos ¡ay! tranquilamente.
  Cierto adúltera ha sido, aunque es hermosa;

Prendada del amor de un extranjero,
Abandonar sus dioses patrios osa.
  Ni fuiste tú su robador primero;
Ya un Téseo de su patria la arrancara,
Si fué Téseo su nombre verdadero.
  ¿Crees que á su padre intacta la tornara
Joven y amante? si quien me dijera
Esto ignoras, Amor me lo enseñara.
  Dí, si quieres: violencia fué extranjera,
Y cela así la culpa cometida;
Si fué robada, al rapto causa diera.
  Enone la fe guarda prometida,
Y no sigue el ejemplo que le has dadó,
Infiel, aunque por tí tan ofendida.
  Los Sátiros lascivos me han amado,
Yo en los espesos bosques me escondía,
Y en vano por hallarme han anhelado.
  Y al Fauno que los cuernos se ceñía
Del verde pino que en el Ida crece
En amor inflamó la beldad mía.
  Y el fundador de Troya, el que merece
La palma de la cítara y del canto,
Con las primicias mías se ensoberbece.
  Ni sin violencia las llevara tanto
Dios, que en reñida lucha le arrancara
El cabello, anegada en triste llanto.
  Y no el metal precioso, ni la rara
Esmeralda me dió, que torpemente
El oro compra la beldad avara.
  El dios el arte médica eminente
Me enseñó y sus secretos misteriosos
Que los males alivian del doliente;
  Las hierbas saludables, los preciosos
Aromas que produce la natura,
Y sanan los dolores más penosos.

¡Mísera! que de amor la llaga dura
Ni la remedian hierbas saludables,
Ni toda mi arte médica la cura.
Herido de sus flechas penetrables
Su autor pació de Admeto la vacada
Y sintió los tormentos incurables.
La salud que tornarme no fué dada
Á planta alguna, ¡oh numen poderoso,
Tú sólo puedes darme ¡malhadada!
Ten, ingrato, piedad de un amoroso
Pecho, que no tiñeran, nó, mis manos
En frigia sangre el Xanto caudaloso.
Tuya, crudo, en los años más lozanos
De su primera edad Enone ha sido,
Y si mis blandos ruegos no son vanos
Siempre conmigo vivirás, conmigo.

II

HELOÍSA Á ABAELARDO (1)

SEPULTURAS horribles, tumbas frías,
También Amor persigue entre vosotras
Al mísero mortal, que su saeta
No evita ni entre lóbregos sepulcros.
La letra es de Abaelardo; letra cara,
Que el ojo amortiguado inunda en llanto,
Y el labio sella con amargo beso
¡Ay! dulce un tiempo, cuando Dios quería.

Lejos de tí, mi dulce amor, y lejos
Del mundo y del placer, eterno lloro
¡Mísera! me consume; en él sumida
Me halla la Aurora, en él la escura noche.
Huye de mí el descanso; horribles sombras
Mi sueño cercan de temor helado.
Terrible Dios, ¿son estos tus consuelos,

(1) Heloísa se supone en el templo teniendo delante la carta de Abaelardo y escribiendo la suya á la luz de las lámparas sepulcrales.

Tu gracia, tus auxilios eficaces?
¡Oh vanos nombres que pronuncia el vulgo,
Que así cual se disipa el humo al viento,
Tal desvanece el duelo y la desgracia.

Vuelve, Abaelardo, á mí, vuelve; en tus brazos
El placer gustaré que me promete
La Religión, mientras la amarga copa
Me da á apurar de acíbar y veneno.
De los verdugos el cuchillo infame
No te ha quitado todo, nó; tus gracias,
El hablar apacible, la sonrisa,
La hechicera elocuencia, el amor mío,
Todo tienes aún; ¿crüel, lo dudas?
Vén, descansa en mis brazos; mis caricias,
Mis halagos, mis besos encendidos
Te lo confirmarán; supersticiosos
Terrores no te asombren; el Eterno
Grabó de la virtud el indeleble
Amor en los mortales; de natura
Sigue las leyes que el Criador impuso.
Mentiras son las otras de los hombres
Que de Dios en el nombre al hombre oprimen
Y la vida envenenan y acibaran.
Nó, no es delito amar; es ley eterna,
Obligación sagrada, que los seres
En amigable paz une y concilia:
La yedra ama la vid, la loba al lobo,
Al hombre la mujer, ama á Abaelardo
Heloísa infeliz; leyes tiranas
Se oponen á su amor. ¡Ah! quebrantemos
Grillos que sólo la opinión los forja,
Á Dios indignan y á natura oprimen.
¡Infelice! ¿qué digo? ¿dó me arrastra
Mi pasión malhadada? ¡yo, la esposa

De Dios, á un hombre adoro, por él gimo!
¡Yo, que deshecha en llanto ante las aras
Ofrecí á un Dios celoso en holocausto
Un corazón!... ¡ah mísera! ¿era tuyo
Ese dón? ¡oh perjura! tú quisiste
Engañar á tu Dios, que vengativo
Castiga tu impiedad con duro azote.
Aquel aciago día, de horror lleno,
Miro siempre delante, en que forzada
Pronuncié votos que abomina el Cielo.
El Ángel tutelar cubrió su rostro
Herido de dolor; tronó la esfera,
El carro de Iohaváh corrió las nubes;
Subió el remordimiento del abismo
Á morar en mi pecho; en mis entrañas
Insaciable se ceba de contino.
  Cual un veloz relámpago pasaron
Los tiempos del placer y los amores,
Para más no tornar. Aquel día alegre
En que cedí á tus ruegos obstinados
¡Ah! ¿quién creyera que fatal origen
Fuese de tanto mal? El bien supremo
No es dado á los mortales. Desparecen
Cual sombra los deleites, y manida
La desesperación, el llanto, el luto
Hicieron en la tierra eternamente.
  De Citerea á las plantas no fué Adonis
Más ardiente, más tierno que Abaelardo
De Heloísa á los piés. Cielos, ¿la gloria
Que ofrecéis á los justos es la sombra
De la que yo gusté? Los celestiales
Se cubrieron los rostros envidiosos
De tan suprema dicha, que con mano
Pródiga nos dió Amor. Las importunas
Obligaciones de Himeneo, las trabas

De la opinión, nuestros contentos puros
No los aguaron, que tranquilos, libres
De la naturaleza la divina
Inspiración seguimos, despreciando
Las arbitrarias leyes que obedece
El vulgo ciegamente y burla el sabio.
Amor, rey de los hombres y de todo
Cuanto vive y respira, sus influjos
Aparta del profano que atrevido
Osó imponerle sujeción y leyes.
Él es ley á sí mismo, y huye lejos
Los grillos con que pueblos corrompidos
Aprisionarle intentan insensatos.
Aquella noche... su memoria horrible
Perezca entre los hombres; las estrellas
Le nieguen su luz pura... los verdugos
Los puñales afilan, luce el hierro.
Abaelardo, ¿tú duermes? ¡miserable!
¿Dónde estaba Heloísa? ¿su amoroso
Pecho no te abroquela, no te libra?
¿La vengativa cólera del Cielo,
Su desesperación ¡ah! no la excita?
¿Y hay un Dios vengador?... La Deidad, sorda,
No oye del inocente los lamentos.
Triunfa la iniquidad... la sangre corre,
La sangre de Abaelardo; el desdichado
En ella se revuelca... ¡no eres hombre
Y vives (¡oh dolor!) y yo respiro!
Es de la atrocidad y del delito
Juguete el justo; los ardientes rayos
Derruecan las altísimas montañas;
La tempestad y el cielo airado burla
El infame y perverso delincuente
¿Y no preside á la afligida tierra
Ó la fatalidad ó el ciego acaso?

¿Dó me despeño, triste? el negro abismo
Se abre á mis plantas, su espantosa boca
Me sume; ¡desdichada! las blasfemias
Ya no me aterran; el delito horrendo
Por doquiera me sigue; en todas partes
Sólo encuentro amargura y desconsuelo.
¡Jesús, mi buen Jesús, á Tí me acojo!
Dios hombre compasivo, Tú mis llagas
¡Oh Señor! Tú las sana, tus auxilios
Desciendan sobre mí, Tú los raudales
De tu misericordia en mí derrama.
Omnipotente Dios, ¿podrá tu diestra
Borrar en mí la imagen de Abaelardo,
Imagen vencedora de tu gracia,
Y vencedora de la muerte misma?
Vén, dueño amado, arráncame del seno
De un Dios amante que piadoso extiende
Á mí sus brazos... y que yo detesto.
¡Oh vosotras que nunca habéis sentido
Las encendidas llamas del profano
Amor que á mí me abrasa noche y día,
Que ignoráis (1) el placer y la violencia
Del deleite que pródiga natura
Reparte á los que cumplen con sus leyes;
Vosotras, mis hermanas, que contentas
Vivís en vuestro encierro voluntario,
Que visiones fantásticas arroban!
¡Vuestra felicidad ¡oh! cuánto envidio,
Y vuestra dicha imaginaria! El Cielo
Me dió en su indignación la ciencia triste
Que la superstición ahuyenta lejos,
Y su mentida gloria. Ella consuela
La flaca humanidad en sus desgracias;

(1) Antes: «ignorando.»

Ella da cuerpo á las fingidas sombras,
Que la verdad severa desvanece
Desconsolando al mismo que ilumina.
¿Qué religión profesas, Abaelardo,
Ó qué Dios es el tuyo? ¿qué; el Eterno
Ve la infelicidad de sus criaturas,
Y en ella se complace? ¿la tristeza
Y la pena le aplacan? ¿son contrarias
Las leyes naturales á las suyas?
¡Ah! no te asusten los espectros vanos,
De la superstición escuros hijos.
Sólo naturaleza es inmudable,
Y sus preceptos santos; los delirios
Desparecen por fin, y las creencias
Más arraigadas las destruye el tiempo.
Tu amor es la primera, las más santa
Obligación que el mismo Dios me impuso,
Y á tí también, ingrato, que así olvidas,
Pérfido, los sagrados juramentos
Que tantas veces ante el Cielo hiciste
De amarme eternamente. ¿De ese modo
Cumples con tus promesas? En la tierra
Ya no hay más fe, más ley: de su Heloísa
Despreciada huye lejos Abaelardo,
Sin que el amor antiguo le detenga
Ni las amargas lágrimas que vierte.
¿Qué temes, desgraciado? ¿no es ya muerta
Naturaleza en tí? ya su imperiosa
Voz calló para siempre; mis cariños
Ya no pueden moverte; vén, amado,
Tu esposa desolada te lo ruega,
Tu Heloísa infeliz. ¡Ay! hubo tiempo
Que fué su voluntad tu ley suprema,
Y hasta de sus caprichos fuiste esclavo.
Redúceme, Abaelardo, al buen camino

Que abandono por tí; vén, aplaquemos
Juntos á la Deidad que vengativa
Con eternos suplicios me amenaza,
Suplicios ¡ay! tan poco merecidos.
¿El lugar destinado á los amantes
Es el Infierno acaso? ¿el fuego eterno
El galardón que Dios ha reservado
Á las almas sensibles? ¡ah! no es éste
El Hacedor benéfico que anuncia
La conciencia: mi amor no es un delito
Ni una mortal de su Criador la esposa.
El vulgo que elevarse á Dios no sabe
Mezquina torna la sublime idea
De la divinidad; á él son debidos
Delirios que lamentan los piadosos,
Y que befa con risa el bando impío.
Mas ¡ay, que mi pasión nada la enfrena!
Ni de la santa Religión la augusta
Majestad, los misterios adorables;
Ni la cercana muerte, ni el tremendo
Dios que me ha de juzgar... Huye; los montes,
Los mares pon en medio de tu estancia
Y esta mansión del llanto, do Heloísa
La muerte invoca á sus gemidos sorda.
La pompa funeral, el aparato
De horror y destrucción ¡oh cuánto alegra
El ánima mezquina! Aquel descanso
Inalterable, aquella paz profunda
Que nada turba en el sepulcro frío
¿Será que venga para mí? La muerte
Evita al desdichado. Su guadaña
Siega la flor lozana, y deja ileso
El tallo seco y las marchitas hojas.
¡Oh Supremo Hacedor! por qué negaste
Facultad en su vida al desdichado

Que abruma la existencia y cansa el mundo?
Las puertas de la muerte están abiertas
Perpétuamente al infeliz; seguro
Puerto ofrece á la nao combatida
De la deshecha tempestad la huesa.
Al vulgo que en la muerte ve otra vida
Este error le detenga... ¡Oh Dios, perdona
De mi flaca razón el desvarío,
De mi pasión el desenfreno horrible!
Respeto tu ley santa, humilde adoro
Tu Religión, que la razón cautiva,
Y que del tierno amor hace un delito.
La desesperación del negro Infierno
Á la sima me arrastra, do sumida
Fuera ya, mas la Mano omnipotente
Mi flaqueza sostiene compasiva.
Anoche, al tiempo que descansa el mundo,
Cuando vela el cuidado, el vengativo
Remordimiento ante el dorado lecho
Del tirano y las sombras macilentas
Salen de su prisión, cuando los muertos
Pálidos de las tumbas se levantan,
Mi dolor exhalaba en llanto amargo
Ante un negro ataud: el santo templo
Se estremece, las lámparas se extinguen,
El cabello se eriza, voz tremenda
Resuena en mis oídos. «Heloísa,
Nada temas,» me dice, «ya la muerte
Te ofrece en el sepulcro eterno asilo,
Y ya Dios abre sus amantes brazos,
Y en su seno te acoge. Yo, tu hermana,
Ardí de amor cual tú, mas la encendida
Llama apagó esta tierra y este hielo.
El Eterno, que el vulgo representa
Cual tirano implacable, ve indulgente

De la frágil criatura el extravío,
Le perdona sus culpas y consuela
Sus quebrantos con gloria perdurable.
Vén; descansa conmigo.» Sí, mi amada,
Ya se anublan mis ojos, ya no late
El pulso amortecido; tú, Abaelardo,
Queda á Dios para siempre, y tus cenizas
Y mis helados huesos un sepulcro
Contenga; así en los siglos venideros
Del amor más constante y desdichado
Serán nuestras desgracias el ejemplo.

III

ABAELARDO Á HELOÍSA (1)

Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada!
¿Qué me quieres, bellísima Heloísa?
¿Por qué tu voz se escucha en esta tumba,
Morada eterna de pavor y muerte?
De un Dios celoso los preceptos duros
Tan sólo aquí se siguen, de natura
Las suavísimas leyes olvidando;
Amar es un delito. Sí, Heloísa;
Dios veda que te adore á tu Abaelardo
Y sople el fuego que en tu amor le inflama;
El fuego que discurre por mis venas,
Y que mi triste corazón abrasa.
¡Terrible suerte! mis verdugos crudos
Mis órganos helaron, y la ardiente
Llama que el alma mísera devora
No encuentra desahogo. Me consumo

(1) Abaelardo escribe en su celda teniendo delante una calavera, un crucifijo y la Biblia.

En rabiosos esfuerzos impotentes,
Los cielos y la tierra detestando.
Eterno Sér, cuyos milagros canta
El vulgo ciego ante el altar postrado,
Del engaño riendo el sacerdote,
¿Quieres verme rendido ante tus aras?
Vuélveme el sexo, y canto tus grandezas.
Melancólico libro, que dictado
Fuiste sin duda por un alma triste;
Biblia, que haces de Dios un cruel tirano;
Tú serás mi lectura eternamente.
¡Oh, cómo me complaces cuando pintas
Los hombres y animales fluctuantes
En el abismo inmenso de las aguas
Clamar en balde por favor al Cielo,
Y la vida exhalar en mortal ansia!
Todo el linaje humano, reprobado
Por el leve delito de uno solo,
Me muestras arrastrando sus cadenas,
Y condenado á enfermedad y muerte.
Mi gozo es retratarme estas ideas.
La desesperación fundó los claustros;
Ella aquí me ha arrojado. Yo detesto
De los hombres, de Dios, y de mí mismo;
De Heloísa también: sí, de Heloísa.
Yo fragüé tus cadenas, yo tus votos
Te forcé á pronunciar, yo te he arrancado
Del mundo que adornaba tu hermosura.
Odia, abomina este execrable monstruo,
Que marchitó la más lozana rosa,
Y en capullo cortó la flor más bella.
La desesperación ante mi lecho
Hace la ronda, y en mi pecho anida
La mortal rabia; á mis cansados ojos
Jamás se asoma el llanto. Dí, Heloísa,

¿Si reconoces tu infeliz amante
En tan fatal estado? Fueron tiempos
En que enjugaba compasivo el lloro
Del triste que aliviaba en sus desdichas.
¡Cuántas veces mis lágrimas regaron
Tus mejillas, la suerte lamentando
De el que la desventura perseguía!
La dulce compasión ya no se alberga
En este corazón, más que la roca
Por el sumo dolor empedernido,
Y hasta el consuelo de llorar me quita
La bárbara y crüel naturaleza.
Los celos y la envidia macilenta
Son las pasiones que mi pecho ocupan,
Y hasta del Dios que sirves tengo celos.
Cuando imagino que en el templo augusto
Á Dios das un amor que á mí me debes,
Execrando sus leyes sacrosantas,
El rival me declaro del Eterno.
El mundo todo contra mí conspira,
Y todo me aborrece mortalmente;
Yo vuelvo mal por mal, guerra por guerra.
Los monjes que sujeta á mis preceptos
La vil superstición y el fanatismo
Son con cetro de hierro gobernados;
Todos ven en su abad un enemigo.
La penitencia austera, amargo fruto
De desesperación que el pueblo mira
Cual dádiva de Dios, y que los Cielos
Airados en su cólera reparten,
En mi semblante mustio se retrata.
Ceñido de cilicios, soy yo propio
El más crudo enemigo de mí mismo,
Y sufro mil tormentos que me impongo.
Debajo de mis plantas miro abierto

Un abismo de penas y de horrores,
Y la muerte afilando su guadaña
Amenazarme su tremendo golpe.
Hiere; y descenderé tranquilamente
Á la mansión eterna del espanto.
¿Del tirano que rige á los mortales
La rabia omnipotente puede acaso
Castigarme con penas más horribles?
Allí yo te veré, veré á Heloísa,
Y aumentará tu vista mi tormento,
Tu vista que otro tiempo fué mi gloria.
Mi corazón se oprime; no me es dado
Contemplar á mi amada en la desdicha.
Iehováh, que de contino en balde imploro,
Si víctima tu saña necesita,
Descarga sobre mí: vé aquí mi cuello.
Tú, amada, vuelve al mundo que dejaste;
Vé, torna á las pasadas alegrías,
De un esqueleto olvida las memorias,
Vil juguete de Dios y de los hombres.
Si quieres ser feliz huye del claustro;
Renuncia de los votos imprudentes
Que no pudiste hacer; rompe tus grillos.
El hombre jamás pierde sus derechos;
Cobrar la libertad es siempre justo.
Dios eterno, perdona mis delirios.
Tú me has hecho apurar hasta las heces
El cáliz del dolor y la ignominia;
¿Y querrás que mi grito no resuene
Y que sufra en silencio el crudo azote?
¡Oh, cuán tremendo es Dios en sus venganzas,
Si no permite al infeliz ni el llanto!
¡Oh tú, que en otros tiempos animaste
Este cadáver que ante mí contino
Retrata los horrores de la muerte,

Espíritu que habitas las regiones
Por siempre impenetrables á los vivos,
Ilumina á un mortal extraviado
Que confusión y escuridad rodea!
¿Qué orden nuevo de cosas nos aguarda
En el reino espantoso de los muertos?
¿La miseria, el dolor, persiguen siempre
Á los humanos tristes, y se ceban
En las cenizas yertas del difunto?
¿Ó es la huesa el camino de la dicha?
¿Ó más bien todo con la vida acaba?
  Perseguido de ideas funerales,
La muerte miro como un trance horrible
Que me ha de conducir á nuevas penas.
Á veces en mis sueños me figuro
Que, conducido por un caos inmenso,
Soy presentado al trono del Muy Alto,
Y el resplandor que en torno le rodea
Me hace caer á tierra deslumbrado;
Que me levanta el rayo fulminante,
Y que el ángel tremendo de la muerte
La senda del Averno me señala,
Y en la región del luto soy sumido,
Condenado á tormentos sempiternos,
Do son perpétuamente los humanos
Víctima de las iras implacables
De un tirano crüel y omnipotente.
Despavorido me despierto, al Cielo,
Á ese Cielo de bronce, alzando en balde
Mis ayes doloridos y profundos.
  ¡Jesús, santo Jesús!, Tú que quisiste
Morir crucificado entre ladrones;
Mártir de la virtud, que el vulgo adora
Como deidad, y que venera el sabio
Como el más santo y justo de los hombres;

Que contemplando el orden de los seres
Admiras el gran todo, y las flaquezas
Del humano linaje compadeces,
Que evitó siempre tu virtud severa;
Si las preces del justo pueden algo
Con ese Dios que tú anunciaste al mundo,
Suplícale que alivie mis quebrantos;
La desesperación que despedaza
Mi corazón, que desvanezca luego
Un rayo de su gracia poderosa.
¿En qué pudo ofenderle un desdichado
Que amaba la virtud, que así le priva
De gozar por jamás algún contento?
Aparta ya, gran Dios, de mí tu soplo,
Súmeme de una vez en el sepulcro,
Y corta el hilo de tan triste vida.
Vosotros, monjes, que he mortificado
Hasta haceros la vida detestable,
¿No tomáis la venganza? ¿qué os detiene?
¿Ó queréis que respire en mi despecho?
Vosotros, que el silencio de las celdas,
La soledad medrosa de los claustros
Y el lúgubre pavor del cementerio
Excita á los proyectos más atroces;
Espíritus crüeles que endurece
Contra la humanidad la penitencia:
Vosotros, que encendísteis las hogueras
Del fanatismo, y el puñal agudo
Clavásteis en el pecho del hereje;
Que convertís á Dios á sangre y fuego,
Apurad contra mí vuestros horrores.
¿Qué pena da á los monjes un delito?
¿Son éstos, Heloísa, de tu amante
Los suaves coloquios? ¿Dó se fueron
Las deliciosas noches ¡ay! pasadas

En brazos del placer, cuando Heloísa
Templaba con sus besos amorosos
El ardor de mi llama? ¡Suerte horrible!
Del deleite supremo el dulce cáliz
Me dió á gustar natura, porque sienta
El valor infinito de la dicha
Y el peso del dolor intolerable,
Que para siempre morará conmigo.
Ya no invoco la muerte, que huye lejos
Del mísero que vive en los ultrajes.
Ni el cuchillo crüel de mis verdugos,
Ni mis suplicios, ni mi austera vida,
Ni mi ayuno continuo, ni mis duelos,
Nada basta á arrojarme en la fría tumba.
Las sombras pavorosas de los muertos
Rondan en derredor de mí contino,
Y á habitar me convidan sus mansiones;
En balde; que el destino aborrecido
Me tiene fijo á la enemiga tierra,
Y huye la muerte cuando yo la toco.
¡Oh Señor! ¿para cuándo señalaste
El término á mis días tan ansiado?
¿Me has de dejar sufrir eternamente?
¿Ó quieres que publique tus loores
De la horrible desgracia perseguido?
Quebranta las cadenas que sujetan
Mi cuello á la pasión; libre me hiciste,
Tórname en libertad, tu dón conserva.
Amada, oyó mis votos el Eterno.
La dulce calma vuelve á mis sentidos.
Ya va á herirme la muerte, y ya el descanso
De mis fatigas acercarse miro.
En el seno de un Dios, de un padre amante
De sus criaturas, las delicias todas
Me aguardan de consuno; que en tus brazos

Solamente gusté su vana sombra.
Aquí de los humanos los delirios
Desparecen por siempre; un Dios piadoso
Perdona á los errores invencibles
Que graba la crianza en nuestras almas.
Felicidad y dicha inalterable
Habitan las regiones fortunadas,
Que de monstruos horrendos puebla el hombre.
Aquí nos hallaremos, Heloísa,
Y nuestras almas con amor más tierno
Se estrecharán en lazo indisoluble.
Vive feliz, y piensa en tu Abaelardo;
Tu amor causó sus glorias y sus penas,
Y ni en la postrer hora te ha olvidado.

ELEGÍA

V

TRADUCCIÓN DE TIBÚLO

LLENA el vaso otra vez; mis fatigados
Ojos por tu potencia irresistible
¡Oh Baco! en sueño yazgan sepultados.
Espira sueño ¡oh Baco! Tú insensible,
Tú sólo, hacerme puedes á mi suerte;
¡Oh suerte con mi amor cruda, inflexible!
Cerrada está con un candado fuerte
La puerta de mi amada, y su celosa
Guarda todos sus pasos ¡ay! advierte.
Puerta dura, ¡ojalá la procelosa
Lluvia te embata, y te consuma el trueno
Que Jove lanza en mano poderosa!
Puerta, ábrete á mis ruegos; de mi seno
Los sollozos te ablanden; sin rüido
Cedan tus quicios, de sentido ajeno.
Si contra tí furioso he prorrumpido,
En mi cabeza caigan maldiciones
Que en tu daño sin seso he proferido.
No te olvides ¡oh puerta! de mis dones,

La guirnalda de flores que te ornara,
Mis preces, mis dulcísimas razones.
  Mas tú nada receles, Delia cara;
Osa frustrar tu guardia vigilante;
Venus dió su favor á quien osara.
  Venus la senda enseña al mozo amante
Que ignorara, y adiestra la doncella
Á abrir la puerta muda y palpitante.
  También muestra de amor la diosa bella
El lecho abandonar furtivamente
Y sin ruido estampar la blanca huella;
  Y delante el marido impertinente
Hablar con expresivas ojeadas,
Que el amador comprende solamente.
  Ni á todos estas artes les son dadas;
Mas á quien diligente deja el lecho,
Ni las tinieblas de la noche heladas
  Le asustan. Citérea de su pecho
Propicia aparta el aguzado acero,
Y en vano el salteador vela en su acecho;
  Que es seguro y sagrado aquel sendero
Por do va el amador de un dios guardado
Contra los lazos del mortal artero.
  No de las noches del Diciembre helado
La escarcha me dañara, ó la furiosa
Lluvia del cielo en aguas desatado.
  Nunca tendré mi pena por gravosa
Si á abrir mi Delia viene al fin su puerta,
Y por señas me llama silenciosa.
  Hombre ó mujer, si alguno hallarme acierta,
Lejos tenga la luz; que el dios Cupido
Veda que sea mi gloria descubierta.
  No de vuestras pisadas el rüido
Me asuste, ni mi nombre preguntando
Acerquéis el fanal aborrecido.

Quien sin pensar me viere, que jurando
Por los dioses sagrados lo desmienta;
Tal es de Venus poderoso el bando.
Si alguno hablar osare, el furor sienta
De la diosa implacable que engendrada
Fué de sangre y espuma turbulenta;
Mas ni entonces tu esposa creerá nada:
Tal me dijo una maga verdadera,
Cuya arte en mi favor está empleada.
Una noche serena yo la viera
Que la luna á su voz huyó medrosa
Y que el rayo torcía su carrera.
Su canto abre la tierra (1) y la espantosa
Tumba dejan los manes al conjuro
Do la yerta ceniza en paz reposa.
Agora llama con imperio duro
El Infierno, ó con leche rociados
Sus espíritus torna al reino escuro.
Á su arbitrio disipa los nublados,
Á su arbitrio los días más serenos
En pardas nubes van encapotados.
Ella sola conoce los venenos
De Colcos: de los perros infernales
Sola ella calma los rabiosos senos.
Ella misma compuso estos fatales
Cantos; dílos tres veces, Delia mía,
Y cántalos en tres tiempos iguales.
El envidioso en vano le diría
Á tu esposo mi amor; aun si nos viera
Yacer juntos, sus ojos no creería.
Mas tú huye de otro amor, que su ceguera
Será en mi favor sólo, y otro amante
Esconderse á su vista no pudiera.

(1) Antes: «tumba.»

¿Qué no creeré de maga que es bastante,
Según dijo, á romper del amor mío
Las firmes ataduras de diamante?
Cuando la noche tiende el manto frío,
Inmolará por mí negros corderos
Á las deidades del Averno umbrío.
No que yo no te amara, mas que fueras
Blanda á mi amor pedía, Delía hermosa,
Que eternamente tú en mi amor ardieras,
Que la vida sin tí me fuese odiosa.

ODA

XII

TRADUCCIÓN DE HORACIO

Vana sabiduría,
De tu resplandor falso deslumbrado,
Ya largo tiempo erré sin norte ó guía:
Ora al camino por mi mal dejado
Torno, y víctimas pías
Á Jove inmolaré todos los días.

Á Jove que, lanzando
Con diestra firme el rayo fulminante,
Hendiendo va las nubes, y volando
En alígero carro rutilante
Por el cielo sereno,
Crujen entrambos polos á su trueno.

Las selváticas tierras,
Los caudalosos ríos, el Averno
Y cuanto monstruo pavoroso encierras
En tus entrañas, horroroso Infierno,
Todo á Jove obedece,
Todo su rayo horrísono estremece.

La fortuna inconstante
Con impulso ruidoso precipita
Cuanto alzaba al Olimpo su arrogante
Frente, y con mano poderosa excita
El que en el polvo yace,
Y aquel que escuro fuera brillar hace.

POEMAS

I

LA GUERRA DE CAROS (1)

(Traducción de Osián.)

DAME, Malvina mía,
El harpa, dame: que la luz del canto
En el alma de Osián se enciende súbita.
Cual es el campo cuando escura noche
Las colinas en torno cubre, y crecen
Lentamente las sombras en el valle
Del Sol, tal, ¡oh Malvina! á mi Oscar veo
Junto la roca del limoso Crona.
Mas la forma de Oscar es cual la niebla
Del desierto que el rayo de Occidente
Colora de su luz; tal es la amable

(1) Es muy probable que Caros sea el usurpador Carausio, que se revistió de la púrpura imperial el año 284 de J. C. Habiéndose hecho dueño de la Bretaña, venció al emperador Maximiano Hércules en varias batallas navales, y por eso este poema le intitula Rey de las naves. Para poner freno á las continuas incursiones de los caledones, Carausio reparó la muralla de Agrícola. Oscar, hijo de Osián, con un cuerpo de tropas le atacó, á lo que parece mientras que se ocupaba en llevar á cabo este proyecto, y el combate entre ambos ejércitos forma la materia de este poema que Osián dirige á Malvina.

Forma de Oscar; ¡oh vientos
Que sopláis en Arvén, huid lejos de ella!
¿Quién viene hacia mi Oscar? Júbilo escuro
Brilla en su rostro; sus cabellos canos
El viento mece: en un bastón se apoya,
Y cánticos murmura, y torna á Caros
Miradas repetidas: Ryno el bardo
Éste es; Ryno, del canto el mensajero
Á la hueste enemiga.—¿Qué hace, ¡oh Ryno!
Caros, rey de las naves?—Oscar dice.—
¿Despliega, dí, las alas de su orgullo,
Bardo de antiguos tiempos?—Las despliega,—
Replica el bardo,—Oscar, pero al asilo
De amontonadas piedras, de sus muros
Atónito te mira, Oscar terrible
Cual de la noche el tenebroso espíritu
Que las olas agita,
Y furioso en sus naos las precipita.
—Príncipe de mis bardos,—Oscar dice,—
La lanza de Fingal toma, en su punta
Fija la llama, blándela á los vientos;
Vé, dile á Caros que de Oscar el arco
Arde por la batalla, fatigado
De la caza de Cona; que los fuertes
Están lejos, que joven es mi brazo;
Convídale con cantos á la guerra,
Dile que deje sus amigas ondas.—
Cánticos murmurando, Ryno parte;
Oscar alza el clamor cual el estruendo
De la caverna, cuando de Togorma
Se agita el mar cercano, y en sus árboles
Silban los vientos rápidos; los héroes
De Arvén le oyeron, y se aunaron súbito:
Tal después de las lluvias los torrentes
Se precipitan raudos de los montes

En el orgullo de su curso. Ryno
Se acerca al fuerte Caros, y blandea
La centellante lanza.—¡Oh tú,—le dice,—
Tú que habitas las olas inconstantes!
Sus, vén á la batalla de Oscar; lejos
Está Fingal; el canto de los bardos
Oye en Morvén, de su palacio el viento
Se mece en sus cabellos: su terrible
Lanza pende á su lado; cual la luna
Escurecida es el escudo; vén
Al combate de Oscar; solo está el héroe.—
Caros no vino al raudo Carón. Ryno
Se tornó con su canto. Negra noche
Crona cubre; la fiesta de las conchas
Se extiende; arden cien robles á los vientos,
Brilla pálida luz en la maleza.
Por entre el resplandor de Arvén las sombras
Pasan, y muestran sus escuras formas
De lejos. Á Comala un meteoro
Medio descubre; triste y tenebroso
Aparece Idalán cual luna escura
Por entre espesa nieve de la noche.
—¿Quién causa tu tristeza?—dice Ryno.—
Él sólo ve al caudillo.—¿Tu tristeza
Quién la causa, Idalán? ¿no has recibido
Tu gloria? ¿no se oyeron ya los cantos
De Osián? Tú de tu nube te inclinaste
Por oir el canto del morvenio bardo.
Tu sombra cabalgó sobre los vientos
Brillante.—¿Qué, tus ojos,—Oscar dice,—
Ven á Idalán cual meteoro escuro
De la noche? Dí, Ryno, cuál cayera
Idalán en los días de mis padres,
Tan famoso; su nombre vive eterno
En las rocas de Cona; yo mil veces

De sus colinas viera los torrentes.
—Fingal,—replicó el bardo,—de sus guerras
Á Idalán expelió; triste era el alma
De Fingal por Comala, ni sus ojos
Sufren la vista del caudillo; solo,
Con silenciosos pasos, tristemente,
Lento Idalán se embosca en la maleza.
Ambos sus brazos cuelgan, sus cabellos
Sueltos sobre su frente el viento mece,
La lágrima en sus ojos abatidos
Está, en lo hondo de su pecho un ¡ay!
Medio acallado. Solitario, escuro,
Erró tres días; y llegó al palacio
De Lamor, el palacio de sus padres,
Musgoso cabe el Balva. Bajo un árbol
Sentado está Lamor solo; su gente
Toda sigue á Idalán en los combates;
Sus piés baña el torrente, su cabeza
Cana sobre su báculo se apoya,
Ciegos sus ojos son de años cargados.
Lamor murmura el canto
De los pasados tiempos.
De las pisadas de Idalán el ruido
Á los oídos llega del anciano,
Y del hijo los pasos reconoce.
—¿Qué, torna el hijo de Lamor, ó escucho
De su espíritu el ruido? ¡oh tú, del viejo
Lamor hijo! ¿moriste en las arenas
Del Carón? y si oyeron mis oídos
Tus huellas, ¿dó están, dí, los esforzados
En la guerra, Idalán? ¿dó está mi pueblo
Que tornó tantas veces del combate
Con sus escudos resonantes? ¿Yacen
Los fuertes del Carón en las arenas?
—Nó,—dice el joven suspirando,—el pueblo

De Lamor vive, y es famoso en guerras,
¡Oh padre! Idalán sólo no es famoso,
¡Ah! no es famoso más. Yo en las arenas
De Balva habitaré solo, y en tanto
De la batalla crecerá el estrépito.
—Mas no tus padres se sentaron solos,—
Dijo el orgullo de Lamor;—tus padres
No se sentaron solos en la arena
Del Balva, en tanto que crujía el estruendo
Del combate jamás. ¿Ves tú esa tumba?
Mis ojos no la ven; en ella yace
El noble Gormalón, que de la guerra
Jamás huyera. «Vén ¡oh tú! famoso
En la guerra, me dice: de tu padre
Vén á la tumba.»—¡Oh Gormalón, famoso
Cual puedo ser! el hijo del combate
Huyó.—Idalán responde con sollozos:
—¿Por qué atormentas, rey del bando Balva,
Mi espíritu? Lamor, yo nunca huyera;
Por Cómala, Fingal triste, sus guerras (1)
Ha rehusado á Idalán; «huye, me dijo,
Á los canos arroyos de tu tierra;
Consúmete cual roble deshojado
Que los vientos lanzaron sobre el Balva
Para más no crecer.»
—¿Y cómo podré yo,—Lamor replica,—
Ver de Idalán las solitarias huellas?
¿Vivirá él fijo en mis torrentes canos,
Y mil serán famosos en batallas?
Espíritu del noble
Gormalón, guía á Lamor á su morada;
Sus ojos son escuros, su alma triste,
Su hijo perdió su fama.

(1) Antes: «Triste Fingal, por Cómala sus guerras.»

—¿Dó adquiriré yo fama,—dijo el joven,—
Para que el alma de Lamor se alegre?
¿De dónde tornar puedo yo con gloria,
Para que suene en sus oídos grato
El ruido de mis armas? Si á la caza
Voy de las ciervas, no se oirá mi nombre:
Cuando yo tornaré de la colina,
No alegre halagará Lamor mis perros,
Y no se informará de sus montañas,
Ni del ciervo ojinegro de sus selvas.
—Yo caeré,—Lamor dijo,—cual un roble
Deshojado; en la roca se elevaba,
Los vientos le abatieron. Mi alma triste
Por mi hijo Idalán en las colinas
Vagará. ¿Vos de nieblas su presencia
Me ocultaréis espesas? Vé, hijo mío,
De Lamor á la sala; allí las armas
De nuestros padres penden; trae la espada
De Gormalón; el héroe á un enemigo
La arrancara.—Idalán trujo la espada
Con todas sus correas retorcidas,
Y la entregó á su padre; el héroe cano
Tocó la punta con la mano y dijo:
—Condúceme á la tumba,
Hijo, de Gormalón, que se levanta
Tras de aquel árbol de sonantes hojas.
Marchitado está el césped, y la brisa
Oigo que silba aquí; cerca murmura
La fuentecilla, y corren hacia el Balva
Sus aguas; aquí quiero reposarme,
Que es medio día: el sol está en el campo.—
Idalán le condujo
De Gormalón al túmulo; el anciano
De su hijo hirió el costado; juntos duermen;
Sus antiguos palacios caen en polvo;

Espíritus se ven el medio día;
El valle es silencioso,
Y el pueblo arredra de Lamor la tumba.
—Hijo de antiguos tiempos,—Oscar dijo,—
Triste es tu historia; el alma mía suspira
Por Idalán, que en juventud temprana
Cayó. Sobre los vientos del desierto
Vuela, y en tierra extraña agora yerra.
Vosotros, hijos de Morvén sonante,
Id al encuentro de los enemigos
De Fingal; que la noche pase en cantos,
Y observad el ejército de Caros.
Yo voy al pueblo de otros tiempos, sombras
Del silencioso Arvén, á do mis padres
Escuros en sus nubes asentados
Ven las futuras guerras. ¿Tú, Idalano,
Cual un medio extinguido meteoro
No estás aquí? parece en mi presencia
En tu dolor, jefe del bando Balva.—
Los héroes marchan, y los cantos alzan.
Oscar con pasos lentos la colina
Trepa; los meteoros de la noche
Parecen á su vista en la maleza;
Un torrente lejano suena sordo;
De un huracán el soplo interrumpido
Silba por entre los ancianos robles.
Detrás de su colina roja, escura,
La luna en la mitad de su creciente
Se abate; en la maleza flacas voces
Se oyen; Oscar desenvainó la espada:
—Vos, espíritus—dice—de mis padres,
Vos que contra los reyes de la tierra
Combatísteis, venid y reveladme
De los futuros tiempos las hazañas;
Ó cuando razonáis en vuestras huecas

Mansiones y en los campos del valiente
Vuestros hijos miráis, vuestros discursos
Decidme cuáles son.—
  Á la voz de su nieto poderoso
Tremor de su colina vino; nube,
Cual el potro extranjero, sus aéreos
Miembros sostiene; niebla escurecida
De Lano es su vestido; mortal niebla
Á las gentes, un verde meteoro
Medio extinguido por espada lleva;
Informe y tenebroso es su semblante.
Tres veces suspiró Tremor; tres veces
Espantables los vientos de la noche
Rugieron; luengas fueron sus razones
Con Oscar, mas el eco solamente
Vino á nuestros oídos tenebroso,
Cual son historias de remotos tiempos
Antes que amaneciera luz del canto.
Desvanecióse lento al fin cual niebla
Que los rayos del sol en la colina
Derriten, ¡oh Malvina! Oscar fué triste
Desde entonces; escuro, pensativo,
Cual el sol cuando cubre negra nube
Su rostro, y disipando las tinieblas
Otra vez mira las colinas verdes
Del Cona, tal Oscar á veces era,
Porque de su linaje
Previó de entonces la fatal rüina.
  Oscar pasó la noche con sus padres;
El alba de Carón en las arenas
Le halló; de un verde valle rodeado
Un sepulcro se eleva, monumento
De los antiguos días, y á lo lejos,
Erguiendo al viento sus ancianos pinos,
Alzan bajas colinas su cabeza.

Los guerreros de Caros aquí estaban,
Que la noche el arroyo vadearan;
Cual troncos de altos pinos parecían,
Cuando pálida luz del alba raya.
Junto á la tumba Oscar se pára y alza
Tres veces su terrible grito; en torno
Resuenan las colinas cavernosas,
Saltan los ciervos azorados (1), huyen
Amedrentadas en sus negras nubes
Las espantadas sombras de los muertos;
Tan terrible la voz de mi Oscar era,
Llamando á la batalla á sus amigos.
  Mil espadas se alzaron; se alzó el pueblo
De Caros. ¿Por qué lloras, oh Malvina?
Mi hijo, aunque solo, es bravo. Cual un rayo
Es de celeste luz Oscar, en torno
Gira, y el pueblo cae; su mano es brazo
De espíritu que sale de la nube;
Su forma es invisible,
Mas en el valle en tropa el pueblo muere.
Oscar mira acercarse el enemigo,
Y en el silencio escuro de su fuerza
Se pára.—¿Estoy yo solo,—dice,—en medio
De miles de enemigos? Muchas lanzas
Aquí parecen, muchos ojos miro
Torvo-rotantes. ¿Tornaréme huyendo
Al Crona? Mas mis padres nunca huyeron:
La señal de su brazo en mil batallas
Impresa está. También Oscar famoso
Un día será. Vosotros, de mis padres
Espíritus escuros, mis hazañas
En la guerra mirad: si caigo ¡oh padres!
Cual el linaje del Morvén sonante

(1) Antes: «espantados.»

Seré famoso en los futuros tiempos.—
Oscar se para, y en su puesto crece
Cual un arroyo en el estrecho valle.
  Acercóse el combate, mas cayeron,
Y en sangre se tiñó de Oscar la espada.
Oyó Crona el estrépito, y su gente
Cual cien torrentes corre; huyen de Caros
Los guerreros. Oscar, cual por reflujo
De la mar el peñasco abandonado,
Tal permanece incontrastable. En tanto
Caros se avanza turbulento, escuro,
Con todos sus caballos, cual el rápido
Torrente: los pequeños arroyuelos
Se pierden en su curso, y se estremece
La tierra en torno; brillan en los aires
Diez mil espadas; de ala en ala corre
La batalla... ¿Á qué más canta batallas
Osián? ¡Ah! nunca brillará en la guerra
Mi acero ya. Yo con dolor recuerdo,
Al sentir la flaqueza de mi brazo,
Mis días juveniles. ¡Oh! felices
Aquellos que en los días de su gloria
En juventud cayeron, ni las tumbas
De sus amigos vieron, ni las cuerdas
Del arco de la guerra al débil brazo
Rehusaron de ceder. ¡Oh tú felice,
Oscar, en medio de tu torbellino
Sonante; tú los campos de tu fama
Visitas, donde Caros huyó lejos
De tu luciente espada!
  Bella hija de Toscar, el alma mía
Tinieblas cubren; ni la forma veo
De mi Oscar en Carón, ni veo su imagen
Ya sobre Crona; el viento impetuoso
Lejos le arrastra: triste de su padre

El corazón está; mas tú, Malvina,
Al ruido de mis selvas me conduce,
De los torrentes raudos de mis montes
Al estruendo. El sonido de la caza
Quiero escuchar en Cona, meditando
En los pasados años. Dame el harpa
¡Oh virgen! que pulsar pueda sus cuerdas
Cuando en el alma mía
Raye la luz del canto.
  Acércate ¡oh Malvina! aprende el canto
Que escucharán los venideros días.
Tiempos vendrán que de los hombres flacos
Los hijos alzarán la voz en Cona,
Y mirando estas rocas
«Aquí Osián ha morado»,
Dirán, y admirarán los capitanes
De los pasados años, el linaje
Que ya no es más. En tanto ¡oh mi Malvina!
Cabalgando en las alas de los vientos
Mugientes, asentados en las nubes,
Nuestras voces se oirán en el desierto:
De la roca los vientos
Dirán de nuestros cantos los acentos.

II

LA GUERRA DE INISTONA (1)

SUEÑO es del cazador en la colina
Nuestra edad juvenil: serenos rayos
Del sol le aduermen, mas despierta en medio
De hórrida tempestad; el trueno estalla,
El huracán los árboles sacude;
Él se recuerda del luciente día,
Y de sus dulces sueños. ¿Cuándo ¡ah! cuándo
Tornará, Osián, tu juventud lozana?
¿Cuándo más de las armas el estrépito
Sonará grato en mis oídos? ¿cuándo
Iré yo, cual mi Oscar, resplandeciente
En la luz de mi acero? Vos colinas
Del Cona, vos torrentes de mi patria,
Atentos escuchad la voz del bardo.

---

(1) *Sumario de la guerra de Inistona.*—Reflexiones del poeta sobre su juventud.—Apóstrofe á Selma.—Oscar pide y alcanza permiso de ir á hacer la guerra en Inistona, isla de Scandinavia.—Triste historia de Argón y Ruro, hijos ambos del Rey de Inistona.—Venga Oscar su muerte, y torna á Selma victorioso.—Soliloquio de Osián.

El canto raya, cual sereno día,
En el alma de Osián; de los pasados
Tiempos las alegrías
Goza plácidamente el bardo anciano.
Selma, tus torres miro,
Veo de tus altos muros sombreados
Los robles; de tus rápidos torrentes
Escucho el murmurar; tus generosos.
Héroes están aquí; mi noble padre
Descuella en medio de ellos apoyado
Al broquel de Tremor; su lanza cuelga
De la muralla; con atento oído
El Rey escucha el canto de sus bardos,
Que de su verde edad dicen la gloria,
Y de su brazo la invencible fuerza.
Oscar, tornado en tanto de la caza,
Oye los nobles hechos de su abuelo;
Sus ojos de mil lágrimas se inundan,
Y de rubor se cubre su semblante.
El escudo de Brano, que pendía
De la muralla, arranca; al viento blande
La centellante punta de mi lanza,
Y al jefe de Morvén en voces trémulas
Le dice con palabras mal formadas:
—Fingal, Rey de los héroes, y tú, padre
Osián, tú después de él segundo en gloria
Guerrera, vuestros nombres en los cantos
Suenan con fama; vuestra edad temprana
Ilustró la vitoria; mas cual niebla
Del Cona así yo soy. Oscar parece,
Y se disipa al punto. Nunca el bardo
Su nombre cantará, ni en la maleza
El cazador visitará su tumba.
Dejadme combatir en Inistona,
Héroes; lejana entonces de vosotros

De mis hazañas estará la escena,
Y el rumor de mi muerte á vuestro oído
Jamás vendrá; mas cantará mi nombre
El extranjero bardo, y mi gloriosa
Muerte celebrará la virgen tierra;
Sobre mi tumba llorará el valiente
De la lejana tierra; en los convites
Los bardos cantarán: «Oíd las proezas
De Oscar, el hijo de la tierra extraña».
—Hijo del nombre mío,—Fingal responde,—
Oscar, tuyo ha de ser este combate.
Aprestad ¡oh! la nao cavernosa
Que á mi héroe en Inistona desembarque.
Hijo del hijo mío, á tí la gloria
De nuestro nombre fío; tú del ilustre
Linaje eres también; que nunca diga
El extranjero al recordar tu nombre:
«Flaco es el brazo de Morvén en guerra».
Cual fulminante rayo en la batalla
Tal has de ser, mas en la paz suave
Cual es el sol ya cerca de su Ocaso.
Vé, dí á Anir que yo guardo en mi memoria
De nuestra edad lozana los combates,
Cuando luchamos ambos en los días
De la hermosa Agandeca.
Las velas ya despliegan, y los vientos
Silban en las correas de los mástiles.
Las olas baten las musgosas rocas,
Y el Oceáno formidable ruge.
Del alto mar la tierra de las selvas
Descubre Oscar, y rápido del Runa
Aporta á la ensenada.
Á Anir, Rey de las lanzas, de aquí envía
Su reluciente acero; el héroe cano
De mi padre la espada reconoce,

Y sus ojos mil lágrimas inundan,
Que de su fuerza juvenil se acuerda,
Cuando tres veces blandeó su lanza
Contra Fingal á vista de Agandeca.
Los otros héroes combatir los vieron
De lejos, como luchan en las nubes
Dos espectros nocturnos irritados.
Mas ora yo soy viejo,—el Rey prosigue,—
Mi acero en mi palacio cuelga inútil:
Guerrero de Morvén, ya fueron tiempos
Do vió Anir de las lanzas la batalla;
Agora está marchito y macilento,
Cual el roble de Lano.
Ya no tengo más hijos que te lleven
Contentos al palacio de sus padres.
Desangrado Argón yace en el sepulcro,
Y Ruro no es ya más; del extranjero
Mi hija habita las salas, y mi muerte
Por ver anhela; su terrible esposo,
Diez mil lanzas guiando, cual la nube
De mil muertes cargada, así de Lano
Desciende. Mas vén, hijo del sonante
Morvén, del viejo Anir vén á la fiesta.
Tres días duró el convite de las conchas;
El cuarto Anir el nombre de Oscar supo,
Y se alegraron juntos persiguiendo
Los jabalís del Runa; fatigados,
Cabe una fuente de musgosas peñas
Los héroes se pararon.
Anir esconde en vano el llanto triste
Que baña sus mejillas, y en sollozos
Interrumpidos dice: «Aquí reposan
Los hijos de mi amor; este árbol cubre
El sepulcro de Argón, y de mi Ruro
Esta piedra es la tumba. Amados hijos,

¿En la estrecha mansión de vuestro padre
No oís el lamento? ¿y cuando del desierto
Los vientos soplan, no me habláis acaso
Al ruido de las hojas agitadas?»
—Rey de Inistona ¡ah! dime cuál cayeron
De tu edad juvenil los caros hijos,
—Le dice Oscar.—Sobre sus tumbas corre
El fiero jabalí, mas su descanso
No turba; que en las nubes persiguiendo
Van nebulosos ciervos, y tendiendo
Sus arcos lanzan las aéreas flechas.
Tus hijos en sus juegos juveniles,
Anir, aún se ejercitan, y contentos
En la región habitan de los vientos.
—Cormalo,—el Rey replica,—á diez mil lanzas
Manda; Cormalo habita cabe el Lano
Que vapores mortíferos exhala.
Á mi palacio vino, y de la justa
La gloria pretendió: bello era el joven,
Cual del naciente sol el primer rayo,
Y pocos en la justa de la lanza
Le igualaban; mis héroes á Cormalo
Cedieron todos; él ganó la palma;
Mi hija de él se prendó; mi Argón, mi Ruro
Tornaron de la caza, y de su orgullo
Las lágrimas corrieron.
De los dos héroes las miradas mudas
Erraban con furor sobre los bravos
De Runa, que cedieran en la justa
El triunfo al extranjero.
Tres días duró el convite; vino el cuarto,
Y mi Argón y Cormalo combatieron.
¿Mas quién pudo igualarse en el combate
Á Argón? Cedió Cormalo; mas su orgullo
Llenó su pecho de furiosa rabia,

Y meditó en secreto dar la muerte
Á mis dos hijos. Juntos las colinas
Del Runa recorrían persiguiendo
Las ciervas; la saeta de Cormalo
Sin ser vista voló; mi Argón, mi Ruro
Cayeron ¡ay! bañados en su sangre.
Él vino de su amor á la doncella,
La virgen de Inistona de los luengos
Cabellos; por el hiermo huyeron ambos;
Solo se quedó Anir; viene la noche,
El día raya, y ni Argón ni Ruro tornan.
Al fin vimos su perro más amado,
Su fiel Runar, el corredor ligero,
Que con ahullidos dolorosos entra
En mi palacio, y con mirada triste
El sitio de su muerte nos indica.
Nosotros le seguimos, y mis hijos
Aquí encontramos; cerca de este arroyo
Los sepultamos; este es mi retiro
Cuando torno cansado de la caza:
Aquí agobiado, cual un viejo roble,
Mis ojos vierten siempre amargo llanto.
—Runán,—exclama Oscar,—Rey de las lanzas;
Ogar, llamad, llamad á mis valientes
Héroes, los hijos de Morvén. Hoy vamos
Al Lano, cuyas ondas pestilentes
Mil vapores mortíferos exhalan.
Corto será tu gozo,
Cormalo; que la muerte
En la punta asentada
Perpétuamente está de nuestra espada.
Por el desierto marchan, cual la nube
Tempestuosa, que los vientos rápidos
Por la maleza arrastran, de relámpagos
Y de truenos preñada: el ruido horrísono

De las selvas anuncia la tormenta.
De Oscar el cuerno suena la batalla,
Y del Lano se agitan encrespadas
Las olas todas; de Cormalo en torno
Á su sonante escudo se ayuntaron
Del negro lago los escuros hijos.
Oscar combate, como suele, en guerra;
Y Cormalo á los filos de su espada
Muere; los hijos del terrible Lano
Buscan asilo en sus profundos valles.
El Héroe la doncella de Inistona
Tornó al palacio de su anciano padre.
Brilló el rostro de Anir en alegría,
Y bendijo á mi Oscar de las espadas
Valeroso caudillo.
¡Cuál fué de Osián el gozo cuando viera
La vela de su Oscar tendida al viento!
Así cuando el viajante tristemente
Desconocidas tierras atraviesa,
Y la noche terrible y sus espectros
Con sus escuras sombras le rodean;
Nube de luz en el Oriente asoma,
Y su pecho de júbilo se llena.
Con cantos le llevamos á las salas
De Selma, do la fiesta de las conchas
Celebraba Fingal; de Oscar el nombre
Mil bardos elevaron; al sonido
Morvén respondió en ecos.
Aquí Malvina estaba;
Su voz era cual harpa melodiosa,
Cuando la brisa que murmura dulce
Al caer de la tarde á los oídos
Lleva el són agradable.
¡Oh vosotros que veis la luz del día,
Conducidme á una roca

De mis colinas, rodeada en torno
De espesos avellanos, y de robles
Susurrantes; que el sitio de mi sueño
Sea verde, y el estruendo del torrente
Suene lejano; toma ¡oh mi Malvina!
El harpa; entona ¡oh virgen! los amables
Cantos de Selma, porque el sueño pueda
Mi alma embargar en sus serenos gozos
Y (1) de mi juventud los dulces sueños,
Y los días de Fingal poderoso
Otra vez tornen. Selma, ya tus torres,
Tus árboles, tus muros sombreados
Miro; los Héroes de Morvén ya veo,
Y ya escucho los cantos de los bardos.
Oscar la espada de Cormalo esgrime;
Mil jóvenes la admiran, y contemplan
Atónitos el hijo de mi fama,
Celebrando la fuerza de su brazo:
De su padre en los ojos ven el gozo,
Y aspiran á igual nombre en la memoria.
Héroes valientes de Morvén, sin gloria
No quedaréis; mi espíritu se inflama
Mil veces en el canto, y se recuerda
De los amigos de la edad pasada.
Mas el sueño desciende en pasos lentos,
    Al són del harpa plácida;
Y nacen en el alma mil contentos
    Con sus gratas imágenes.

        No mi reposo
      Con el ruidoso
      Són turbéis de la caza (2).

(1) Antes: «Que.»

(2) Antes: «No turbéis mi reposo—Con el ruidoso—Estruendo de la caza.»

El bardo anciano
Huye el profano
Discurso, y se solaza
Conversando
Con el bando
De sus antepasados
Los reyes esforzados.
Vos, hijos de la caza, el són ruidoso
Tened lejano;
No interrumpáis el sueño delicioso
Del bardo anciano.



POESÍAS

NO INCLUÍDAS EN EL MANUSCRITO DE PARÍS

ODA

Á CRISTO CRUCIFICADO [1]

CANTO el Verbo divino:
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
En la perfecta forma no criada;
Ni cuando, de victoria
La sien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Infierno,
Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre levantada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrísono-tonante,
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraón el pecho endureciendo,

(1) Esta oda se publicó en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.*

Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amón y Canaán se estremecieron.
  Ni en el postrero día,
Acrisolando el orbe con su fuego,
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fría,
Que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luego
La eternidad en sus abismos sume,
Y lo que es, fué, y será, todo consume:
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe,
Los justos gloria eterna se merecen.
  Señor, cantarte quiero
Por los humanos en la Cruz clavado,
El almo cielo uniendo al bajo mundo,
Libre ya el hombre, y el tirano fiero
Por siempre encadenado en el profundo
Infierno con coyundas de diamante;
Dó el pendón del pecado
Tremolaba, brillando la Cruz santa,
Tu Cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
Cuando al escuro imperio
Descendiste, del duro cautiverio
Tus escogidos á librar triunfante.
  ¿Qué es de tu antigua gloria,
Fiero enemigo del mortal linaje?
¿Dó los blasones que te envanecían,

Dó está de Adán la culpa y su memoria,
Dó los que Rey del siglo te decían?
¡Cómo el Hijo del hombre tu cabeza
Quebrantó con ultraje!
Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,
Tú que la erguida frente levantabas
Más que de Horeb la cumbre,
¡Oh coloso de inmensa pesadumbre!
Yaces, postrada al suelo ya tu alteza.
  Del Oriente al Ocaso
En alas de mil ángeles pasea
Tu vencedora Cruz, Verbo divino;
Ni es de hoy más Israel único vaso
De elección, que al altísimo destino
De hijos de Dios nos elevó tu muerte:
Con tu Sangre la fea
Mancilla de la culpa en nos lavaste,
Y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh gloria sin segundo
Al Redentor, al Salvador del mundo,
Por quien nos cabe tan felice suerte!
  Ya miro el venturoso
Día que tu Cruz santa el orbe hermana
Con vínculo de amor indisoluble:
Plácida caridad, almo reposo,
Y paz perpetua reinan; la voluble
Fraude tragó el Infierno en su honda sima;
La libertad cristiana
Para siempre ahuyentó la tiranía,
Y los tiranos bajo quien gemía
Triste el linaje humano
Derrueca el Cristo con potente mano,
Que no quiere que al hombre el hombre oprima.
  Sí, que nuestra ley santa
Es ley de libertad, y los tiranos

En balde se coligan contra el Verbo;
Él los quebrantará con fuerza tanta,
Cual león que destroza el flaco ciervo,
Cual rompe el barro frágil metal duro:
Iguales los cristianos
Y libres vivirán siempre sin sustos,
El Cristo reinará sobre sus justos;
El orbe renovado
De la Sión celeste fiel traslado
Será, Señor, bajo tu cetro puro.
¡Cuál mi inflamado pecho
Ansía por ver tu gloria y las venturas
Del linaje humanal que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
Traspaso, y veo volar la serie triste
De los males del tiempo venidero,
Y las culpas futuras:
Mas tu gracia, Señor, omnipotente
Desciende en fin, y tórnase inocente
El mundo iluminado
Con tu ley, y en tu amor santificado,
Y despojado del Adán primero.

APÓSTROFE Á LA LIBERTAD [1]

OH lauro inmarcesible, oh gloriöso
Hado de nación libre, quien te alcanza,
Llamarse con verdad puede dichoso!
Libertad, libertad; tú la esperanza
Eres de cuanto espíritu brioso
El despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas,
Á vida nueva al punto resucitas.

El pueblo de Minerva, el de Quirino,
Si la historia pregona sus loores,
Y si con esplendor lucen divino,
Del tiempo y del olvido vencedores,
Á la libertad deben su destino.
La libertad regó las bellas flores
Que la sien de Fabricio y Decio ornaron,
Y á Foción y á Aristídes coronaron.

(1) Estas tres octavas, impresas en las *Lecciones*, son los únicos fragmentos que restan de un poema que Marchena compuso con el título de *La Patria á Ballesteros*.

Á Jéfferson y á Washington inflamas
En tu sagrado amor, y otro hemisferio
Consume luego entre voraces llamas
Los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nación derramas,
Y de las leyes fundas el imperio,
Siempre absoluto, porque siempre justo,
Que la igualdad social mantiene augusto.

EPIGRAMA

DE LA INQUISICIÓN

LA horrible Inquisición, ese coloso
Que del cieno nació de Flegetonte,
Y mamó de Megera el ponzoñoso
Jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,
Aún agita sus teas horroroso,
Y entre ruinas descuella, cual el monte
De Olimpo en Grecia mísera desierta
Su frente esconde entre las nubes yerta.

ODA

AL REY INTRUSO JOSÉ NAPOLEÓN

CUANDO ENTRÓ EN CÓRDOBA EN 1810 (1)

De rosas y de mirto coronadas
Canten del Betis las festivas Drías
Al sol benigno que de luces pías
Viene á dorar sus márgenes sagradas:
Sol de más dulce encanto
Que al que de luz fulgente
Visten las bellas Horas áureo manto;
Y al grato rayo de su ardor clemente
La hermosa turba, en danzas extendida,
Nuevo amor las inflame y nueva vida.

Venció de Alecto la infernal caterva,
Y de Pirene hasta el hercúleo estrecho
Ardió en su llama el español deshecho.
Nada la muerte á su furor reserva;
Yaces, mísera España,

(1) Esta oda es realmente obra de dos ingenios: el abate Marchena y el Penitenciario de la Catedral de Córdoba D. Manuel M. de Arjona. Véase la biografía de Marchena.

Desolada al combate
De la propia opresión y de la extraña;
Mas de la doble muerte que te abate,
Tu rey, astro de vida, te rescata
Y el bien por tu ancho término dilata.

Tal, esplendor benéfico sembrando,
De entre las ondas del rosado Oriente
Nace del día el padre refulgente,
Los plácidos celajes matizando;
Y del Indo distante
Esparce el almo aliento
En el carro de nítido diamante,
Al orbe mustio, de su luz sediento;
Hasta que la cuadríga voladora
Pisa otra vez los reinos de la Aurora.

Así el Betis te admira cuando goza
Á tu influjo el descanso lisonjero,
Al tiempo que de Marte el ímpio acero
Aún al rebelde catalán destroza.
La paz que en tu semblante
Y que en tu pecho mora,
Nos fué presagio del feliz instante,
Término de la Parca destructora.
Gózale grata, en fin ¡oh patria mía!
Y honra á tu rey en himnos de alegría.

No el despótico error más inhumano
Te oprimirá en ignoble cautiverio,
Ni negará el laurel que en el imperio
Del primer Carlos pretendiste en vano;
Aurora sepultada
En nubiloso día
Fué aquella tu esperanza malograda,

Mas ya suelta la férrea tiranía,
No clames, Betis, en tu orilla amena
Por las glorias del Támesis y el Sena.

Reinará la abundancia, y en su seno
Verás domar al piélago tus robles,
Y no quebrados tus intentos nobles,
Tu nombre antiguo gozarás de lleno;
Dos siglos son pasados,
¡Oh España! que no existes,
Cuando á impulso de genios elevados
Te ves nacer de entre fragmentos tristes:
Por tanta hazaña ¡oh Palas! ya previenes
El más digno laurel de regias sienes.

Y así ¡oh gran rey! á su región te llama
En que sólo ser puedes coronado,
Donde el Betis, del Tíber envidiado,
Por los tartesios campos se derrama;
La antigüedad sagrada
Aquí al árbol dió asiento
Que es de la dulce paz insignia amada,
Y del culto de Palas ornamento;
Y aquí, de ciencia y paz doble corona
Hoy ha de darte el coro de Helicona.

Aquí el Elíseo campo venturoso
Pintó el cantor de la venganza argiva,
Y Argantonio y Gerión copia festiva
Aquí gozaron en feliz reposo.
Aquí naturaleza
Prodigó sus delicias,
Porque del mar vencieran la aspereza
Púnicas proras, griegas y fenicias,
Hasta que la fortuna dió al romano

El confín del incauto turdetano.

Febo de luz, más pródigo, le baña;
Vos dadle luz de amor más encendida;
Que él es, señor, delicia de la vida,
Como vos sois delicia de la España;
Ni recuerda memorias
Más de Minerva ó Marte;
Que, despreciando sus antiguas glorias,
Ya su gloria mayor pone en amarte:
Gozad, gozad su amor, y eternamente
Orne su verde oliva vuestra frente.

MUESTRAS DE UNA TRADUCCIÓN

DE LOS POEMAS DE OSIÁN [1]

ADVERTENCIA PRELIMINAR

TAL vez no se ha presentado en la literatura poética de este último medio siglo un fenómeno tan extraño como la aparición de las poesías de Osián. Decir á nuestros humanistas que en el siglo cuarto de la era vulgar florecía entre los rudos habitantes de las montañas de Escocia un talento sublime comparable según algunos con Homero, era trastornar todas las ideas que se tenían anteriormente del influjo de la civilización sobre la formación de los talentos. Osadía era decirlo, y ninguno lo hubiera creído, si el mismo que lo anunció no acompañara su noticia con la publicación de las obras del poeta que proclamaba. Ellas, á la verdad, no salieron en la lengua en que se habían escrito; pero el estilo,

(1) Se insertaron en 1804 en las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* de Madrid, precedidas de una advertencia de Quintana, que era el principal redactor de aquella publicación.

las imágenes, las costumbres y el fondo de las ideas, todo parecía corresponder á la época en que se las suponía, y todo contribuyó á aumentar la confusión y la novedad.

El profesor Blair escribió una disertación en que, suponiendo la autenticidad de aquellas poesías, manifestó muy á la larga las bellezas que hay esparcidas en ellas. Pero Jhonson, crítico no menos respetable que Blair, negó la verdad del hecho, y aseguró que los escritos de Osián eran una ficción de Macferson, su editor. Esta cuestión fué una señal de guerra entre los literatos ingleses, en que con menos moderación de la que correspondía, todos se trataron recíprocamente de falsarios y de impostores.

Nosotros estamos muy lejos para calificar justamente las pruebas de hecho alegadas por unos y por otros; y cabalmente esta clase de pruebas son las más decisivas en un punto de hecho como es éste. Sin embargo, las pruebas morales no dejan de tener su fuerza, y en esta parte quizá los osianistas tienen ventaja sobre sus adversarios.

¿Cómo es posible, dicen éstos, que entre los feroces moradores de Escocia, dados solamente á la caza y á la guerra en aquella época, se encontrasen caracteres tan grandes, tan generosos y tan nobles como los de Fingal, Catmor, Oscar y otros que brillan en los poemas de Osián? ¿Y no son tan imposibles de existir como de imaginarse por un poeta, viviendo en medio de aquellos guerreros semi bárbaros? Mas aun cuando efectivamente existie-

sen, y aun cuando haya habido un poeta que los celebrase, ¿quién que no sea un imbécil creerá que sus obras han podido conservarse sin auxilio alguno de la escritura y por la tradición sola?

Á esto responden los partidarios de Osián, que los poemas de Homero, mucho más dilatados todavía, se conservaron por la tradición sin auxilio de la escritura, que entre los árabes vagabundos pasan los cuentos de generación en generación sin alterarse, y que es preciso que suceda así entre pueblos en quienes no siendo común el uso de escribir, debe por lo mismo cultivarse más la facultad de la memoria. La elevación y nobleza de los caracteres de Osián no deben ser tampoco por sí solos una prueba de su suposición, á menos de probarse que los sentimientos generosos son dote exclusiva de los pueblos civilizados, y mucho menos cuando en el resto de los poemas no se descubre el menor vestigio, la menor huella de las ideas y costumbres modernas. ¿Cómo es posible, preguntan ellos á su vez, que un escritor de nuestros días pueda desnudarse así de las impresiones que han dominado su espíritu por toda su vida? ¿Ni cómo suponer que un hombre, por muy exento de amor propio que esté, se despoje así de la gloria que le darían estos escritos, para atribuírsela entera á un bardo desconocido y oscuro? ¿Este fenómeno moral, no es más imposible de explicarse que la existencia de un talento sublime en medio de una nación inculta sí, pero amante en extremo de la gloria y de la poesía?

Este último argumento es poderoso sin duda; pero supone un mérito sobresaliente en las obras del bardo escocés; mérito que sus adversarios le niegan. Obscuro, hinchado en su estilo, monótono en sus imágenes, pobre y estrecho en sus ideas, Osián no es á sus ojos sino autor de una jerga ininteligible y contagiosa, y bárbaros y sacrílegos todos los que han comparado su poesía con la de Homero y Virgilio.

Es difícil, sin embargo, conciliar este desprecio con la aceptación inmensa que estos poemas han logrado en Europa. Le Tourneur los dió á conocer en francés en elegante prosa: Cesarotti en excelentes versos italianos: los mejores poetas de Alemania los tradujeron y los imitaron; y la poesía de casi todas las naciones de Europa se atavió de una muchedumbre de giros nuevos y atrevidos suministrados por Osián.

«¡Oh qué especie de mundo aquel donde me conduce este escritor sublime! dice el alemán Goethe: ¡andar errando por llanuras que resuenan al ruido de los vientos borrascosos en que vienen las nubes, y ver al rayo incierto de la luna sentados sobre ellas los espíritus de los antepasados! ¡Oir desde la montaña los débiles gemidos que estos mismos espíritus arrojan desde el fondo de las cavernas, gemidos que se mezclan con el rumor de los torrentes y con los lamentos que exhala la tierna doncella junto al musgoso sepulcro de su amante! Cuando encuentro á este bardo, encanecido por los años,

buscando en la vasta extensión de aquellos campos las huellas de sus padres, y encontrar ¡ay! solamente las piedras que cubren sus sepulturas; cuando se vuelve gimiendo hacia la estrella de la tarde que ya se oculta en el mar, y su alma heróica siente revivir la idea de los tiempos en que aquel astro iluminaba con sus rayos los peligros de los valientes; cuando leo en su frente su dolor profundo, y veo á este héroe, el último de su raza, triste, abatido, y con un pié ya en el sepulcro; ¡oh, cómo la presencia de las sombras de sus mayores es un manantial donde está bebiendo contínuamente deleite á un tiempo y melancolía! ¡oh, cómo al fijarse sobre la tierra fría y contemplando la yerba que la cubre, exclama dolorosamente! *Vendrá el viajero que me conoció en mi gloria, vendrá y preguntará: ¿dónde está aquel cantor digno hijo de Fingal? y sus piés hollarán mi tumba, mientras que me demande inútilmente á la tierra.*»

Tal es el carácter que distingue eminentemente á Osián de todos los poetas del mundo: carácter que le hará eternamente la delicia de todas las almas tiernas inclinadas á la contemplación y á la melancolía. Su talento poético, aunque sublime á veces, y enérgico y atrevido casi siempre, no puede ser comparado ni en riqueza ni en variedad con el de Homero y Virgilio: pero la naturaleza física y moral que el poeta céltico tuvo delante de sí, estaba tan distante, y era tan diferente de la que pintaron el griego y el latino, que en la balanza im-

parcial del juicio deben sin duda alguna inspirar más admiración las eminentes prendas que le adornan, que disgusto las que le faltan (1).

Los Sres. Ortiz y Montengón han emprendido en diversas épocas presentar en castellano las obras de este ingenio extraordinario: pero uno y otro han abandonado su proyecto sin concluirle. Otro español ausente de su patria más de doce años há, y que en medio de las vicisitudes de su fortuna no ha dejado de cultivar las musas castellanas, tiene enteramente traducido á Osián en nuestra lengua, y se propone publicarle. Pero queriendo antes tantear la opinión del público sobre su trabajo, ha remitido diferentes trozos al autor de este artículo con una carta, en que entre otras cosas dice lo siguiente:

«Volviendo á mi Osián, le diré á Vmd. que pienso añadir á la traducción las notas más importantes de Macferson, Cesarotti y el traductor alemán, poner varias mías, traducir la disertación crítica de Blair que en francés no lo está, y concluir con una larga disertación mía sobre la historia de los celtas, ó, por mejor decir, de los pueblos primitivos que habitaban las islas Británicas y el continente de Europa desde el Rhin hasta el estrecho de Gibraltar, y desde el cabo de San Vicente hasta la gran Grecia. Por-

(1) No nos ha parecido oportuno extendernos más sobre la autenticidad y mérito de las poesías de Osián, así porque cuanto puede decirse en la materia está ya dicho con toda prolijidad por casi todos sus traductores, principalmente por Cesarotti; como porque bastan estas ligeras indicaciones para la noticia que damos de la nueva versión castellana.

que me parece probado que los etruscos eran pueblos célticos, y los romanos una colonia etrusca mezclada con griegos de la Italia meridional llamada Grecia Magna. La fundación de Roma no es menos obscura que la de Nínive y Babilonia: pero sabemos que la tradición de Rómulo y Remo es muy moderna, y que antes del siglo de Augusto el griego Evandro era tenido generalmente por el primer fundador de esta ciudad. Tito Livio, cuya primera Década es toda entera una novela muy entretenida, acreditó la tradición adoptada por los historiadores que vinieron después, aunque ya en tiempo de Cicerón los romanos se miraban como el pueblo de Marte, y los hijos de Quirino por una equivocación venida de la voz *Quirites* mal interpretada.»

Nosotros nos prestamos gustosos á las miras del autor, y no siendo posible, atendidos los límites de nuestra obra, insertar todos los ensayos que nos ha remitido, pondremos en el número siguiente los diferentes trozos que basten á dar á conocer al público el carácter de la traducción y el sistema observado en ella.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

I

Invocación al Héspero en la Introducción á los Cantos de Selma.

OH de la falleciente
Noche brillante estrella!
Serena resplandece tu luz bella
En el claro Occidente:
Tu dorado cabello fluctuante
Vaga en tu frente hermosa,
Y de tu nube sales majestuosa
La colina corriendo. En este llano
¿Qué miras? el insano
Huracán calló ya; lejos murmura
El arroyo sonante;
Allá lejos, del bosque en la espesura,
En la roca escarpada
Bramando va á estrellarse la irritada
Onda del Oceáno, y susurrando
Mil insectos nocturnos van volando.
¿Qué miras, luz hermosa?
Mas tú partes riendo; de la undosa
Mar las olas acuden, y el luciente
Cabello bañan. Salve, silencioso

Astro resplandeciente,
Enciende en tu luz pura
Mi espirtu tenebroso,
É ilumina de Osián el alma obscura.

II

Diálogo entre Vinvela y Silrico en el poema de Carrictura.

VINVELA.

Hijo es de la colina el amor mío;
Al viento va sonando
Su arco, y sus perros siguen palpitando
El basto ciervo por el bosque umbrío:
Hijo es de la colina el amor mío.
¿Cuál, dí, es de tu reposo
El sitio delicioso?
¿Duermes tú cabe la fuente,
Ó junto al raudo torrente,
Que del monte con estruendo
Baja rugiendo?
El viento que se embravece
Silbando los juncos mece,
Y la niebla huye volando
La colina despejando.
Yo desde aquella roca
Quiero ver á mi amado,
Sin ser vista; así un día
De la caza tornado
Le ví junto al anciano

Roble de Brano.
El alto descollaba,
Y á todos sus iguales
Se aventajaba.

SILRICO.

¿Qué voz escucho, amable
Suave cual viento de la primavera?
Yo no oigo el agradable
Són de la fuente, ni la voz parlera
Del aura en las montañas
Que susurrante espira entre las cañas.
Lejos, Vinvela mía,
Lejos voy, de Fingal á la lid fiera.
Ni en la colina umbría
Seguirán ya mis perros mi carrera;
Ni veré tu hermosura
Las huellas estampar en la llanura,
Brillante, cual el arco varïado
De colores pintado,
Ó cual de luna cándida
En los mares diáfanos
Refleja el resplandor.

VINVELA.

¿Así partes, Silrico, y desolada
Vinvela quedará?
El corzo sin temor en la escarpada
Roca paciendo está,
Ni teme del desierto el viento fuerte
Ni el árbol silbador,
Que allá lejos al campo de la muerte
Es ido el cazador.
Vos, extranjeros, hijos del undoso
Mar, ¡ay! dejadme á mí silencio hermoso.

SILRICO.

Si en el campo cayere,
Alza mi tumba fría,
Alza, Vinvela mía,
Cuatro piedras musgosas en memoria
De mi doliente historia.
Así cuando viniere
El cazador, sentado
Sobre el sepulcro helado,
Aquí duerme un caudillo valeroso,
Dirá, en blando reposo;
Mi espíritu contento
Mis loores oirá en el vago viento.
Cuando Silrico yazca desangrado
No te olvides, hermosa, de tu amado.

VINVELA.

Si mi Silrico ¡ay! muere,
¿Qué será de su amada?
Mísera, desolada
Por siempre ¡ay! viviré.
Errante, sin consuelo,
Por el bosque sombrío,
Por el undoso río
Siempre te buscaré.
Aquí, diré, dormía
Mi cazador amado
De cazar fatigado
En la floresta umbría.
¡Ay! Silrico, si mueres,
¿Qué será de tu amada?
Vinvela desolada
Por siempre vivirá.

¡Ah! también yo me acuerdo del caudillo,
Dijo el Rey de Morvén: en la pelea
Fuego devorador era su saña.
Mas ora no lo veo.
En la colina le encontrara un día,
Pálido el rostro de color de muerte,
La frente torva, de suspiros hondos
Preñado el pecho, en descompuestos pasos
Al hiermo caminaba;
Mas ora á mis caudillos no acompaña
Cuando suena el escudo de la guerra.
¿Habita acaso en la morada estrecha
El jefe de Carmora?
Crazán, replica Ulino,
Entona de Silrico el triste canto,
Cuando el héroe tornara á sus colinas,
Y su amada Vinvela era ya muerta.
Sobre su tumba reposaba el mísero,
Y viva la creía.
Hermosa pasear la ve en el valle:
Mas su brillante forma
Rápida se disipa.
Cual el rayo del sol huye en el campo,
Y cual tenue vapor se desvanece.
Escucha de Silrico
El canto, que es suave, pero triste.

SILRICO.

Cabe la pura fuente estoy sentado;
Los vientos silban en la verde encina;
Un árbol susurrar oigo agitado.
Del lago se enturbió la cristalina
Cerúlea faz, el corzo apresurado
Desciende volador de la colina,
Los torrentes inundan la maleza,

Cubierto el campo miro de tristeza.
  Todo está triste, oscuro y silencioso
Y tristes son también mis pensamientos;
Muestra, ¡oh cara Vinvela! el rostro hermoso,
Y tus cabellos sueltos á los vientos;
Cese de hoy más tu llanto doloroso,
Amada, y sean alegres tus acentos:
Tú, caro esposo, torna á consolarte
Y á casa de tu padre va á llevarte.
  ¿Pero quién es aquella
Que, cual rayo de luz en la llanura,
Ornada de hermosura
Va, cual la luna del Otoño bella,
Como el sol que en el cielo se pasea
Después de tempestad, y el monte orea?
      Sobre las altas rocas
    Vienes, Vinvela amada,
    Pero ronca es tu voz y fatigada
    Como de las montañas
    La brisa va silbando por las cañas.

VINVELA.

  ¿Y tornas salvo, amado,
De la guerra? ¿Dó están tus compañeros?
Yo tu muerte he escuchado,
Y te lloré con ayes lastimeros.

SILRICO.

  Sí, solo torno, hermosa,
Sólo yo torno: todos ¡ay! cayeron
Mis amigos; sus tumbas erigieron
En la llanura undosa
Mis manos. Mas, sumida en tu tristeza,
¿Por qué estás sola, amada, en la maleza?

VINVELA.

Sola estoy, ¡oh Silrico! en la morada
Pálida, fría;
Sola en la umbría
Mansión helada.
Por tí Vinvela vivió,
Por tí de dolor murió.

Dice, y desaparece
Cual la niebla que el viento desvanece.

SILRICO.

¿Dónde huyes rápida?
Mira mis lágrimas
Correr por tí.
Venga en alas de los céfiros
Tu bella imagen plácida,
Dulce Vinvela, á mí.
Hermosa fuiste
Mientras viviste,
Y hermosa ora también me pareciste.
Yo sentado en la colina,
Ó en la fuente cristalina,
En tí siempre pensaré.
De tu voz dulce el sonido,
Amada, llegue á mi oido,
Cuando yo más triste esté.

III

Diálogo entre Conal y Crimora extractado del mismo poema de Carrictura.

CRIMORA.

QUIÉN viene del collado
Cual nube con el rayo de Occidente
Teñida? Su voz recia es como el viento,
Pero dulce es su acento
Como el arpa que suena blandamente
De Carrilo armonioso... ¿No es mi amado?
¿Por qué, Conal, estás escurecido
Y de acero ceñido?
¿De Fingal poderoso
No vive ya el linaje valeroso?
¿Quién tu frente escurece,
Conal, y así tu espíritu entristece?

CONAL.

Todos viven, amada;
Serenos tornan de la caza agora;
Cual torrentes de luz de la escarpada
Colina bajan; como fuego ardiente
Sus escudos brillantes el sol dora,
Y su terrible voz suena rugiente.
Mas la guerra, amor mío, está cercana:
Tremendo Dargo ha de venir mañana.

CRIMORA.

Conal, yo veo sus velas, como espesa

Niebla en la mar escura,
Que á la playa se acercan lentamente:
Mucha, Dargo, es tu gente.

CONAL.

Tráeme, amada, la dura
Cota acerada de Rinval valiente,
El escudo esplendente
Que así reluce cual la luna llena
Que por el cielo puro va serena.

CRIMORA.

Aquí el escudo tienes de Rinval,
Mas á mi padre no le defendió,
Que por la lanza de Gormal cayó:
¡Ah! tú también puedes caer, Conal.

CONAL.

Morir bien puedo, amada,
Pero por tí mi tumba será alzada.
Dos pardas peñas frías
Dirán mi nombre á los futuros días.
Sobre mi túmulo
Tu melancólico
Pecho palpitará;
Y tu ojo lánguido
Amargas lágrimas
Por Conal verterá.
Mas aunque eres amable
Cual luz del cielo pura,
Y muy más agradable
Que de la blanda brisa la frescura,
Quedar no puede tu Conal contigo;
Crimora, alza la tumba de tu amigo.

CRIMORA.

Dame esas relucientes
Armas, la lanza de bruñido acero,
Y esa espada, que quiero
Yo también encontrar con tus valientes
Á ese Dargo tan fiero.
Adios, rocas de Arvén:
Ciervos, quedad adios:
Arroyos de Morvén,
¡Ah! nunca tornaremos más los dos.
Lejos el sitio está
Do nuestra tumba fría se alzará.

IV

Pintura de Fingal y canto de los bardos al principio del poema de Cartón.

QUIÉN es aquel que viene
De la tierra extranjera, de sus miles
En torno rodeado? El sol le dora
Con sus luces radiantes, con sus sueltos
Cabellos juega el viento del otero,
Plácido es su semblante, de la guerra
Sereno torna cual suave rayo
Del sol que sale de encarnada nube
Del Ocidente y el risueño valle
De Cona alumbra. ¿Quién otro sería
Que el hijo de Conal, el Rey famoso
De generosos hechos? Sus colinas

Contento mira, y á sus bardos manda
Que entonen sus mil voces armoniosas.

Ya por el campo huyeron espantadas,
Desbaratadas,
Las legiones fieras
Que de extranjeras
Tierras acudieron:
Todos huyeron.
Con dolor profundo
El Rey del mundo
Ve nuestra victoria,
Y nuestra gloria
Mira envidioso:
Blande furioso
La paterna espada,
Su vista airada
Hacia Morvén tornando,
Y en balde nuestra hueste amenazando.
Ya por el campo huyeron espantadas,
Desbaratadas,
Las legiones fieras
Que de extranjeras
Tierras acudieron:
Todos huyeron.
Así cantaban los acordes bardos
De Selma en el palacio; mil lumbreras
De la extranjera tierra relucían
Del pueblo en medio, y el festín alegre
En torno se extendía.

V

Canto de Fingal en honor de la desgraciada Moyna, en el poema de Cartón.

FINGAL, alzando el canto,
Dijo con voz armónica:

¡Oh bardos! las loores
De Moyna malhadada
Entonad: vuestro canto
El espíritu invoque de la hermosa.
¡Sombra desventurada!
De Morvén en las selvas te reposa,
Do mil vírgenes duermen, los amores
De los héroes valientes, el encanto
De los años pasados.

De Balcluta, ¡ay! los muros elevados
Yo los he visto al suelo derrocados.
El fuego resonante
Sus torres consumió, ni de la gente
Se escuchan ya las voces: el torrente
Sus ondas tornó atrás, que interrumpiera
El muro derribado su carrera,
Y en ronco són bramará ondisonante.
Ora en las salas del banquete crece
El cardo, el viento silba meneando
El musgo y el raposo va mirando
Por las ventanas, la alta yerba mece
Su cabeza á los vientos: desolada,

Moyna, está tu morada;
Tu palacio paterno
Yace sumido en el silencio eterno.
Alzad, ¡oh bardos! el doliente llanto
Sobre la tierra de los extranjeros;
Cayeron los primeros,
Mas nosotros también un día caeremos,
Y sólo viviremos
En el suave melodioso canto.
Hijo del tiempo alado,
¿Á qué levantas ¡ay! el torreado
Palacio? vendrá día
Que del desierto el huracán furioso
Soplando le derrueque; ¿ya espantoso
No le escuchas aullar en tu vacía
Sala, y silbar por entre los gastados
Escudos de los años horadados?
Mas venga cuando quiera
El torbellino rugidor, mi nombre
Vivirá eternamente, y el renombre
De mi diestra guerrera
Dirá la voz del bardo pregonera.
Alzad el armonioso
Cántico, y la alegría
Mi palacio serene en este día.
Cuando tú caigas, hijo luminoso
Del cielo, si tu luz ha de eclipsarse,
Si tu almo resplandor ha de apagarse,
¡Oh sol! cual de Fingal la valentía,
Nuestro nombre glorioso
No morirá contigo, que esplendente
Vivirá en la memoria eternamente.

VI

Apóstrofe al Sol, con que termina el poema de Cartón.

OH tú que luminoso vas rodando
Por la celeste esfera
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo; ¡oh sol! ¿de dó manando
En tu inmortal carrera
Va, dí, tu eterno resplandor lucido?
Radiante en tu belleza
Majestuoso te muestras, y corridas
Las estrellas esconden su cabeza
En las nubes; las ondas de Ocidente
Las luces de la luna escurecidas
Sepultan en su seno; reluciente
Tú en tanto solo vas midiendo el cielo.
¿Qué quién puede seguir tu inmenso vuelo?
Los robles empinados
Del monte caen; el alto monte mismo
Los siglos precipitan al abismo:
Los mares irritados
Ya menguan, y ya crecen,
Ora se calman, y ora se embravecen:
La blanca luna en la celeste esfera
Se pierde, mas tú, ¡oh sol! en tu carrera
De eternal luz brillante
Ostentas tu alma faz siempre radiante.
Cuando el mundo escurece
La tormenta horrorosa

Y el relámpago vuela, y cruje el trueno,
Tú, riendo sereno,
Muestras tu frente hermosa
En las nubes, y el cielo se esclarece.
¡Ay, que tus puros fuegos
En balde lucen, que los ojos ciegos
De Osián no los ven más; ya tus cabellos
Dorados vaguen bellos
En las bermejas nubes de Occidente,
Ya en las puertas se mezclen del Oriente!
Pero también un día tu carrera
Acaso tendrá fin como la mía,
Y sepultado en sueño en tu sombría
Nube no escucharás la lisonjera
Voz de la roja Aurora:
Sol, en tu juventud gózate agora.
Escura es la edad hierta,
Como la claridad de luna incierta
Que brilla entre vapores nebulosos,
Y entre rotos nublados: con violento
Soplo del Norte el viento
En la llanura silba, y temerosos,
Su curso suspendiendo,
Los peregrinos oyen el estruendo.

CATULLI FRAGMENTUM (1)

AVERTISSEMENT

JE suis fâché de ne pas avoir fait d'assez bonnes études dans ma jeunesse, pour pouvoir dire en latin que le morceau suivant s'est trouvé dans un des manuscrits d'Herculanum qu'on vient de dérouler. Le premier vers de ce morceau étoit après le 366.e du poëme de Pélée et de Thétis:

Projiciet truncum submisso poplite corpus;

et j'espère qu'aucun âge ne l'arguera de mensonger:

Carmina, perfidiæ quod post nulla arguet ætas.

Si j'avois étudié la latinité dans le même collége que le célèbre docteur en théologie Lallemand, éditeur d'un fragment de Pétrone, dont l'authenticité fut démontrée dans le journal allemand intitulé *Gazette littéraire universelle de Jéna,* je prouverois, par la comparaison de ce morceau avec ce qui nous reste

(1) París. F. Didot. 1806.

de Catulle, qu'il ne sauroit être que de lui; mais j'avoue mon insuffisance, et je laisse ce soin à des plumes plus exercées que la mienne. Je sais d'ailleurs que tout homme qui a le malheur de savoir analyser una courbe, ne peut trouver aucum charme à lire Virgile; et comme je suis allé en mathématiques aussi loin que l'equation du second degré, je suis condamné à ne plus lire les Géorgiques sans un extrême dégoût. Mais comme il n'est pas démontré que Catulle entendît Euclide, je crois que les vers suivans, qui sont sûrement de lui, ne déplairont pas.

J. MARCHENA.

FRAGMENTUM

Iam veniet tempus, quo alius se huic conferat heros (1)
Fortuna belli potior, præclarior armis,
Æaciæ stirpis; nec posset nisi ab Achille
Maximus hic nasci (2), *quem sæcula mirabuntur,*
Dum digiti nostri fatalia vellera nebunt.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Virtutem herois non finiet (3) *Hellespontus.*
Victor lustrabit mundum, qua maximus arva
Æthiopum ditat Nilus, qua frigidus Hister

(1) *At veniet tempus, quo intermiscebitur heros.*
(Ésta y las demás correcciones son de Eichstædt, profesor de Jena.)
(2) *Æacidæ stirpi: qui non possit nisi Achille*
Maxumus enasci. . . . . . .
(3) *Jam non capit.*

Germanum campos ambit, qua Thybridis unda
Læta fluentisona gaudet Saturnia tellus.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Hunc durus Scytha, Germanus Dacusque pavebunt,
Nam flammæ similis, quom ardentia fulmina cœli
Juppiter iratus contorsit turbine mista,
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor
Sævit, et exsultans arva et silvas populatur;
Hostes haud aliter prosternens alter Achilles
Corporum acervis ad mare iter fluviis præcludet.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
At non sævus erit, cum jam victoria læta
Lauro per populos spectandum ducat ovantem:
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Hos juvenis ludos sciet edere fortis Achilles,
Sed cum jam domitus projiciat hostis tela,
Cum redeat pax fesso orbi, tunc aurea sæcla
Incipient denuo (1) *cum dux maturior armis*
Tutus ab hoste regat populum, longaque senecta
Di faciles Regem meritum gentemque beabunt.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Hoc duce nunquam exercebit Discordia cives,
Non scissa palla Furor impius exseret arma,
Oderit et gnatum pater (2) *et gnata parentem.*
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Ex quo Deucalion lapides jactavit, ad usque
Peliden Gallum nulla hac felicior ætas.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.

---

(1) . . . . . *ferrum projecerit hostis,*
Riserit et fesso pax orbi: sæcla redibunt
Aurea; terrificis tum. . . . . .

(2) *Genitor.*

VERSOS AÑADIDOS POR EICHSTÄEDT

Nam velut, ardenti posuit quom fulmina dextra
Ignipotens, lætam fecundat copia terram:
Sic, ubi pacatis hastam defixerit arvis
Heros, incolumem Fortuna tuebitur orbem.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Læta resurget humus, Martis depressa tumultu:
Læta revisentur lætis sacraria Divum,
Musarum ante alios, placida quas sede, flagellum
Sanguineum quatiens, nuper Bellona fugarat.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Straverat innumeris tumidum Pythona sagittis
Phœbus, et æsculeæ capiebat frondis honorem,
Neve operis famam possit delere vetustas,
Instituit sacros celebri certamine ludos.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.
Terrorem populis magna vi sternet Achilles,
Sacratoque decus lauri de monte reportans,
Ne facti famam possit delere vetustas,
Pythia in urbe nova Phœbeius instaurabit.
Currite, ducentes subtemina, currite fusi.

TRADUCCIÓN CASTELLANA

DEL FRAGMENTO DE MARCHENA

MAS ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas, y armipotente asaz;
Será de estirpe Eácida; que sólo el fuerte Aquiles
Á tal varón pudiera noble prosapia dar.
Le admirarán los siglos, y en tanto nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán:
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá,
Los campos de Germania que corta el Istro helado,
Los que el etiope Nilo fecundizando va,
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
De su valor ingente se asombrará el germano,
Y el dacio y el scita guerrero temblarán,
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,

Si prende en seca paja ó en resonante espiga
Por campos y montañas extiéndese voraz;
Así él con muertos cuerpos atajará los ríos,
Cuando soberbios corren á despeñarse al mar.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Mas cuando la victoria su frente coronare,
Anime la clemencia su soberana faz:
Venciendo y perdonando someta á los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Estos serán los juegos en que el invicto Aquiles
Los años ejercite de su primera edad;
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá,
Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Nunca el furor impío, su veste desgarrando,
En importunas lides abrase la ciudad,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos,
Tiñan en propia sangre el brazo criminal.
Desde la santa era de Deucalión y Pirra,
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

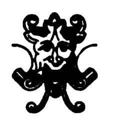
M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

TEATRO

POLIXENA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

POR DON JOSÉ MARCHENA



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE SANCHA
AÑO DE 1808

PERSONAS

POLIXENA.

HÉCUBA, *su madre.*

PIRRO, *su amante.*

TERPANDRA, *su confidenta.*

ELPENOR, *confidente de Pirro.*

ULISES.

CALCAS.

POLIXENA

TRAGEDIA

ACTO PRIMERO

La escena en el primero y segundo acto representa la tienda real de Pirro, el campo de los Mirmidones, el Helesponto, y á lo lejos las ruinas de Troya.

ESCENA I

POLIXENA, TERPANDRA

TERP. AL fin, señora, la inhumana suerte
Cesa de perseguiros; hoy esclava,
Mañana seréis reina; cetro y solio,
Rendido Pirro, pone á vuestras plantas:
Mañana el sacro Pérgamo renace.
POL. Aquí fué Troya, aquí se levantaban
Las altas torres de Ilión, que Pirro
Derribó altivo; allí se ven las aras
De las voraces llamas consumidas,
Do su acero bañó la sangre helada
De mi padre ¡oh dolor! ¿y de este monstruo
Me hallarán los suspiros más humana?

El hijo generoso de la diosa
¡Oh cuánto menos crudo fué, Terpandra!
De Priamo el llanto le ablandó; piadoso
Alzó del suelo su vejez postrada,
Y de Héctor el cadáver dió á sus ruegos...
Memoria de un esposo, que idolatra
Mi pecho, de tu amor arde más viva,
Sin extinguirse por jamás la llama.
De mi constante corazón tu imagen
Jamás un nuevo amor podrá borrarla;
Ora ruegue á mis plantas Pirro humilde,
Ora amenace altivo, ni su saña
Me asusta, ni me ablandan sus suspiros.
TERP. ¡Vos de Príamo hija, vos troyana,
Del gran Héctor lloráis el homicida,
El crüel enemigo de la patria!
¿No se os acuerda el júbilo de Troya,
El día que por Paris fué vengada
Tanta sangre vertida por Aquiles,
Que del Janto tiñó las puras aguas?
POL. ¿Por qué me acuerdas ese horrible día?
¡Mísera! coronada de guirnaldas,
Embriagada de amor y de placeres
Fidelidad juraba ante las aras.
El templo (1) se estremece de repente,
El polo truena, el piélago levanta
Sus ondas á los astros, del cuchillo
Moribunda la víctima se escapa,
Y bramando amedrenta al sacerdote:
El estruendo espantoso de las armas
Se oye por todas partes; á mi esposo
Mil aceradas picas amenazan.

(1) *Cielo* dice el texto impreso, pero en nuestro ejemplar (único que hemos visto) se encuentra corregido de mano de Marchena *templo*.

Paris desnuda el reluciente acero,
Mis lloros son en balde, desmayada
Caigo en el suelo, á mi socorro vuela
Mi esposo, y ¡oh dolor! de mil espadas
Traspasado, abrazado de mi cuello,
Sobre mi amante pecho el alma exhala.
Al abrirse otra vez mis tristes ojos
Á la importuna luz, me hallo bañada
En la sangre de Aquiles; de Himeneo
Con su sangre humeó la nupcial ara.
¡Ó cruda suerte, que predijo en vano
La no creída y siempre fiel Casandra!
En sacro ardor fatídico encendida,
«Huye de este himeneo, dijo, hermana:
Alecto enciende las nupciales teas,
Aquiles arde en ellas; ya las llamas
Extienden su furor por todas partes.
¡Ay, que hoguera voraz á Troya abrasa,
Y á tí entre sus cenizas te sepulta!» (1)

TERP. Los dioses no han querido fuesen vanas
De Casandra las tristes predicciones.
Mas vos vivís aún; las esperanzas
De la infelice Troya en vos se fundan;
Pirro por vuestro amante se declara.
Del pequeño Astianacte las cadenas
Vais á romper, de vuestra madre anciana
Vais en fin á enjugar el llanto amargo...
Pero él mismo se acerca.

POL. ¡Ay Dios! Terpandra,
Vén, evitemos un coloquio triste.

(1) Esta relación de Polixena se publicó también en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.*

ESCENA II [1]

PIRRO, ELPENOR, POLIXENA, TERPANDRA

PIR. Señora, vuestra suerte desdichada
Respeta Pirro, ni interrumpe necio
El legítimo llanto que derraman
Vuestros ojos, á fin que oigáis piadosa
Mis ardientes suspiros, y mis ansias.
Un interés más tierno y más sagrado,
Polixena, me trae á vuestras plantas.
Amotinado el vulgo sedicioso
En amenazas contra vos se exhala,
Y la muerte alevosa de mi padre
Quiere que en vuestra sangre sea vengada.
Mas no os asusten sus clamores vanos;
Neoptolemo os protege; de esa insana
Muchedumbre el furor tiembla á mi vista.
Porque la Grecia vea cuán poco espantan
Á mi valor los gritos sediciosos,
Hoy, señora, postrado á vuestras plantas,
Si aceptáis mi homenaje, amor eterno
Os juraré rendido ante las aras.
Los mismos que ora piden vuestra muerte
Adorarán en vos su soberana.
Así el vulgar furor asusta á Pirro.
POL. Señor, los riesgos de una triste esclava
Poco deben moveros. Vuestro acero
Ensangrentó de Príamo las canas:
Á vos acusan las troyanas madres,
Cuyos hijos al mar llevan las raudas

(1) Esta escena se reprodujo también en las *Lecciones*.

Ondas del Simoente; mi familia
Á los filos murió de vuestra espada.
¡Oh! si de Aquiles la irritada sombra
Con mi sangre en su túmulo se aplaca,
Contenta ofrezco el cuello á la cuchilla.

PIR. ¡Bárbara Polixena! ¿así no basta
Á tu crueza ver llorar á Pirro
Sus hazañas, sus triunfos, y su fama,
Sin que de una victoria aborrecida
Le acuerdes siempre la memoria amarga?...
Señora, vos podéis de la alta Troya
Levantar las murallas arruinadas.
Mi mano, que rompió las fuertes puertas
De durísimo bronce, que guardaban
De Príamo el palacio, sabrá un día
Alzar del Ilión el sacro alcázar.
¿Qué á mí de Menelao los agravios,
Ó el robo de su Elena? ¿las escuadras
De Pérgamo talaron enemigas
De Epiro acaso las fecundas playas?
Cual ya otra vez mi padre generoso
Del infelice Príamo enjugaba
El llanto, y de Héctor el helado tronco
Dió compasivo á su vejez postrada,
Yo elevaré á Astianacte al patrio solio;
Del soberbio Ilión las torres altas
Admirará otra vez el Simoente,
Y la señora altiva de la Asia,
Troya, renacerá de sus cenizas.

POL. Nó, señor, de tan locas esperanzas
Vano es lisonjearse; la opulenta
Troya fué; sus almenas encumbradas,
Los muros elevados por Neptuno,
El simulacro celestial de Palas,
Todo la voraz llama ha consumido.

El brazo de Héctor mismo no bastara
Á tornar á Ilión su antigua gloria.
Las deidades, propicias á las armas
De los griegos, á Troya abandonaron:
Del venerable Príamo la clara
Prosapia ha perecido á hierro y fuego;
Hécuba y Polixena son esclavas;
El hijo del grande Héctor en la cuna
Ignora todavía sus desgracias.

PIR. Cuanto mayores son vuestras desdichas,
Más gloria será mía repararlas.
La Grecia sabe ya por experiencia
Cuánto la ira de Aquiles costó cara.
Del rey de reyes la cerviz altiva
Ante mi padre se inclinó humillada,
Implorando su auxilio contra Troya,
Mientras Héctor las naos incendiaba,
Y las tiendas y el campo de los griegos;
Sin mí, vos lo sabéis, Troya burlara
De Grecia los esfuerzos impotentes;
Las astucias de Ulises fueran vanas,
Las artes de Sinón, y la osadía
Del hijo de Tideo, sin mi espada.
En defensa de vos y de Astianacte,
Polixena, emplearé de hoy más las armas
Que tan funestas ¡ay! fueron á Troya.
¿Qué deidad contra vos y Príamo airada
Os ocultó á mi vista antes del día
Fatal de la infeliz ciudad Dardania?
Mejor que el Paladión protegería
Vuestra hermosura la nación troyana,
Y vuestro padre reinaría dichoso
Sobre los ricos pueblos de la Asia.

POL. Los cielos son testigos, que perenne
Raudal de lloro mis mejillas baña,

Desde el aciago día que en mis brazos
El magnánimo Aquiles rindió el alma.
Entonces ¡ay! me dijo la experiencia
Cuán fatal es el fuego de las aras
Nupciales de la triste Polixena.
Viuda sin ser esposa, abandonada
Á mi amargo dolor, juré á los dioses
Que jamás de Himeneo la guirnalda
Mis sienes ceñiría. Ora que yace
En cenizas mi patria sepultada,
Mis hermanos, mi padre, á hierro muertos,
¿Queréis, señor, que á los altares vaya
Á ofreceros mi fe? ¿las teas nupciales
Queréis que encienda en las ardientes llamas
Que aún devoran á Troya? ¿que en el templo,
Testigo del ultraje de Casandra,
Á Pirro dé su mano Polixena?
Señor, si por la suerte de las armas
Esclava vuestra soy, en mis desdichas
No olvido que de Júpiter la clara
Sangre corre en mis venas.

PIR. ¿Y de Pirro
Los ardientes suspiros, que á tus plantas
Rendido exhala, tu altivez humillan?
¡Tu belleza, fatal siempre á mi casa,
Á Aquiles dió la muerte, y á su hijo
Quiere arrancar el alma en mortal ansia!
¡Que! Yo te ofrezco levantar de Troya
Las torres por mí mismo derrocadas,
De tu madre enjugar el triste llanto,
Coronar á Astianacte, y de su infancia
Proteger la flaqueza con mi brazo
Contra toda la Grecia conjurada:
¡Tú, soberbia, desprecias mis ofertas,
Y desdeñas mi tierno amor, ingrata!

Señora, no os ofenda mi despecho;
Veis cuál las ondas á los astros alza
Del Helesponto el Aquilón airado,
Tal mi ciega pasión agita el alma.
No así desvanezcáis en un instante,
Crüel, mis lisonjeras esperanzas.

POL. Pirro, el día que el fuego de la Grecia
Abrasó de Ilión el sacro alcázar,
Odio inmortal juraron á los griegos
Las reliquias de Frigia malhadadas.
Esclava vuestra soy, mas en cadenas
No olvido la rüina de mi patria.
Jamás de Polixena será esposo
El destructor de la ciudad troyana.

PIR. ¡Así del odio vuestro la violencia,
Ingrata Polixena, nada aplaca!
Vos burláis de mi amor; el triste Pirro,
Juguete vil de sus amantes ansias,
Llora en balde á los piés de su cautiva,
Arrostra en su defensa la indignada
Grecia: ¡ay! ¿por qué de Paris la certera
Flecha en mi sangre no tiñó las aguas
Del Simoente, cuando con su muerte
Á mi padre mi acero dió venganza?

POL. De romper un coloquio tan penoso,
Señor, dadme licencia: vén, Terpandra. *(Vánse.)* (1)

(1) Esta acotación falta en el impreso.

ESCENA III

PIRRO, ELPENOR

PIR. ¡La crüel me abandona!... Así de Pirro
Se postra la altivez ante una esclava.
El vencedor de Eneas, quien al valiente
Deífobo dió la muerte en la batalla,
Olvidando su gloria y su decoro,
Gime á los piés de una mujer troyana.
¿Viste, Elpenor, cuál con desdén altivo
De mi pasión se burla? ¡y yo á la saña
De la indignada Grecia opongo el pecho,
Yo arrostro sus furores!... Irritada
La sombra de mi padre en el Cocito
Desconsolada sin venganza vaga.
¡De mi pasión furiosa yo arrastrado,
Olvidado de Aquiles, á mi patria
Infiel, mi ciego amor ¡ay! resucita
De Troya las difuntas esperanzas!
¿Qué puedo ¡ay triste! hacer, si toda Venus
En lo hondo de mi pecho aposentada
Con mis tormentos implacable venga
La muerte de su Paris, y su cara
Troya?... Elpenor, amigo, luz más pura
Luce á mis ojos, mi dolor se aplaca.
Huyamos al Epiro: los inmensos,
Los sagrados deberes del monarca
Calmarán los tormentos del amante.

ELP. ¡Cuánto, señor, á vuestro amigo es grata
Resolución tan noble! Vuestro heróico
Ardimiento la Frigia vió asombrada
Invencible en las lides de Belona.

Hoy, de vos mismo vencedor, la Fama
Vuestros loores cantará, y la Grecia
Repetirá de Pirro las hazañas.

PIR. ¡Oh dioses, cuán acerba es mi desdicha!
Enamorado Aquiles de Deidamia
Vió coronar sus ansias, de Teseo
La Amazona templó la ardiente llama;
Á mí un amor funesto me consume,
Y nada mi dolor agudo calma.

ELP. El desdoro, señor, que de esos grandes
Héroes la vida tan gloriosa mancha,
Las deidades con vos más favorables
Os evitan benignas. La grande alma
De Pirro huirá los vergonzosos grillos,
Que á Hércules despojado de su clava,
Y en femeniles trajes disfrazado,
De una mujer al carro encadenaban.
Olvidad un amor odioso á Grecia.

PIR. ¿Y cuál de la princesa malhadada
Será la suerte? El vulgo amotinado,
Furioso quiere á Aquiles inmolarla.
¿Quién podrá contener su enojo ciego,
Si la abandono yo?

ELP. Señor, la insana
Cólera de la plebe, cual al viento
El humo se disipa, el tiempo calma.
El troyano Panteo de Polixena
Podrá enjugar las lágrimas amargas,
Á ella unido en los lazos de Himeneo.

PIR. ¡Polixena otro esposo!... la inhumana
Megera vibre contra mí sus sierpes
Antes que yo tal sufra... oye, ¿esa esclava
Osa amar algún otro? por los manes
De mi padre, Elpenor, te ruego nada
Me ocultes. ¡Ah! si un pérfido cautivo

Es mi rival, de Pirro la venganza
Asombrará la Grecia.

ELP. Vuestros celos
Calmad, señor; en lágrimas bañada
La triste Polixena noche y día
Lamenta de contino sus desgracias,
Y del amor ignora los deleites.

PIR. ¡Ay! del fuego violento que me abrasa
Ten piedad, Elpenor. Toca mi pecho:
¿Ves cuál arde encendido en voraz llama?
¿Qué importa que otro amante Polixena
No escuche, si mis ruegos no la ablandan?
Tiempo es de terminar ya mis tormentos.
Corre, Elpenor amigo, á Hécuba llama;
Yo aquí la aguardaré.

ELP. Ya os obedezco,
Señor, alivie el cielo vuestras ansias. *(Váse.)* (1)

ESCENA IV

PIRRO solo.

Sombra del grande Aquiles, si en los campos
Donde los manes de los héroes vagan
De los mortales míseros las penas
Te mueven, de mi llanto te apïada.
No es mi culpa, si al yugo el cuello uncido,
En amor abrasado de la hermana
De tu aleve homicida, ultrajo insano
¡Oh padre! tu memoria venerada.
Una estrella enemiga de su gloria

(1) Tampoco esta acotación se halla en el impreso.

Al triste Pirro en su despecho arrastra.
Ni el miedo de su afrenta le detiene,
Ni sus victorias que la Grecia canta,
Ni de la patria el interés sagrado;
Todo el amor lo vence de una esclava.
¡Así la altiva Troya, que diez años
De toda Grecia resistió á las armas,
Que burló tanto tiempo de los dioses
La cólera por Paris excitada,
Renacerá otra vez de sus cenizas,
Y yo, que derribé las torres altas
De Pérgamo, alzaré contra la Grecia
De la reina de Frigia las murallas!...
Mas Hécuba se acerca. Dioses patrios,
Dioses que castigásteis la dardania
Perfidia, perdonad, si por mi mano
Los muros de Ilión Venus levanta.

ESCENA V

HÉCUBA, PIRRO

HÉC. ¿Vos me llamáis, señor? ¿qué otros quebrantos
Aguardan á esta anciana desdichada?
¿Los griegos han resuelto de Astianacte
La muerte? ¿Las deidades no se cansan
De perseguir á una infeliz cautiva?
PIR. Reina de los troyanos malhadada,
Calmad vuestro dolor; un sol más puro
Luce de hoy más á vuestra triste patria
HÉC. ¡Mi patria! ¿existe acaso? de los dioses
La morada escogida, el sacro alcázar,
Es un montón de polvo y de cenizas.

Del infelice Príamo las heladas
Reliquias son el pasto de las fieras.
Al viento han esparcido las profanas
Manos del vencedor los fríos despojos
De los reyes que Troya veneraba.
PIR. Hécuba, los humanos son juguete
De la fatalidad; la suerte varia
Eleva y precipita ciegamente
Al labrador humilde, y al monarca;
Príamo en su juventud gimió cautivo;
Hércules derribó ya las murallas
De Pérgamo otra vez, y más altiva
Troya se levantó. De Héctor la clara
Sangre puede asustar aún á Micenas.
Yo (1), señora, me encargo de la infancia
Del pequeño Astianacte; en su defensa
Yo arrostraré de Agamenón las armas,
Hasta tornarle el cetro de la Frigia.
HÉC. ¿Qué oigo? ¿el hijo de Aquiles la prosapia
De Héctor defenderá? ¿quién tal prodigio
obró?
PIR. Mi ciego amor; la beldad rara
De Polixena; Venus que mi pecho
En fuego inextinguible cruda abrasa.
De vos pende mi vida, vos de Troya
Podéis alzar los muros; esta espada,
Á Frigia tan fatal, contra la Grecia
Señalará sus filos; las ancianas
Madres, los niños tiernos, las doncellas,
Ora en penoso cautiverio esclavas,
Otra vez tornarán á Troya libres.
HÉC. Hécuba de tan vanas esperanzas
Está desengañada. Para siempre

(1) *Id* dice erradamente el texto. La enmienda es de Marchena.

De Dárdano ¡ay! cayó la ciudad alta.
El día que trujo con funesto auspicio
De Menelao la esposa á nuestras playas,
Entonces ¡ay! juraron la rüina
De Troya las deidades enojadas.
De Príamo la familia floreciente,
Tantos hijos, de Frigia la esperanza,
Todos han perecido en los combates;
Ni á Héctor su valentía, ni su edad flaca
Valió á Troilo, ni el templo de Minerva
Pudo salvar á la infeliz Casandra.

PIR. Señora, á reparar tan graves daños
Estad segura que mi brazo basta.
Pirro esposo feliz de Polixena
¿Qué no podrá intentar? por las sagradas
Deidades, por los manes de mi padre,
Juro (1) de proteger contra las armas
De Grecia á Polixena, y á Astianacte.
Del vulgo el furor ciego ante las aras
Quiere inmolar en vano á vuestra hija.
Yo la defiendo.

HÉC. ¡Oh madre desdichada!
¿Qué oigo? ¿de Polixena el sacrificio
Pide el pueblo? ¡Deidades sacrosantas!
Señor, postrada á vuestros piés imploro
Vuestra piedad con lágrimas amargas.
Humillada á los piés del homicida
De su esposo, la reina desgraciada
De los troyanos con copioso llanto
Desconsolada inunda vuestras plantas.
Defended la inocente Polixena;
Yo os la doy por esposa.

PIR. Venus alma,

(1) *Tengo* escribió primitivamente el autor.

Oye mi juramento: Si abandona
Á Polixena Pirro, que las aras
Nupciales sean su tumba; que de Aquiles
La sombra en torno de él yerre indignada;
Que á filos de una espada parricida
En edad juvenil exhale el alma.

HÉC. Señor, á juramentos tan solemnes
Una madre se fía. Júpiter haga
Que este día sereno luzca á Troya,
Y faustos los nupciales fuegos ardan.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

HÉCUBA, ULISES

ULIS. SEÑORA, perdonad, si atropellando
El respeto debido á la desdicha,
Ulises hoy penetra en vuestra estancia;
Bien sé cuánto es odiosa mi visita.
El necio vulgo, que con nombres falsos
Las virtudes de vicios califica,
Imputa á mi prudencia cautelosa,
Que nombra malas artes y perfidia,
De Troya la catástrofe sangrienta.
¡Ay! ¿por qué la discordia sopló impía
En ambos campos su furor insano?
En balde ofrecí yo de paz la oliva
Á Troya, que de Paris la arrogancia
Prefirió de su patria la rüina,
Que compró Agamenón á tanta costa.
HÉC. ¿Por qué, señor, de esta infeliz cautiva
Renováis el dolor? ¿pensáis acaso
Que del curso fatal de mi desdicha
He olvidado la historia lamentable,
Para que con crueldad tan exquisita

Contempléis de esta anciana malhadada
Las llagas mal cerradas todavía?
ULIS. Los cielos son testigos que de Ulises
No fué jamás crueza tan indigna.
El interés sagrado de mi patria,
Y los riesgos que corren las reliquias
De la sangre de Príamo deplorable,
Á vos me traen, señora.
HÉC. ¡Oh Dios! ¿mi hija,
Astianacte, peligran? ¿cuáles riesgos
Hoy amenazan su inocente vida?
ULIS. De las nupcias de Pirro y Polixena
El rumor esparcido al pueblo excita
Contra vuestra familia; en todas partes
El vulgo exhala sus rabiosas iras
En sediciosos gritos, y, cercado
El pabellón rëal de los Atridas,
Quiere forzar la estancia de Astianacte,
Y dar su tierno cuello á la cuchilla.
HÉC. ¿Y el rey de reyes triunfador de Troya
Obedece al impulso de una impía
Muchedumbre sin freno?
ULIS. No señora,
La furia sediciosa contenida
Fué por su autoridad, y por mis ruegos;
Yo juré que jamás se cumpliría
Tan fatal himeneo, y aplacado
Cedió el motín. De vos pende la vida
De Astianacte, de hoy más. Si airado el pueblo
Vuestro nieto á su enojo sacrifica,
Culpa será de las funestas bodas
Que con Pirro celebra vuestra hija.
HÉC. ¡Así contra la infancia sin defensa
Se señala de Grecia la enemiga;
Contra un cautivo mísero en la cuna

Mueve sus armas la falange argiva,
Y de bárbaras trata las naciones
Extranjeras! Al Geta, al crudo Scita,
Amansan la hermosura y la inocencia:
De este pueblo feroz la furia impía,
La beldad, la niñez, tornan más brava.

ULIS. La Grecia tiembla que de sus cenizas
Se levante Ilión, que el Escamandro
Segunda vez sus ondas vea teñidas
En sangre de sus héroes, si Himeneo
Une en vínculos firmes la divina
Descendencia de Dárdano y de Tetis;
Este miedo su ciega rabia excita:
Fácil será aplacarla.

HÉC. Ínclita Troya,
Morada de los dioses, de la Frigia
Reina, terror de Grecia, eterna gloria
Del Asia, ¿quién podrá de entre rüinas
Resucitar tu nombre? tus valientes
Héroes la tierra cubre, ó la enemiga
Llama los consumió; sirven en duro
Cautiverio tus vírgenes; tus mismas
Divinidades ¡ay! te abandonaron...
Si del pueblo la saña vengativa
Excitan estas bodas, que su rabia
Se calme; en inmortal lloro sumida
La triste Polixena, bien hallada
Con su amargo dolor, á las caricias
De Pirro se rehusa, y de Himeneo
Obstinada los vínculos evita.
Á los suspiros de su amante sorda,
Y hasta á los ruegos de su madre misma,
Quiere vivir en soledad eterna.

ULIS. Agamenón perdone; la enemiga
De Ulises feneció cuando la llama

En pavesas redujo las altivas
Murallas de Ilión... grandes peligros
Á Astianacte amenazan; los Atridas
Han resuelto su muerte, si hoy la mano
No da á otro esposo Polixena, y priva
Á Pirro de esperanza para siempre.
El interés que vuestra suerte inspira
Me arranca este secreto.

HÉC. ¡Así el destino
Implacable persigue las reliquias
Deplorables de Troya!... Hécuba triste,
Señor, á vuestras plantas se arrodilla,
É implora la piedad de su enemigo.
Ulises, esta mano, que teñida
Tantas veces fué en sangre de los míos,
Postrada beso. Mis caducos días
Os muevan á piedad; de un tierno infante
Salvad, Ulises, la inocente vida.
¡Ay! vos también sois padre, vuestro pecho
También al nombre filïal palpita.
Conservad á Astianacte; así Minerva
Os torne á vuestra esposa fiel propicia;
Así Laertes, vuestro anciano padre,
Dilatada vejez contento viva.

ULIS. Hécuba, vos sabéis que vuestro nieto
Cupo en suerte cautivo á los Atridas;
Ellos solos son dueños absolutos.

HÉC. Señor, vuestra elocuencia persuasiva
Arrastra al rey de reyes á su impulso;
Tantas veces funesta á mi familia,
Usadla en mi favor una vez sola.

ULIS. ¿Á quién no apiadarán vuestras desdichas?
Señora, sosegad; de vuestro nieto
Ulises guarda la inocente vida,
Si vos frustráis de Pirro la esperanza,

Uniendo á otro himeneo vuestra hija,
Y los temores disipáis de Grecia.

HÉC. Polixena infeliz yace sumida
En llanto doloroso; hórrido luto
Viste la malhadada, desde el día
Que á dar la mano á Aquiles á las aras
Fué con tristes auspicios conducida;
¿Y queréis que los trajes funerales
Tan de repente trueque en las festivas
Pompas del himeneo? ¿que en servidumbre
De los dioses la sangre esclarecida
Nazca?

ULIS. Si no me engaña mi prudencia,
Una insana pasión el pecho agita
De vuestra malhadada Polixena.
¿No veis cuál huye las demás cautivas?
¿Cuál en las selvas vaga, y cuál al cielo
En ayes profundísimos suspira?
Vos podéis penetrar este misterio:
Á una madre tan tierna, ¿qué podría
Esconder Polixena? así de Pirro
Se entibiará el amor, desvanecidas
Sus esperanzas, cuando en otros fuegos
Vea la princesa arder.

HÉC. De sus desdichas,
Y no de amor, proceden sus suspiros...
Mas aquí la infelice se encamina:
Yo voy á consolarla. De Astianacte,
Señor, proteged vos la tierna vida.

ULIS. *(Yéndose.)*
¡Madre desventurada!... Mas de Grecia
El interés sagrado tu familia
Ha proscrito, y tan triste ministerio
De Agamenón el orden me destina.

ESCENA II

POLIXENA, TERPANDRA, HÉCUBA

POL. ¡Oh cuánto abruma (1) al triste la existencia!
¡Oh cuán pesados grillos á la vida
Me encadenan! Terpandra, el real arreo
Ajeno es de una mísera cautiva.
¿Por qué mis sienes ciñe esta guirnalda,
Cual víctima á las aras conducida?
(Viendo á su madre.)
Amada madre, sólo en vuestros brazos
Halla consuelo vuestra infeliz hija.
HÉC. Vén, descansa en mi seno, único apoyo
De mi cansada edad; sola reliquia
De tantos hijos míos, como yacen
Sin vida en las campañas de la Frigia.
Por tí sola de madre el dulce nombre
Escuchan mis oídos con delicia.
¿Mas qué mortal tristeza te consume?
¿Por qué tus compañeras siempre evitas,
Y en las selvas te internas silenciosa?
POL. De los humanos huyo así la vista
Á mis ojos odiosa, sin testigos
Mis lágrimas inundan mis mejillas:
Eco sola repite mis tormentos.
HÉC. ¿Mas por qué de tu madre las caricias
Huyes? ¿por qué insensible á los halagos
De Pirro?...
POL. Su pasión insana irrita
Mi enojo. ¿Qué? ¿aspirar osa á mi mano

(1) *Abisma* dice la edición.

De mi familia el bárbaro homicida?
Yo ví al triste Polites huir en balde
De su furor y antes las aras mismas
Pirro en su corazón clavar tres veces
El puñal; yo le ví con befa impía
Insultar los Penates impotentes,
Que tan mal protegieron mi familia.
El dardo que lanzó con mano flaca
Mi débil padre, yo le ví con risa
Mofar; yo ví las canas venerables
Teñir en roja sangre su cuchilla.
¡Oh! mas antes la triste Polixena
Pasto sea de las fieras de la Libia,
Que á tan fatal coyunda dé su cuello.

HÉC. ¡Oh de tantos monarcas hija digna!
Los hados no permiten que tan noble
Indignación escuches: hoy cautiva
Eres de Pirro; él solo tus cadenas
Puede romper.

POL. Señora, mi desdicha
Ningún alivio admite; amarga pena
Lentamente consume de mis días
El deplorable curso, y mi sepulcro
Labra en la primavera de mi vida.

HÉC. Hija, ¿por qué tu madre tus quebrantos
Ignora? ¡tú de mí te desconfías!
¡Tú me escondes tus penas! ¡mi terneza
¡Oh! cuán mal es por tí correspondida!

POL. Mi mal es sin remedio.

HÉC. Polixena,
En vano me lo ocultas; llama activa
De ardiente amor te abraza.

POL. ¡Santos dioses!
Señora, á vuestros piés una hijá impía
Vuestra piedad implora; el amor crudo

Reina en mi corazón; ni las cenizas
De mi infelice patria, ni mis lloros,
Ni de mi cautiverio la ignominia,
Nada extingue el incendio que me abrasa.

HÉC. ¿Qué, tú, Venus, que siempre tan propicia
Á los troyanos fuiste, ora contraria
De tu Paris persigues la familia?
Hija desventurada, ¿quién tus fuegos
Enciende?

POL. Dulce madre, de una indigna
Pasión no penetréis ¡ay! el misterio.
El rubor que colora mis mejillas
La confusión os dice de la hermana
De Héctor.

HÉC. Vén á mis brazos, hija mia,
¿Quién mejor que tu madre, de tu llanto
Puede agotar la vena? Tú, divina
Protectora de Troya, Venus alma,
De esta infeliz calma el dolor benigna.

POL. Madre, adios, permitidme que en mi estancia
Un momento dé curso á mis desdichas.

ESCENA III

HÉCUBA, TERPANDRA

HÉC. Corre, Terpandra, á dar aviso á Pirro
Que Hécuba quiere hablarle... de este día,
Con tan fatal auspicio amanecido,
Los dioses tutelares de la Frigia
Desmientan favorables los presagios.

ESCENA IV

HÉCUBA sola.

¿Á qué nuevos quebrantos la afligida
Hécuba se reserva? ¿De los dioses
La venganza implacable me destina
Á lloros más acerbos? ¿De amargura
No está apurado el cáliz todavía?
Ayer reina del Asia, hoy en cadenas;
Ayer de tantos hijos de la Frigia
Esperanza y honor, madre dichosa,
Que á filos yacen hoy de la cuchilla
Enemiga, cual hoz tajante siega
La flor lozana con la seca espiga.
¿Qué valió á Paris su certera flecha;
Su fuerza, de los griegos tan temida,
Á Héctor, en cuyos hombros descansaban
Los destinos de Troya; su osadía
Guerrera á Tróilo en años no maduros;
Á Casandra infeliz nunca creída
La inspiración fatídica de Apolo?
Polixena, Astianacte, de los días
Caducos de esta anciana único apoyo:
Las deidades á Príamo propicias
Os preserven piadosas de tan grandes
Peligros como corre vuestra vida.
Mas Pirro y Elpenor aquí se acercan.

ESCENA V

PIRRO, ELPENOR, HÉCUBA

PIR. ¿Qué me ordenáis, señora? ¿de mi dicha
Me dais el fausto anuncio? ¿vuestros ruegos
Ablandaron al fin de vuestra esquiva
Polixena el rigor? hablad, señora;
¿Mas el rostro volvéis? ¿vuestras mejillas
Copioso llanto inunda? ¿qué presagios
Funestos ¡ay! vuestro dolor indica?
¿Quién se opone á mi amor?

HÉC. La Grecia entera
Contra vos indignada; los Atridas;
Los dioses; de Astianacte los peligros.

PIR. Pirro no tiembla de arrostrar las iras
Impotentes de Grecia: ¿soy yo acaso
Siervo de Agamenón? ¿yo, de la altiva
Epiro rey, del fuerte Aquiles hijo,
Adoraré sus leyes con rendida
Sumisión? ¿cuando, padre sin entrañas,
Á Ifigenia inmoló su mano impía,
Pirro impidió su bárbara crueza?

HÉC. Astianacte perder debe la vida,
Si se cumple himeneo tan funesto.
Este designio bárbaro me intima
En este instante el hijo de Laertes:
Vos sabéis que, en poder de los Atridas,
Nada puede oponerse á sus furores.

PIR. Júpiter, vengador de la perfidia,
Oye mis juramentos; hoy de Atreo
Perecerá la descendencia impía;
Hoy arderá cual Troya el campo griego.

¡Á mi padre arrancó ya su injusticia
La cautiva Briséida, á mi himeneo
Ora se opone!

HÉC. Pirro, vuestras iras
Calmad ¡oh Dios! vuestro furor insano
De Astianacte la muerte precipita.
Pensad que en su poder vive cautivo,
Que al rumor más ligero la cuchilla,
Pendiente ora de un hilo, su cabeza
Dividirá. ¿Qué puede á los Atridas
Contener? ¿no atropellan los derechos
Que veneran los pueblos de la Libia?

PIR. ¿Pensáis que resistir puede á mi acero
Ni Agamenón, ni la falange argiva?
Cual con brazo pujante en otro tiempo
Las torres derribé, que defendían
El alcázar de Pérgamo, con muerte
De mil héroes valientes de la Frigia,
Tal hoy los escuadrones de Micenas
Huirán despavoridos á mi vista.

HÉC. ¡Mísero infante! ¡anciana malhadada!
¿Dó os arrastra, señor, la vengativa
Saña? ¿no veis que ese imprudente arrojo
De los Atridas el furor irrita
Contra el tierno Astianacte?... por los manes
De vuestro padre Aquiles, por la vida
De Deidamia, olvidad de Polixena
El amor; ¿una mísera cautiva
Puede ser vuestra esposa sin desdoro?

PIR. Antes de Apolo el resplandor se extinga,
Y el Simoente torne atras sus ondas,
Que yo deje de amar á la divina
Polixena. Mi gloria, mi ventura,
De ella sola dependen; Pirro olvida
Por ella la palestra pavorosa,

El sudor de la lucha le fatiga,
Y el marcial ejercicio le es gravoso;
Sus amigos más fieles le fastidian.
Sólo mi amor me ocupa; ¡de Cibeles
El sacro bosque Ideo mis encendidas
Lágrimas cuántas veces ¡ay! regaron!

HÉC. Toda la Grecia, Polixena misma,
Repugna á un himeneo tan funesto.

PIR. ¿Polixena también?

HÉC. Señor, herida
De otra flecha...

PIR. ¡Un rival me es preferido!
¿Quién osa disputar de su cautiva
El corazón á Pirro? más valiera
Que consumido en las cenizas frías
De Ilión, ó en el Janto sumergido
Vagara de Aqueronte á las orillas,
Sin sepultura, sin consuelo, errante,
Que ofrecerse á mis iras vengativas.
¿Quién es ese rival? decidlo, esclava.

HÉC. ¡Madre desconsolada! ¡infeliz hija!
¡Qué imprudencia es la mía! del falso Ulises
La astucia reconozco y la perfidia...
Señor, á vuestros piés...

PIR. Sombra del grande
Aquiles, que irritaba en las estigias
Mansiones mi amor ciego, hoy aplacada
En la tumba serás con sangre frigia.
Hecatombe de víctimas troyanas
Tu hijo te inmolará; tu esposa impía,
Que te arrastró á las aras de Himeneo
Para darte la muerte, con su indigna
Sangre hoy saciará ¡oh padre! tu venganza.
Este día, fatal á las reliquias
De Laomedonte pérfido, de Troya

Borrará la memoria aborrecida.
Idos de mi presencia.

HÉC. ¡Dioses santos,
Qué tigre de la Hircania en mi rüina
He irritado, y en daño de los míos!

ESCENA VI

PIRRO, ELPENOR

PIR. La Grecia asombrará la vengativa
Saña de Pirro... Amigo, ¿ves de Aquiles
La sombra desangrada? en torno gira
De mí; ¿no vez cuál triste, macilenta,
De su pecho me muestra las heridas?

ELP. No os engañe, señor, la ilusión vana
De vuestra pasión ciega falaz hija.
Las sombras de los muertos no abandonan
Jamás del Flegetonte las orillas
Por turbar el descanso de los vivos.

PIR. ¡Este es el galardón que á mis rendidas
Ansias ¡ay! reservaba Polixena!
¡Qué! ¿á los piés de una mísera cautiva
Lloró el hijo de Aquiles humillado,
Y de un rival dichoso preferida
Verá la llama á sus suspiros tiernos?

ELP. El crudo amor que vuestro pecho agita
Con falsos miedos os deslumbra acaso.
¿Quién sabe si de Ulises seducida
Hécuba habrá fingido que otros fuegos
Inflaman en amor su infeliz hija,
Por evitar las bodas que la asustan,
Y de Astianacte conservar la vida?

¿No escuchásteis, señor, cuál acusaba
Del hijo de Laertes la perfidia,
Cuando vuestro furor amenazaba
De las reliquias frigias la rüina?

PIR. Dulce amigo, tú solo á un malhadado
Tornas á renacer á nueva vida.
Vé, corre á la infeliz Hécuba, aplaca
Su dolor, la violencia de mis iras
En mi nombre la excusa: Neoptolemo
Toda su suerte á tu amistad la fía;
¿Sabes si el corazón de Polixena
En otros fuegos arde, ó si fingida,
Por consejo de Ulises, es su llama?

ELP. Señor, más bien de Polixena misma
Sabréis lo cierto; vedla, que de cuanto
Hécuba os dijo luego sea instruída;
Haced que ante las aras de Himeneo
Os dé la fe de esposa en este día,
Ó descubra su pecho, si inflamado
Por otro amante más feliz suspira.

PIR. Á tus sabios consejos obedezco.
Madre del crudo amor, Venus impía,
Basten á tu venganza los tormentos
Que Pirro sufrió ya, de tu enemiga
Cese al fin el furor; así mi incienso
Arderá en tus altares noche y día.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Es de noche. La escena representa el túmulo de Aquiles ornado de cipreses, y el fuego sagrado que arde á sus manes.

ESCENA I

ULISES, CALCAS

ULIS. EL fuego de los griegos en pavesas
Redujo la enemiga Troya en vano,
Mientras respire, Calcas, el linaje
De Héctor. Sacrifiquemos al sagrado
Interés general otros respetos;
Perezca Polixena, no temamos
La nota de crüel, si con su muerte
Tantas vidas se compran... ya diez años
Corrió la sangre pura de la Grecia,
Y bañaron las aguas de Escamandro
Los huesos de sus héroes insepultos.
CALC. Mas ¿cómo piensas del amor insano
Triunfar de Neoptolemo? ¿no conoces
De su ciego furor arrebatado
El ímpetu fogoso? De los dioses
Yo invocaré la voluntad en vano;
Él burlará las órdenes del cielo,
Mis voces y los dioses despreciando.

ULIS. Mal de su juventud tumultuosa
Juzgas; de sus pasiones dominado,
De la impiedad insano, pasar debe
Á la superstición sin intervâlo.
La fortuna nos sirve. Polixena
No cura sus furores ni sus llantos;
Hécuba por mis artes seducida
Repugna á este himeneo; Pirro irritado
Á su rabia sin freno se abandona.
Tan preciosos momentos no perdamos.
Muera con Polixena la esperanza
De los cautivos míseros troyanos...
Mas aquí la infelice se encamina;
Oigamos. Calcas, ¿qué suceso extraño
Al túmulo de Aquiles la conduce?
Á estos tristes cipreces retirados
Podremos escucharla sin ser vistos.

ESCENA II

ULISES y CALCAS en el fondo del teatro.
POLIXENA, TERPANDRA.

TERP. ¿Dó dirigís, señora, vuestros pasos?
La noche en la mitad de su carrera
Guía silenciosa su estrellado carro;
Su blando soplo espira á los mortales
El apacible sueño; todo el campo
Olvida las fatigas de Belona,
En plácido reposo descansando:
¡Y vos veláis inquieta, sin sosiego!
POL. De las negras regiones del espanto
Los habitantes pálidos las frías

Moradas abandonan, y de helado
Pavor cercan mi pecho.

TERP. No, señora,
Á las sombras que abulta un sueño vano
Deis crédito; calmad vuestros temores.

POL. ¡Ah! no fué sueño, mas fatal presagio
De mi suerte la imagen que me asusta.
Apenas Neoptolemo despechado
Me abandonó, de sus rabiosos celos
Agitado, terrible, amenazando
Mi muerte, por mi sangre un hielo frío
Discurrió; mis sentidos un desmayo
Embargó. Yo ví entonces de Himeneo
(¿Fué sueño, ó realidad?) el fuego sacro
Arder en los altares; yo ví á Pirro
Arrastrarme por fuerza, y de su mano
Triste presente hacerme en mi despecho:
Mas cuando yo pensé verme en sus brazos,
Me encuentro en los de Aquiles; en suspiros
Encendidos mi tierno amor exhalo;
Mi esposo ¡ay! no responde á mis caricias;
Mas silencioso, asiéndome la mano,
Por ásperos senderos tortúosos
Me conduce á un escuro bosque vasto,
Y desparece luego de mi vista.
En vano yo, anegada en triste llanto,
Aquiles á los vientos repetía:
Nada, Terpandra, de este inmenso campo
Interrumpe el silencio pavoroso:
Los vientos son sin voz: malignos rayos
De Diana entre nubes le iluminan:
«Aquí (dijo una voz llena de espanto)
Será, infeliz, por siempre tu morada» (1).

(1) El sueño de Polixena se publicó también en las *Lecciones*.

TERP. Perded, señora, de temor tan vano
La funesta memoria.
POL. De mi esposo
Quiero aplacar la sombra con mi llanto.
Aquiles, si las ondas del Leteo
No borran en los míseros humanos
El sentimiento, si en la noche eterna
De los vivos el ruego es escuchado,
Oye mi voz, esposo, no de Paris
Me imputes la perfidia; el cielo santo
Conoce mi inocencia.
TERP. Polixena,
Ved que agitada de terrores vanos
Olvidáis que de Pirro los furores
Vuestra vida amenazan. Despechado,
Cual leona que pierde sus cachorros,
De vuestra vista así salió bramando.
¿Por qué le confesasteis, imprudente,
Vuestro amor? ¿de este joven temerario
No tembláis de excitar la ira celosa?
POL. ¿Qué pude hacer ¡ay triste! si, embriagado
En amor, me arrastraba á los altares
En mi despecho? ¿si el incienso sacro
Ya humeaba en las aras de Himeneo?
¿Debí, perjura, á Pirro dar la mano,
Olvidando de Aquiles la memoria?
TERP. Mas ¿por qué no calmasteis su irritado
Furor celoso, haciendo que en su padre
Su rival viese?
POL. De un amor insano
Víctima desgraciada, mi ignominia,
Mis vergonzosos fuegos sepultados
En mi pecho serán eternamente.
El crüel homicida de mi hermano
Adoro sin pudor, el que en la sangre

Troyana tantas veces tiñó el Janto;
¿Y quieres que el amor que me consume
Publique en altas voces, olvidando
Cuanto debo á mi gloria, y á mi patria?
¿Que de mi madre los caducos años
Indignados desciendan á la tumba?
¿Pero no es Pirro aquél? ¡ay Dios! huyamos,
Terpandra, sus furores.

TERP. Los funestos
Presagios, santos dioses, haced vanos.

ESCENA III

PIRRO, POLIXENA, TERPANDRA, ELPENOR

PIR. ¡Oh sombra de mi padre generosa!
Hoy serás aplacada; los esclavos
De Frigia teñirán en su vil sangre
Tu sepulcro... ¿qué miro? ¡Cielos santos,
Esta impiedad sufrís! ¡qué, de mi padre
Una esclava profana así el sagrado
Túmulo, y turba sus cenizas frías!
¿Quién aquí ha conducido vuestros pasos?

POL. Señor, de la infelice Polixena
Mueva vuestra piedad el triste llanto.
Los dioses son testigos que de Aquiles
Los manes son por mí tan venerados,
Cual por vos mismo, Pirro, pueden serlo.

PIR. ¡Á Aquiles veneráis! ¿de vuestros falsos
Cariños engañado, no fué muerto,
Cuando os daba de esposo fiel la mano,
Por la flecha de Paris alevoso?
De otro amante prendada, con engaños
Vos tendisteis las redes, do cautivo

Pereció el triste en lazos apretados.
POL. ¡Yo culpada de Aquiles en la muerte,
Señor!
PIR. Vuestro rubor, vuestro embarazo,
Dicen vuestro delito; ¿á este sepulcro,
En medio de la noche, quién os trajo?
Responded.
POL. ¡Ay de mí! Madre, Terpandra,
Libradme de su enojo. Dioses patrios,
Mi vida defended, y mi inocencia.
PIR. ¿Cómo así enmudecéis?
POL. ¡Ay! los presagios
De mi sueño se cumplen: de mi muerte
En vuestra frente irrevocable el fallo
Escrito está. Terpandra, tal su imagen
Esta noche ha turbado mi descanso.
¿Ves cuál lanzan sus ojos vivo fuego?
¿Dónde me ocultaré? ¿quién de su airado
Enojo me liberta? Héctor valiente,
Perdona á Polixena tus agravios,
Y defiende su vida.
TERP. Á la infelice
Hécuba corro á hablar; ella el insano
Furor podrá aplacar de Neoptolemo;
Venid, señora, de este sitio huyamos.
PIR. ¿Adónde evitarás el justo enojo
De Pirro, que en tu daño has indignado?

ESCENA IV

ULISES, CALCAS, PIRRO, ELPENOR

CALC. La sombra no aplacada de tu padre,
Pirro, de las regiones del espanto

Abandonando la morada horrible,
Me envía á tí. Sus manes no vengados
La sangre de las víctimas desechan,
Ni del incienso el humo les es grato.
Polixena á los dioses infernales
Debe ser inmolada; así en los campos
Estigios cesará el furor de Aquiles.

PIR. Adivino impostor, ¿quién te ha enseñado
Del Tártaro y de Olimpo los secretos?
¿Se cura el reino del olvido acaso
Del mundo de los vivos? ¿á la muerte
Sobrevive en los míseros humanos
La sed siempre implacable de venganza?

CALC. ¿Adónde de tu amor arrebatado
Te arrastra el desenfreno? ¡De tu padre
Las cenizas insultas!

PIR. De mi insano
Furor ten compasión, Calcas; Aquiles
Ardió en los mismos fuegos inflamado.
Jamás en este sacrificio impío
Pirro consentirá; vibre en su daño
Ora Alecto sus sierpes venenosas,
Ora de Jove el encendido rayo
Truene con ronco estrépito tremendo.

ULIS. Calcas, ya de los míseros troyanos
Corrió bastante sangre; ya de Paris
Con la muerte, vengó el valiente brazo
De Pirro el himeneo de su padre;
Que Polixena viva; que, á su amado
Unida en lazo estrecho, las desdichas
Olvide de su patria, y sus quebrantos.

PIR. ¡Unida con su amado Polixena!
¿Quién es, Ulises, el infame esclavo
Que osó aspirar así de mi cautiva
Á obtener, en despecho mío, la mano?

ULIS. Pirro, de Polixena los amores
Á nadie son ocultos; todo el campo
Sabe tu pasión ciega, y sus desdenes;
De tu rival la dicha, y tus insanos
Furores.

PIR. ¡Así Pirro de una esclava
Juguete vil, verá su amor burlado
De toda Grecia, y con vergüenza suya
Triunfará de sus ansias un troyano!
Venga, Pirro infeliz, venga á tu padre.
¡Una sierva te ultraja, malhadado;
De Aquiles turba las cenizas yertas,
Y tú te exhalas en suspiros vanos;
Ni á Aquiles vengas, si tu afrenta curas!
Vé, Calcas, de mi padre los sagrados
Preceptos cumple, Polixena muera;
Yo mismo inmolaré de mil esclavos
Frigios grata hecatombe á sus cenizas;
Perezca de los pérfidos troyanos
Entre los hombres la memoria impía.

CALC. Vén, Ulises, á Pirro obedezcamos.

ESCENA V

PIRRO, ELPENOR

PIR. Muere, infeliz, de tu perfidia aleve,
De tu llama recibe el digno pago.
Y tú, sombra de Aquiles generosa,
Si tan costoso sacrificio es grato
Á tus manes, arranca de mi pecho
El dardo del amor envenenado...
¿Quién es, díme Elpenor, el vil cautivo

Que osó aspirar sacrílego á su mano?
Por no ver mi venganza, en su carrera
Tornará atrás Apolo sus caballos.

ELP. Señor, de un velo espeso este misterio
La princesa cubrió, con obstinado
Silencio; de Terpandra solamente
La infelice fiaba sus quebrantos.
Deshecha en llanto, en soledad profunda,
La presencia de griegos y troyanos
Igualmente importuna era á sus ojos.
Mas de Hécuba los pasos fatigados
Apoyando Terpandra, aquí se acerca.
Ella os informará, señor, de cuanto
De su pecho fiaba su señora.

ESCENA VI

HÉCUBA, TERPANDRA, PIRRO, ELPENOR

HÉC. Pirro, ¿vos de las furias agitado
La muerte amenazáis de Polixena?
Ved adónde os arrastra vuestro insano
Furor; de vuestro padre la memoria
Es el rival de la princesa amado.

PIR. ¡Dioses, qué escucho!

HÉC. De la fiel Terpandra
Os podéis informar; ella los llantos
De mi hija triste cariñosa enjuga:
Sus pechos su niñez alimentaron,
Y en la próspera suerte y en la adversa
Su maternal afecto de su lado
No se aparta jamás; de Polixena
La confianza paga amor tan raro:

Ella os dirá, señor, la misteriosa
Causa de sus desdenes obstinados.

PIR. ¡Oh Venus implacable! un sudor frío
Discurre por mis venas: ¿Pirro insano,
Pirro qué hiciste? ¡ay Dios! la fiel esposa
De Aquiles á su sombra has inmolado.

HÉC. ¡Madre desventurada! ¡día funesto!
¿Á qué nuevos tormentos, dioses santos,
Reserváis esta madre desdichada?
¿Adónde mi hija está?

PIR. Corre; el infausto
Sacrificio, Elpenor, á impedir vuela.

ESCENA VII

HÉCUBA, TERPANDRA, PIRRO

HÉC. ¿Qué sacrificio es éste? ¿qué presagios
Vuestra inquietud me anuncia? ¿Polixena
Qué se hizo? Vuestro rostro demudado,
Vuestra siniestra amarillez indican
Á esta infeliz anciana graves daños.

PIR. ¡Pérfidas artes del astuto Ulises!
¡Impostura de Calcas! ¿para cuándo
Sus iras guarda Jove, si no vibra
Contra vosotros su encendido rayo?
¿Ó la casualidad ciega fulmina
Esos fuegos que temen los humanos?

HÉC. ¿Quién vuestro enojo excita? ¿Dónde, Pirro,
Está ¡ay Dios! Polixena? á vuestro lado
Terpandra la dejó, cuando á decirme
Vino vuestro furor.

PIR. ¡Oh dioses, cuánto

Tarda Elpenor! ¿Si la cuchilla impía
Se habrá en su tierno cuello ensangrentado?
HÉC. ¿Qué escucho? ¡Polixena ha perecido
Víctima de tus celos! Dioses sacros,
Que el perjurio vengáis y la crueza,
Oid de una madre los acerbos llantos.
Hija, de mi vejez único apoyo,
¿Quién te arrancó de mis amantes brazos?
¡Ay! tórname mi hija.
PIR. ¡Oh día funesto!
¡Oh infeliz madre! ¡oh Pirro malhadado!

ESCENA VIII

PIRRO, ELPENOR, HÉCUBA, TERPANDRA

PIR. ¿Qué es de la desgraciada Polixena?
ELP. Mis suspiros, señor, mi lloro amargo,
Ya os han dicho cuál fué su triste suerte.
Los griegos en el templo convocados.
Compasivos la vieron á las aras,
Coronada de flores, ir temblando.
Su beldad peregrina, sus desdichas,
La pasada fortuna, de sus años
La juventud florida, cual la rosa
Que en capullo deshoja el soplo airado
Del vendaval, el corazón más duro
Ablandan; Calcas ya prepara el sacro
Cuchillo, ya la venda fatal ciñe
Su frente, y descubierto ya el nevado
Virginal seno al mortal golpe ofrece.
«Griegos, exclama entonces, vuestro llanto
Enjugad; feliz yo, si con mi muerte

De Aquiles la irritada sombra aplaco.
Aquiles fué mi esposo y mi amor solo;
Con él unida, en los Elíseos campos
Eternamente viviré contenta.
Perdóneme mi madre, si, olvidando
Cuanto debo á mi patria, muero amante
Del héroe tan fatal á los troyanos.
Sin mi muerte, por siempre este secreto
En mi pecho estaría sepultado:
El instante fatal ¡ay! me le arranca.»
Dijo: Calcas tembló cuando su mano
Escondió en sus entrañas el sangriento
Puñal; del alto templo resonaron
Las bóvedas con llanto doloroso.
Confundido de griegos y troyanos
Se escucha entonces, por la vez primera,
Alzarse al cielo el grito lastimado.
Entonces yo llegué; mas ya su sangre
Bañaba los altares, y mi tardo
Auxilio valió sólo á ver del pueblo
Sin provecho crecer el dolor vano (1).

HÉC. Monstruo, más despiadado que los tigres
De Hircania, duro más que los peñascos
Del Cáucaso, vé, gózate en la muerte
De una tierna doncella; vé, inhumano,
Sacia tu sed en su caliente sangre.
Y vos, que castigáis de los malvados
Los delitos, crujid el duro azote,
Vengativas Euménides, vibrando
Vuestras sierpes sangrientas; de su padre
En torno giren de él los irritados
Manes; sus roncos gritos funerales

(1) La relación de la muerte de Polixena es otro de los fragmentos que se hallan en las *Lecciones*.

Interrumpan por siempre su descanso.
(Terpandra se lleva á Hécuba.)
PIR. Perdona, oh padre; ¡ay Dios! ¿por qué tu rostro
Me amenaza? ¿qué espectro malhadado
Me persigue?... ¡Ceñida de culebras
Una mujer!... del reino del espanto
Las furias, en mi daño conjuradas,
La mansión tenebrosa abandonaron.
ELP. Venid, señor, las naves os aguardan;
De esta tierra fatal al punto huyamos.

FIN DE LA TRAGEDIA

EL HIPÓCRITA

COMEDIA DE MOLIÉRE

EN CINCO ACTOS EN VERSO

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. JOSÉ MARCHENA



MADRID, MDCCCXI

EN LA IMPRENTA DE ALBÁN Y DELCASSE

Impresores del Ejército Francés en España.

Calle de Carretas, núm. 31.

ADVERTENCIA

NO se me esconde cuán apartado va de un autor un intérprete, por exacto, elegante y puro que éste sea; pero aquel que atienda á las muchas dificultades que la traducción de una comedia de Molière ofrece, todavía verá que es acreedor á elogio quien todas las haya superado. *Est tamen hic quoque virtus*. Yo no sé si lo he conseguido, pero sé, á lo menos, que esta versión no está escrita en lengua franca; idioma que tantos hablan en el día, y en que allá ellos se entienden. Declamen cuanto quieran en buen hora contra los que saben el castellano aquellos que no le han estudiado; yo confieso que me agrada más el estilo lírico de Rioja que el de Salanoba, y hallo más que imitar en los buenos trozos de *La Bella mal maridada* ó en *La Escolástica celosa* de Lope que en lo más selecto y atildado del *Hombre singular ó Catalina primera*. Nuestro traductores y muchos de nuestros autores no han venido á caer en cuenta de que como el latín se aprende en los autores latinos, ni más ni menos el castellano se aprende en los castellanos; verdad recóndita sin duda, que, si no les es dable empero alcanzar á ella, no errarán en admitirla como cierta, cuando no probada. Así, en vez de escribir contra los que leen nuestros autores clásicos, los estudiarán, y sabrán alguna de las lenguas de Europa.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

MARQUÉS DE ALMENARA

MINISTRO DE LO INTERIOR, ETC., ETC.

Excmo. Sr.:

La obra que á V. E. presento no es ofrenda de un subalterno á su superior; es, sí, testimonio de gratitud á muchas y señaladas mercedes por largo espacio de tiempo recibidas; y si confesarlas es parte de la paga, ¿no debía yo aprovecharme de la primera ocasión que de hacerlo auténticamente se me ofreciera? Los pocos que saben que el ilustre Casti, si gozó algún desahogo en los postreros instantes de su dilatada vida, lo debió á la munífica liberalidad de V. E., apreciarán el afecto que los sabios le merecen; pero yo, que sólo en cultivar las letras me parezco á este célebre poeta, y que no he dado á la luz pública escritos que igual nombradía me hayan granjeado, no podía alegar motivos iguales para los favores que de V. E. tengo recibidos.

El público escuchó tan benévolo la representación de esta comedia, y el traductor recibió tantos parabienes por el acierto con que dicen que logró trasladarla á nuestro idioma, que se ha persuadido, Excmo. Señor, á que esta versión podrá no ser indigna de salir bajo los auspicios de V. E., y así será ciertamente si los lectores confirman el voto de los espectadores.

Dígnese, pues, V. E. de admitir este obsequio, prueba, si no de mérito literario, de gratitud indeleble.

Madrid, 3 de Junio de 1811.

J. Marchena.

ACTORES

D.ª TECLA, madre de D. SIMPLICIO.
D. SIMPLICIO, marido de D.ª ELVIRA.
D.ª ELVIRA, mujer de D. SIMPLICIO.
D. ALEJANDRO, hijo de D. SIMPLICIO.
D.ª PEPITA, hija de D. SIMPLICIO.
D. CARLOS, amante de D.ª PEPITA.
D. PABLO, cuñado de D. SIMPLICIO.
D. FIDEL, hipócrita.
JUANA, criada de D.ª PEPITA.
D. CELEDONIO, escribano.
UN ALCALDE DE BARRIO.
FELIPA, criada de D.ª TECLA.

La escena es en Madrid, en casa de D. Simplicio.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

D.ª TECLA, D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, D. PABLO, D. ALEJANDRO, JUANA y PEPITA.

D.ª TEC. Anda, Felipa, más vivo,
Que me vea libre de ellos.
D.ª ELV. Tal paso lleva usted, madre,
Que alcanzarla no podemos.
D.ª TEC. No te canses más, Elvira,
En seguirme; cumplimientos
Ya sabes que no me gustan.
D.ª ELV. Señora, aquí sólo hacemos
Lo que es nuestra obligación;
¿Mas por qué con tal despecho
Se va usted de nuestra casa?
D.ª TEC. Porque aguantar más no puedo
Lo que en ella pasa; vaya;
Esta casa es un infierno:
Es un escándalo; nadie,
Nadie sigue mis consejos;
Sin respeto á los mayores,
Cantando y hablando recio,
Que parece una ginebra.
JUANA. Si...

D.ª TEC. Tú siempre andas metiendo
En todo tu cucharada,
Mas que nunca venga á cuento;
Eres muy entremetida,
Y charlas por cuatro.
D. ALEJ. Pero...
D.ª TEC. En una palabra, chico,
Tú no eres más que un tontuelo;
Mírame, que soy tu abuela,
Y te lo digo, y le tengo
Pronosticado á tu padre
Que tú has de ser con el tiempo
Una mala cabecilla,
Y darle mil sentimientos.
D.ª PEP. Pero abuela...
D.ª TEC. Nietecita,
Con los ojos en el suelo,
Que parece que no quiebras
Un plato; yo te prometo
Que más temo el agua mansa
Que la brava, y que te entiendo
Tus maulas.
D.ª ELV. Madre, nosotros...
D.ª TEC. Elvira, esto no va bueno,
Tu conducta no me gusta;
Tú debes darles ejemplo,
Como hacía la difunta,
De economía, de arreglo.
Tú, siempre el vestido rico,
Los moños, los embelecos.
La que á su marido quiere,
Y no trata de cortejos,
No anda tan engalanada.
D. PAB. Señora, usted...
D.ª TEC. Caballero,

Como hermano de mi nuera
Á usted estimo y respeto;
Mas, si fuera su marido,
Le suplicara al momento
Que se plantara en la calle,
Y no volviera aquí dentro.
Usted profesa unas máximas
Que no agradan á los buenos;
¿Qué quiere usted? yo soy clara,
Y digo aquello que siento.

D. ALEJ. Sólo don Fidel le peta
Á usted, y no sé...

D.ª TEC. Es muy cierto;
Ese es un justo; ¡ojalá
Que siguierais sus consejos
Todos! Tú, como eres loco,
Siempre le andas zahiriendo,
Y á fe que me enfadas mucho.

D. ALEJ. Pues cierto que fuera acuerdo
Aguantar que un mogigato
Hipocritón se haga dueño
De mi casa, y no podamos
Gozar ningún pasatiempo
Sin pedirle antes licencia.

JUANA. Vaya; y si nos atenemos
Á sus palabras, no hay cosa
En que no se ofenda al cielo:
Todo dice que es pecado.

D.ª TEC. Y dice muy bien el siervo
De Dios; para ir á la gloria
El camino es muy estrecho.
Mi hijo le respeta y quiere;
Sigan ustedes su ejemplo.

D. ALEJ. Nó, abuela, padre ni nadie
Logrará que tenga afecto

Á ese hombre yo, y mentiría
Si dijera que le puedo
Llevar en paciencia; en breve
Tendremos un sentimiento,
Si continúa el bribón
Haciendo de amo aquí dentro.

JUANA. ¿No es cosa que escandaliza
Ver á un pobre pordiosero,
Que, cuando se metió en casa,
Estaba el maldito en cueros,
Mandar, disponer de todo
Como si fuera él el dueño?

D.ª TEC. Pesia á mí, mejor irían
Las cosas por los consejos
De ese santo encaminadas.

JUANA. Usted cree que es muy bueno.
Pero yo, que le conozco,
Digo que es un embustero,
Gazmoño.

D.ª TEC. ¡Lengua maldita!

JUANA. Ni su criado Lorenzo
Ni el amo son de fiar.

D.ª TEC. El criado no me meto
En averiguar si es malo;
El amo sé que es muy bueno.
Ustedes le quieren mal
Porque no se anda en rodeos
Y reprehende sus vicios;
Porque con un santo celo
Defiende la ley de Dios,
Y porque no es lisonjero
Con el pecado.

JUANA. Está bien.
¿Pero por qué, hace algún tiempo,
Que se pone dado al diablo

Cuando viene alguien á vernos?
¿De una visita inocente
Acaso se enoja el cielo?
Aquí para entre nosotros,
Si va á decir lo que pienso,
Él está de mi señora
Enamorado y con celos.

D.ª TEC. Calla, calla, y mira bien
Lo que hablas. El devaneo
De mi nuera, las visitas,
Tanto lacayo y cochero
Ahí plantado, tanto coche
Á la puerta dan perpetuo
Pábulo á murmuración
De las gentes; yo bien creo
Que no hay ofensa de Dios,
Pero el escándalo es cierto.

D. PAB. Á las lenguas maldicientes
¿Quién puede poner silencio?
Bueno sería, señora,
Que con los que más queremos
Riñéramos por temor
De que murmuren los necios:
Y ni aun así callarían.
Señora, no nos curemos
De lo que digan los tontos;
Sigamos por el sendero
Recto, y dejemos que el vulgo
Hable cuanto quiera luego.

JUANA. ¿Si será nuestra vecina
Alfonsa quien va diciendo
Mal de nosotros? Bien puede,
Porque siempre son aquellos
Que tienen para callar
Más motivos los primeros

Que tiran, y con más furia,
La piedra al tejado ajeno.
La amistad más inocente
La convierten al momento
En mala, y van pregonando
Los imaginados yerros
De los otros, que así esperan
Encubrir los verdaderos
Que ellos cometen, ó acaso
Disculpar sus desaciertos,
Descargando en otros parte
Del público vituperio
Que se tienen granjeado.

D.ª TEC. Nada de eso viene á cuento.
Doña Ana, que es una santa,
Que sólo piensa en el cielo,
Habla mucho mal de ustedes,
Y me lo han dicho sujetos
Que la ven muy á menudo.

JUANA. ¡Buena autoridad por cierto!
Verdad es que esa señora
Sirve á Dios con mucho celo,
Y que ha dejado del mundo
Las pompas y devaneos,
Pero ya el mundo le había
Vuelto la espalda primero.
Con sus reverendas canas
Mal se avienen los contentos
Mundanales, y ella quiere
Con mentidos embelecos
De virtud y santidad
Disimularnos del tiempo
Los estragos. Así son
Tantos falsos beaterios.
Se acaba la mocedad

Y con ella los cortejos.
Tristes y desamparadas,
¿Queda entonces otro medio
Para no desesperarse
Más que pensar en el cielo?
Afectando austeridad,
Y con semblante severo,
Las nuevas santas censuran
Á las demás, reprendiendo
Toda amistad inocente,
Todo honesto pasatiempo,
Nó por caridad cristiana;
¿Que es caridad? ni por pienso:
Por envidia solamente
De que otras gocen contentos
Que ellas disfrutaron antes,
Mas que para siempre huyeron
Con la juventud.

D.ª TEC. Bien dicho.
(Á Elvira.) Elvira, estos son los cuentos
Que te gustan; la criada
Charlando siempre por ciento
Y los demás calladitos;
Pero al fin, yo también quiero
Hablar á mi vez, y digo
Que nunca pudo haber hecho
Mi Simplicio mejor cosa
Que traer á casa un sujeto
Tan santo, y que aquí ha venido
Por disposición del cielo
Para llevarlos á ustedes
Por el camino derecho
De salvación, y sacarlos
De pecado. Todos esos
Bailes, festines, visitas,

Comedias y otros festejos
Son invenciones del diablo,
Con que procura perdernos.
Jamás en ellos se escuchan
Palabras santas, ni ejemplos
Sacados de los sermones,
Sino equívocos, requiebros,
Y á veces murmuración
Del prójimo; y del estruendo
De estas diversiones salen,
Hasta los hombres más cuerdos,
Atontadas las cabezas,
Oyéndose en un momento
Veinte mil habladurías.
Así dijo con acierto
Un predicador muy grave,
Que eran estos pasatiempos
La torre de Babilonia,
Porque babean por ellos
Los tontos y los bolonios;
Y para seguir mi cuento,
El predicador... *(Á D. Pablo.)* Parece
Que el señor se está riendo:
Vaya usted á buscar monos
Que le diviertan... *(Á D.ª Elvira.)* No quiero
Hablar más; adios, Elvira:
Dí que me emplumen si vuelvo
Á poner aquí los piés,
Aunque se juntara el cielo
Con la tierra... *(Da una bofetada á Felipa.)*
Anda, maldita:
¡Qué sorna y qué contoneo!
Yo te enseñaré á que mires
Las musarañas, jumento:
Vamos, anda, aguija, vivo.

ESCENA II

D. PABLO y JUANA

D. PAB. Vaya con Dios, que no quiero
Acompañarla, no sea
Que me diga otros denuestos.
Cuidado que la abuelita...
JUANA. Si se oyera llamar eso
Bueno le pusiera, vaya,
Á usted; dijera á lo menos
Que para llamarla abuela
No es tan vieja.
D. PAB. ¡Qué mal genio
Gasta, y qué pasión le tiene
Á su don Fidel!
JUANA. Pues eso
Es friolera comparado
Con el loco devaneo
De su hijo. Jamás se ha visto
Tal manía en hombre cuerdo.
En los pasados disturbios
Se portó con mucho seso,
Y se hizo estimar de todos,
Sirviendo con mucho celo
Al rey contra los rebeldes;
Mas desde que aquí tenemos
Á su amigo don Fidel,
El juïcio se le ha vuelto.
Á madre, hijos y mujer,
Y á sí propio quiere menos
Que al hipocritón; de él solo
Fía todos sus secretos;
No hace cosa que no sea

Dictada por su consejo;
Le llama hermano, le abraza
Y le besa, como un tierno
Amante hiciera á su dama:
En la mesa el primer puesto
Le ha de ocupar don Fidel.
Se le cae la baba viendo
Al puerco engullir por siete;
Le hace el plato, y lo selecto
Le aparta, y luego, si eructa,
Le dice *Dominus tecum*.
En fin, loco está con él;
Le mira como un perfecto
Dechado; cita sus dichos
Y sus obras por modelo
De virtud y santidad,
Y por reliquias me temo
Que ha de adorar sus vestidos.
Don Fidel, que le ve lelo,
Y que quiere sacar baza,
Le engaña con embelecos,
Y aparentando virtud
Le sonsaca su dinero.
Riñe cuanto hacemos todos;
Hasta el bribón majadero
Del mozo también le imita,
Y hace de censor acerbo.
Ayer nos hizo el maldito
Mil pedazos un pañuelo
De mi señora que halló
Sobre un rosario, diciendo
Que las pompas del demonio
Era un pecado muy feo
El dejarlas en un sitio
Donde están cosas del Cielo.

ESCENA III

D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, D. ALEJANDRO, D. PABLO y JUANA

D.ª ELV. *(Á D. Pablo.)*
Muy bien has hecho en quedarte,
Que allá fuera de improperios
Nos ha llenado. Mas voy
Al instante á mi aposento
Á aguardar á mi marido,
Que ahí viene.
D. PAB. Pues yo le espero
Aquí para hablarle á solas
Dos palabras y irme luego.

ESCENA IV

D. PABLO, D. ALEJANDRO Y JUANA

D. ALEJ. Dígale usted por Dios, tío,
Que acelere el casamiento
De mi hermana; yo no sé,
Pero mucho me recelo
Que don Fidel pone estorbos
Á unión que tanto deseo.
Si Carlitos y mi hermana
Se quieren, yo no estoy menos
Prendado de la hermanita
De Carlos, y este himeneo...
JUANA. Allí viene mi señor.

ESCENA V

D. SIMPLICIO, D. PABLO y JUANA

D. SIMP. Hermano, Dios te dé buenos
Días.
D. PAB. Con bien Él te traiga;
¿El campo estará algo seco?
D. SIMP. Juana... Permíteme, hermano,
Que me informe en un momento
De lo que aquí haya ocurrido.
(Á Juana.) ¿No hay cosa alguna de nuevo
Estos dos días que falto?
¿Está todo el mundo bueno?
JUANA. Antes de ayer mi señora
Tuvo un calenturón recio
Con una fuerte jaqueca,
Y un vómito muy violento.
D. SIMP. ¿Y don Fidel?
JUANA. ¡Don Fidel!
Gordo, colorado y fresco;
Reventando de salud.
D. SIMP. ¡Pobrecito!
JUANA. Y á más de esto
Una gran inapetencia,
Que fué tal que no hubo medio
De hacerla tomar ni un caldo
Para conciliar el sueño.
D. SIMP. ¿Y don Fidel?
JUANA. Dando gracias,
Porque se lo daba, al Cielo,
Dos perdices estofadas
Y una pierna de carnero

Cenó con frutas y dulces.

D. SIMP. ¡Pobrecito!

JUANA. El crecimiento
Le duró la noche entera,
Y no hizo más que dar vuelcos
En la cama, sin pegar
Los ojos ni aun un momento,
Tanto que hubo que velarla.

D. SIMP. ¿Y don Fidel?

JUANA. En un sueño
Se llevó toda la noche,
Á pierna suelta durmiendo,
Mientras los demás velaban.

D. SIMP. ¡Pobrecito!

JUANA. Al fin le hicieron
Dos sangrías, y con ellas
Se encontró aliviada luego.

D. SIMP. ¿Y don Fidel?

JUANA. Por cobrar
Bríos contra el mal ajeno,
Y recuperar la sangre
Que perdió mi ama, su almuerzo
Le hizo con medio jamón
Y seis vasos de Burdeos.

D. SIMP. ¡Pobrecito!

JUANA. Por fin ambos,
Gracias á Dios, están buenos;
Yo voy á decir al ama,
Señor, con qué sentimiento
Ha sabido usted su mal.

ESCENA VI

D. SIMPLICIO y D. PABLO

D. PAB. Ya ves cuál se está riendo
En tu presencia de tí,
Y tiene razón; no quiero
Enfadarte; mas ¿quién vió
Tal locura en hombre cuerdo?
¿Te ha dado un hechizo acaso
Don Fidel, que no contento
Con traértele á tu casa,
Y sacarle del extremo
De miseria en que se hallaba,
Dejas por él todo, y luego?...
D. SIMP. Vete poco á poco, hermano;
No le conoces, por eso
Hablas así.
D. PAB. Norabuena;
No sé quién es, mas sospecho
Lo que puede ser.
D. SIMP. Ah, Pablo,
¡Qué rico tesoro tengo
En él! si le conocieras
Me lo dirías; ¡qué bueno,
Qué virtuoso, qué santo!
Un hombre; vaya, no puedo
Encarecértelo; un hombre...
Quien escucha sus consejos
Siempre vive en paz profunda;
Nada turba su sosiego,
Y mira todo este mundo
Como un puñado de estiércol.

Yo con su conversación
Estoy hecho un hombre nuevo;
Me he desprendido de todos
Mis amigos y mis deudos.
Hijos, hermanos, mujer,
Y madre, si en un momento
Se murieran á mi vista,
No me importara ni un bledo.

D. PAB. Son afectos muy humanos.

D. SIMP. ¡Válgame Dios, cuando pienso
En cómo le conocí,
Todavía me enternezco!
No faltaba ningún día
De la iglesia; muy modesto
Se ponía de rodillas
Junto á mí, mirando al suelo.
Rezaba con un fervor
Tan ardiente el Padre nuestro,
Que hasta en el coro se oían
Sus gritos y sus lamentos,
Y con mucha devoción
Mil veces besaba el suelo.
Al salir siempre me daba
Agua bendita en el hueco
De su mano; su criado,
Que era imitador perfecto
De su devoción, me dijo
Quién era muy por extenso,
Y el estado de miseria
En que estaba; yo, sabiendo
Su necesidad, le daba
Limosna; mas él modesto
Decía: *la mitad sobra;*
Ah, señor, yo no merezco
Tanta piedad; y si no

Se lo tomaba iba luego
Á repartirlo á los pobres
En mi presencia; con esto
Me tocó el Cielo, le traje
Á mi casa, y satisfecho
Vivo con su compañía,
Cual no podré encarecerlo.
Lo corrige y lo censura
Todo, y seis veces más celos
Tiene de mi mujer propia
Que yo mismo (no exagero),
Y me avisa si sospecha
Que alguien le dice requiebros:
¡Tanto le duele mi honor!
Pero su devoto celo
Es ya tan escrupuloso,
Que el defecto más ligero
En que incurra le parece
Grave ofensa contra el Cielo.
Seis días há le picó
Una pulga estando haciendo
Oración mental, y al punto
Con mil lloros y lamentos
Se acusó de que la había
Muerto con mucho despecho.

D. PAB. Sin duda te estás burlando,
Ó bien has perdido el seso:
¡Vive Dios que tal locura!...

D. SIMP. Hermano, vamos con tiento,
Que eso es hablar con muy poca
Religión, y yo me temo
Que has de tener que sentir,
Y que el castigo del Cielo
Te ha de coger algún día.

D. PAB. Ese estrivillo perpetuo

No se os cae de la boca;
Porque vosotros sois ciegos
Pensáis que somos impíos
Todos cuantos claro vemos.
Quien desprecia á los gazmoños
Y sus vanos embelecos,
Se os figura que á las cosas
Santas no tiene respeto.
Mas todos esos discursos
Nunca me han metido miedo:
Dios que ve los corazones
Bien sabe como yo pienso.
Yo no me dejo engañar
De esos viles embusteros
Que afectan la devoción,
Como otros fingen denuedo.
Así como los valientes
Nunca se jactan de serlo,
Tampoco afectan piedad
Los devotos verdaderos.
Mas tú confundes, hermano,
Al hipócrita embustero
Con el amigo de Dios,
Venerando al fariseo
Cual debieras al apóstol.
Los que mienten santo celo
En vez de oro nos dan plomo,
Y son unos monederos
Falsos de la Religión,
Que seducen á los necios
Con sus fingidas virtudes
Y con su lenguaje artero.
Nó, hermano, de la razón
La moderación es sello,
Y sello característico,

Como del vicio el exceso:
Quien la exagera la estraga:
Baste por ahora.

D. SIMP. Cierto:
Como tú eres un doctor
De la Iglesia, un estupendo
Teólogo, el Catón del mundo,
Y somos locos y necios
Los demás, escucharé
Con humildad tus consejos,
Y haré lo que tú me digas.

D. PAB. Nó, hermano, yo no pretendo
Ser doctor, ni saber más
Que los otros, pero pienso
Que sé distinguir el grano
De la paja, el oro terso
De la alquimia vil, y cuanto
Á los justos reverencio,
Execro la hipocresía;
Y como no hay en el suelo
Cosa más noble que el santo
Celo y el fervor sincero,
Tampoco la hay más odiosa,
Ni más digna de desprecio
Que la infame hipocresía,
Que ese farisáico celo
De los torpes histrïones
De virtud, el sacrilegio
De su falsa devoción,
Que cubriendo con el velo
De la Religión sagrada
La sentina de su pecho,
Abusan del nombre santo
De Dios y compran á precio
De su mentida piedad

Honras, cargos, y el respeto
Del pueblo y de los magnates;
Que aspirar fingen al Cielo
Para granjear riquezas,
Y que, anacoretas nuevos,
En los empleos más altos
Predican el menosprecio
De las pompas mundanales,
Y en palacio hablan del yermo;
La hiel en el corazón,
La miel en el labio; arteros,
Implacables enemigos
De los hombres de talento,
Que motejan como impíos,
Y siempre el puñal blandiendo
De sus viperinas lenguas
Asesinan los perversos
Con capa de religión.
Pero la vista apartemos
De estos devotos del siglo,
Que son sepulcros infectos.
Los que merecen el nombre
De justos, los que de ejemplo
Ilustre pueden servirnos,
Los que veneran los buenos
No ostentan esa bambolla
De religión y de celo;
Á nadie acusan de impío;
Ruegan á Dios que al sendero
Recto traiga al pecador;
No corrigen con acerbos
Dicterios á sus hermanos,
Reprehenden nuestros yerros
Con su virtud acendrada,
Y no creen de ligero

Las apariencias del vicio
En el prójimo; que el bueno
No piensa mal de los otros
Fácilmente: los ajenos
Pecados los compadecen;
Tienen aborrecimiento
Á la culpa y nó al culpado,
Sabiendo que agrada al Cielo
La humildad y la indulgencia
Y que el justo no es soberbio,
Este es el original
Del cristiano verdadero,
Y tu don Fidel en nada
Se parece á tal modelo:
Tú de buena fe le alabas,
Pero en un falso concepto
Le tienes, su hipocresía
Con la virtud confundiendo.

D. SIMP. ¿Has acabado ya, Pablo?
D. PAB. Sí, ya acabé.
D. SIMP. Lo celebro.
Pues adiós.
D. PAB. Aguarda un rato,
Que hablar de otra cosa quiero;
Bien sabes que don Carlitos
Anhela por ser tu yerno,
Y que tú le has prometido
Casarle con tu hija.
D. SIMP. Es cierto.
D. PAB. Que está señalado el día.
D. SIMP. Todo es verdad.
D. PAB. ¿Y á qué efecto
Lo dilatas?
D. SIMP. No lo sé.
D. PAB. ¿Has mudado pensamiento?

D. SIMP. Puede ser.
D. PAB. ¿Á tu palabra
Faltar quieres?
D. SIMP. No digo eso.
D. PAB. Yo no veo otro motivo
Que ser pueda impedimento.
D. SIMP. Según.
D. PAB. Explícate, y deja
Aparte tantos rodeos.
Carlos me dijo que hablara
Contigo.
D. SIMP. Gracias al Cielo.
D. PAB. ¿Pero qué he de responderle?
D. SIMP. Lo que más te venga á cuento.
D. PAB. ¿Cómo he de decirle nada,
Si no sé á qué estás resuelto?
D. SIMP. Á hacer aquello que fuere
La voluntad de Dios.
D. PAB. Bueno;
¿Pero cumples tu palabra?
Ó sí ó nó, sin más rodeos.
D. SIMP. Dios te guíe.
D. PAB. Buenos vamos;
Que suceda un desmán temo
Á su amor; quiero avisarle,
Y procurar el remedio.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

D. SIMPLICIO y D.ª PEPITA

D. SIMP. PEPITA.
D.ª PEP. Padre.
D. SIMP. Más cerca,
Que quiero á solas hablarte.
D.ª PEP. *(Á D. Simplicio que registra un gabinete.)*
¿Qué mira usted?
D. SIMP. Es por ver
Si está escuchándonos alguien:
Para servir de escondite
Ese retrete es paraje
Á propósito. Bien va,
Que no está fisgando nadie.
Pepita, yo sé que tienes
Una índole muy suave,
Y te he querido bien siempre
Por tu condición amable.
D.ª PEP. Agradezco muy de veras
Tan tierno cariño, padre.
D. SIMP. Bien dicho; pero si quieres
Conservarle y aumentarle,

Me has de procurar dar gusto.
D.ª PEP. Así lo hago en todo lance.
D. SIMP. Hablas bien: ¿y qué me dices
De don Fidel?
D.ª PEP. ¿Quién? ¿yo, padre?
D. SIMP. Tú: mira cómo respondes.
D.ª PEP. ¡Ay señor! lo que gustare
Usted diré.

ESCENA II

D. SIMPLICIO, D.ª PEPITA, JUANA, **que entra en puntillas, y se pone detrás de D. Simplicio, sin que éste la vea.**

D. SIMP. Así va bueno.
Dí que te parece amable,
Que sus prendas te cautivan,
Que tiene cumplidas partes
Para marido, y que quieres
Que yo te mande al instante
Que le des mano de esposo,
Sin que un punto lo dilates.
¡He!
D.ª PEP. ¡He!
D. SIMP. ¿Qué es?
D.ª PEP. ¿Cómo?
D. SIMP. ¿Qué dices?
Habla.
D.ª PEP. Temo equivocarme.
D. SIMP. ¿Y por qué?
D.ª PEP. ¿Quién quiere usted
Que le diga que es amable
Á mis ojos, que cautiva

Mi pecho, y que usted me mande
Que le dé mano de esposo?

D. SIMP. Don Fidel.

D.ª PEP. ¡Qué disparate!
¿Si eso no es cierto, á qué viene
Decir mentira tan grande?

D. SIMP. Yo quiero que sea cierto,
Y breve, y sin replicarme,
Que lo tengo así dispuesto,
Y mi orden debe bastarte.

D.ª PEP. ¿Quiere usted, padre?...

D. SIMP. Sí; quiero
Sin tardanza emparentarme
Con don Fidel, siendo tú
Su esposa.
(Viendo á Juana.) Dí, ¿qué es lo que haces
Plantada ahí? pues me gusta,
Y cierto que es admirable
La curiosidad, oyendo
Lo que decimos: el lance
Está bueno.

JUANA. Yo no sé
Si es un rumor en el aire,
Ó si tiene fundamento,
Pero me hablaron denantes
De estas bodas, y yo dije
Que era mentira al instante.

D. SIMP. ¡Hola! ¿conque no lo crees?

JUANA. Ni aunque me lo digan frailes
Descalzos, ni se lo creo
Á usted propio. ¡Disparate!

D. SIMP. Pues yo te haré que lo creas.

JUANA. Usted quiere chancearse.

D. SIMP. Pronto veremos si es cierto.

JUANA. Cuento.

D. SIMP. Pues no es por burlarme
Lo que digo; nó, hija mía.
JUANA. No haga usted caso de padre,
Señorita.
D. SIMP. ¿Cómo qué?
JUANA. Si se cansa usted en balde;
Que no queremos creerle.
D. SIMP. Si me enfado, voto á sanes...
JUANA. Norabuena; le creemos,
Para que usted no se enfade;
¿Pero no es una vergüenza
Que un hombre maduro, grave,
Con la coleta tan larga,
Tenga tan pocos alcances
Que tome empeño en casar
Con un drope despreciable
Á su hija? y que...
D. SIMP. Escucha, Juana:
Tú te tomas facultades
Que no me gustan; ¿me entiendes?
JUANA. Señor, por Dios no se enfade
Usted, y dígame en plata:
¿Piensa que debe casarse
La niña con un beato?
¿No ve usted cuánto más vale
Que piense en la gloria? ¿Y no es
Cargo de conciencia darle
Una muchacha tan rica
Á un mendigo miserable
Como don Fidel?
D. SIMP. Si es pobre,
Su indigencia respetarse
Debe más que la opulencia
De ciento que papel hacen
En el siglo: no cuidando

De los bienes temporales,
Le privaron de la herencia
Que le dejaron sus padres,
Los malvados; pero yo
Le daré la mano, y antes
De mucho recobrará
El lustre de su linaje,
Y sus pingües mayorazgos,
Que es rico y de hidalga sangre
Don Fidel.

JUANA. Así lo dice
Él; pero el hacer alarde
De hidalguía mal se aviene
Con la humildad, ni ensalzarse
Debe nunca un buen cristiano
Por ser de noble linaje.
Hijos de Dios somos todos;
La soberbia perdió al ángel,
Y... pero usted se incomoda;
Dejemos su cuna aparte,
Y hablemos de su persona.
¿No fuera escándalo, y grande,
Que á muchacha tan bonita
Llevara hombre semejante?
¿Qué no dirían las gentes?
¿No serían de este lance
Las que entender no se excusan
Consecuencias muy probables?
Mucho arriesga la virtud
De una niña en dar al traste,
Cuando sus inclinaciones
Así las fuerzan sus padres;
La honradez de la mujer
Pende, señor, en gran parte
De las prendas ó defectos

Del marido que le cabe.
Maridos conozco yo
Que el buz la gente les hace,
Y ellos se tienen la culpa
De que se anden sus mitades
Como Dios quiere; que al fin
Las mujeres son de carne,
Y hay hombres de tal calaña,
Tan raros y originales,
Que serles fieles sería
Tener la virtud de un ángel.
Quien da su hija á tal esposo
Es ante Dios responsable
De los yerros que cometa,
Hasta el día que enviudare.

D. SIMP. ¿No sé yo mi obligación,
Que vienes ahora á darme
Lecciones?

JUANA. Y más valiera
Que usted las tomara.

D. SIMP. Baste:
No malgastemos el tiempo
En oir sus necedades.
Yo sé lo que te conviene,
Y lo miro como padre.
Es muy cierto que á don Carlos
Dí palabra de casarte
Con él, mas luego he sabido
Que es jugador, y si vale
Decir verdad, mal cristiano.
Nunca he podido encontrarle
En sermones, en novenas,
En jubileos, ni en salves.

JUANA. Eso faltara, que fuera
Á la propia hora á toparse

Con usted, como hacen otros.
D. SIMP. Lo que te digo es que calles;
Nadie te pregunta nada.
Por fin el otro es un ángel,
Un amigo verdadero
De Dios, y de celestiales
Gustos será su himeneo
Un manantial abundante.
Viviréis como angelitos,
Como tórtolas amantes,
Entre cariños y arrullos,
Sin contiendas ni debates,
Y harás de él lo que quisieres.
JUANA. ¿De él? lo que hará es un cofrade
De san Marcos.
D. SIMP. ¡Hay tal pico!
JUANA. Si es su estrella irremediable,
Si no puede ser por menos,
Señor, ni hay virtud que baste
Á no meterle en el gremio.
D. SIMP. Ya te he dicho que te calles,
Y no metas tu cuchara
Donde no te llama nadie.
JUANA. Yo hablo por su bien de usted.
D. SIMP. Mi bien no te importa; no hables
Más palabra.
JUANA. Si no fuera
Por la ley que tengo...
D. SIMP. Dale;
No quiero que me la tengas.
JUANA. Nó, señor, que aunque usted rabie
Le quiero tener ley.
D. SIMP. ¡Oigan!
JUANA. Y no he consentir que ande
En lenguas su honor de usted

Por tamaño disparate.
D. SIMP. ¿Conque, ello, no has de callar?
JUANA. No señor, porque se me hace
Á fe cargo de conciencia
Sufrir boda semejante.
D. SIMP. Calla, diablo, que el Infierno
Envió para tentarme.
JUANA. ¿Usted es santo y se enfada?
D. SIMP. Y mucho, no has de chistarme,
Ó yo te haré que obedezcas
Lo que te mando.
JUANA. Aunque calle
No dejaré de pensar
Que es solemne disparate
Este matrimonio.
D. SIMP. Piensa
Lo que quieras, y no me hables...
Con madurez lo he mirado,
(Á su hija.) Y te conviene este enlace.
JUANA. *(Aparte.)* Rabiando estoy por hablar.
D. SIMP. No es de las más agradables
Su figura, mas tampoco
Es de las más repugnantes...
JUANA. *(Aparte.)* Sí; cara tiene de mico.
D. SIMP. Y cuando no te gustare
Su facha...
JUANA. *(Aparte.)* La lotería
Con estas bodas le cae.
(D. Simplicio se vuelve hacia Juana, y la está escuchando con los brazos cruzados, y mirándola de hito en hito.)
Si estuviera en el pellejo
De la niña, de este enlace,
Á fe de quien soy, no había
El muy drope de alabarse.

No bien fuera su mujer,
Cuando supiera vengarme.

D. SIMP. *(Á Juana.)* ¿Conque, ello, no se hace caso
De lo que yo digo? ¡es lance!

JUANA. ¿Quién hablaba con usted?

D. SIMP. ¿Pues con quién hablabas antes?

JUANA. Conmigo propia.

D. SIMP. Está bien.
(Aparte.) Un bofetón he de darle
Para castigar su mucha
Desvergüenza... Que te cases
(Se dispone á dar una bofetada á Juana, y á cada palabra que dice á su hija se vuelve á mirar si aquélla habla. Juana se está quieta, y sin despegar los labios.)
Con don Fidel he resuelto,
Y que se haga lo más antes
Esta boda. ¿En qué consiste,
(Á Juana.) Juana, que contigo no hables?

JUANA. No tengo más que decirme.

D. SIMP. Una palabrita.

JUANA. Dale:
No me da gana.

D. SIMP. Atisbando
Te estaba.

JUANA. Sí; á buena parte.

D. SIMP. En fin, hija, sé obediente,
Cásate con él, y dame
Gusto.

JUANA. *(Huyendo á todo correr.)*
Yo no me casara,
Aunque viva me majasen.

D. SIMP. *(Después de haber querido dar un bofetón á Juana, y darle en vago.)*
Tienes contigo un demonio

Del Infierno; que me maten
Si puedo un punto con ella
Vivir sin desesperarme,
Y sin ofender á Dios.
Me voy á tomar el aire,
Porque estoy tan irritado
Que me temo que ha de darme
Un tabardillo pintado.

ESCENA III

D.ª PEPITA y JUANA.

JUANA. ¿Está usted muda? ¿ó qué diantre
Le sucede, que me deja
Que yo responda á su padre,
Como si debiera yo
Con don Fidel desposarme?
Estoy tonta: ¡á tal locura
Ni siquiera replicarle!
D.ª PEP. ¿Qué querías tú que hiciera
En tan apretado trance?
JUANA. Todo lo que es necesario
Para precaver tan grande
Disparate.
D.ª PEP. ¿Qué?
JUANA. Decirle
Que nunca las voluntades
Se llevan unas por otras,
Que quien se casa no es padre,
Sino usted, y que por tanto
Un novio que no le agrade
Á usted, no ha de ser su esposo,

Que pues tanto elogio le hace
De su don Fidel, bien puede,
Si quiere, con él casarse
Mi amo, sin que impedimento
Le ponga usted por su parte;
Que quiere usted novio á gusto.

D.ª PEP. Si tiene en las voluntades
Tal dominio un padre siempre,
Que no acerté á replicarle.

JUANA. Poco á poco: don Carlitos
Quiere bien; y usted lo sabe.
Claro: ¿usted le quiere ó nó?

D.ª PEP. ¡Qué extraña pregunta me haces!
¿No te lo he dicho cien veces?
¿No te he descubierto ya antes
Mi pecho otras ciento? ¿No
Conoces mi amor constante?

JUANA. ¿Y qué sé yo si la lengua
Mintió, ó si usted á olvidarse
Ha llegado de él?

D.ª PEP. ¡Yo, Juana!
¿Cómo tanto agravio me haces?
¿No te he dicho que le adoro?
¿No lo has visto? ¿No lo sabes?

JUANA. ¿Conque usted le quiere?

D.ª PEP. Más
Que cuanto puedo explicarte.

JUANA. ¿Y él le quiere á usted también?

D.ª PEP. Eso no puede dudarse.

JUANA. ¿Y ustedes ambos anhelan
Porque cuanto antes los casen?

D.ª PEP. Cierto.

JUANA. ¿Y qué resuelve usted
Hacer con ese danzante
De don Fidel? con entrambos

No es posible desposarse.

D.ª PEP. Antes quitarme la vida.

JUANA. El remedio es admirable;
Así se sale de todo,
Y por camino suave:
No hubiera yo dado en ello...
Vaya, me llevan mil diantres
Cuando oigo tales respuestas.

D.ª PEP. ¡Qué condición de vinagre
Tienes! ¡Me ves apurada,
Y en tan apretado trance
Ni te dueles de mi suerte!

JUANA. ¡Dolerme de quien no sabe
Chistar, cuando llega el caso,
Y habla después de matarse,
Y dice mil tonterías!

D.ª PEP. Si tengo miedo á mi padre.

JUANA. El amor quiere entereza.

D.ª PEP. ¿Pues qué, no soy yo constante?
¿No toca á Carlos hacer
Que padre con él me case?

JUANA. ¿Y si su padre de usted
Es un terco sin alcances,
Que se mete en la cabeza
Que usted ha de desposarse
Con don Fidel, y no cumple
Lo que prometió á su amante,
Qué culpa tiene don Carlos?

D.ª PEP. ¿Cómo quieres que declare
Que don Fidel me repugna,
Sin respetar á mi padre,
Y olvide el pudor del sexo,
Para que las gentes hablen,
Y de niña antojadiza
Y desenvuelta me traten?

JUANA. No quiero tal; nó por cierto:
Si usted pretende casarse
Con don Fidel ¿quién lo estorba?
Fuera mucho disparate.
Es un sujeto de prendas
Don Fidel, y muy amable.
¡Todo un don Fidel! no es nada.
¡Un personaje tan grave!
Reciba usted, señorita,
Mi parabién del enlace.
¡Cuánto lo celebraremos
Todos! y hemos de llevarle
En palmas; si es mucho cuento.
Buen mozo, de ilustre sangre,
La cutis muy reluciente,
Orejas como un tomate.
¡Qué dicha la de vivir
Con marido tan amable!
D.ª PEP. ¡Dios mío!
JUANA. ¡Con qué alegría
Oirá usted que la llamen
La Fidela! ¿no es verdad?
D.ª PEP. Por Dios, Juana, no me mates
Con tus razones, y díme
De qué modo he de zafarme
De este odioso casamiento,
Que haré cuanto tú me mandes.
JUANA. Nó, señorita, que es justo
Que las hijas á sus padres
Obedezcan, aunque quieran
Que con un jimio se casen.
¿Y de qué se queja usted?
En breve irá usted muy grave
Con su esposo á Ciempozuelos,
Que es su pueblo, y el alcalde

Vendrá á recibir á ustedes;
En pos de él los principales
Personajes del lugar:
El escribano, el sochantre;
El dómine y el barbero
Darán á ustedes un baile,
Donde estarán las señoras
Con vuelos angelicales.
Habrá hipocrás, limonada,
Y barquillos, sin que falte
Tamboril, gaita gallega,
Y barberillo que cante
Las seguidillas boleras.
¡Con qué salero y donaire!

D.ª PEP. Tú quieres que yo me muera;
Por Dios te pido me saques
De este ahogo.

JUANA. Y en poca agua.

D.ª PEP. Juana, por Dios.

JUANA. ¡Qué me place!
Con eso aprenderá usted
Á dejar de ser cobarde.

D.ª PEP. ¡Juana de mi corazón!

JUANA. Que nó.

D.ª PEP. Si mis ruegos valen
Algo contigo...

JUANA. Está echado
El fallo, y ha de casarse
Usted con don Fidel.

D.ª PEP. Juana,
Mira cómo lloro: dame
Consejo.

JUANA. ¿Pues la Fidela
No es nombre muy apreciable?

D.ª PEP. En fin, pues mi triste suerte

No ha conseguido ablandarte,
Yo sé un remedio infalible
Para salir de mis males,
Y mi desesperación
Muy breve sabrá tomarle.
(D.ª Pepita se quiere ir y Juana la detiene.)

JUANA. Venga aquí usted, señorita.
Fuerza será me apïade,
Y que me duela su pena.

D.ª PEP. Mira, Juana, si adelante
Pasa mi padre en su empeño,
El pesar ha de acabarme.

JUANA. Con maña se encuentra al cabo
Remedio á todos los males;
Ya le buscaremos... Pero
Ahí tiene usted á su amante.

ESCENA IV

D. CARLOS, D.ª PEPITA y JUANA.

D. CARL. Señorita, una noticia
Me dan ahora en la calle,
Que es ciertamente plausible.

D.ª PEP. ¿Y cuál?

D. CARL. Que va á desposarse
Don Fidel con usted.

D.ª PEP. Eso
Lo ha dispuesto así mi padre.

D. CARL. ¡Su padre de usted!

D.ª PEP. No quiere
Ya que con usted me case,
Y me propone esta boda.

D. CARL. ¿De veras?
D.ª PEP. Y tanto que hace
Para que yo venga en ello
Esfuerzos muy eficaces.
D. CARL. ¿Y qué piensa usted hacer?
D.ª PEP. ¿Qué sé yo?
D. CARL. Pues muy buen lance
Hemos echado á fe mía.
¿Conque usted aun no lo sabe?
D.ª PEP. Nó.
D. CARL. ¿No?
D.ª PEP. Deme usted consejo.
D. CARL. Mi consejo es que se case
Usted con ese hombre al punto.
D.ª PEP. ¿Quiere usted?
D. CARL. ¿Qué duda cabe?
D.ª PEP. ¿De veras?
D. CARL. ¿Quién lo pregunta?
¿Pues dónde pudiera hallarse
Esposo con tantas prendas?
D.ª PEP. Si usted aprueba este enlace,
Yo también.
D. CARL. Ya me parece
Que le aprobaba usted antes.
D.ª PEP. Celebro infinito, Carlos,
Que sea usted de ese dictamen.
D. CARL. Sí, señora, porque veo
Que le es á usted agradable.
D.ª PEP. Pues yo por dar á usted gusto
Pienso seguirle al instante.
JUANA. *(Retirándose al fondo del teatro.)*
Veamos en lo que pára.
D. CARL. ¡Que así una falsa me engañe!
¡Que así me fingiera amor!
D.ª PEP. Hablar más de eso es en balde;

Usted me ha dicho que debo
Con don Fidel desposarme,
Y yo sigo sus consejos,
Y le declaro que á darle
La mano al otro estoy pronta.
D. CARL. Señorita, no se canse
Usted en dar por disculpa
Que yo lo aconsejo; acabe
De confesar que estas bodas
Le petan.
D.ª PEP. Si así le place
Á usted, lo confesaré.
D. CARL. Y que su pecho inconstante
Jamás me quiso de veras.
D.ª PEP. Aquello que más le agrade
Puede usted pensar.
D. CARL. Sí; sí;
Mas de un agravio tan grande
Yo me vengaré, y acaso
Por no sufrir tal desaire,
Á otra le daré mi mano;
Que sé que no ha de faltarme
Quien me quiera dar consuelo.
D.ª PEP. ¿En eso que duda cabe?
El mérito que le adorna
Á usted es tan relevante...
D. CARL. Bien sé que valgo muy poco;
Mas dejemos eso aparte.
Bien claro lo prueba usted,
Pero sin hacer alarde
De mis prendas, puede ser
Que halle mujer más constante
Que á mi obsequio corresponda.
D.ª PEP. Y de mí, como mudable,
Se olvidará usted muy breve.

D. CARL. Ó procuraré olvidarme
Á lo menos; quien desecha
Amor tan fino y constante
Merece que su desdén
Con mayor desdén se pague.
Si no es posible borrar
En el corazón su imagen,
Fuera á lo menos vileza
Seguir mostrándose amante
De quien así corresponde.
D.ª PEP. Me parece muy loable
Resolución tan heróica.
D. CARL. Y todos han de alabarme.
¿Ó quisiera usted acaso
Que con ánimo cobarde
La viera pasar á brazos
Ajenos, y yo constante,
Adorando sus desprecios,
No pensara en consolarme
Con dama menos ingrata?
D.ª PEP. ¿Yo he dicho tal disparate?
Lo único que á mi me pesa
Es que no esté hecho.
D. CARL. Al instante
Lo haré si usted me lo manda.
D.ª PEP. Vaya usted; por mí ya es tarde.
D. CARL. Voime, ingrata, que ya es mucha
Paciencia á tanto desaire.
(Da un paso hacia la puerta.)
D.ª PEP. Bien está.
D. CARL. *(Volviéndose atrás.)* Acuérdese usted
De los agravios y ultrajes
Con que me forzó á dejarla.
D.ª PEP. Ya.
D. CARL. *(Volviéndose otra vez atrás.)*

Ejemplo de ser mudable
Me dió usted.
D.ª PEP. Sí; yo le he dado.
D. CARL. *(Á la puerta.)* Será usted servida; baste.
D.ª PEP. Eso quiero yo.
D. CARL. *(Volviéndose atrás otra vez.)* En mi vida
No he de volver á acordarme
De usted, ni á verla.
D.ª PEP. Bien hecho.
D. CARL. *(Volviendo la cara cuando va á salir.)*
¿He?
D.ª PEP. ¿Qué?
D. CARL. Puede que me engañe.
¿Llamaba usted?
D.ª PEP. ¡Yo! usted sueña.
D. CARL. Salgo al fin de estos umbrales
Para siempre; adiós. *(Se va muy despacio.)*
D.ª PEP. Abur.
JUANA. *(Á D.ª Pepita.)* Parece escena de orates.
¿Pierden ustedes el seso?
Nunca ví dos locos tales.
Yo los dejaba por ver
En que pararía el lance.
Oiga usted, caballerito.
(Coge á D. Carlos por un brazo.)
D. CARL. *(Haciendo que se resiste.)*
Haz el favor de soltarme.
JUANA. Venga usted aquí.
D. CARL. Nó, nó;
Bien has visto sus desaires.
Estoy resuelto á dejarla.
JUANA. Poco á poco.
D. CARL. No te canses,
Que no he de verla jamás.
JUANA. ¡Por vida!...

D.ª PEP. No quiere hablarme:
Yo me iré.
JUANA. *(Dejando á D. Carlos, y corriendo tras de D.ª Pepita.)* ¿Dónde va usted?
Esta es otra.
D.ª PEP. Suelta.
JUANA. Dale.
D.ª PEP. No pienses en detenerme.
D. CARL. *(Aparte.)* Ya veo yo que es en balde
Estarme aquí, que mi vista
La incomoda, y evitarle
Quiero con irme su pena.
JUANA. *(Dejando á D.ª Pepita, y corriendo tras de D. Carlos.)*
Ya escampa: es cosa del diantre.
¡Otra vez! ¿Quieren ustedes
Venir aquí? ¡Voto á sanes!
(Coge á D. Carlos y á D.ª Pepita, y los trae por la mano.)
D. CARL. *(Á Juana.)*
¿Qué intentas?
D.ª PEP. *(Á Juana.)* ¿Qué es lo que quieres?
JUANA. Lo primero hacer las paces,
Y después encontrar medio
Para salir de este trance.
(Á D. Carlos.) ¿Está usted en su juïcio?
D. CARL. ¿Pues no has visto sus desaires?
JUANA. *(Á D.ª Pepita.)*
¿Si usted no ha perdido el seso,
Á qué ha venido enfadarse?
D.ª PEP. ¿No has visto con qué insolencia
Me ha tratado?
JUANA. Necedades
De entrambos...
(Á D. Carlos.) Ella no quiere,

Ni nunca querrá otro amante.
Yo lo juro en mi conciencia...
(Á D.ª Pepita.)
Don Carlos no obsequia á nadie
Sino á su Pepita; á nada
Tanto anhela, como á darle
La mano; yo así lo fío.

D.ª PEP. *(Á Juana.)* ¿Á qué viene aconsejarme
Que me despose con otro?

D. CARL. *(Á Juana.)* ¿Y en un caso semejante,
Por qué ella me lo pregunta?

JUANA. Locura por ambas partes.
Vaya; dénse ambos las manos.
(Á D. Carlos.) Traiga usted, sin replicarme.

D. CARL. *(Alargando la mano á Juana.)*
¿Para qué quieres mi mano?

JUANA. *(Á D.ª Pepita.)*
La de usted.

D.ª PEP. *(Alargando también la suya.)* Si eso no vale
Nada.

JUANA. Vamos, aquí entrambos:
Si todavía no saben
Ustedes cuánto se quieren.
(D.ª Pepita y D. Carlos están un poco de tiempo agarrados de las manos sin mirarse uno á otro.)

D. CARL. *(Volviéndose á D.ª Pepita.)*
¿Qué, no quiere usted mirarme?
¿Aun no se acabó el enfado?
(D.ª Pepita se vuelve á mirar á D. Carlos, sonriéndose.)

JUANA. ¡Qué locos son los amantes!

D. CARL. *(Á D.ª Pepita.)* ¿Pero no tengo motivos,
Diga usted, para quejarme
Amargamente? ¡que sea

Usted tan mala! ¡Un desaire
Tan cruel!

D.ª PEP. Eso es; yo soy
La culpada en este lance.
¡Ingrato!

JUANA. Para otro tiempo
Dejemos esos debates,
Y tratemos de evitar
Este aborrecido enlace.

D.ª PEP. Dinos lo que hemos de hacer.

JUANA. No hay para qué atosigarse;
Remedio habrá para todo.
(Á D.ª Pepita.) Mi amo no sabe lo que hace.
(Á D. Carlos.) No puede ser lo que intenta.
(Á D.ª Pepita.) Usted haga por llevarle
La corriente, aparentando
Que está pronta á desposarse
Con su don Fidel, porque
De ese modo no se escame,
Y acelere el matrimonio;
Que como éste se dilate,
Ya encontraremos salida.
Ya dice usted á su padre,
Que se le anda la cabeza,
Que la jaqueca le parte
Las sienes: luego otro día
Hace porque se derrame
La sal en la mesa, y grita:
¡Qué agüero tan deplorable!
Ora sueña que en un pozo
De colodrillo se cae.
Por fin, lo mejor del cuento
Es que para desposarse
Ha de decir usted *sí,*
Y como puede en el lance

Decir *nó,* sin más trabajo,
No hay á fe por qué asustarse.
Lo que importa es que no vean
Juntos á los dos amantes
Por ahora... *(Á D. Carlos.)* Salga usted,
Señor galán, al instante,
Y vea á todos sus amigos,
Que de sus promesas hablen
Á mi amo, y que le convenzan
Con razones eficaces.
(Á D.ª Pepita.) Usted, señorita, al punto,
Procure al tío empeñarle,
Y también á su madrastra,
Que la quiere como madre.

D. CARL. *(Á D.ª Pepita.)* Más del amor de usted fío,
Mi Pepita, que de nadie.

D.ª PEP. *(Á D. Carlos.)* Yo no sé cuál ha de ser
La voluntad de mi padre;
Mas á escoger otro dueño
Sé que no podrá forzarme.

D. CARL. ¡Qué dulce es esa promesa
Á mi corazón amante!

JUANA. No se hartarán de charlar,
Aunque estén eternidades.
Fuera, digo.

D. CARL. *(Volviéndose atrás.)* En fin.

JUANA. ¿Habrá
Palique toda la tarde?
(Juana los empuja por las espaldas, á cada uno por distinta parte, y los fuerza á que se separen.)
Vaya usted por esa puerta,
Y usted por estotra parte.

ACTO TERCERO

ESCENA I

D. ALEJANDRO y JUANA.

D. ALEJ. PÁRTAME un rayo del cielo;
Pase yo plaza de indigno,
De soez y de cobarde,
Si no hiciere un desatino
Con ese infame echacantos.
JUANA. Conténgase usted por Cristo;
Hasta aquí cuanto tememos
Aún no ha pasado del dicho,
Y para llegar al hecho
Mucho falta.
D. ALEJ. ¡Vil mendigo!
No tengas recelo, Juana.
Yo le cortaré los bríos.
JUANA. Gaste usted, por Dios, cachaza,
Que nunca por ser tan vivo
Le queda títere á vida;
Ya sabe usted el ahinco
Con que su madrastra anhela
Á casar á don Carlitos
Con Pepita, y que los ama,

Mas que si fueran sus hijos,
Á ustedes; que aunque muchacha
Y hermosa tiene juïcio.
Don Fidel se muestra siempre
Con mi señora muy fino,
Y hace cuanto ella le manda:
Yo, sospecho, señorito,
Que está enamorado de ella,
Que fuera lance muy digno
De contar: ello es que intenta
Rogarle que del designio
De dar la mano á Pepita
Se desista, y que me ha dicho
Que le cite en esta sala;
Yo me temo que el maldito
Salga con una pamema.
Todavía no he podido
Verle, que dice el criado
Que con pecho muy contrito
Está en oración mental,
Y interrumpir ejercicio
Tan santo, fuera una acción
Propia de Lucifer mismo.
Yo he dicho que le esperaba
Aquí; conque, señorito,
Marcharse y dejarme sola.

D. ALEJ. No me muevo de este sitio;
Que he de oir lo que responde.

JUANA. Vamos; no sea usted niño,
Que conviene que estén solos.

D. ALEJ. No chistaré.

JUANA. Si es delirio,
Y no puede contenerse
Usted; sálgase, le digo.

D. ALEJ. Ya verás que no me enfado.

JUANA. ¡Jesús; que ya viene! Vivo.
Escóndase usted ahí.
(D. Alejandro se va á esconder á un gabinete que hay en el fondo del teatro.)

ESCENA II

D. FIDEL y JUANA.

D. FID. *(Hablando en voz alta á su criado, que está dentro, así que ve á Juana.)*
Lorenzo, guarda el cilicio
Con las disciplinas, si alguien
Me busca: voy ahora mismo
Á visitar á los presos,
Y dar á estos pobrecitos
Lo que á mí me han entregado
Devotos caritativos.
JUANA. *(Aparte.)* Baladrón de santidad.
D. FID. Según Lorenzo me dijo
Me llamaba usted: ¿qué quiere?
JUANA. Sólo decirle...
D. FID. *(Sacando un pañuelo del bolsillo, y tirándosele.)* ¡Dios mío!
Coja usted ese pañuelo
Antes de hablar más.
JUANA. No atino
Para qué
D. FID. Cubra ese pecho.
¡Jesús! yo me escandalizo
De verla tan inmodesta.
Ese traje ya le he dicho
Que es ocasión de pecado.

JUANA. Pues, por Jesucristo vivo,
¡Que poco trabajo cuesta
Al espíritu maligno
Para hacer á usted pecar!
No es mala ocurrencia; y digo,
Aunque esté usted como estaba
Ádán en el Paraíso,
Quiero, si me tienta el diablo,
Caerme muerta aquí mismo.
D. FID. Hable usted con más modestia,
Ó me iré.
JUANA. Nó, que yo digo
Mi recado en dos palabras:
Mi ama quiere en este sitio
Hablar con usted un rato.
D. FID. ¡Ay; con el alma!
JUANA. *(Aparte.)* Está visto.
Ciertos son los toros; vamos.
D. FID. ¿Viene luego?
JUANA. Ahora mismo.
Mas ya está aquí; yo me voy.

ESCENA III

D.ª ELVIRA y D. FIDEL.

D. FID. Señora; el cielo propicio
Salud espiritual
Y corporal, como pido
Á Dios en mis oraciones,
Aunque pecador indigno,
Á usted dé, y de bienes colme
Tan preciosa vida.

D.ª ELV. Estimo
Los buenos deseos de usted,
Que me prueban su cariño.
Sentémonos y estaremos
Mejor.
D. FID. *(Sentado.)* ¿Quedan aún vestigios
Del mal de usted?
D.ª ELV. *(Sentada.)* Nó señor.
Como si no hubiera sido
Nada, estoy.
D. FID. Mis oraciones
Sin duda nada han podido
Con Dios, pero en todas ellas
Le pedía con ahínco
El alivio de usted.
D.ª ELV. Debo
Á usted afecto muy fino.
D. FID. Una salud tan preciosa
Merece ser de continuo
El blanco de mis cuidados;
Y yo por su pronto alivio
Hubiera dado la mía.
D.ª ELV. Cierto, usted es un prodigio
De la caridad cristiana.
D. FID. Si con los méritos mido
Mi celo, me quedo corto.
D.ª ELV. Yo he venido con designio
De hablar á usted de un asunto
Á solas.
D. FID. Mucho há que aspiro
Á esa dicha yo también.
¡Oh cuánto al Cielo he pedido
Que me deparara el caso
De ver á usted sin testigos,
Y hasta aquí no lo he logrado!

D.ª ELV. Lo que yo de usted exijo
Es que me hable sin rebozo.
(D. Alejandro sin salir entreabre la puerta del retrete, en que está escondido, para oir lo que dicen.)
D. FID. Y yo á nada tanto aspiro
Como á descubrir á usted
Todo entero el pecho mío,
Y asegurarle no crea
Que, si enojado me ha visto
Gritar contra sus visitas,
Me guía ningún motivo
De odio, que antes es efecto
Del más sincero cariño,
Del fervor más acendrado.
D.ª ELV. También yo así lo imagino;
Celo de mi salvación.
D. FID. *(Cogiendo la mano á D.ª Elvira, y apretándole los dedos.)*
Sí señora, y tan activo...
D.ª ELV. Suelte usted, que me lastima.
D. FID. Fué por fervor excesivo;
Que no es mi ánimo hacer mal
Á usted, y hubiera querido
Más antes...
(Pone la mano en las rodillas de D.ª Elvira.)
D.ª ELV. Fuera la mano.
D. FID. ¡Qué tejido éste tan fino!
D.ª ELV. Déjeme usted, porque tengo
Muchas cosquillas.
(D.ª Elvira desvía la silla, y D. Fidel acerca la suya.)
D. FID. *(Andando con el pañuelo de D.ª Elvira.)*
¡Muy lindo
Punto! ¡Si trabajan hoy

De un modo tan exquisito!
D.ª ELV. Verdad es; pero tratemos
De nuestro asunto; Simplicio
Quiere casar á Pepita
Con usted, según me han dicho,
Y faltar á su palabra... .
¿Es cierto?
D. FID. Sí; algo me dijo
Ayer don Simplicio, pero
La ventura á que yo aspiro
No es esa; que en otra parte
Respiran los atractivos
De la celestial belleza,
De quien soy el siervo indigno.
D.ª ELV. Bien sé que usted sólo anhela
Á servir á Dios.
D. FID. No abrigo
Un corazón en mi pecho,
Señora, de mármol frío.
D.ª ELV. Ya; pero está de las cosas
De este mundo desprendido.
D. FID. Nó, señora; los afectos
Más fervorosos y píos
No apagan los terrenales;
Que agrada á Dios ser querido,
Y alabado en las hechuras
Perfectas que su mano hizo,
Como las que se parecen
Á usted; pero su divino
Pincel luce en ese rostro,
Donde Dios ostentar quiso
Todo su poder, formando
El dechado más cumplido
De celestial hermosura,
Y confieso que no he visto

Tanta perfección sin dar
Gracias al Autor divino
De la belleza, y sentir
En mi pecho el fuego activo
De amor; que en ese semblante,
Elvira, un trasunto miro
De la angélica hermosura.
Yo me recelé al principio
Que era mi amor tentación
Del espíritu maligno,
Y de huir de la presencia
De usted propósito fijo
En mi corazón formé;
Mas meditándolo, he visto
Que sin caer en pecado
Puedo amar ese divino
Conjunto de perfecciones,
Que no puede haber delito
Donde el escándalo falta:
En esto, señora, fío
Sea de mi corazón
Á usted grato el sacrificio:
Bien sé que es mucha osadía
Que sujeto tan indigno
Presuma hacer tal ofrenda;
Pero, no obstante, confío
Que, aunque mis merecimientos
Á la corona que aspiro
No puedan ser acreedores,
Suplirá usted con benigno
Pecho lo mucho que falta
Á su siervo, que el destino
Suyo en manos de usted deja.
De su soberano arbitrio
Pende mi infierno ó mi gloria,

Según severo ó propicio
El fallo fuere que aguardo.

D.ª ELV. Confieso que me ha cogido
De nuevas ese discurso:
Él es cierto que es muy fino,
Pero me parece extraño,
Y en verdad que no concibo
Que un devoto como usted
En tal yerro haya incurrido.
¿Qué dirá el mundo, si entiende
Semejante desvarío?

D. FID. Aunque devoto, soy hombre,
Y como tal no resisto
Á esa celestial belleza.
Ni pienso, ni raciocino,
Cuando extático contemplo
Tanta beldad. No me admiro
Que condene usted mi amor;
Mas si cometo un delito,
Obro, hermosísima Elvira,
Sin libertad ni albedrío,
Porque todo le rendí
Así que ví tanto hechizo,
Y la dulzura inefable
De esos ojos peregrinos
Dió con mi flaqueza en tierra:
Llantos, ayunos, cilicios,
Todo fué en balde; mil veces
Mis miradas, mis suspiros,
Antes ya han dicho, señora,
Lo que con la boca digo
En esta ocasión; si usted
Quiere con pecho benigno
Dar á las tribulaciones
De su indigno esclavo alivio,

Y abajar hasta mi nada
Sus gracias desde el impíreo
De su divina hermosura,
Juro que no habrá tenido
Más fervoroso devoto.
La honra no corre peligro
Conmigo, ni hay que temer
Que yo quebrante el sigilo,
Como hacen mil pisaverdes,
Que apenas han conseguido
Los favores de una dama
Cuando vuelan á decirlo
Á todos cuantos encuentran,
Profanando los impíos
Torpemente aquellas aras
Donde ofrecen sacrificios.
Los devotos, como yo,
Con más cautela vivimos,
Y los secretos de amor
Jamás á nadie decimos,
Porque nuestra buena fama
En que no sean sabidos
Estriba; y así, señora,
Quien á nuestro afecto fino
Corresponde está segura
De hallar gustos sin peligros,
Y sin escándalo amor.

D.ª ELV. Todo eso está muy bien dicho;
Habla usted con elocuencia;
Pero si yo se lo digo
Á mi marido, ¿no teme
Que se le entibie el cariño
De hermano que le profesa?

D. FID. Yo sé que el pecho benigno
De usted sabrá perdonar

Discursos que, aunque atrevidos,
Son hijos del ciego amor
Que en mi corazón abrigo.
No soy ángel; y hombre flaco,
Cuando esa belleza miro
Conozco que soy de carne.

D.ª ELV. Otras metieran ruïdo;
Yo no pienso así; mi esposo
No sabrá lo que se ha dicho
Aquí, pero en pago de ello
De usted una cosa exijo,
Y es que se empeñe con fuerza
Para que una mi marido
Á Pepita con don Carlos,
Y no ejerza usted dominio
En prenda que ya es ajena.

ESCENA IV

D.ª ELVIRA, D. ALEJANDRO y D. FIDEL.

D. ALEJ. *(Saliendo del retrete donde estaba escondido.)*
Nó, señora, he de decirlo
Todo; desde ese retrete,
Adonde estaba escondido,
He escuchado las infamias,
Las traiciones de ese inicuo.
El Cielo para vengarme
Que aquí me escondiera quiso,
Y para que sus maldades
Tuviesen justo castigo.
En fin, mi padre sabrá
Quién es ese vil indigno

Que se atreve á requebrar
Á su mujer.
D.ª ELV. Nó, querido;
Basta con que tenga cuenta
En adelante consigo,
Y merezca su perdón;
Por mi amor te lo suplico:
No digas nada á tu padre:
De tan necios desvaríos
Hace burla una mujer,
Y no lleva á su marido
Cuentecillos de esta especie.
D. ALEJ. Usted tiene sus principios,
Y yo los míos; no quiero
Que se queden sin castigo
De este hipocritón infame
Los pensamientos lascivos.
Harto tiempo há que el perverso
Nos tiene á todos en vilo,
Y que obedece mi padre
Sus antojos y caprichos,
Que se opone á que mi hermana
Se despose con mi amigo,
Y yo con la suya; en fin,
El Cielo sin duda quiso
Depararme esta ocasión
De descubrir los designios
De su corazón dañado,
Y pues el Cielo propicio
Me la ofrece, mal haría
En desperdiciarla.
D.ª ELV. Digo,
Alejandro, que...
D. ALEJ. Es en balde:
De alegría no respiro.

Gustaré de la venganza
El placer tan exquisito.
Á decírselo á mi padre
Vuelo en este instante mismo:
Pero aquí viene; el bribón
Va á llevar su merecido.

ESCENA V

D. SIMPLICIO, D.ª ELVIRA, D. ALEJANDRO y D. FIDEL.

D. ALEJ. Me alegro que llegue usted
Tan á tiempo; su cariño,
Cierto, se le paga bien
El señor; de fiel amigo
Cumple las obligaciones
Como quien es; aquí mismo
Ha intentado deshonrar
Á usted; yo propio testigo
He sido de los requiebros
Que á mi madrastra le ha dicho,
Declarándole su amor.
Ella había prometido
Callar, como es tan prudente;
Pero yo, que soy más vivo,
Quiero que usted sepa el pago
De todos los beneficios
Que está haciendo á su beato.

D.ª ELV. Cierto es que no hubiera dicho
Este secreto á mi esposo;
Si tú me hubieras creído,
Alejandro, nunca habría
Llegado hasta sus oídos

Tan desagradable escena;
Mujer que tiene principios
De honra calla y se defiende.

ESCENA VI

D. SIMPLICIO, D. ALEJANDRO y D. FIDEL.

D. SIMP. ¿Un proceder tan inicuo
Es creíble? ¡Cielo santo!
D. FID. Sí, hermano, soy un indigno
Pecador, todo abrumado
De iniquidad y de vicios;
Soy el hombre más perverso,
Más villano de este siglo:
Mi vida es una sentina
De maldades y delitos,
Y al fin quiere darme el Cielo
El merecido castigo,
Y por más grave que sea
Esta acusación, es fijo
Que no iguala á los pecados
Que yo tengo cometidos.
Crea usted lo que le dicen,
Hermano: como un indigno
Arrójeme de su casa;
Sin quejarme me resigno
Á cuantos baldones quiera;
Que más tengo merecido.
D. SIMP. *(Á su hijo.)* Pícaro; ¡y con tus mentiras
Querías de este bendito
Manchar la reputación!
D. ALEJ. ¿Qué, quiere usted desmentirnos

Porque con falsa humildad...?
D. SIMP. Calla, Lucifer maldito.
D. FID. Déjele usted que hable, hermano,
Y crea cuanto le ha dicho;
¿Pues por qué á cuanto me imputa
No quiere usted dar oídos?
¿No soy yo acaso capaz
De más atroces delitos?
Mi exterior es el de un santo;
¿Pero todo cuanto digo
No puede ser fingimiento?
No le engañen, hermanito,
Las mentidas apariencias;
Todos viven persuadidos
Á que yo soy un dechado
De virtudes, un bendito;
Pluguiera á Dios fuese cierto:
Soy un pecador inicuo.
(Hablando con D. Alejandro.)
Mejor me conoce usted:
Tráteme usted, hijo mío,
De infame, aleve, villano,
De impostor y de asesino;
Bien merezco estos baldones,
Y en nada los contradigo;
De rodillas los escucho,
Como castigo debido
Á mis enormes pecados.
D. SIMP. *(Á D. Fidel.)* Por Dios, basta, hermano mío.
(Á su hijo.) ¡Pícaro, y no te arrepientes!
D. ALEJ. ¿Pues á usted le han seducido...?
D. SIMP. Calla, lengua del demonio...
(Á D. Fidel.) Hermano, mi único amigo,
Levántese usted... *(Á su hijo.)* ¡Infame!
D. ALEJ. ¿Cómo?

D. SIMP. Que calles te he dicho.
D. ALEJ. No puedo aguantar. ¿Qué; usted...?
D. SIMP. Si me chistas, voto á Cristo,
Te rompa brazos y piernas.
D. FID. Hermano, por Dios lo pido:
No se altere usted: primero
Sufriré el mayor castigo
Que consentir que le toque.
D. SIMP. *(Á su hijo.)*
¡Ingrato!
D. FID. Se lo suplico,
Si es menester, de rodillas.
Perdone, por Dios, á su hijo.
D. SIMP. *(Poniéndose también de rodillas y abrazando á D. Fidel.)*
¡Ay! cuánta bondad, hermano...
(Á su hijo.) ¿Lo ves, lo ves? dí, maldito.
D. ALEJ. ¿Con qué...?
D. SIMP. Silencio.
D. ALEJ. ¿Qué...?
D. SIMP. Calla;
¿Piensas que no sé el motivo
De tus enredos? Bien veo
Que todos á este bendito
Tienen aborrecimiento
En casa; criados, hijos
Y mujer, y andan fraguando
Mil embustes mal zurcidos,
Para que yo le despida;
No lo lograréis, os digo;
Cuanto más os empeñáis
En echarle, más me obstino
Yo en que esté en casa; á fin
Que no os quede más arbitrio,
Y que rabie mi familia,

Quiero que este día mismo
Pepita le dé su mano.

D. ALEJ. ¡Forzarla á que por marido
Le admita!

D. SIMP. ¡Pues nó, bribón!
Y esta noche, lo repito,
Se ha de hacer el matrimonio.
Ya veremos si os obligo
Á que me obedezcáis todos.
Vamos, vén aquí, mal hijo:
Pide perdón al señor
De los embustes que has dicho.

D. ALEJ. ¡Á ese infame mogigato!
¿Está usté en su juïcio?

D. SIMP. ¡Aún le dices picardías!
Un palo... *(Á D. Fidel.)* Por Jesucristo
Déjeme usted que le mate...
(Á su hijo.) Véte de mi casa, digo,
Y no me entres más en ella.

D. ALEJ. Voyme, pero yo le fío
Al ladrón...

D. SIMP. Salte al instante,
Bribonazo; yo te privo
De mi vista y de mi herencia,
Y amén de eso te maldigo.

ESCENA VII

D. SIMPLICIO y D. FIDEL.

D. SIMP. ¡Á un santo agraviarle así!

D. FID. Perdonadle vos, Dios mío,
Como yo le he perdonado...

(Á D. Simplicio.) No sabe usted lo afligido
Que estoy de que me calumnien
Con mi querido hermanito.

D. SIMP. ¡Ay Dios!

D. FID. De pensarlo sólo
Siento en mí un dolor tan vivo,
Que se me salta del pecho
El corazón. ¡Qué suplicio!
La pesadumbre me quita
El aliento y el sentido.
Me muero, hermano, me muero.

D. SIMP. *(Echa á correr llorando hacia la puerta por donde ha echado á su hijo.)*
Por el santo más bendito
Te juro, bribón, que siento
Haberte dejado vivo...
(Á D. Fidel.) Consuélese usted, hermano,
Y no se altere.

D. FID. Está visto;
Es necesario acabar
De una vez con los continuos
Disturbios que en la familia
Causo, y por tanto le pido
Á usted, hermano, permita
Que me vaya.

D. SIMP. ¡Qué delirio!
¡Irse usted!

D. FID. Si me aborrecen,
Y me achacan mil delitos.

D. SIMP. ¿Les doy yo crédito acaso?

D. FID. Me supondrán mil designios
Perversos, y sabe Dios
Si á fuerza de repetirlos
Lograrán que usted los crea.

D. SIMP. Nunca, nunca, hermano mío.

D. FID. Una mujer tiene tanta
Influencia en su marido,
Que al fin hace cuanto quiere.
D. SIMP. Nó, nó.
D. FID. Con irme les quito
La ocasión de calumniarme.
D. SIMP. Mi hermano, mi dulce amigo;
No puedo vivir ni un punto
Sin usted.
D. FID. Pues si es preciso
Yo me mortificaré;
No obstante, hermano, suplico
Si puede ser.
D. SIMP. ¡Ah!
D. FID. No se hable
Más del caso; lo que exijo
Es que me permita usted
Huir de su esposa; sí, amigo,
La honra es cosa delicada;
¡El mundo forma juïcios
Tan errados!...
D. SIMP. Nó, señor,
Es solemne desatino;
Quiero que esté usted con ella
Siempre; el mayor gusto mío
Es que rabie, que murmure
La gente; porque no estimo
Ni un ardite el qué dirán,
Tratándose de un amigo
Como usted, y en prueba de ello
Mi sucesión determino
Dejarle, haciéndole entera
Donación ahora mismo
De mis bienes; que tal yerno
Vale más que mujer, hijos

Y parientes; ¿no la acepta
Usted, hermano querido?
D. FID. Dios mío, tu voluntad
Cúmplase en tu siervo indigno.
D. SIMP. Pues á otorgar la escritura
Sin dilación, hermanito,
Y mas que luego la envidia
Aseste todos sus tiros.

ACTO CUARTO

ESCENA I

D. PABLO y D. FIDEL.

D. PAB. Todo el mundo lo murmura,
Sí; bien puede usted creerme;
Todos dicen que su padre
Anduvo muy imprudente,
Y culpan á usted también;
Y á fe que celebro haberle
Encontrado, por decirle
Á usted en razones breves
Mi sentir. Yo no averiguo
Si lo que dice la gente
Es la verdad, y supongo,
Contra lo que todos creen,
Que mi sobrino mintió,
Y que usted está inocente.
Usted que es tan buen cristiano
Perdonar su agravio debe,
Y no consentir que un padre
Al hijo de su casa eche:
Es general el escándalo,
Y le digo francamente

Á usted, que reconciliarle
Con su padre le conviene,
Y que el asunto no pase
Adelante: Dios no quiere
La muerte del pecador:
Quien no perdona le ofende.

D. FID. ¡Ay, Señor! yo le perdono
Mi agravio, sin que me quede
Ningún rencor en el pecho;
Si puedo servirle, cuente
Con cuanto yo tengo y valgo,
En lo que favorecerle
Sin pecar sea posible;
Mas si él á esta casa vuelve,
Es necesario que yo
Sin más dilación la deje.
Después de su infame acción,
¿Qué no dirían las gentes,
Y qué escándalo sería
Si junto con él viviese?
Pensarían, con razón,
Que de un hecho tan aleve
Soy culpado, y que temiendo
Que consiga convencerme
Don Alejandro, he tomado
La resolución prudente
De olvidar todo, fingiendo
Que la caridad me mueve,
Porque él oculte mis yerros.

D. PAB. Son razones aparentes,
Que no pueden persuadirme:
Deslindar los intereses
De Dios á usted no le toca;
Si mi sobrino le ofende,
De Dios le vendrá el castigo,

Que no quiere que le venguen
Hombres flacos; que perdonen
Sus injurias, eso quiere.
¿Y qué importa lo que diga
El mundo? nuestros deberes
Dios sólo es quien los prescribe.
¿No mandan sus santas leyes
El perdón de los agravios?
¿Pues luego, qué á cuento viene
Cuando cumplimos con Dios
Lo que pensaren las gentes?

D. FID. Ya he dicho que le perdono,
Sin que ningún rencor quede
En mi pecho: así de Dios
El precepto se obedece;
¿Pero después de la afrenta
Que hoy mismo acaba de hacerme,
Manda Dios que viva yo
Con ese niño?

D. PAB. ¿Y que acepte
Usted quiere Dios, acaso,
Lo que no le pertenece?
Porque mi hermano es un tonto,
Y le da lo que no tiene
Facultades para dar,
¿Usted admitirlo debe?

D. FID. Aquellos que me conozcan
Sabrán que todos los bienes
Del mundo no me hacen mella,
Y que su brillo aparente
No deslumbra mis sentidos;
Si mi ánimo se resuelve
Á admitir la donación
Que mi hermano quiso hacerme,
Es por evitar pecados

Infalibles, si cayese
Su herencia en manos perversas.
¡Cuántos, Dios mío, te ofenden
Con el caudal que les das!
Yo me serviré de él siempre
Para provecho del prójimo
Y honra del Omnipotente.

D. PAB. Pierda usted esos recelos,
Que tanto en su pecho pueden,
Que al legítimo heredero
Lo que Dios le da pretende
Quitarle; y de su caudal
Que goce con paz le deje.
¿No ve usted que vale más
Que él malgaste sus haberes,
Sin que usted quiera usurparle
Lo que le han dado las leyes?
Ni sé cómo tal propuesta
Pudo escucharla quien tiene
Renombre de timorato.
¿Qué regla de piedad puede
Legitimar la codicia
De quien sin pudor intente
Privar de la sucesión
Á un hijo? Y demos que hubiese
Antipatía tan grande
Entre los dos, que no fuere
Posible que viva usted
Con mi sobrino: ¿es prudente
Que salga el hijo de casa,
Y el extraño en ella quede?
Si usted quiere que le tengan
Por justo, marcharse debe
Al punto...

D. FID. Son ya las cuatro,

Y no puedo detenerme,
Porque no he rezado aún
El Miserere, y es viernes.
Perdone usted, si le dejo.

D. PAB. *(Quedándose solo.)*
Hola... ¡Hipocritón solemne!

ESCENA II

D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, D. PABLO y JUANA.

JUANA. *(Á D. Pablo.)* Hable usted en su favor;
La pobre está de tal suerte
Que da lástima mirarla;
Sin remedio se nos muere,
Si la violenta su padre,
Como resuelto lo tiene,
Á dar la mano al beato
Esta noche: vea si puede
Convencerle con razones.
Pero don Simplicio viene.

ESCENA III

D. SIMPLICIO, D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, D. PABLO y JUANA.

D. SIMP. Señores, me alegro mucho
De hallarlos juntos á ustedes...
(Á D.ª Pepita.) Tú, para que te diviertas,
Ahí tienes esos papeles;
Ya sabes su contenido.

D.ª PEP. *(De rodillas á los piés de su padre.)*
Por el Dios omnipotente
Que ve mi tormento, padre,
Y por todo cuanto puede
Mover á usted á piedad,
Le ruego que no se empeñe
En concluir estas bodas:
Padre, señor, no me fuerce
Usted á que de la vida
Que le he debido deteste;
No exija usted obediencia
Tan costosa, si no quiere
Que su hija desventurada
Siempre por morir anhele.
Si me veda usted que sea
De aquel que mi amor merece,
Y que antes me prometió,
¡Ay, padre! no me violente
Dándome á quien aborrezco:
No á su hija así desespere,
Pretendiendo que obedezca
Á tan tiránicas leyes.
De rodillas se lo ruego.
D. SIMP. *(Conociendo que se va á enternecer.)*
¡Corazón, tú te enterneces!
Fuera la flaqueza humana.
D.ª PEP. Amado padre, no piense
Usted que envidio los dones
Que hace á don Fidel: bien puede
Darle todas sus riquezas,
Y añadir á ellas mis bienes,
Que con gusto se los cedo;
Mas no quiera usted hacerle
Dueño también de mí propia;
Permítame que me encierre

En un convento, y consagre
Al Cielo con penitente
Corazón mi amarga vida.

D. SIMP. ¿Qué tal? Como no las dejen
Casarse con sus galanes,
Dicen que quieren meterse
Monjas. ¡Buena vocación!
Levanta. Si te parece
Repugnante este marido,
Ese más mérito adquieres,
Que mortificas tu cuerpo,
Y tu casamiento ofreces
En desquite de tus culpas
Á Dios; vamos, no me quiebres
La cabeza con tus lloros.

JUANA. ¿Qué, señor?...

D. SIMP. Tú has de meterte
En tu costura, y no más.

D. PAB. Si á los consejos atiendes
De la razón...

D. SIMP. Tus consejos,
Hermano, son muy prudentes,
Muy sabios, muy acertados;
Pero aquí no se te quieren.

D.ª ELV. *(Á D. Simplicio.)*
Viendo lo que está pasando
No sé cómo hablar acierte.
Es preciso que estés ciego,
Pues lance tan evidente,
Como el que pasó conmigo,
Te empeñas en no creerle,
Aunque te lo afirman todos.

D. SIMP. ¡Oh! no me engañan ustedes;
¿Piensas tú que no adivino
El caso? Si tú andas siempre

Por complacer á mi hijito;
Y porque yo no riñese
Con él, ya se ve, apoyaste
Sus embolismos soeces
Contra aquel siervo de Dios.
¡Para quien crea en mujeres!
Además de que no estabas
Alterada, y en tan fuerte
Lance te irritaras.

D.ª ELV. Yo,
Porque un hombre me requiebre,
Ni me solicite, nunca
Me enojo; sé defenderme,
Y sin decir insolencias
Jamás nadie se me atreve.
Una risa, una ironía
Al más osado contiene
Mejor que gritos y enfados.
No soy yo de las mujeres
Que, como si fueran tigres,
Esgrimen garras y dientes
En defensa de su honor,
Y que embisten con la gente,
Si se oyen llamar bonitas:
Nó; y el Cielo me preserve
De una virtud tan arisca;
Mi recato es de otra especie;
Urbanidad, complacencia,
Frialdad: y todos pierden
Conmigo las esperanzas,
Así que me hablan tres veces.

D. SIMP. Por fin yo sé la verdad.

D.ª ELV. ¡Hay tal capricho! ¿Y si vieses
La cosa, qué me dirías?
¿Te estarías en tus trece?

Mira que no es imposible.
D. SIMP. ¿El verlo?
D.ª ELV. ¿Qué duda tiene?
D. SIMP. Habladurías.
D.ª ELV. Apuesto
Que, como en ello me empeñe,
Lo ves con tus propios ojos.
D. SIMP. Paparrucha.
D.ª ELV. Es cosa fuerte;
Si no digo que nos creas;
Pero, responde, ¿si en este
Sitio te hacemos su infamia
Tocar y ver claramente,
Quedarás desengañado?
D. SIMP. Entonces... ¿Pero á qué viene
Decir cosas imposibles?
D.ª ELV. Ya há mucho que me desmientes,
Y sacarte de tu error
Debo, para que no pienses
Que yo he dado testimonio
Falso contra el inocente.
Tú vas á ver la verdad.
D. SIMP. ¡Qué me place! Sea breve;
Ya veremos cómo sales
Del pantano en que te metes.
D.ª ELV. *(Á Juana.)*
Díle que venga.
JUANA. *(Á D.ª Elvira.)* Es muy diestro,
Y en las redes que le tienden
Temo que no ha de caer.
D.ª ELV. *(Á Juana.)* Sí, que la que bien se quiere
En los lazos que nos pone
Con facilidad nos prende,
Y más cuando el amor propio
Á lisonjearnos viene.

Haz que baje sin tardanza,
(Á D. Pablo y D.ª Pepita.)
Y váyanse al punto ustedes.

ESCENA IV

D.ª ELVIRA y D. SIMPLICIO.

D.ª ELV. Tú debajo de esta mesa
Vén al instante á meterte.
D. SIMP. ¿Yo?
D.ª ELV. Tú; y lo que más importa
Para el caso es esconderse
Bien.
D. SIMP. ¡Debajo de la mesa!
D.ª ELV. ¡Ay Dios mío! no te inquietes
En averiguar por qué:
Éntrate, que así conviene,
Y no has de meter ruïdo,
Para que no se sospeche
Don Fidel que estás ahí.
D. SIMP. Confesemos que nó puede
Darse más condescendencia;
Pero porque todos queden
Por embusteros, me allano
Á hacer cuanto me dijeres.
D.ª ELV. No nos lo echarás en cara.
(Á D. Simplicio, que está debajo de la mesa.)
Mira: para convencerte
Voy á tratar de un asunto
Que en boca de las mujeres
Propias es muy peliagudo;
Así, antes que él venga, advierte

Que, si le digo requiebros,
Es para que manifieste
Su maldad en tu presencia,
Para que su disfraz deje,
Y descubra la torpeza
De su corazón, albergue
De impostura y de lascivia;
Para que veas patente
Su villana hipocresía.
Tú podrás, cuando estuvieres
Convencido de su infamia,
Hacer que este juego cese,
Saliendo de tu escondite:
Á tí toca protegerme,
Y estorbar que llegue el lance
Á más que aquello que fuere
Necesario, para que
Ninguna duda te quede.
En fin, como en este asunto
Son tuyos los intereses
Que median, puedes hacer
Lo que á cuento te viniere...
Pero don Fidel se acerca;
Chito, y trata de esconderte.

ESCENA V

D. FIDEL, D.ª ELVIRA, y D. SIMPLICIO debajo de la mesa.

D. FID. Juana me ha dicho, señora,
Que á solas quiere usted verme.
D.ª ELV. Y es para cosas secretas:
Mire usted, por si sucede

Lo que antes, si escucha alguno,
Y tras sí la puerta cierre.
(D. Fidel va á cerrar la puerta y vuelve.)
No quiero que se repita
La escena; que me estremece
La memoria del peligro
Que usted corrió, sin que fuesen
Mis ruegos con Alejandro
Parte para que no diese
Cuenta á su padre de todo;
Y fué mi susto tan fuerte
Que ni desmentirle supe.
Por fin el Cielo clemente
Lo ha dispuesto mejor todo.
La estimación en que tiene
Á usted mi esposo disipa
La nube, y sin que sospeche
Nada, me manda que viva
Y que esté con usted siempre;
Porque pretende arrostrar
Cuanto dijere la gente;
De suerte que sin que nadie
Nos lo note, ni nos cele,
Puedo encerrarme yo sola
Aquí con usted, y hacerle
Sabedor de los secretos
De un pecho, que acaso cede
Á sus amorosas ansias
Después de un plazo muy breve.

D. FID. No comprendo ese lenguaje,
Señora, y muy mal se aviene
Con lo que dijo usted antes.

D.ª ELV. Mal conoce á las mujeres
Usted, cuando así le arredran
Sus afectados desdenes.

¿Una defensa tan flaca
No sabe usted lo que quiere
Decir? El pudor combate
Con nuestros afectos siempre
En los primeros instantes,
Y aunque el amor triunfe y reine
En el pecho, la vergüenza
Se opone á que se confiese
El vencimiento, y la boca
Habla contra lo que siente
El corazón; la voz niega,
Mas lo que niega concede.
Una confesión tan clara
Á usted podrá parecerle
Prueba de mi liviandad;
Pero el extraño accidente
De esta tarde me disculpe;
Y diga usted, ¿si no fuese
Por el amor que le tengo,
Hubiera tan blandamente
Escuchado sus requiebros?
Si no quise que dijese
Nada Alejandro á su padre,
¿Qué más prueba darse puede
De que me agrada su amor?
Y el haber hecho tan fuertes
Instancias para que usted
El casamiento deseche
Que le propone mi esposo
¿No es un indicio evidente
De que no quiero que nadie
En ese corazón reine;
De que una rival me enoja?

D. FID. Cierto, es dulzura celeste
Oir de una boca amada

Tanta gloria prometerse;
Miel destila de esos labios,
Y toda mi ánima siente
Tanta bienaventuranza,
Que á toda expresión excede.
Pero es, señora, tan grande
La ventura de mi suerte,
Que á creerla no me atrevo;
¿Y quién sabe si no es éste
Un artificio fraguado
Á fin de que yo deseche
La boda que me proponen?
Hablando, en fin, claramente,
Para que yo á persuadirme
Del afecto de usted llegue,
Es preciso que algún trago
De celestiales placeres
Me dé usted, y en mi alma plante
Su favor la rama verde
De fe constante y sincera.

D.ª ELV. *(Después de toser para avisar á su marido.)*
¿Tanto quiere usted tan breve?
¿Todo el amor de mi pecho
Tan presto apurar pretende?
Le confieso que le aprecio,
¿Y para satisfacerle
No le basta, que al instante
El último favor quiere?

D. FID. Siempre es corta la esperanza
De aquel que nada merece,
Ni son de fiar palabras
Que tanta dicha prometen.
No creeré mi ventura,
Señora, hasta que me diere
Prendas usted de cariño:

Mientras las obras no hubieren
Confirmado las palabras,
Dudaré de su amor siempre.

D.ª ELV. Señor don Fidel, el suyo
Impone tan duras leyes,
Que me asusta usted de veras.
¡Que ansíe con tan vehemente
Ardor por ver sus deseos
Satisfechos, sin que deje
Un breve espacio de tregua,
En que el corazón aliente!
¿Es justo tanto rigor?
¡Exigir lo que pretende
Sin dar una hora de plazo,
Y abusar impunemente
De las flaquezas ajenas,
Y del amor que le tienen!

D. FID. ¿Mas si con benignidad
Ve usted mi amor, á qué viene
Negarme prendas seguras
Del suyo?

D.ª ELV. ¿Y si consintiese,
No se ofendería el Cielo
De que tanto habla usted siempre?

D. FID. Vaya; si no es más que el Cielo
Por lo que usted se detiene,
Chico estorbo es á fe mía,
Y ni mentarse merece.

D.ª ELV. Pues luego ¿á qué hablan del Cielo
Y tanto miedo nos meten?

D. FID. Tan ridículos temores
Yo los disiparé en breve,
Señora, porque sé el arte
De hacer que nunca atormenten
Los escrúpulos; el Cielo

Nos veda ciertos placeres,
Es verdad; pero es muy fácil
Con el Cielo componerse.
Hay cierta ciencia que enseña
Á ensanchar nuestros deberes,
Ó estrecharlos; es conforme
Lo uno ó lo otro nos conviene.
Cuando las obras son malas,
Á la rectitud se atiende
De la intención, porque Dios
Nunca desea la muerte
Del pecador, y con poco
Se contenta. Muy en breve
Sabrá usted esta doctrina.
Déjeme que yo la lleve
Por la mano al paraíso,
Y no se asuste por leves
Parvidades de materia.
Todo el pecado que hubiere
En esto caiga en mis hombros,
Y no hay miedo que me pese...
(D.ª Elvira tose con más fuerza.)
Mucho tose usted, señora.

D.ª ELV. Sí; todo el pecho me duele.
D. FID. ¿Gusta usted de mi alfeñique?
D.ª ELV. Es tos tan rancia y tan fuerte,
Que no he de hallar alfeñiques,
Á mi ver, que la remedien.
D. FID. Es triste cosa.
D.ª ELV. Fatal.
D. FID. En fin, para que no quede
Escrúpulo, sepa usted
Que del escándalo pende
El pecado: ya lo dije
Otra vez, y considere

Que con acciones ocultas
Jamás el Cielo se ofende.
Quien disimula no peca.

D.ª ELV. *(Después de toser y dar golpes sobre la mesa.)*
Habré al fin de resolverme
Á ceder á usted, pues veo
Que si á todo cuanto quiere
No me allano, no hay pensar
Que quieran aquí creerme.
Sin duda que es cosa triste
Que hasta tanto extremo llegue,
Pero si doy este paso,
Es porque no se convencen
Sin él de lo que yo digo;
Porque exigen ciertas gentes
Desengaños tan palpables,
Y pruebas de tal especie
Que... En fin, si alguno se agravia
Con esta acción, no se queje
De mí; la culpa no es mía:
Protesto estar inocente,
Y que cedo á la violencia.

D. FID. Señora, nada recele
Usted; sobre mi cabeza...

D.ª ELV. Salga usted por si estuviese
Simplicio en el corredor,
Y vuelva si no le viere.

D. FID. Esa es precaución inútil;
Que es hombre con quien se puede
Jugar como con un niño,
Y le tengo de tal suerte
Que, aun viéndolo, nunca crea
Cosa que á mí no me pete.

D.ª ELV. No importa; salga usted fuera,
Y escudriñe atentamente

Todas las piezas vecinas,
Por lo que suceder puede.

ESCENA VI

D. SIMPLICIO y D.ª ELVIRA.

D. SIMP. *(Saliendo de debajo de la mesa.)*
¡Jesús, qué hombre tan infame!
Vaya, vaya; es una peste
Infernal, no vuelvo en mí.
D.ª ELV. Simplicio, ¡qué vivo que eres!
¿Á qué sales todavía?
Extraño que te aceleres
Tanto: vuelve á tu escondite,
Y aguarda hasta el fin: ¿no temes
Hacer un juïcio malo?
Saldrás de dudas muy breve.
D. SIMP. Pongo á que hombre más perverso
Ni en el Infierno se encuentre.
D.ª ELV. ¡Dios mío! las apariencias
Te engañan. ¿Quién sabe? Á veces
Resultan falsas aquéllas
Que más ciertas nos parecen.
Para no errar te aconsejo
Que sin decir nada esperes
Hasta el remate de todo.
(D.ª Elvira pone á D. Simplicio detrás de ella.)

ESCENA VII

D. SIMPLICIO, D.ª ELVIRA y D. FIDEL.

D. FID. *(Sin ver á D. Simplicio.)*
La fortuna favorece
Mis gustos; de mirar vengo
Esos cuartos, y no hay gente.
Mi tierno amor...
(Al tiempo que D. Fidel viene con los brazos abiertos para abrazar á D.ª Elvira, ésta se retira, y ve D. Fidel á D. Simplicio.)

D. SIMP. *(Deteniendo á D. Fidel.)*
Cepos quedos.
Procure usted contenerse.
¡Cáspita, qué amor tan fino!
¿Conque el siervo de Dios quiere
Ponerme lo que usted sabe?
¡Un santo que así se deje
Llevar de la tentación!
¡Se casa con mi hija, y quiere
Gozar también mi mujer!
Yo creí que en burlas fuese.
He aguantado largo rato,
Pensando que era juguete,
Y que iba á mudar de estilo.
Ya tengo lo suficiente,
Sin que usted pase adelante.

D.ª ELV. *(Á D. Fidel.)* Astucia mi acción parece,
Mas no estuvo en mí evitarla.

D. FID. *(Á D. Simplicio.)*
¿Piensa usted?...

D. SIMP. En lo que piense.

Mutis de casa al momento,
Sin más dimes ni diretes.

D. FID. Mi intento...

D. SIMP. Es gastar parola,
Y lo que aquí se requiere
Es irse pronto á la calle.

D. FID. Usted es quien luego debe
Irse; usted que hace de dueño;
La casa me pertenece
Á mí solo; yo lo haré
Constar cuando el tiempo llegue.
Vano es que con viles artes
Ultrajarme aquí se piense;
Yo haré ver que tengo medios
Para castigar aleves,
Y confundir impostores,
Vengando al Cielo, que ofenden,
Y haciendo que se arrepientan
Cuantos agraviarme intenten.

ESCENA VIII

D.ª ELVIRA y D. SIMPLICIO.

D.ª ELV. ¿Qué es lo que quiere decir?
¿Qué modo de hablar es éste?

D. SIMP. Á fe que yo no me río,
Y que temo un accidente.

D.ª ELV. ¿Cuál?

D. SIMP. He hecho un gran disparate:
No sé qué remedio tiene.
Esta donación me inquieta.

D.ª ELV. ¿Qué donación?

D. SIMP. De mis bienes,
Y es negocio concluído.
D.ª ELV. ¿Qué?
D. SIMP. Ya lo sabrás. Lo urgente
Es ver si no se ha llevado
Una arquita con papeles.

ACTO QUINTO

ESCENA I

D. SIMPLICIO y D. PABLO.

D. PAB. A dónde vas tan de priesa?
D. SIMP. ¿Qué sé yo?
D. PAB. La primer cosa
Es pensar lo que has de hacer
Para salir de zozobras.
D. SIMP. Lo que á mí me hace perder
El juïcio y me incomoda
Más que otra cosa es la arquita.
D. PAB. ¿Pues tanto esa arquita importa?
D. SIMP. El amigo perseguido
Que mi corazón aun llora
Al irse me la encargó,
Y su caudal, vida y honra
Dijo que de estos papeles
Dependían.
D. PAB. ¿Pues qué loca
Idea te hizo ponerla
En manos de otra persona?
D. SIMP. Escrúpulo de conciencia.
Contéle toda la historia

Á ese bribonazo, y él
Con su mónita devota
Me persuadió se la diera,
Diciendo ser fáçil cosa
Que el juez hiciera pesquisas;
Si echaba requisitorias,
Yo, sin cargar mi conciencia,
Y con doblez oficiosa,
Decía que no tenía
Ni papeles, ni las otras
Cosas que me preguntaran,
Y que así juraba contra
La verdad, y sin pecar.

D. PAB. Hermano, veo que toman
Tus asuntos mal semblante;
La donación, esa historia,
El haberte fiado de él...
Confieso que me acongoja
Cuanto me dices, y entonces
Ha sido una acción muy loca
Insultarle, como has hecho;
Que tiene prendas de sobra
Para darte que sentir.

D. SIMP. ¡Qué; con facha tan devota
Esconder tanta doblez,
Tanta maldad horrorosa;
Conmigo que le dí asilo
Cuando pedía limosna!
Si otro santurrón me engaña,
Mándole que ha de ser obra
De romanos; como al diablo
La cruz haré á las personas
Que me hablen de devoción.

D. PAB. Simplicio; eso es dar en otra
Exageración peor.

Mas tú nunca te reportas;
Y por huir de un error
Das en el opuesto ahora.
Un pícaro te engañaba
Con capa de religiosa
Piedad, y por eso piensas
Ya que las almas devotas,
Que sirven á Dios con celo,
Son como ese infame todas.
Si así lo crees, hermano,
Torpemente te equivocas.
Deja, deja á los impíos
Que consecuencias tan tontas
Saquen, y que hagan rechifla
De la piedad, porque es moda.
Tú ama la virtud, respeta
Á las personas piadosas;
Mas no creas en palabras,
Atento sólo á las obras:
Aborrece la villana
Hipocresía, mas honra
La virtud pura y sincera,
Y la religión adora:
Y advierte que vale más,
Hermano, pecar por sobra
Que por falta de respeto
En cosas de tanta monta.

ESCENA II

D. SIMPLICIO, D. PABLO y D. ALEJANDRO.

D. ALEJ. ¿Padre, es cierto que un bribón
Sin vergüenza le provoca

Á usted, sin guardar de tantos
Beneficios la memoria,
Y que tiene la insolencia
De amenazarnos ahora
Que ha de echarnos de esta casa?

D. SIMP. Así es, hijo: mi congoja
Es crüel en este lance.

D. ALEJ. Ese pleito á mí me toca.
Ambas orejas le corto,
Y salimos de zozobra
En un instante; bien puede
Decir que llegó su hora.

D. PAB. Bueno; eso se llama hablar
Con la ligereza propia
De un muchacho atolondrado;
Modera esa furia loca;
Que vivimos bajo un justo
Gobierno, y el que se porta
Con violencia halla castigo,
Sin que el favor le socorra.

ESCENA III

D.ª TECLA, D. SIMPLICIO, D.ª ELVIRA, D. PABLO, D.ª PEPITA, D. ALEJANDRO y JUANA.

D.ª TEC. ¿Qué es esto hijo? Aquí me cuentan
Un montón de horribles cosas.

D. SIMP. Grandes novedades, madre,
Que acabo de ver ahora
Yo mismo. Ve usted qué fruto
He sacado de mi boba
Bondad: un pobre mendigo,

Que de beneficios colma
Mi necedad, que le trato
Cual pudiera á la persona
Más allegada, le doy
Mi caudal, y á mi hija propia,
Y al mismo tiempo el villano
Á mi mujer enamora,
Y procura deshonrarme:
Esto no basta; se arroja
Hasta amenazarme ingrato
Con dádivas que mi tonta
Confianza le tiene hechas;
Afana por ver si logra
Despojarme de mis bienes,
Y ponerme en la horrorosa
Miseria, de que yo necio
Le he sacado; esta es mi historia.

JUANA. ¡Pobrecito!
D.ª TEC. Hijo, no creo
Que hiciera acción tan odiosa.
D. SIMP. ¿Cómo?
D.ª TEC. Los buenos son siempre
Envidiados.
D. SIMP. Esta es otra:
¿Qué quiere usted decir, madre?
D.ª TEC. Que es tu casa una Liorna,
Y que todos le aborrecen.
D. SIMP. ¿Y para el caso qué importa?
D.ª TEC. Cuando eras niño, te dije
Que las gentes virtuosas
Eran las más perseguidas;
Que la envidia es la ponzoña
Que nunca muere en el mundo,
Porque se van las personas
Envidiosas, y ella queda.

D. SIMP. Y lo que yo digo ahora
¿Qué tiene que ver con eso?
D.ª TEC. Te habrán contado una historia
Sin piés, ni cabeza.
D. SIMP. Calle.
¿Pues no he dicho ya, señora,
Que lo he visto yo, yo mismo?
D.ª TEC. Hay lenguas murmuradoras.
D. SIMP. Esto es para condenarse.
Una vez, ciento y mil otras
Repito que yo lo he visto.
D.ª TEC. De las lenguas ponzoñosas
Ninguno puede librarse.
D. SIMP. Usted, madre, me provoca
Con las réplicas que tiene
Y sus reflexiones tontas.
Si he dicho ya que lo he visto;
Visto, ¿lo oye usted ahora?
Visto con mis propios ojos.
Pues no está mala la sorna.
¿Quiere usted oirlo más?
D.ª TEC. ¡Dios mío! Son engañosas
Las apariencias: mil veces
El más lince se equivoca.
No siempre es bueno juzgar
Uno por su vista propia.
D. SIMP. ¡Por vida de...!
D.ª TEC. Sospechamos
Siempre lo peor; las obras
Santas se interpretan mal.
D. SIMP. ¿Qué interpretar, ni qué alforjas,
Si abrazaba á mi mujer?
D.ª TEC. Antes que de una persona
Se hable mal, es necesario
Saber de fijo las cosas.

D. SIMP. ¿Qué más fijo quiere usted?
El diablo no diría otra.
¿Conque había de aguardar
Hasta que...? Usted está tonta.

D.ª TEC. En fin, es alma muy cándida,
Muy devota y religiosa,
Y las cosas que le achacan
Saldrá que son falsas todas.

D. SIMP. Es mucho disparatar:
No sé si fuera usted otra
Que mi madre lo que haría.

JUANA. *(Á D. Simplicio.)* Así va, señor, la bola;
Usted no quiso creer,
Y no le creen ahora.

D. PAB. Gastamos en frioleras,
Que maldita cosa importan,
Tiempo, y mientras sus medidas
Sin duda el pícaro toma.

D. ALEJ. ¿Piensa usted que llegue á tanto
Su descaro?

D.ª ELV. Tengo poca
Inteligencia en asuntos,
Mas pienso que tan odiosa
Demanda no ose entablarla.

D. PAB. *(Á D. Simplicio.)* No te fíes; hay personas
Que protegen á los malos;
Este lance de su boca
Oído, parecerá
Una acción que le es honrosa,
Y con menos fundamento
He visto yo que se atollan
Otros, sin poder salir
Á salvo. ¿Quién le provoca
Con las armas que el tenía?

D. SIMP. Cierto, pero al ver su odiosa

Soberbia y su hipocresía,
Confieso que perdí toda
La razón y la paciencia.

D.ª ELV. Si, cuando pasó la historia,
Hubiera sabido yo
Lo que había ¿quién ignora
Que hubiera excusado el lance
Que tanto nos desazona,
Y mis...?

D. SIMP. *(Á Juana, viendo entrar á D. Celedonio.)*
¿Qué me quiere ese hombre?
Sabe á qué fin se le antoja
Verme, y díle que se vaya,
Que su visita incomoda.

ESCENA IV

D. SIMPLICIO, D.ª TECLA, D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, D. PABLO, D. ALEJANDRO, JUANA y D. CELEDONIO.

D. CEL. *(Á Juana, en el fondo del teatro.)*
Dios le dé salud, hermana,
Y después allá la gloria.
Quisiera hablar dos palabras
Al amo, si nadie estorba.

JUANA. Está con gente, y no puede
Hablar con nadie.

D. CEL. No importa,
Que yo no seré importuno:
Es asunto de muy pocas
Razones, y gustará
De saberle de mi boca.

JUANA. ¿Su nombre de usted?

D. CEL. Mi nombre
Es lo que menos importa.
Dígale usted que me envía
Don Fidel, y para cosas
De su bien.

JUANA. *(Á D. Simplicio.)* Dice que viene
Para negocios de monta
De parte de don Fidel,
Y que será muy gustosa
Su comisión.

D. PAB. *(Á D. Simplicio.)* Pues oigamos
Lo que ese hombre nos proponga.

D. SIMP. *(Á D. Pablo.)* ¿Si me habla de componerse,
Qué quieres que le responda?

D. PAB. Será forzoso escucharle
En tu situación penosa.

D. CEL. *(Á D. Simplicio.)* El Señor nos dé su gracia
Y confunda á quien se oponga
Á su bien de usted; que así
Esta ánima pecadora
Lo pide en sus oraciones.

D. SIMP. *(En voz baja á D. Pablo.)*
Este exordio se acomoda
Muy bien con lo que yo pienso.

D. CEL. He recibido mil honras
De esta casa, y señor padre
Siempre como cosa propia
Me miraba.

D. SIMP. Siento mucho
No conocer la persona
De usted: dígame su nombre.

D. CEL. Don Celedonio de Porras,
Natural de Mondoñedo,
Y por más que se carcoma
La envidia, soy escribano

Con mis títulos en forma.
Cuarenta años há que ejerzo
Esta profesión gloriosa.
Y vengo con su licencia,
Y sin consentir demora,
Á notificar un auto.

D. SIMP. ¿Qué; usted viene...?

D. CEL. Es cosa corta,
Que está dicha en dos palabras;
Providencia ejecutoria
De proceder al despojo
De casa, y que ni personas
Ni muebles en ella queden,
Sin permitir moratoria.

D. SIMP. ¡Yo salir de aquí!

D. CEL. ¿Usted sabe,
Señor, que es la casa ahora
Del buen señor don Fidel,
Que por un contrato en forma,
Otorgado ante escribano,
Y que tengo aquí en mi bolsa,
Dueño es del caudal de usted,
Sin que ninguno le tosa?

D. ALEJ. *(Á D. Celedonio.)*
Es mucha la desvergüenza.

D. CEL. *(Á D. Alejandro.)*
Á mí no me comisionan
Para tratar con usted,
Caballerito; á quien toca
(Señalando á D. Simplicio.)
Responder es al señor,
Que es un sujeto de forma,
Y respeta á la justicia.

D. SIMP. Yo...

D. CEL. Sí señor, y me consta

Que no haría resistencia
Por un millón; que es persona
Prudente y muy timorata
El señor, y no le enoja
Que yo cumpla con mi oficio.

D. ALEJ. ¿Á que se gana una soba
De palos bien asentados
Su mónita socarrona?

D. CEL. *(Á D. Simplicio.)*
Haga usted que salga ó calle
Su hijo; que fuera penosa
Precisión certificar
Palabras tan injuriosas.

JUANA. *(Aparte.)* ¿Á este hombre don Celedonio,
Ó don Demonio le nombran?

D. CEL. Tengo, señor, tierno afecto
Á las almas religiosas
Y buenas, y en prueba de ello,
Y del celo que me abona,
Practico estas diligencias,
Porque algún otro no escojan
Que procediese con menos
Suavidad; que hay personas
De muy poco miramiento.

D. SIMP. Pues es acción cariñosa
El echarme de mi casa.

D. CEL. Pero permito demora,
Y el cumplimiento del auto
No pienso poner por obra
Hasta mañana temprano,
Si Dios quiere; yo las cosas
No las llevo por el filo.
Porque todo vaya en forma,
Usted antes de acostarse
Hará que me entreguen todas

Las llaves: yo mandaré
Á diez hombres de mucha honra
Que pasen aquí la noche:
Mientras que ustedes reposan
Velan ellos, y así nadie
Nada de la casa toma.
Mañana al amanecer
Saca usted todas sus cosas,
Y se las lleva, y se va
Adonde más le acomoda.
Mis mozos ayudarán;
Son todos gente mañosa
Y robusta; á fe que nada
Se desgracie ni se rompa.
Soy hombre muy servicial
Y bondoso, sin lisonja.
Señor don Simplicio: yo
Aguardo de usted la propia
Bondad, y que su familia
Á mi oficio no se oponga.

D. SIMP. *(Aparte.)* ¡De lo poco que me queda
De mejor gana cien onzas
Diera yo por asentar
En su cara socarrona
El bofetón más bien dado!

D. PAB. *(Á D. Simplicio.)*
Vamos, hermano, una poca
De paciencia.

D. ALEJ. No sé cómo
Me contengo, que la boca
No le he bañado ya en sangre.

JUANA. Pregunto: ¿en esa corcoba,
Qué sentaría mejor,
Ó garrote, ó cachiporra?

D. CEL. Hija, modere esa lengua,

Y sepa, por si lo ignora,
Que también para mujeres
Hay castigo, si provocan.

D. PAB. *(Á D. Celedonio.)* Traiga usted ese papel,
Y déjenos.

D. CEL. En buen hora:
Hasta luego: Dios les dé
Á ustedes su santa gloria.

D. SIMP. Y Satanás el infierno
Á tí, y quien te comisiona.

ESCENA V

D. SIMPLICIO, D.ª TECLA, D.ª ELVIRA, D. PABLO, D.ª PEPITA, D. ALEJANDRO y JUANA.

D. SIMP. ¿Qué tal, madre, miento yo?
Por el auto que me emboca
Saque usted si tiene el alma
Bien infame y bien traidora
El gazmoño hipocritón.

D.ª TEC. ¡Jesús! me he quedado tonta;
Como la que ve visiones.

JUANA. *(Á D. Simplicio.)*
Nó señor, todas sus obras
Se encaminan al provecho
Del prójimo y mayor honra
De Dios; los bienes terrenos
Son cosas muy transitorias,
Y suelen dañar al alma;
Por eso su fervorosa
Caridad á usted le quita
Ese peso que le estorba

Para el camino del cielo.

D. SIMP. Siempre has de ser habladora;
Calla y déjanos en paz.

D. PAB. *(Á D. Simplicio.)*
Tomemos medidas prontas
Para salir de este apuro.

D.ª ELV. Haz al público notoria
Su ingratitud y osadía;
Con su conducta alevosa
Las cláusulas del contrato
Ese perverso las borra;
Que no es posible que triunfe
Iniquidad tan odiosa.

ESCENA VI

D. CARLOS, D. SIMPLICIO, D.ª TECLA, D.ª ELVIRA, D. PABLO, D.ª PEPITA, D. ALEJANDRO y JUANA.

D. CARL. Señor don Simplicio, siento
Darle un pesar, pero importa
Mucho que usted ponga en cobro
Al momento su persona:
Un amigo íntimo mío,
Que acaso en ello viola
El secreto que es debido
En cosas de Estado, ahora
Me avisa que está mandado
Prender á usted, y que sola
La fuga puede librarle.
Una hora há la venenosa
Serpiente, que abrigó usted
De traición y de alevosas

Correspondencias le acusa;
La delación corrobora
Presentando al Soberano
Una arquita que usted, contra
Las leyes de fiel vasallo,
Guardaba, donde están todas
Las piezas de un fugitivo
Reo de Estado: no informa
De más mi amigo; mas sé
Que hay orden para la pronta
Prisión de usted, y el villano
Acompañará en persona
Á el que ha de arrestar á usted.

D. PAB. Así el hipócrita colma
Su maldad, y sus derechos
Con esta acción corrobora,
Fingiendo que eres traidor.

D. SIMP. Vaya; el hombre, sin lisonja,
Es un maldito animal.

D. CARL. Vamos; que cualquier demora
Puede ser á usted funesta.
Ahí tiene usted esa bolsa
Con mil doblones; mi coche
Nos aguarda hace media hora.
No perdamos un instante,
Que estos golpes, si se estorban,
Es poniendo tierra en medio.
Mi amistad no le abandona
Á usted hasta estar en parte
Segura.

D. SIMP. ¡Cuánto á la heróica
Amistad de usted le debo!
Ruego al Cielo que me ponga
En estado de pagar
Una acción tan generosa.

Y tú, Pablo, ten cuidado.
D. PAB. No te detengas; con todas
Tus cosas tendré yo cuenta,
Como con las mías propias.

ESCENA VII

D. FIDEL, UN ALCALDE DE CORTE, D.ª TECLA, D.ª ELVIRA, D. SIMPLICIO, D. PABLO, D.ª PEPITA, D. CARLOS, D. ALEJANDRO y JUANA.

D. FID. *(Deteniendo á D. Simplicio.)*
Despacio, señor, despacio;
No es menester que usted corra
Tanto para encontrar casa;
El Soberano le aloja
En la cárcel.
D. SIMP. ¡Ah villano!
¡Con qué bella acción coronas
Tus infamias! ¡Digna paga
De quien á pícaros honra!
D. FID. Con todas esas infamias
No piense usted que me enoja;
Que se las ofrezco á Dios.
D. PAB. Edifica tan devota
Moderación.
D. ALEJ. ¡El perverso
Cómo del Cielo se mofa!
D. FID. En vano por irritarme
Me denuestan y baldonan;
Quien cumple con sus deberes
Vanos clamores arrostra.
D.ª PEP. Por cierto la comisión

Con que usted viene es honrosa.
¡Soplón!

D. FID. En servir al Rey
No puede caber deshonra.

D. SIMP. ¿Te acuerdas, bribón mendigo,
Que te daba de limosna
De comer pan á mi mesa?

D. FID. No me olvido de las honras
Que puedo deber á usted;
Pero media la persona
Sagrada del Soberano,
Que toda gratitud borra
En mi pecho, que leal
Sacrificara á su gloria
Amigos, parientes, hijos.

D.ª ELV. ¡Infame!

JUANA. ¡Cómo blasona
De virtud el muy soez!

D. PAB. Pues si es tan buen patriota
Usted, comó aquí se jacta,
¿Por qué aguardaba hasta ahora
Á delatar á mi hermano,
Cuando ha visto que á su esposa
Requiebra usted, y de casa,
Porque así lo exige la honra,
Le despide? Y si es culpado,
¿Para qué admite con pronta
Voluntad la donación
Que con mano generosa
De todo su caudal le hace?
Cosas tan contradictorias
Yo no acierto á concertarlas.

D. FID. *(Al Alcalde de Corte.)*
Bulla tan escandalosa
Durará, señor Alcalde,

Hasta cumplir con lo que obra
El expediente, y así
Haga usted justicia pronta.

EL ALC. Será usted servido al punto,
Y pues la justicia invoca,
La ejecutaré al instante.
Sin réplica ni demora
Dése usted al Rey.

D. FID. ¡Yo preso!

EL ALC. Usted.

D. FID. ¿Por qué?

EL ALC. Eso no toca
Á usted preguntar; mas quiero
Que estos señores conozcan
La historia de un impostor.
(Á D. Simplicio.)
Aliente usted: no está ahora
En el tiempo en que reinaba
La hipocresía engañosa:
Un Soberano ilustrado
Disipa sus cautelosas
Nieblas, por mucho que artera
En sus vapores se esconda.
De la religión amante,
Sabe discernir las sombras
De la luz; y el falso celo,
Que con color se arrebola
De piedad y devoción,
Toda su saña provoca.
De este hipócrita villano
Las virtudes impostoras
Mal podían engañarle,
Que muy más artificiosas
Mentiras penetrar sabe:
De una mirada vió todas

Las maldades de este infame,
En su corazón las hondas
Raíces que echó el delito;
Y cuando con engañosa
Astucia á su bienhechor
Acusa, la vengadora
Justicia del Cielo quiere
Que el príncipe en él conozca
Á un célebre delincuente,
Cuyos hechos epilogan
Tanta negra iniquidad
Que llenara mil historias.
Para evitar su castigo
El fingido nombre toma
De don Fidel, ocultando
El suyo, que tanto asombra.
Indignado el Soberano
De su conducta alevosa,
Que así con su ingratitud
Sus graves delitos colma,
Quiso ver dónde llegaba
De su desvergüenza loca
El exceso, y me encargó
Que le trajese, con sola
La intención que reparase
Los males que ustedes lloran.
La autoridad soberana
Del Monarca le despoja
De la donación que usted
(Á D. Simplicio.)
Le hizo de su hacienda toda,
Le restituye sus bienes,
Y su clemencia perdona
La ofensa de haber guardado
Con reserva misteriosa

La fe á su amigo proscrito;
Así el príncipe corona
El celo que por su causa
Muestra usted en las discordias
Civiles que nos agitan;
Que siempre su protectora
Diestra ampara á quien le sirve,
Y si en su alma grande poca
Impresión hace el agravio,
El servicio no se borra.

JUANA. ¡Gracias al Cielo!

D.ª TEC. Ya aliento.

D.ª ELV. ¡Qué suerte tan venturosa!

D.ª PEP. ¿Quién lo dijera?

D. SIMP. *(Á D. Fidel, que el Alcalde se lleva consigo.)*
Anda, infame.

ESCENA VIII

D.ª TECLA, D. SIMPLICIO, D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, D. PABLO, D. CARLOS, D. ALEJANDRO y JUANA.

D. PAB. Mira, hermano, que deshonras
El triunfo con insultar
Á ese hombre: harto dolorosa
Es su suerte: antes al Cielo
Su perdón por él implora;
Que arrepentido sus culpas
Llore, porque pïadosa
La bondad del Soberano
Temple su castigo. Ahora
Vé á dar las gracias de tantos
Favores de que te colma

El Monarca, y á sus plantas
Reconocido te postra.
D. SIMP. Dices bien: vamos al punto
De su bondad generosa
Á tributarle rendidas
Gracias, y luego las bodas
De Pepita dispondremos
Con Carlos, que su amorosa
Constancia de ser premiada
Mucho há que es merecedora.

FIN

LA ESCUELA

DE

LAS MUJERES

COMEDIA EN CINCO ACTOS EN VERSO

DE MOLIÉRE

TRADUCIDA

POR D. JOSÉ MARCHENA



DE ORDEN SUPERIOR

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1812

AL REY NUESTRO SEÑOR

SEÑOR:

TESTIMONIO *indeleble de la protección que dispensa V. M. á las letras humanas será esta traducción de Molière, dada á luz á expensas de la Imprenta Real por orden de V. M. En un tiempo en que las calamidades públicas tanto han disminuído los recursos del Real Erario, la próvida mano de V. M. halla todavía medios de amparar á los amantes de las Musas; y en el reinado de V. M., en medio de los disturbios de una guerra intestina, han resonado por la vez primera en el teatro de la Corte los acentos del Príncipe de los antiguos y modernos cómicos, vueltos en idioma castellano, nó con aquella impropiedad y desaliño que en otras versiones anteriores los habían afeado. Feliz yo si consigo no desmerecer, en las comedias de este grande ingenio que me quedan por traducir, el concepto que han debido á V. M. las que ya se han representado, y por el cual se ha dignado permitirme que saliesen bajo su soberano auspicio.*

SEÑOR:

Á los R. P. de V. M.

JOSEF MARCHENA.

PRÓLOGO

SALE á luz la *Escuela de las Mujeres* de Molière, representada en el teatro de la Corte, y traducida por la misma pluma que puso en castellano el *Hipócrita*. Sucesivamente se irán publicando las otras comedias de Molière; y si el traductor da felice cima á tan ardua empresa, sacará el público español la imponderable utilidad de poseer en el idioma patrio el más perfecto dechado de la buena comedia; y los extranjeros que quieran aprender nuestra lengua el de hallar un libro que, con las comedias de Moratín y otros pocos más de los coetáneos, les enseñe la habla castellana sin resabios de idiotismos ó afrancesados ó tudescos, y en todo caso bárbaros, que ésta desconoce.

Se irán publicando las comedias de Molière cada una de por sí, y á medida que se fueren representando. Como apéndice de esta versión saldrán, adjuntas á algunas de ellas, disertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos poetas, haremos notar las hermosuras que á vueltas de ellos en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la comedia francesa, del teatro cómico en general, etc.; de modo que la colección de estos discursos pueda ser reputada por una Poética de la Comedia.

PERSONAS

D. LIBORIO CARRASCO, ó el Vizconde del Atochal.
D.ª ISABELITA, hija de D. ENRIQUE.
D. LEANDRO, amante de D.ª ISABELITA, hijo de D. PABLO.
D. ANTONIO, amigo de D. LIBORIO.
D. ENRIQUE, cuñado de D. ANTONIO y padre de D.ª ISABELITA.
D. PABLO, padre de D. LEANDRO y amigo de D. LIBORIO.
COSME, villano, criado de D. LIBORIO.
BLASA, villana, criada de D. LIBORIO.
UN ESCRIBANO.

La escena en Madrid, plazuela de las Comendadoras de Santiago.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

D. ANTONIO, D. LIBORIO.

D. ANT. DICE usted que va á casarse?
D. LIB. Y sin pasar de mañana.
D. ANT. Amigo, aquí estamos solos,
Y nadie oye lo que se habla.
¿Quiere usted que diga claro
Lo que pienso? Aventurada
Resolución me parece
La de usted, y aun temeraria.
Mucho temo que estas bodas
Le han de salir á la cara.
D. LIB. No extraño yo esos temores.
Usted, sin salir de casa,
Acaso encuentra motivos
Justos de miedo, y le espanta
Mi suerte ya de antemano.
Yo la frente levantada
Andaré siempre, y no hay miedo
Que me la agobie la carga.
D. ANT. Esos, compadre, son golpes
De la fortuna voltaria,
Que no pueden remediarse,

Y son precauciones vanas
Y necias cuantas se toman
Contra ellos. Aquí la causa
De que me asusten sus bodas
Es tanta pesada chanza
Con que usted á mil maridos
Los zahiere en todas cuantas
Ocasiones se presentan,
Pregonando cuanto indaga
Sobre ocultos galanteos.

D. LIB. ¿Quién, sin ser Job, aguantara
La paciencia y sufrimiento
De tanto marido que anda
Por Madrid? En esta tierra
Son de condición tan mansa
Los hombres, que es un prodigio.
Aquél sin cesar afana
Por amontonar dinero,
Que luego su mujer gasta
Con quien le mete en el gremio.
De estotro es menos contraria
La estrella, que mil galanes
Á su esposa la regalan,
Y él muy sosegado piensa
Que obsequian así sus raras
Virtudes, y el muy babieca
No advierte su propia infamia.
Uno mete mucha bulla,
Que no le sirve de nada:
Otro lo consiente todo;
Y así que ve entrar en casa
El cortejo, en diligencia
Coge el sombrero, y se marcha.
Aquélla dice al marido
Que la requiebra con ansia

Don Cirilo, y le recibe
Muy tiesa y muy remilgada
Cuando está el tonto delante,
Que se le cae la baba,
Y compadece al galán,
Sin que haya para ello causa.
Otra se feria mil joyas,
Y dice que juega y gana:
Y sin saber á qué juego,
El marido se lo traga,
Dándole gracias á Dios
De que le pinten las cartas
Bien á su mujer. Por fin,
Es cuento que no se acaba
La historia de los maridos.
¿Y quiere usted que yo no haga
Escarnio de tanto necio
Como...?

D. ANT. Y si la suerte varia
Le mete en la cofradía
Á usted, ¿no ve con qué ganas
Le van á hacer el buz todos?
Y no mal se le empleara.
También yo oigo á muchas gentes
Que de galanteos hablan
Y refieren mil historias,
Ó verdaderas ó falsas,
De maridos engañados,
Y de mujeres livianas.
Pero aunque yo desapruebe
La sobrada tolerancia
De muchos, y nunca aguante
Ciertas cosas en mi casa,
Que otros llevan con paciencia,
Nunca digo una palabra;

Porque puede ser que un día
Me coja la rueda, y hagan
Burla de mí los burlados.
Así que, si de mi mala
Estrella el influjo quiere
Que alguna desdicha humana
Venga sobre mi cabeza,
Si de ella las gentes hablan,
Tendré al menos el consuelo
Que lo dirán en voz baja;
Y acaso se encontrará
También alguna buen alma
Que se duela de mi suerte;
Pero usted, compadre, se halla
En situación muy distinta:
Y habiendo siempre hecho tanta
Rechifla de los maridos
Que motejan de cachaza,
Guarte si no anda derecho;
Que en las calles y en las plazas,
No lluevan sobre usted pullas,
Y no tomen tal venganza
Los agraviados...

D. LIB. ¡Dios mío!
No tema usted que tal hagan.
Aquel que me la pegare,
Á fe que ha de tener maña.
¿Piensa usted que no sé yo
Las picardías, las trampas
Que acostumbran las mujeres,
Y con que á los tontos clavan?
Para que no puedan darme
Papilla, la que se casa
Conmigo es tan inocente
Como los niños que maman.

D. ANT. ¿Y quiere usted que una tonta...?
D. LIB. Una tonta es una alhaja
Para no volverse tonto.
No pretendo poner tacha
Á su mujer de usted; pero
Una discreta es muy mala
De guardar; sí, amigo mio;
Algunos sé yo que rabian
Porque sus mitades son
Ladinas. No es mala carga;
Una marisabidilla
Que hable en culto, escriba cartas
En francés, componga coplas,
Y vengan á visitarla
Los marqueses, los autores
Le lean versos, y el mandria
Del marido en un rincón
Se esté, sin que ninguno haga
Caso de él; y si pregunta
Alguno *¿quién es?* madama
Responda: *ese es mi marido.*
No quiero mujer con tanta
Inteligencia: la mía,
Si de hacer cuartetas tratan
De repente, y dan por pié
Guárdate del agua mansa,
Quiero que responda al cabo
De una media hora muy larga
San Crispín fué zapatero;
Pretendo, en una palabra,
Que sea tan ignorante,
Que esté su ciencia cifrada
En coser, hacer calceta,
Rezar, y con eso basta.
D. ANT. ¿Es usted aficionado

Á las simples?

D. LIB. Y con tantas
Veras, que una tonta fea
Más que una aguda me agrada
Con hermosura.

D. ANT. ¿El talento,
La beldad...?

D. LIB. La honradez basta.

D. ANT. ¿Pero cómo quiere usted
Que una simple sea honrada,
Ni sepa serlo? Además
De ser muy pesada carga
El pasar con una boba
Toda su vida, es fianza
Mala para la mollera
De un marido la ignorancia
De su mujer. Una aguda,
Cuando á su obligación falta,
Es porque quiere: una tonta
Sin saber que nos agravia
Nos puede dar que sentir.

D. LIB. Á un argumento de tanta
Fuerza respondo, compadre,
Como hizo Teresa Panza
Á Sancho cuando quería
Que fuera condesa Sancha.
El día que con mujer
Discreta yo me casara,
Aquel día hiciera cuenta
Que por mi entierro doblaban.

D. ANT. No hablo más.

D. LIB. Cada uno tiene
Sus ideas, y se trata
De hallar novia que me pete.
Mi caudal es el que basta

Para escoger por esposa
Mujer que no tenga nada,
Y que blasonar no pueda
De riqueza ó sangre hidalga.
La que me va á dar la mano
Es hija de una villana:
Cuatro años no más tenía
Cuando me prendó su cara,
Que es bonitilla y graciosa:
Su madre estaba muy falta
De conveniencias, y á más
De otros seis hijos cargada;
Yo se la pedí, y contenta
Me la dió; para criarla
Escogí unas monjas pobres
De un pueblo allá de la Alcarria,
Y la puse á pupilaje.
Di orden que no le enseñaran
Cosa que pudiera abrirle
Los ojos; y su ignorancia,
Gracias á Dios, es tan grande,
Que excede á mis esperanzas.
La he sacado del convento,
Viendo que me deparaba
En ella el Cielo mujer
Cual anhelé por hallarla
Siempre en vano; la he traído
Conmigo; y como mi casa
Está en el centro, y no quiero
Que vengan á visitarla
Mis conocidos, tomé
Otra en esta solitaria
Plazuela, para que viva
Ella; y para que nunca haya
Tapujos de vecindad,

La alquilé toda. En compañía
Suya tengo dos criados,
Simples como ella. Tan larga
Historia he contado, amigo,
Á usted, porque vea cuántas
Precauciones he tomado
Para evitar la desgracia
De otros maridos; y como
Tengo tanta confianza
En usted, para cenar
Hoy le convido en su casa.
Usted la conocerá,
Y dirá si es acertada
Mi elección.

D. ANT. En hora buena.

D. LIB. Usted verá si le agrada
Su persona y su inocencia.

D. ANT. Sobre la última me basta
Con lo que me ha dicho usted.

D. LIB. Pues no la exagero en nada,
Y acaso me quedo corto.
Á cada instante me pasma
Con su candor: cosas dice
Que me hacen á carcajadas
Soltar la risa: tres días
Hace que me preguntaba
Si las mujeres parían
Los muchachos por la manga
De la camisa.

D. ANT. Me alegro,
Señor Carrasco...

D. LIB. Es extraña
Cosa que me llame siempre
Usted así.

D. ANT. Por más que haga,

El título de vizconde
Del Atochal se me pasa.
¿Y quién diablos le metió
Á usted en que titulara
Á los cuarenta y dos años,
Cuando nadie de su casa
Fué Barón ni Conde nunca?
¡El dinero que malgasta
Para comprar ese título,
Y en lanzas y media anata,
En mejorar sus haciendas
Cuánto mejor se empleara!

D. LIB. Además de que así doy
Nuevo realce á mi casa,
Me suena bien al oído
Cuando el Vizconde me llaman.

D. ANT. ¡Raro capricho por cierto!
El apellido que usaban
Nuestros padres repugnar,
Tomando una enrevesada
Denominación, en prueba
De que corre sangre hidalga
Por nuestras venas. Me acuerdo
De un zapatero que ansiaba
Porque sus hijos tuvieran
Apellido de prosapia
Ilustre: al tal zapatero
Gil Fernández le nombraban,
Y aunque estaba bien, casó
Con una que mendigaba,
Sólo porque su apellido
Era de Córdoba; aún anda
Hoy por Madrid, y Fernández
De Córdoba á su hijo llaman.

D. LIB. Pudiera usted excusar

El cuento: en una palabra,
Vizconde del Atochal
Es el nombre que me agrada,
Y el de Liborio Carrasco
Siempre desazón me causa.

D. ANT. Según eso, muchas gentes
Á usted, amigo, le enfadan,
Y yo he visto sobreescritos...

D. LIB. Los que escriben esas cartas
No saben que he titulado.
Pero usted...

D. ANT. Compadre, basta;
Que yo me acostumbraré
En adelante, sin falta,
Á llamar á usted Vizconde
Del Atochal.

D. LIB. Voime á casa
De mi novia á verla un rato,
Que he llegado esta mañana
De la hacienda, y no la he visto.

D. ANT. *(Aparte yéndose).* Es de condición extraña.
Tiene su vena de loco.

D. LIB. La cabeza algo tocada.
¡En tocando ciertas cuerdas
De tal modo disparata!
Cuando un hombre se encasqueta
Con algo, no se lo sacan
De la cabeza.
(Llamando á la puerta). Abran luego.
Muchachos: ¿no oyen?

ESCENA II

D. LIBORIO: COSME y BLASA, dentro de casa.

COSME. ¿Quién llama?
D. LIB. Abre aquí. *(Aparte)*. ¡Con cuánto gusto
Me recibirán en casa
Habiendo estado diez días
En el campo!
COSME. ¿Quién?
D. LIB. Yo.
COSME. ¡Blasa!
BLASA. ¿Qué quieres?
COSME. Abre la puerta.
BLASA. Abre tú.
COSME. No me da gana.
BLASA. Ni á mí tampoco.
D. LIB. Por cierto
No está la contienda mala.
¡Y yo en la calle! ¿No me oyen?
BLASA. ¿Quién da golpes?
D. LIB. ¡Oh, mal haya!
Yo soy, yo.
BLASA. Cosme.
COSME. ¿Qué dices?
BLASA. Que es el amo, ¿no oyes?
COSME. Anda
Tú.
BLASA. ¿No ves que estoy majando?
COSME. Y yo porque no se salga
El canario, estoy teniendo
Cuidado con esta jaula.
D. LIB. El que no abriere al instante

Ni un solo bocado cata
En tres días.

BLASA. ¿Á qué vienes,
Si voy yo?

COSME. Pues no está mala.
Antes soy yo.

BLASA. Vete.

COSME. Vete
Tú.

BLASA. Yo quiero abrir.

COSME. Mañana.
Si he de abrir yo.

BLASA. Ya veremos.

COSME. Pues ni tú.

BLASA. Ni tú.

D. LIB. Ya pasa
De raya la tontería.

COSME. *(Saliendo á la puerta.)*
Yo he sido.

BLASA. *(Saliendo.)* Mientes, que estaba
Antes yo.

COSME. Si no estuviera
El amo aquí, te enseñara
Yo.

D. LIB. *(Recibiendo un manotazo de Cosme.)*
¡Pícaro!

COSME. Usted perdone.

D. LIB. ¡Haya bruto!

COSME. Si es muy mala,
Señor.

D. LIB. Ea, callen ambos,
Y respondan. ¿Hay en casa,
Cosme, alguna novedad?

COSME. Señor...
(D. Liborio le quita el sombrero de la ca-

beza, y Cosme se le vuelve á poner.)
Á Dios gra...
(D. Liborio se le quita otra vez, y Cosme se le pone.) Á Dios gracias
Estamos bue...

D. LIB. *(Quitándole el sombrero y tirándole.)*
Majadero,
¡El sombrero puesto me hablas!

COSME. Es verdad; si soy un bruto.

D. LIB. *(Á Cosme.)* Corre, y dí que baje al ama.

ESCENA III

D. LIBORIO, BLASA.

D. LIB. ¿Ha sentido Isabelita
Mucho estos días mi falta?

BLASA. ¿Sentirlo? nó.

D. LIB. ¡No!

BLASA. Sí tal.

D. LIB. Pues ¿por qué?

BLASA. Se figuraba
Cada instante que venía
Usted, y así á la ventana
Se asomaba cuando oía
Ruido; y un macho con carga,
Cualquier caballo ó borrico,
Que por la calle pasara,
Se pensaba que era usted.

ESCENA IV

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA, COSME, BLASA.

D. LIB. ¡Con la costura agarrada!
¡Buena señal! Isabel,
¿No te alegras de verme, habla,
De vuelta de mi viaje?
D.ª ISAB. ¡Ay! Sí señor, á Dios gracias.
D. LIB. Yo también celebro mucho
Verte tan buena y tan guapa.
¿Ha ido bien?
D.ª ISAB. Menos las pulgas,
Que por las noches me matan.
D. LIB. Ya tendrás quien las espante.
D.ª ISAB. Me alegro.
D. LIB. Ya lo pensaba
Así yo. ¿Qué estás haciendo?
D.ª ISAB. Un jubón de mangas largas.
Las camisas de dormir
De usted ya están acabadas.
D. LIB. Está muy bien: anda arriba,
Y un rato muy breve aguarda,
Que quiero evacuar ahora
Un asunto de importancia.

ESCENA V

D. LIBORIO solo.

D. LIB. Díganme ustedes, señoras,
Las cultas latiniparlas,

Las que repasan novelas,
Y de prosa y verso fallan,
Si todo su saber vale
Tanto como la ignorancia
Ingenua, el candor amable
De esta inocente muchacha.
Aquel que porque su novia
Es noble y rica se casa,
No se queje, si después
Le aconteciere desgracia....

ESCENA VI

D. LEANDRO, D. LIBORIO.

D. LIB. ¿Qué miro? ¿me engaño? ¿es él?
Nó... sí... nó... sí tal... la cara...
Le...
D. LEAN. Señor don Li...
D. LIB. Leandro.
D. LEAN. Señor don Liborio.
D. LIB. ¡Cuánta
Dicha! ¿Cuándo llegó usted?
D. LEAN. Ayer hizo una semana.
D. LIB. ¿De veras?
D. LEAN. Estuve á verle
Á usted; mas no le hallé en casa.
D. LIB. Estaba en el campo.
D. LEAN. Ya
Lo supe.
D. LIB. El Cielo me valga.
¡Qué alto que está, qué buen mozo!
¡Quien le vió que no me daba

Más arriba que mi muslo!
D. LEAN. Ya usted ve.
D. LIB. ¿Y padre en qué trata?
¿Está bueno? ¡qué sujeto
Tan lindo! ¡qué bella pasta!
Á mí me interesan tanto
Sus cosas; sí, pues ya pasa
De cuatro años que le vi
La postrer vez, y ni carta
He tenido desde entonces
Suya.
D. LEAN. Pues más salud gasta
Que usted y que yo, robusto
Y alegre como una pascua.
Cuando me vine á Madrid,
Para usted me dió una carta;
Pero en otra posterior
Me avisa de su llegada
Á la corte muy en breve,
Y no me dice la causa
De su venida. ¿Conoce
Usted á un hombre que llaman...?
No me acuerdo... él es indiano,
Y viene de Guatemala
Muy rico.
D. LIB. Si usted no dice
Su nombre...
D. LEAN. Tengo tan mala
Memoria... ¡Ah! sí, don Enrique.
D. LIB. No le conozco.
D. LEAN. Pues me habla
De él mi padre cual si yo
Debiera tener muy largas
Noticias de este sujeto,
Y juntos los dos viajan

En un coche de colleras
Que viene á Madrid.
(D. Leandro entrega una carta de D. Pablo á D. Liborio.)

D. LIB. ¡Con cuánta
Satisfacción le veré
Cuando quiera honrar mi casa!
(Habiendo leído la carta.)
Todos estos cumplimientos
Son cosa muy excusada
Tratando con un amigo:
Sin gastar pólvora en salvas
Disponga usted de mi bolsa.

D. LEAN. Pues le cojo la palabra
Á usted, amigo, al instante:
Justamente me hacen falta
Cien doblones.

D. LIB. Aquí están:
Quiso Dios que los llevara.
Guárdese usted el bolsillo
También.

D. LEAN. Un recibo...

D. LIB. Basta.
¿Cómo encuentra usted la corte?

D. LEAN. Bellos paseos y casas,
Muchísimas diversiones.

D. LIB. Aquí, amigo, nunca faltan.
Sobre todo los que gustan
De galantear las damas
Tienen siempre en qué emplearse;
Que se halla tal abundancia
De mujeres, que es portento,
Y todas de buena pasta.
Los maridos muy bondosos:
Las morenas y las blancas

De una índole tan suave,
Que es bendición obsequiarlas.
¡Y cuántos enredos urden!
Si es una comedia; vaya,
¿Á que en este corto tiempo
Que hace que llegó usted, anda
Metido ya con alguna?
Hábleme usted á las claras.
Querido, los buenos mozos
En muy pocos días ganan
Mucha tierra, y los maridos
Con ellos corren borrasca.

D. LEAN. Si he de decir la verdad,
Aquí en esta misma plaza
Traigo cierto galanteo
Entre manos, y no en mala
Situación.

D. LIB. *(Aparte.)* ¡Qué bueno es eso!
Esto es lo que yo aguardaba,
Que contar y que reir
Á costa de alguien que clava
Su casta mitad.

D. LEAN. Mas fío
Que de entre los dos no salga
El secreto.

D. LIB. No por cierto.

D. LEAN. Son cosas tan delicadas,
Que si á divulgarse llegan
Se echa á perder la maraña.
Es el caso que una hermosa
Me tiene prendada el alma,
Y he logrado introducirme
En su casa con mi maña;
Y no va mal el negocio:
Lo digo sin alabanza.

D. LIB. *(Riéndose.)*
¿Y es?
D. LEAN. *(Enseñándole la casa de D.ª Isabelita.)*
Una niña, que habita
En esa casa inmediata
Dada de verde; inocente,
Como que ha sido criada
Sin trato de gente, en fuerza
De la condición extraña
De quien le dió educación,
Que es hombre de ideas raras.
Pero, aunque tan ignorante,
Tiene mil sencillas gracias
Que cautivan; unos ojos
Tan tiernos, unas miradas
Tan expresivas; yo al punto
Que la vi le rendí el alma.
Pero acaso usted conoce
La beldad que me arrebata
Los sentidos; es su nombre
Isabelita.
D. LIB. *(Aparte.)* ¡Qué rabia!
D. LEAN. Quien la guarda es un ricote,
Que me parece se llama
El Vizconde del Tronchal,
Ó Estuchal, si no me engaña
La memoria: un ente raro,
Maniaco, según hablan
Las gentes; ¿es conocido
De usted?
D. LIB. *(Aparte.)* El hombre me ensalza.
D. LEAN. ¿Qué me dice usted?
D. LIB. Que sí
Le conozco.
D. LEAN. ¿Y no me engañan?

¿Es loco?

D. LIB. He.

D. LEAN. ¿Qué es he? ¿sí?
Pues: cuando lo dicen tantas
Gentes, no han de equivocarse
Todos; la cosa está clara.
Y celoso como un diablo:
Un majadero de marca.
Ello es que yo estoy perdido
De amor de la beldad rara
De Isabelita: es un dije;
Y á fe mía que dejarla
En manos de ese mostrenco
Fuera cosa que clamara
Venganza al cielo; el dinero
Que usted me ha prestado es para
Dar á esta aventura cima,
Porque el oro, amigo, allana
Estorbos, vence imposibles,
Y en amor y en guerra acaba
Con las más arduas empresas.
¿Pero usted no dice nada,
Y está serio? ¿Desaprueba
Que siga la comenzada
Aventura?

D. LIB. Nó; tenía
La cabeza algo...

D. LEAN. Le cansa
Á usted la conversación.
Agur; iré á dar las gracias
Por sus favores á usted.

D. LIB. *(Creyendo que se ha ido.)*
Satanás mismo...

D. LEAN. *(Volviendo.)* Que nada
Sepa nadie de este lance;

Reserva y silencio.
D. LIB. *(Creyendo lo mismo.)* El alma
Se me...
D. LEAN. *(Volviendo.)* No lo diga usted
Á padre, que se enfadara.
D. LIB. *(Creyendo que vuelve.)*
¡Ah...!

ESCENA VII

D. LIBORIO solo.

¡Ah! ¡qué rato me ha dado!
Nunca he tenido más mala
Media hora. ¡Con qué imprudencia
El tronera me contaba
Á mí propio sus amores!
Con mi título se engaña.
Es cierto; y no se podía
Figurar con quién hablaba.
¡Qué atolondrado! ¡qué loco!
Jamás vi tal tarambana.
Pero yo también debía
Aguardar que se explicara,
Habiendo aguantado tanto.
Cierto que fué mucha falta
De juïcio no dejarle
Que siguiera con su charla,
Y averiguar de raíz
El estado en que se hallaba
Su galanteo maldito.
Busquémosle sin tardanza,

Que no puede haber andado
Mucho; y sepamos con maña
Si está ya muy adelante
Su amor. Es mucha desgracia
Averiguar ciertas cosas,
Que más valiera ignorarlas.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

D. LIBORIO solo.

MIRÁNDOLO bien, he sido
En no encontrarle dichoso;
Que no me hubiera podido
Reportar, porque estoy todo
Inmutado, y no conviene
Que él sepa que soy yo propio
Quien á Isabelita guarda;
Pero no soy yo tan tonto
Que deje que un mozalvete,
Que apenas le apunta el bozo,
Confunda todas mis tretas.
Nó; que yo sabré muy pronto
Oponer á sus amores
Insuperables estorbos.
Averigüemos primero
En qué estado está el negocio.
Yo ya miro á la muchacha
Como si fuera su esposo;
No puede dar un tropiezo
Sin que ceda en mi desdoro
Y en mi deshonra: sin duda

Fué tentación del demonio
El irme y dejarla sola.
¡Qué viaje tan costoso!
Maldita mi ausencia sea.
(Llama á la puerta.)

ESCENA II

D. LIBORIO, COSME, BLASA.

COSME. Esta vez abrimos pronto,
Que...
D. LIB. Silencio. Vén aquí.
Anda acá tú. ¿Qué, estáis sordos?
Con viveza, ó juro á Dios...
BLASA. ¡Si pone usted unos ojos,
Señor, que me mete un miedo!
D. LIB. Bribones, ¡ese es el modo
De cumplir con lo que mando!
BLASA. *(Hincándose de rodillas.)*
¡Ay, señor! por San Antonio
No me coma usted.
COSME. *(Aparte.)* ¿Le habrá
Mordido un perro rabioso?
D. LIB. *(Aparte.)* La respiración me falta.
Paf; sin remedio me ahogo;
La gota sudo tan gorda.
(Á Cosme y á Blasa.)
Malditos, ¿conque aquí un mozo
Ha venido, mientras...?
(Á Blasa que se quiere escapar.) Mira,
Si te mueves...
(Á Cosme, que también se quiere ir.)

Oyes, tonto,
Si te meneas...
(Á Blasa, que hace lo mismo.) ¿No he dicho
Que te estés quieta?...
(Á los dos, que se quieren ir.) Pues voto
Á Jesucristo que mato
Á quien diere un paso solo.
¿Cómo fué el meterse en casa
Ese hombre de mil demonios?
Vamos, responded apriesa;
Sin pararse: pronto, pronto.
¿Conque no se me responde?

BLASA y COSME.
¡Ay, ay!

COSME. *(Hincándose otra vez de rodillas.)*
Señor, si estoy tonto
Con el susto.

BLASA. *(Hincándose también de rodillas.)*
Si no acierto.

D. LIB. *(Aparte.)* Hecho una sopa estoy todo
De sudor; mejor será
Que aguarde á cobrar un poco
El aliento. ¿Quién dijera,
Cuando le veía con otros
Muchachos andar tirando
Cantos y jugando al toro,
Que había de darme tanto
Que sentir en siendo mozo?
Estoy que pierdo el juïcio.
Más vale saberlo todo
De la propia boca de ella.
Moderemos el enojo,
Y averigüemos el caso
Sin cólera ni alboroto.
Paciencia, pecho, paciencia.

(Á Cosme y á Blasa.)
Subid al punto vosotros,
Y que baje Isabelita.
Esperad. *(Aparte.)* Mas bien escojo
Ir á llamarla yo mismo.
Le dirían lo furioso
Que me he puesto, y no conviene
Que lo sepa...
(Á Cosme y á Blasa.) En este propio
Sitio me habéis de aguardar.

ESCENA III

COSME, BLASA.

BLASA. ¡Jesús, Cosme, qué rabioso!
De piés á cabeza tiemblo.
Si parecía un demonio.
¡Y qué feo que se pone!
COSME. ¿No te dije yo que el otro
Le enfadaría? ¿Lo ves?
BLASA. ¿Por qué querrá que nosotros
La guardemos á nuestra ama
Tanto, y se pone hecho un toro
Cuando un mozo viene á verla?
COSME. Eso, Blasa, es que los mozos
Le dan celos.
BLASA. ¿Y por qué
Se los dan?
COSME. Porque es celoso.
BLASA. ¿Pues por qué lo es, y por qué
Echa fuego por los ojos?
COSME. Consiste eso en que los celos...
¿Me entiendes...? son cosa... como

Si te clavaran á tí
Treinta agujas... Mira: si otro,
Cuando tienes muchas ganas,
Y estás comiéndote un pollo,
Te quitara la mitad,
Y se la zampara, ¡poco
Te enfadaras!

BLASA. Ya se ve.

COSME. Pues, Blasa, del mismo modo
Viene á ser, pintiparado.
Figúrate que es el pollo
La mujer; que el hombre tiene
Ganas, y viene un goloso
Á comerse una pechuga,
Ó cosa tal; el demonio
Se le reviste en el cuerpo
Con mucha razón al otro.

BLASA. ¿Pero por qué no se enfadan,
Como hace mi señor, todos?
¿No ves tantas señoritas,
Que andan con señores mozos,
Y muy majos, sin que riñan
Los maridos? Pues conozco
Á muchas yo.

COSME. Eso consiste
En que dejan á los otros
Comer en su mismo plato,
Porque no son tan ansiosos,
Ni tan glotones.

BLASA. El amo
Viene, si no me equivoco.

COSME. Tienes buena vista; él es.

BLASA. ¡Qué triste que viene!

COSME. Como
Que tendrá algún sentimiento.

ESCENA IV

D. LIBORIO, COSME; BLASA.

D. LIB. *(Aparte.)* Un filósofo famoso
De Grecia dió un buen consejo,
Que debieran seguir todos,
Al emperador Augusto;
Y fué, que si mucho enojo
Alguna cosa le diera,
En voz baja y con reposo
Dijera el abecedario
Entero, que es un buen modo
De que se temple la cólera.
Yo lo veo por mí propio
En este lance; ya estoy
Más sosegado, y con tono
Natural: á Isabelita
Podré hablar, y saber todo
Cuanto pasa de su boca,
Y averiguar con mañoso
Artificio si ha llegado
El chasco á ser tanto como
Me recelo. Estando el día
Tan sereno y tan hermoso,
La he llamado con achaque
De pasear, porque á fondo
Me cuente el maldito lance
Que me trae vuelto tonto.
Aquí esta ya.

ESCENA V

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA, COSME, BLASA.

D. LIB. Isabel, vamos...
(Á Cosme y á Blasa.)
Vosotros, adentro pronto.

ESCENA VI

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA.

D. LIB. Bueno está el paseo.
D.ª ISAB. Bueno.
D. LIB. ¡Y qué hermoso el cielo!
D.ª ISAB. Hermoso.
D. LIB. ¿Qué hay de nuevo?
D.ª ISAB. Que se ha muerto
Aquel gatito tan mono.
D. LIB. ¡Qué desgracia! Pero es fuerza
Conformarse, que al fin somos
Mortales: hoy se fué el gato,
Mañana iremos nosotros.
¿Ha llovido algo estos días?
D.ª ISAB. Nó.
D. LIB. Mientras estabais solos,
¿No te fastidiabas?
D.ª ISAB. Nunca
Me fastidio yo.
D. LIB. Dí, en todo
Este tiempo ¿qué te has hecho?

D.ª ISAB. Seis camisas y seis gorros.
D. LIB. *(Después de haber estado pensativo un rato.)*
¡Ah! ¡cómo miente la gente!
Vaya, ¡qué tales embrollos
Levantan! ¡Pues no me han dicho
Los vecinos que aquí un mozo
Entraba todos los días,
Y estaba las horas solo
Contigo! ¡malditas lenguas,
Y mentiras de envidiosos!
Yo quise apostar á que era
Todo falso testimonio.
D.ª ISAB. ¡Jesús! Pues hubiera usted
Perdido la apuesta.
D. LIB. ¿Qué oigo?
¿Conque es la verdad que un hombre...?
D.ª ISAB. Tan verdad, que un punto solo
No se apartaba de casa.
Siempre junto á mí.
D. LIB. *(Aparte, en voz baja.)* ¡Donoso
Va el cuento! Pero á lo menos
Es tal su candor, que en todo
Dirá la pura verdad.
(Recio.) Pero si no me equivoco
Te dije que á nadie vieras
Hasta volver yo.
D.ª ISAB. Mas, como
Sucedió el lance, no pude
Hacer menos; y lo propio
Hubiera hecho usted que yo.
D. LIB. Puede; cuéntale.
D.ª ISAB. Es gracioso,
Y extraño sobremanera.
Estaba yo haciendo un gorro
Al balcón, cuando hete aquí

Que acierta á pasar un mozo
Muy lindo: mira, y se quita
El sombrero; con que al pronto,
Para que él no se pensara
Que trataba con un topo,
Le hice yo mi cortesía:
Él muy atento con otro
Besamanos corresponde;
Yo, sin quitar de él los ojos,
Le hago cortesía nueva:
La tercera vez lo propio
Sucede; y yo, siempre lista,
Con otra le correspondo.
Se va, y vuelve, y pasa varias
Veces, y con mucho modo
Me quita siempre el sombrero;
Yo, plantada como un tronco
En el balcón, le miraba
De hito en hito, sin que en todo
El día diera puntada,
Siendo en mí lance forzoso
Pagarle sus cortesías
Con otras, porque este mozo
No dijera que tenía
Más crianza que yo; y como
No hubiera sido porque
Vino la noche, los ojos
No hubiera quitado de él.

D. LIB. No va mal.

D.ª ISAB. Pues luego al otro
Día una vieja me viene
Á ver, y hablándome en tono
Muy compasivo, me dice:
«Bendiga Dios ese rostro
Tan bello, hija, y le conserve

Tan lozano y tan hermoso
Muchos años; pero usted
No abuse de sus preciosos
Dones, que le ofendería,
Y sepa que un lindo mozo
Le tiene muy mal herido...»

D. LIB. ¡Haya bruja del demonio!

D.ª ISAB. ¡Yo le tengo, digo, herido!
«Sí, dice, y muy peligroso
Que es su estado: es aquel joven
De ayer.» Señora, mi asombro,
Hago yo, es mucho: ¿cayó,
Mientras pasaba ese mozo,
Un ladrillo del balcón
Sin verlo yo? «Nó: sus ojos,
Me hace la vieja, hija mía,
Han causado este trastorno;
Y si usted no lo remedia,
Le enterraremos muy pronto.»
Mucho lo siento. ¿En qué puedo,
Le hago yo, darle socorro?
«Hija, me dice la vieja,
Verla es lo que anhela sólo:
Él sanará con su vista
De la herida que sus ojos
Le hicieron.» Con mil amores
Venga al punto, le respondo,
Visíteme cuando guste.

D. LIB. *(Aparte.)* Vieja, que Lucifer propio
Trajo á mi casa, el infierno
Te pague tu pïadoso
Mensaje.

D.ª ISAB. De esta manera
Sanó el mancebo muy pronto.
Diga usted, ¿tuve razón?

Si se hubiera el pobre mozo
Muerto por no darle yo
Remedio tan fácil, ¿cómo
Hubiera dado á Dios cuenta?
Si veo matar un pollo
Echo á llorar; ¡y dejara
Morir á un hombre que sólo
Con visitarme sanaba!

D. LIB. *(En voz baja, aparte.)*
Puede alegar en su abono
Su ignorancia; culpa es mía.
¡Que haya sido yo tan tonto
Que con mi ausencia dejara
Expuesta al diente del lobo
Esta simple corderilla!
Mucho me temo que el loco
Se haya propasado á cosas,
Si no encontró con estorbos,
Sobremanera pesadas.

D.ª ISAB. ¿Qué es eso? Ó yo me equivoco,
Ó gruñe usted entre dientes:
¿Le parece mal mi modo
De proceder?

D. LIB. Nó por cierto.
Pero dime ahora, ¿ese mozo
Qué hacía cuando se hallaba
Contigo en visita solo?

D.ª ISAB. ¡Ay! estaba tan contento;
No cabía en sí de gozo;
Sanó luego de su achaque:
¡Me ha dado un medallón de oro
Tan bonito! Y Cosme y Blasa,
Vaya, no le quieren poco,
Que les da tanto dinero;
Así le queremos todos;

Y usted también le querría
Si le viera entre nosotros.

D. LIB. ¿Pero qué hacía contigo,
Cuando ambos estabais solos?

D.ª ISAB. Decirme que me quería
Mucho; que tenía un rostro
Muy peregrino; y mil cosas
Tan bonitas, y en un tono
Tan amable, que en mi vida
Tuve ratos más gustosos
Que mientras se las oía:
¡Y aun de acordarme me pongo
Tan encendida!

D. LIB. *(En voz baja, aparte.)* ¡Funesto
Examen, en que el curioso
Es á quien le dan tormento!
(En voz alta.) Y dime, después de todos
Esos requiebros ¿te hacía
Algún cariño amoroso?

D.ª ISAB. No es nada; se le bañaban
En tierno llanto los ojos,
Y me cogía las manos,
Y me las besaba, loco
De gozo.

D. LIB. ¿Y no te cogió
Más que la mano ese mozo?
(Viendo que se ha quedado confusa.)
¡Hu!

D.ª ISAB. Me...

D. LIB. ¿Qué?

D.ª ISAB. Cogió...

D. LIB. Adelante.

D.ª ISAB. El...

D. LIB. ¿El qué?

D.ª ISAB. No acierto cómo

Decirlo, que ha de reñirme
Usted.

D. LIB. No haré.

D.ª ISAB. Sí tal.

D. LIB. Voto
Á quien soy, nó.

D.ª ISAB. Deme usted
Palabra.

D. LIB. Bien.

D.ª ISAB. Si conozco
Que se ha de enfadar usted
Si lo digo.

D. LIB. No tal.

D.ª ISAB. Sí.

D. LIB. Otro
Te pego: nó, nó, nó, nó.
¿Qué te cogió? dilo pronto,
Y no me hagas condenar.

D.ª ISAB. Me cogió...

D. LIB. *(Aparte.)* ¡Yo no sé cómo
No reviento!

D.ª ISAB. Me cogió
Aquel collar tan hermoso
De aljófar, que me dió usted
El día de San Liborio.
Yo no lo pude estorbar.

D. LIB. *(Tomando respiración.)*
Salimos en fin de ahogo,
Si cogió sólo el collar.
¿Pero no te hizo tampoco
Más que besarte las manos?

D.ª ISAB. ¿Pues qué, señor don Liborio,
Se hacen acaso otras cosas?

D. LIB. Nó; pero como ese mozo
Me dices que estaba malo,

Bien te pudo pedir otro
Remedio para su achaque.
D.ª ISAB. No hizo; y, por darle socorro,
Si él otra cosa me pide,
Al instante se la otorgo.
D. LIB. *(Aparte, en voz baja.)*
Demos mil gracias á Dios:
No he sido poco dichoso
En que haya parado en esto;
Pero hago solemne voto
De no quejarme de nadie,
Si segunda vez me expongo.
(En voz alta.) Este lance, Isabelita,
Es de tu candor abono.
No te riño; á lo hecho pecho;
Pero de veras te exhorto
Á que huyas de ese galán;
Que su designio no es otro
Que el de burlarse de tí,
Y satisfacer su antojo.
D.ª ISAB. ¿Qué? nó señor. Si me ha dicho
Más de cien veces él propio
Que siempre me ha de querer.
D. LIB. No conoces su alevoso
Pecho, Isabel; pero sabe
Que quien medallones de oro
Toma, y escucha requiebros
De esos pisaverdes locos,
Permitiendo que le besen
Las manos, y le hagan otros
Cariños, hace un pecado
Mortal, y aquel que más odio
Le tiene Dios.
D.ª ISAB. ¡Un pecado!
¿Y por qué le causa enojo

Á Dios eso?
D. LIB. ¿Por qué, dices?
Porque son pecaminosos
Esos gustos, y los veda
La ley de Dios.
D.ª ISAB. ¿Pero cómo
Se enoja el Cielo por cosas
Que se hacen con tanto gozo?
Jamás he tenido ratos,
Hasta ahora, tan gustosos,
Ni supe que los hubiese.
D. LIB. Cierto que es muy delicioso
Esto de hacerse cariños;
Pero, porque sea como
Dios manda, es fuerza casarse.
D.ª ISAB. ¿Y qué, no alcanza el enojo
De Dios á los que se casan,
Ni pecan?
D. LIB. Nó.
D.ª ISAB. ¡Qué gracioso!
Pues cáseme usted al punto,
Que eso se despacha pronto.
D. LIB. Más lo anhelo yo que tú,
Y para casarte sólo
He venido de mi hacienda.
D.ª ISAB. ¿De veras?
D. LIB. Sí.
D.ª ISAB. ¡Qué alborozo!
D. LIB. No dudo yo que te guste,
Querida, este matrimonio.
D.ª ISAB. ¿Quiere usted que ambos nos...?
D. LIB. Cierto.
D.ª ISAB. Tengo de hacer tantos cocos
Y tantos mimos á usted.
D. LIB. Verás si te correspondo.

D.ª ISAB. Mire usted; si se chancea,
De veras que me incomodo.
¿Me dice usted la verdad?
D. LIB. Tú lo verás, y muy pronto.
D.ª ISAB. ¿Nos casaremos?
D. LIB. Sí.
D.ª ISAB. ¿Cuándo?
D. LIB. Esta noche.
D.ª ISAB. *(Riéndose.)* ¿Sí? ¡qué gozo!
¡Esta noche!
D. LIB. ¿Qué, te ries?
D.ª ISAB. Sí señor.
D. LIB. Yo no tengo otro
Gusto que dártele á tí.
D.ª ISAB. No puede haber matrimonio
Más á mi placer; mañana
Le podré llamar mi esposo.
Vaya usted por él.
D. LIB. ¿Por quién?
D.ª ISAB. ¿Por quién será? Por el otro.
D. LIB. ¡El otro! Buena la hicimos.
No se trata aquí de esotro.
El que con usted se casa
No es, señora, el lindo mozo
Que adolece de una herida
Mortal que hicieron sus ojos.
Déjele usted que se muera;
Que desde ahora dispongo
Que no me entre nunca en casa.
Has de hacer oídos sordos,
Si te hablare; y si llamare,
Darás con la puerta al mono
En los hocicos, y luego
Con un guijarro bien gordo,
Que le tires del balcón,

Le echarás de aquí, que á todo
Tengo yo de estar presente,
Sin que él lo sepa. ¿Qué modo
Es ese? ¿Qué estás gruñendo?

D.ª ISAB. ¡Qué lástima! ¡Es tan buen mozo!
D. LIB. ¿Qué se entiende?
D.ª ISAB. Si no tengo
Corazón...
D. LIB. Si chistas, voto
Á Dios que... vamos arriba.
D.ª ISAB. ¿Quiere usted...?
D. LIB. Lo que dispongo
Quiero que, sin replicarme,
Se obedezca; vamos pronto.

ACTO TERCERO

ESCENA I

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA, COSME, BLASA.

D. LIB. Sí; te has portado muy bien;
Has cumplido sin disputa
Con cuanto yo te mandé.
El mancebito sin duda
Que se habrá quedado helado.
Tanto vale, Isabel, una
Persona que á salvamento
Nuestra inocencia conduzca.
Tú te hallabas en camino
De perdición; y segura
Era tu condenación,
Si un momento más escuchas
Á quien quería engañarte.
Todos son unos en suma
Los mozalvetes del día:
Pelo bien cortado, mucha
Chorrera muy bien plegada,
Y con esto más diablura
Esconden que Satanás;
Siempre están fraguando alguna
Malicia por dar al traste

Con aquella que descuida
La guarda de su virtud.
Por fin, de esta barahunda
Has salido con honor;
Y, según se me barrunta,
La piedra que le tiraste
No le ha dejado con muchas
Esperanzas de que tú
Alientes más sus locuras;
Y lo que acabas de hacer
Á que acelere estas nupcias
Me persuade: mas antes
Quiero que escuches en suma
Todas las obligaciones
De una doncella que muda
De estado: tú retenerlas
Con mucho esmero procura.
(Á Cosme y á Blasa.)
Una silla aquí á la puerta;
Y si alguno no ejecuta
Lo que mando...

BLASA. ¡Qué! si entrambos
Lo tenemos todo en la uña.
Buen perro nos quiso dar
El tal mocito.

COSME. Que nunca
Beba yo vino, si entrare
Más en casa, por más bulla
Que meta: es un majadero.
Anteayer me dió una chupa
Que tenía un desgarrón.

D. LIB. Pues sin tardanza ninguna
Traed lo que tengo dicho
Para comer.
(Á Cosme.) Tú pregunta

Por el vecino escribano,
Que quiero que la escritura
De mi casamiento otorgue,
Con lo demás que me cumpla.

ESCENA II

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA.

D. LIB. *(Sentado.)* Óyeme con atención:
Suelta, Isabel, la costura,
Y no has de pestañearme
Mientras yo hable, que es de mucha
Importancia lo que voy
Á decir, y quiere suma
Meditación... de hito en hito
Mirando; no pierdas una
Palabra; los ojos puestos
(Señalando la frente.)
Aquí... Tienes la fortuna
De que me case contigo.
Da gracias de tu ventura
Á Dios mil veces al día;
Porque, siendo tú de cuna
Villana, mi bondad quiso,
Sacándote de tu oscura
Condición, llamarte mía,
Y á Vizcondesa te encumbra
Del Atochal, despreciando
Veinte hidalgas cejijuntas,
Y algunas lindas y ricas.
En fin, Isabel, tú ocupas
Mi lecho; y porque más bien

Tus obligaciones cumplas,
Siempre has de tener presente
Que cuanto eres, á mi mucha
Bondad se lo debes todo.
Piénsalo así, y no presumas
Jamás alzarte á mayores,
Porque yo tampoco nunca
De esta boda me arrepienta.
El matrimonio no es chufla,
Isabel; que trae consigo
Obligaciones de mucha
Entidad; y yo no quiero
Que, por ser mi esposa, arguyas
Que has de hacer lo que quisieres,
Y vivir á tus anchuras.
El marido ha de mandar
Solo en casa, y sin excusa
La mujer obedecerle,
Que la potencia absoluta
Pertenece á los calzones,
Y el sexo imberbe sin duda
Nace esclavo del barbado.
Aunque la mujer es una
Mitad del género humano,
No por eso se concluya
Que sea igual al varón;
Que fuera poca cordura.
Una es mitad soberana,
Otra vasalla, y se ajusta
En todo por la que manda:
Una es árbitra absoluta,
Y la otra su humilde esclava.
Lo que ves que una criatura
Hace por obedecer
Á cuanto su padre gusta;

Cuanto un buen criado al amo;
Cuanto un donado procura
Contentar al guardïan,
Y el bisoño de recluta
Al sargento, es friolera
Todo para la profunda
Veneración y respeto,
Humildad y compostura
Con que una mujer casada,
Que con su obligación cumpla,
Ha de mirar á su esposo,
Á su jefe, á su amo, en suma,
Á su soberano dueño.
La mujer que no se asusta
Cuando el marido le pone
Ceño, y no se queda muda,
Y sin levantar los ojos
De la tierra, sin disputa
Es una mala mujer.
En el día se hallan muchas
Que no siguen estas reglas:
No imites nunca esas sucias,
Y mira cómo las gentes
De su conducta murmuran.
El diablo anda siempre listo,
Y hacernos caer procura
En tentación; y por eso,
Isabel, te encargo que huyas
De esos mancebitos lindos:
Piensa que de tu conducta
Pende mi honra, y que con poco
Se amancilla ó se deslustra,
Porque el honor no consiente
Que se anden con él en burlas,
Y el demonio en el infierno

Tiene calderas profundas
De azufre y de pez ardiendo
Para castigar las culpas
De las que contra el honor
Pecan; nó, pues no hablo en burlas,
Sino muy de veras: cuenta,
Isabel, con que si escuchas
Dócil todos mis consejos,
Tendrás el alma más pura
Y cándida que un armiño.
Pero si el diablo, que busca
Ocasión para perderte,
Lo logra, quedas más sucia
Y más negra que un tizón,
Y cuando mueras, sin duda
Te vas derecha al infierno
Como un huso, para nunca
Jamás ver á Dios: el Cielo
De tamaña desventura
Te libre. La cortesía...
Así va bien... mira, estudia
Un papelito que voy
Á darte, y que encierra en suma
Cuanto deben las casadas
Hacer, y merece mucha
Contemplación: no conozco
Á su autor; pero es de pluma
Bien cortada, y no era lerdo.
Apréndeme una por una
Estas reglas de memoria,
Hasta tenerlas en la uña
Como el beabá, que en esto
Nunca daña lo que abunda.
Léelas, á ver si aciertas,
(Se levanta.) Ó tropiezas en alguna.

REGLAS DEL MATRIMONIO
Ú OBLIGACIONES DE LA MUJER CASADA

CON SU EJERCICIO COTIDIANO

REGLA PRIMERA

D.ª ISAB. *(Leyendo.)*
«La que al conyugal lecho
El sacramento santo introdujere,
Grabe bien en su pecho
Que aunque en doscientas lo contrario viere
Su esposo para sí solo la quiere.»

D. LIB. Yo te explicaré otro día
Esta máxima profunda:
Ahora lo que conviene
Es que sigas la lectura.

D.ª ISAB. *(Siguiendo.)*

REGLA SEGUNDA

«Nunca en vanos arreos
Dinero y tiempo gaste inútilmente:
Cuando de su marido los deseos
Satisfechos están, es suficiente:
Ni importa parecer á todos fea,
Con que para su esposo no lo sea.»

REGLA TERCERA

«Una mujer honrada
No estila colorete,
Pastas de olor, perfumes ni pomada.
Quien tales cosas á gastar se mete,
No lo hace por petar á su marido,

Sino por agradar á algún querido.»

REGLA CUARTA

«Los ojos en el suelo
Clavados siempre, ó puestos en el cielo,
Por la calle los lleve,
Porque sólo á su esposo mirar debe.»

REGLA QUINTA

«Visitas no reciba
De otros que los amigos del marido,
Que en esto la opinión de honrada estriba;
Y es uso muy valido
Que los que más á ver la mujer vengan,
Menos que hacer con el marido tengan.»

REGLA SEXTA

«Regalos nunca admita,
Que en el siglo presente
El que da solicita,
Y la que toma, en dar también consiente.»

REGLA SÉTIMA

«Tinta, papel y pluma
La que tiene recato siempre excusa;
Escríbalo el marido todo en suma,
Que la honrada mujer ni firmar usa.»

REGLA OCTAVA

«De toda concurrencia
Huya, porque es funesta á la inocencia.
Allí contra el honor de los esposos
Conspiran mil ociosos.
Cuando concursos tales prohibidos
Estén, irá mejor á los maridos.»

REGLA NOVENA

«La mujer recatada
De aficionarse al juego
Líbrese más que de caer al fuego;
Porque á veces perdiendo una jugada,
Aventurarse suele
Aquello que al marido más le duele.»

REGLA DÉCIMA

«Banquetes y paseos
Á la fuente del Berro en el verano
Son meros devaneos,
Y pruebas de juïcio poco sano;
Que, aunque le den barato,
Siempre el pobre marido paga el pato.»

REGLA UNDÉCIMA

D. LIB. Luego, cuando tú estés sola,
Acabarás la lectura;
Después yo te explicaré
Las reglas una por una.
Me acuerdo ahora que tengo
Un asunto, que es de mucha
Entidad, que despachar.
Muy presto volveré: estudia
Ese libro, y no le pierdas.
Si el escribano pregunta
Por mí, dile que me espere.

ESCENA III

D. LIBORIO solo.

Cierto, fué mucha fortuna

Haber topado con tal
Mujer, con alma tan pura.
Es más blanda que una cera:
La forma que más me cumpla
Le puedo dar á mi antojo.
En poco estuvo sin duda
Que su sobrada inocencia
Me trajese desventura;
Pero vale más que peque
Por simple que por aguda,
Porque á males de esta especie
Fácilmente se halla cura;
Y una simple los consejos
De su esposo los escucha
Con docilidad; y si otros
La descaminan alguna
Vez, vuelve al camino recto,
Así que se lo insinúa
Su marido... ¡oh! no es lo mismo
Mujer discreta, picuda,
Culta y marisabidilla,
Que no hay mollera segura
De desmán con ella, haciendo
De nuestros consejos burla,
Y tratando nuestras máximas
De chochez y paparruchas
De antaño; y si se les planta
En el caletre, no hay duda:
Hemos de entrar en el gremio
Sin apelación ni excusa;
Que no hay precaución que valga
Contra sus artes y astucias,
Y su habilidad les sirve
Para que mejor encubran
Sus vicios con el afeite

De recato y compostura.
Vaya; peor que el demonio
Es una mujer astuta.
¡Á cuántos conozco yo
Que, por su mala ventura,
No me dejarán mentir!
Pero en medio de esta bulla
Estará mi mancebito
Maldiciendo su fortuna.
Bien empleado le está.
No callan cosa ninguna
Estos galanes del día:
Un secreto los asusta:
Si se ven favorecidos
De una dama, lo divulgan
Al momento, y se ahorcaran
Si todas sus aventuras
No las supiera la gente;
Y tan poco disimulan
Su vanidad, que á mi ver
Aquélla que los escucha
Ha perdido la cabeza,
Y que... aquí viene. ¡Qué mustia
Cara tiene! Averigüemos
El motivo de su angustia.

ESCENA IV

D. LEANDRO, D. LIBORIO.

D. LEAN. Vengo de casa de usted.
Parece estrella sin duda
Que nunca pueda encontrarle.

Al fin querrá mi fortuna...
D. LIB. Por Dios, dejemos, amigo,
Ceremonias importunas,
Que en amistad tan antigua
Enojan, si no se excusan.
Tantas personas malgastan
El tiempo en esas tontunas,
Que no es cordura imitarlas.
(Poniéndose el sombrero.)
Esto es decir que se cubra
Usted. Vamos; ¿los amores
Siguen bien? ¿Esa aventura
Va viento en popa? Yo estaba
Algo distraído en unas
Reflexiones, cuando usted
Me la contó. Pero es mucha
La presteza con que va;
Y el galanteo se anuncia
Con tan próspero semblante,
Que aguardo buenas resultas.
D. LEAN. Señor don Liborio, ahora
El lance de aspecto muda;
Que ha sucedido á mi amor
Un gran revés de fortuna.
D. LIB. ¿Cómo así?
D. LEAN. La suerte adversa,
Que siempre de amor se burla,
Trajo al tutor de la niña
Á Madrid.
D. LIB. ¡Qué desventura!
D. LEAN. Y es lo peor que ha sabido
La correspondencia oculta
De ambos.
D. LIB. ¿De dónde mil diablos?
D. LEAN. No sé; la cosa es segura.

El ingenio del más topo;
La inteligencia más ruda
La convierte en un instante
En lince; transforma y muda
Al hombre en otro distinto,
Y mudanzas absolutas
En un punto, cual si fuera
Encanto, las ejecuta.
Hace pródigo al avaro;
Al rústico sin cultura
Hombre de buenos modales;
Al cobarde, que se asusta
De todo, le infunde aliento;
Y á la simple vuelve astuta.
El amor este milagro
Ha obrado con la hermosura
De Isabel; porque, fingiendo
Que me denuesta y me insulta,
Dijo, al tirarme la piedra,
Alzando la voz: *excusa*
Usted de hacerme visitas,
Que su vista me importuna;
Ahí lleva usted mi respuesta:
Y el guijarro, que le asusta
Á usted tanto, me traía,
¿Lo dirá usted? carta suya;
Y tan apropiada al lance
En que se halla, y que se ajusta
De modo á su situación,
Que la mujer más aguda
Y más discreta no hubiera
Dictado mejor ninguna.
Es mucho maestro amor:
Aquello que él no ejecuta,
Nadie lo conseguirá.

¿Qué dice usted? ¿No es astuta
La invención para una niña
Tan inocente y tan pura?
¿Qué piensa usted de la esquela?
¿Le parece bien la astucia?
Y digo, ¿en esta comedia
El celoso qué figura
Está haciendo? ¿no es verdad?
Hable usted.

D. LIB. Sí; es cosa chusca.
(D. Liborio se ríe de mala gana.)

D. LEAN. No ríe usted lo bastante.
Mire usted que es brava burla.
El hombre, al ver que yo quiero
Á la muchacha, se asusta,
Se atrinchera y fortifica
Con guijarros, como en una
Ciudadela amenazada
De asalto, y con mucha furia
Á la gente de su casa
Toda contra mí la azuza;
Mientras la niña inocente
De las máquinas que el usa
Se vale para escribirme,
Y con sus ardides frustra
Del celoso impertinente
La vigilancia importuna.
Yo, no obstante que su vuelta
Mis esperanzas destruya,
Reviento de risa, amigo,
Al contemplar esta burla.
¡Pero usted está tan serio!

D. LIB. *(Riéndose de mala gana.)*
Perdone usted, que me gusta,
Y me río cuanto puedo.

D. LEAN. Pues no ha de haber cosa oculta
Entre los dos; conque así
Quiero que de mi hermosura
Oiga usted leer la carta.
No verá usted de una culta
El estilo; pero sí
El candor y la ternura
De un amor casto, inocente;
Bondad angélica; suma
Inocencia, y del afecto
Primero la impresión pura.

D. LIB. *(Aparte, bajo.)* ¡Bribona! de eso te sirve
Saber escribir. ¡Es mucha
Maldad! Y eso que previne
Que no te enseñaran nunca.

D. LEAN. *(Leyendo.)*

«Quisiera escribir á usted, y no sé cómo, ni por dónde empezar. Me vienen mil ideas, que deseara que usted las supiera, y no sé cómo decírselas, ni me fío de mis palabras. Ahora que empiezo á ver que me han dejado muy ignorante, me recelo de decir cosas que sean malas, ó que no sea bueno decirlas. Y, cierto, que no sé lo que usted me ha hecho; pero sí que siento á par de muerte lo que me hacen que haga contra usted, y que será para mí de mucho sentimiento el estar sin usted, y que quisiera ser suya. Acaso es malo decir esto; pero yo no puedo menos de decirlo; y quisiera, si fuera posible, que no fuese malo escribirlo. Me dicen contínuamente que todos los mozos engañan, que no se les debe dar oídos, y que todo lo que usted dice es mentira; pero le aseguro á usted que todavía no me he po-



dido figurar que no me trate usted verdad, y que sus palabras me agradan tanto, que no me puedo persuadir á que sean falsas. Dígame usted la verdad sin rebozo, porque como yo no tengo picardía, fuera mucha maldad si usted me engañara, y me parece que me moriría de la pesadumbre.»

D. LIB. *(Aparte.)*
¡Perra!
D. LEAN. ¿Qué tiene usted?
D. LIB. Nada.
Es tos.
D. LEAN. ¿Ve usted qué ternura
En la expresión? Es un pasmo,
Que una niña que así educan,
Y en tanta sujeción tienen,
Tan buen natural descubra.
Cierto que es una maldad,
Que no merece disculpa,
Haber dejado en tinieblas
De ignorancia tan oscura
Inteligencia que luce
Tanto, así que amor la alumbra:
De amor es este prodigio;
Y si la suerte me ayuda,
Como yo lo espero, el bruto
Que la tiene entre sus uñas,
El pícaro, el majadero,
El infame, le asegura
Mi...
D. LIB. Agur...
D. LEAN. ¿Se va usted tan pronto?
D. LIB. Siento mucho que me ocurra
Un asunto muy urgente.
D. LEAN. Quiere mi mala fortuna

Que la tenga tan guardada,
Que lo que más dificulta
La empresa es no poder verla.
Dígame usted, ¿no barrunta
Algún medio de que yo
En la casa me introduzca?
Hablo con toda franqueza,
Porque entre amigos hay mutua
Obligación de servirse
En casos tales; discurra
Usted que mozo, criada,
En fin, todos se conjuran
Contra mí, y por más esfuerzos
Que haga, ninguno me escucha.
Tenía una buena vieja,
Que me servía con mucha
Fidelidad, y que, cierto,
Era un portento de astucia,
De la madre Celestina
Traslado, y de calenturas
Se murió habrá cuatro días.

D. LIB. Lo pensaré á mis anchuras.
Más bien á usted es factible
Que algún medio se le ocurra.

D. LEAN. Pues adios, hasta más ver...

ESCENA V

D. LIBORIO solo.

¿Habrá alguien que tanto sufra,
Y que no reviente? El hombre
Toda mi paciencia apura.

No sé cómo me contengo
Sin que él conozca la zurra
Que me está pegando: y, digo,
¿La bribona tiene astucias?
¿Quién diablos le enseñaría
Tanta maldad? Y no hay duda,
Ella quiere al picaruelo,
Y me aborrece, y se burla
De mí; ¡pues estamos buenos!
Y lo que más me trabuca
Los sentidos, y me pone
En una mortal angustia,
Es que la quiero de veras,
De suerte que quien usurpa
Mi puesto en su corazón,
Dos heridas me hace en una,
En mi honor y en mi cariño...
¡Con que un mocosuelo frustra
Mi prudencia, y coge el fruto
De mi afán...! Mi más segura
Venganza fuera dejarla
Arrastrar de quien la empuja
Hacia su perdición; pero
Fuera mucha desventura
Perder la que tanto adoro.
¿De qué sirven mis profundas
Meditaciones, si al cabo
De mis años me subyuga
Una chicuela sin padres,
Sin caudal, de baja cuna,
Que desdeña mi cariño,
Que de mis penas se burla,
Y olvida mis beneficios;
Y, aunque nada se me encubra,
Más la quiero cuanto más

Aborrecerla procura
Mi pecho? ¡Ah loco! ¿No tienes
Vergüenza de la censura
De los demás? Me daría
Mil bofetadas por una.
Entraré á ver con qué cara
La bribona disimula
Tan infame alevosía.
Si contra mí se conjuran
Los hados, y es signo mío
Que hasta mi mollera cunda
El mal de tantos maridos,
Dame á lo menos, fortuna,
La resignación que sobra
Á otros para que lo sufra.

ACTO CUARTO

ESCENA I

D. LIBORIO solo.

No puedo parar; no sé
Qué hacerme, ni qué medidas
Tomar: pierdo la cabeza.
¿Qué haré para que las miras
Del mancebito arrimón
Queden frustradas? La niña,
¡Qué imperturbable descaro!
Nó, no la turba mi vista;
Y aunque ve que estoy sin mí,
Mi presencia no la agita.
Mientras más desasosiego
Tengo, ella está más tranquila
Y más risueña; y con todo,
Cuanto me enoja y me irrita
Más la chica, me parece
Más hermosa todavía.
Rabio, grito, me consumo,
Y nunca la vi más linda:
Nunca sus ojos más bellos
Me han parecido que hoy día:
Nunca estuve tan prendado.

Vaya, la cosa está vista:
Si me la birla el mocoso
Ha de costarme la vida.
¿Pues qué? ¡Haberla yo criado,
Tomando tan exquisitas
Precauciones, y con tanto
Esmero, desde muy niña,
Para casarme con ella,
Cuando fuera grandecita:
Trabajar, hace trece años,
En prepararla á ser mía:
Cifrar en una esperanza
Tan halagüeña mi dicha;
Y ahora, que sazonado
El fruto, ya á cogerle iba,
Vendrá el otro con sus manos
Lavadas, porque á la chica
Le ha petado su figura,
Á dejarme frío! ¡Linda
Cosa fuera, muy donosa!
Nó, amiguito, nó en mis días.
Ó yo he de perder el nombre
Que tengo, ó todas sus miras
Le han de salir al revés;
Que no me ha de dar papilla,
Como á los niños que maman,
Ni hacerme objeto de risa.

ESCENA II

UN ESCRIBANO, D. LIBORIO.

ESCRIB. Aquí está: á buena hora vengo.
Tenga usted muy buenos días.

Á otorgar esa escritura,
Pues que corre tanta prisa,
Soy venido.

D. LIB. *(Sin ver al Escribano, y creyendo que está solo.)* ¿Cómo haré?

ESCRIB. ¿Qué hay que hacer? Se formaliza
Conforme á derecho.

D. LIB. *(Lo mismo.)* Quiero
Tomar muy bien mis medidas.

ESCRIB. Pues no se recele usted
Que yo una cláusula escriba
Que le perjudique.

D. LIB. *(Lo mismo.)* Importa
Cerrar bien á la malicia
Todos los portillos.

ESCRIB. Basta
Que yo el asunto dirija.
La dote que ella llevare,
Antes que usted la reciba,
Antecede tasación,
Que hacen personas peritas,
Que usted y la novia nombran;
Y luego se formaliza
Carta de pago y recibo.

D. LIB. *(Lo mismo.)* Si la gente se malicia
Algo, en todas las tertulias
Seré el platillo de risa.

ESCRIB. Nadie tiene que saberlo,
Si los testigos que firman
Son hombres de bien, y callan.

D. LIB. *(Lo mismo.)* ¿Y qué he de hacer con la niña,
Si me sucede un desmán?

ESCRIB. Por una ley de Partidas,
De la cuarta marital
Heredará, si no es rica.

D. LIB. *(Lo mismo.)* El mucho amor que le tengo
Me saca de mis casillas.
ESCRIB. Pues dotarla en ese caso.
D. LIB. *(Lo mismo.)* No atino, por vida mía,
De qué modo he de tratarla.
ESCRIB. Es disposición precisa
De nuestras leyes de Toro,
Que á la mujer en Castilla
La décima de sus bienes
El marido á dar se ciña,
Cuando más; pero esta ley
Es muy fácil eludirla.
D. LIB. *(Lo mismo.)*
Sí... *(Ve al Escribano, y se calla.)*
ESCRIB. Los bienes gananciales
Á ambos cónyuges se aplican
Por igual, y es ley sentada
En los reinos de Castilla.
La donación *propter nuptias*...
D. LIB. ¿El qué?
ESCRIB. Es cosa muy distinta.
El cónyuge, que á su esposa
La tiene en mucha valía,
Puede otorgarle escritura
De arras, y en ella se obliga
Á darle de cuanto tiene
La décima; le da vistas,
Esto es, joyas y preseas
Que las leyes de Partidas
Denominan *donadíos:*
Ni tampoco se le quita
La facultad de donarle,
Causa mortis, lo que elija,
Y de un modo irrevocable...
Parece que usted me mira

¿No hablo conforme á derecho?
¿Ó vengo á que aquí me digan
Mi obligación de escribano?
Pues, cierto, que no sabría
Ahora lo que es la dote,
La largueza esponsalicia,
Los bienes antifernales.
¿No sé que se comunican
Los gananciales, *constante*
Matrimonio, acá en Castilla,
Y que compete el dominio
Al marido mientras viva?
¿Ignoro que el usufructo
De los dotales se aplica
Á cargas del matrimonio?
Por eso los administra
El marido, mientras...

D. LIB. Dale.
¿Quién diablos á usted le quita
Que lo sepa, ni á qué viene
Ahora esa tarabilla?

ESCRIB. Usted, que está haciendo gestos,
Como si fueran pamplinas
Lo que digo.

D. LIB. Lleve el diablo
Al hombre y su letanía.
Agur; en estando solo
Siga usted con su maldita
Gerigonza hasta mañana.

ESCRIB. ¿No me llamaron con prisa
Á otorgar una escritura?

D. LIB. Sí; pero será otro día,
Que han ocurrido otras cosas.
Pues trae el hombre bonita
Conversación para el lance.

ESCRIB. *(Solo.)* Él ha de tener su pizca
De loco, si no me engaño.

ESCENA III

EL ESCRIBANO, COSME, BLASA.

ESCRIB. *(Yendo hacia Cosme y Blasa, que salen.)*
¿No es cierto que me quería
Hablar el amo?
COSME. Seguro.
ESCRIB. Pues cuidado que le digan
Ustedes, así que venga,
Que es un sandio, con manías
De loco.
BLASA. Se lo diremos
Sin falta.
COSME. Eso es cuenta mía.

ESCENA IV

D. LIBORIO, COSME, BLASA.

COSME. ¡Señor!
D. LIB. Venid acá, amigos
Fieles, en quien se confían
Mis designios: ya me han dado
De cuanto os debo noticias.
COSME. Dice el escribano...
D. LIB. Deja
Que lo que quisiere diga;

Y tratemos de otras cosas
Más urgentes. La malicia
Quiere deshonrarme, y fuera
Para vosotros mancilla
Que vuestro amo sin honor
Viviera: se mofaría
Todo el mundo de vosotros;
Y así, como mi desdicha
Cogiera á los dos, conviene
Que siempre estéis á la mira,
Y que el mocito no pueda...

BLASA. Toma; eso es cosa sabida:
Lo mismo que el Padre nuestro.

D. LIB. Si os viene haciendo caricias,
No le escuchéis.

COSME. Ni por pienso.

BLASA. Pues á buen árbol se arrima.

D. LIB. Si te dice: Cosme, amigo,
Ten lástima, por tu vida,
De mi tormento.

COSME. No quiero.

D. LIB. Bueno...
(Á Blasa.) Querida Blasita;
Tú, que tienes una cara
Tan bonitilla, tan linda...

BLASA. Noramala.

D. LIB. Así va bien.
(Á Cosme.) Cuando algo, Cosme, te pida
Más de aquello que Dios mande.

COSME. ¡Picarón!

D. LIB. Bien, á fe mía.
(Á Blasa.) Blasa, mira que me muero,
Si de mí no te lastimas.

BLASA. ¡Desvergonzado, bribón!

D. LIB. ¡Qué bien dicho!

(A Cosme.) Cosme, mira
Que yo no quiero que nadie,
Sin que le pague, me sirva,
Y que te he de premiar bien.
Ahí tienes cuatro doblitas
Adelantadas; y tú,
Blasa, esa friolerilla
Para feriarte un pañuelo.
(Ambos alargan la mano, y toman el dinero.)
No penséis que se limita
Mi gratitud á tan poco.
Lo que ahora solicitan
Mis ansias es ver al ama.

BLASA. *(Empujándole.)*
Fuera de aquí.

D. LIB. Muy bien, hija.

COSME. *(Lo mismo.)*
Á la calle.

D. LIB. Bueno.

BLASA. *(Lo mismo.)* Presto.

D. LIB. Basta: tenéis bien sabida
La lección.

BLASA. Pues nó; graciosa
Condición gasta la niña.
¿Está á su gusto de usted?

D. LIB. Menos el que se reciba
El dinero.

BLASA. Es una cosa
Que siempre se nos olvida.

COSME. ¿Empezamos otra vez?

D. LIB. Nó; ya no se necesita.
Éntrense ustedes en casa.

COSME. Digo; si le parecía
Á usted...

D. LIB. Ya he dicho que nó.

Cuidado con que á la mira
Estéis: no quiero el dinero
Que os he dado; mas de vista
Nunca perdáis á Isabel,
Ni dejéis entrar visitas.

ESCENA V

D. LIBORIO solo.

Para que no me la peguen,
El sastre de más arriba
Quiero traerme al portal;
Y ella no saldrá ni á misa,
Si no es conmigo; y en casa
No me han de entrar amiguitas,
Ni prenderas, ni mujeres
Que vendan ricas basquiñas
De lance, buen chocolate
Barato, ó mantelería,
Y con este achaque traigan
Del cortejo la esquelita.
Nó; conmigo no hay emboque;
Que tengo mucha malicia,
Y he rodado por el mundo.
Mancebitos, los del día,
Perro viejo todo es maulas;
Conmigo no hay engañifas.

ESCENA VI

D. LEANDRO, D. LIBORIO.

D. LEAN. ¡Cuánto celebro encontrarle
Á usted! Es cosa de risa,
Pero por poco me sale
Cara, la que en esta misma
Hora acaba de pasarme.
Me paré junto á la esquina,
Cuando observo á su balcón
Asomada Isabelita,
Que estaba tomando el fresco;
Me hace una seña; se esquiva,
Y me abre por el postigo:
Mas no estaba todavía
En su aposento con ella,
Cuando el celoso con prisa
Trepaba por la escalera.
En una tan repentina
Desgracia, lo que ocurrió
Más presto á la pobre niña
Fué encerrarme en un armario.
Desde allí yo no le vía,
Pero le oía dar pasos
Descompasados: las sillas
Tirarlas, dar de patadas
Á un perrillo que le hacía
Fiestas; dar grandes sollozos,
Y romper hasta la china
Que había en la rinconera
Del retrete de la chica.
Sin duda que alguna cosa

Ha averiguado este día
De la esquela de Isabel.
Después de escena tan linda,
Sin hablar una palabra,
El gran bestia toma pipa,
Y la muchacha asustada
Me saca de mi garita,
Y me manda que me vaya
Al punto, por si volvía
El don Marcos; pero tengo
Esta propia noche cita
En su cuarto: cuando esté
Ya la gente recogida,
He de dar cinco palmadas,
Que es la seña: Isabelita
Abrirá el balcón, y yo
Tengo escala prevenida,
Y me subo á su aposento.
Amigo, tanta alegría
Me tiene fuera de mí,
Y rabiaba por decirla
Á usted, que es tan buen amigo;
Porque no es cumplida dicha
Aquella que á los amigos
Fieles no se comunica.
¿Qué tal? ¿Llevo en buen estado
Mi amor? Pero estoy de prisa:
Agur, que quiero poner
Al punto las cosas listas.

ESCENA VII

D. LIBORIO solo.

¡Que así el influjo maligno
De mi estrella me persiga,
Que ni respirar me deje!
Entrambos á dos se aplican
De tal manera á frustrar
De la vigilancia mía
Los conatos, que es prodigio
Que su intento no consigan.
¡Así yo, en mi edad madura,
Seré escarnio de una niña
Inocente, y de un rapaz
Sin juïcio; yo que vía
Desde el puerto los escollos,
Donde otros maridos iban
Á zozobrar, contemplando
La causa de sus desdichas;
Que veinte años he pensado
En ver cómo encontraría
Mujer, con quien no tuvieran
Los mozalvetes cabida;
Y que para conseguirlo
He tomado las medidas
Mas prudentes y acertadas!
Parece que la maligna
Suerte del linaje humano
Quiere que nadie se exima
De este fatal contratiempo;
Pues que mi filosofía,
Mi experiencia, mis profundas

Meditaciones fallidas
Vienen á salirme todas.
¡La senda que todos pisan
Haberla dejado, y luego
Cogerme la rueda misma
Que á cuantos maridos andan
Por el mundo! Nó en mis días;
No has de salir con la tuya,
Aunque te empeñes, maldita
Estrella. Nó; en mi poder
La chica está todavía.
Si ese diablo de mozuelo
De su corazón me priva,
Veremos si lo demás
Mi vigilancia le quita.
Esta noche, que él se piensa
Pasarla en su compañía
Alegremente, será
Más negra que él imagina.
Por fin no es del todo malo,
Que él mismo es el que me avisa
Del riesgo que me amenaza,
Y que tanto desatina,
Que los favores que alcanza
De su propio rival fía.

ESCENA VIII

D. ANTONIO, D. LIBORIO.

D. ANT. Pues ¿á qué hora cenaremos?
¿Á las diez?

D. LIB. ¡Buena noticia!
Hombre, no ceno, que ayuno.
D. ANT. Es muy graciosa salida.
D. LIB. Déjeme usted, que me duele
La cabeza, y me fatiga
El hablar.
D. ANT. ¿Y el casamiento
No dijo usted que se hacía
Mañana?
D. LIB. Y cuando no se haga,
¿Qué importa?
D. ANT. ¡Cómo se irrita
Usted! vamos; más sosiego.
¿Si acaso sucedería,
Amigo, al amor de usted
Cierta tribulacioncilla?
Apuesto á que es algo de eso.
El semblante así lo indica.
D. LIB. Cuando hubiera sucedido,
Nunca me parecería
Á ciertos esposos mansos,
Que lo toman todo á risa.
D. ANT. Es cosa rara, compadre,
Que haya dado en tal manía
Hombre de tanto talento
Como usted, y que su dicha
La cifre toda en un punto
Que es de tan poca valía
Para aquellos que las cosas
Sin preocupación miran.
Se parece usted al héroe
Que nuestro Cervantes pinta,
Discreto en todos asuntos,
Y que siempre desatina
Cuando vienen á tocar

Su negra caballería.
Ser un logrero, un bellaco,
Un mandria es menos mancilla,
En el dictamen de usted,
Que incurrir en tal desdicha.
Pero ¿por qué se figura
Usted que mi honra se cifra
En que mi mujer se porte
Bien? ¿De culpa, que no es mía,
Por qué he de pagar la pena
Yo? ¿No es palpable injusticia
Que ella cometa el delito,
Y sea yo á quien castigan?
Este desmán de un marido,
No sé por qué, usted le mira
Como un espantable monstruo,
Cuyo aspecto atemoriza:
No es tanto como usted piensa;
Y, cuando bien se examina,
La cosa (sin pasión) es
Indiferente en sí misma,
Y todo el daño depende
Del modo de recibirla.
La prudencia está en un medio:
Quien los extremos evita,
Obra con juïcio, y nunca
Sirve de plato de risa.
Hay maridos majaderos,
Que ellos propios preconizan
Á los galanes que obsequian
Á sus mujeres; los instan
Para que las acompañen
En paseos y en visitas;
Van con ellos al teatro;
Á su mesa los convidan;

De suerte que con razón
Todos los ridiculizan.
No apruebo yo esta conducta;
Mas tampoco aprobaría
Dar en el extremo opuesto
De otros maridos, que gritan
Como frenéticos cuando
En algún renuncio pillan
Á sus mujeres; de modo
Que ellos son los que publican
Su propia afrenta, y su saña
Del mundo el escarnio excita.
De ambos extremos un hombre
De juïcio se desvía
Igualmente; y, si el influjo
De su estrella le destina
La suerte de otros maridos,
Con paciencia se resigna,
Como á daño irremediable,
Que con quejas no se alivia,
Y que al contrario se agrava,
Cuanto en él más se cavila:
De modo que el mayor mal,
Aun más que en la cosa misma,
En el modo de tomarla,
Á mi parecer, se cifra.

D. LIB. Por sermón tan elocuente
Debiera la cofradía
Darle las gracias á usted,
Y muchos se meterían
En el gremio, si le oyeran.

D. ANT. Eso es cosa muy distinta
De lo que he dicho: un marido
Que hace gala de que viva
Su mujer á sus anchuras,

Dije que me parecía
Muy mal: pero, si la suerte
No se le muestra propicia,
Haga como el que bien juega,
Cuando los naipes le pintan
Mal, y con su buena maña
El hado adverso corrija.

D. LIB. Pues: comer, beber, dormir,
Y sin dársele ni una higa.

D. ANT. Cierto: y, para entre nosotros,
Otras cosas me darían
Mil veces más pesadumbre
Que el azar, que atemoriza
Á usted tanto: y si me dicen,
Ó que una mujer elija
Que caiga en ciertas flaquezas,
Ó otra que esté en una riña
Continua con su marido;
Que alborote la familia
Con sus gritos; los criados
Cada día los despida;
Y que, si lo llevo á mal,
Con mucho fuero me diga,
Que para eso es mujer fiel,
¿Piensa usted que escogería
Un demonio de esta especie?
Deje que se lo repita.
La paciencia de un marido
No es lo que usted se imagina,
Que tiene sus cosas buenas.

D. LIB. Pues no le tengo yo envidia
Á quien goza esos contentos,
Ni han de citarme en mi vida
Como esposo cachazudo.
Primero que tal desdicha...

D. ANT. ¡El mundo da tales vueltas!
¡Ay, compadre! Nadie diga
De esta agua no beberé.
D. LIB. ¡Yo consentir...!
D. ANT. Pues sería
Usted el primero; cierto.
¡Cuántos no se trocarían
Por usted, ni por caudal
Ni mérito, ni familia,
Que lo llevan en paciencia!
D. LIB. Pues yo tampoco querría
Ser ellos, aunque me dieran
Todo el oro de las Indias.
Vaya; mudemos de asunto,
Que hablar de eso me fastidia.
D. ANT. ¿Se enfada usted? Ya sabremos
Qué es lo que tanto le irrita.
Compadre, adios; sepa usted,
Aunque otra cosa le digan,
Que el que más jura que nunca
Será de la cofradía
Hermano mayor á veces
Suele ser andando días.
D. LIB. Pues yo juro de no serlo,
Aunque dos mil años viva;
Y voy para precaverlo
Al punto á tomar medidas.
(D. Liborio va con mucha prisa á llamar á su puerta.)

ESCENA IX

D. LIBORIO, COSME, BLASA.

D. LIB. Amigos; vosotros siempre
Me dais pruebas repetidas
De cariño, y más que nunca
Ahora se necesitan.
Si entrambos desempeñáis
Bien el encargo que os fía
Mi afecto, yo os daré paga
De tanto servicio digna.
El mozo, que ya sabéis,
Intenta esta noche misma,
Escalando los balcones,
Al cuarto de Isabelita
Entrarse, luego que se haya
Recogido la familia.
Pero los tres estaremos
En vela; y cuando esté arriba,
Ya en el postrer escalón,
Silbo yo, y los dos aprisa
Acudís, y á garrotazos
Le magulláis las costillas,
Y de modo que se quede
En la cama algunos días;
Pero sin que me nombréis,
Ni él pueda caer en malicia
De que soy yo quien lo mando.
¿Os atrevéis?

COSME. Esa es linda.
Para pegar garrotazos
Ninguno mejor se pinta

Que yo en todo mi lugar.
BLASA. ¿Te parece que la mía
Acaso es mano de lana?
¿Es grano de anís la chica?
D. LIB. Pues adentro, y punto en boca.
(Solo.) Si los maridos del día
Le dieran á los galanes,
Que á sus mujeres visitan
Y regalan, semejantes
Lecciones caritativas,
Los cofrades de San Marcos
Fueran menos á fe mia.

ACTO QUINTO

ESCENA I

D. LIBORIO, COSME, BLASA.

D. LIB. PICARONES, ¿qué habéis hecho?
COSME. Lo que usted nos ha mandado.
D. LIB. Yo, lo que os mandé, bribones,
Fué que le dierais de palos,
Pero nó que le matarais.
¡En qué apuro nos hallamos!
¡Un cadáver á la puerta!
¿Y si de este asesinato
Nos acusan, qué diremos?
Volved á casa, y cuidado
Con que á ninguno digáis
Que yo la orden os he dado
De pegarle.
(Quedándose solo.) ¡Qué desgracia!
¿Qué he de hacer en tal fracaso?
¿Qué dirá su pobre padre
Cuando sepa el desgraciado
Lance? Pero ya amanece.
¿Qué puedo hacer? Discurramos.

ESCENA II

D. LEANDRO, D. LIBORIO.

D. LEAN. *(Aparte.)* Sepamos qué ha sucedido.
D. LIB. *(Creyendo que está solo.)*
¡Pensar...!
(Encontrándose con D. Leandro, sin conocerle.)
D. LEAN. ¿Quién está parado
Á esa esquina? ¿Es don Liborio?
D. LIB. Sí. ¿Y quién es usted?
D. LEAN. Leandro.
Á su casa de usted iba,
Y para un lance apurado.
Temprano sale á la calle.
D. LIB. *(Aparte, bajo.)* Sin duda yo estoy soñando,
Ó es cosa de encantamento.
D. LEAN. He tenido muy mal rato,
Y doy mil gracias al cielo
Por haberme deparado
Hallar á usted en un lance
Que le necesito tanto.
Amigo; todo ha salido
Mejor que hubiera acertado
Á desearlo; rodada
Se me ha venido á las manos
La dicha, y por un suceso,
Que á pique de malograrlo
Todo me puso. No sé
Cómo, ni por dónde diablos
Supo la cita el celoso.
Ello es que ya estaba en lo alto

De la escala, y á deshora
Dos hombres con varapalos
Se asoman; yo, con el susto,
Pongo el pié en falso y me caigo;
Y mi caída me libra
De llevar cien garrotazos.
Ellos, así que me vieron
En el suelo, imaginaron
Que yo, en fuerza de sus golpes,
Estaba en tierra postrado;
Y, como el dolor me tuvo
Sin sentido un largo rato,
Creyeron que estaba muerto.
Con esto sobresaltados,
Culpándose el uno al otro
Del soñado asesinato,
Sin luz, y con mucho tiento
Á tocarme se llegaron,
Á ver si estaba difunto.
Yo en este tiempo callando
Y sin resollar me estaba;
Tanto que ellos no dudaron
De mi muerte, y sin tardanza
Se huyeron muy asustados.
Pues cuando yo me iba á casa,
Isabelita, temblando
De hallarme sin vida, llega,
Que atenta había escuchado
Lo que ellos entre sí hablaban,
Y en medio del embarazo
Y la confusión, se había
Del aposento escapado.
No puedo explicar á usted
Su júbilo, al verme sano.
En fin, la amable muchacha,

Sólo á su amor escuchando,
Ha resuelto no volver
Á su casa, y de mi cargo
Deja su felicidad.
Vea usted, amigo, cuánto
Arriesgara su inocencia
Si con dobleces y engaños
Caminara yo: mas nó;
Que me tiene tan prendado
Su candor, que antes muriera
Que abandonarla, y que en vano
Mi padre se enojaría,
Que ya estoy determinado;
Y he de casarme con ella
Aunque me costara caro.
Además de que mi padre
Siempre me ha querido; y cuando
No tenga ya otro remedio,
Nunca es el león tan bravo
Que no se amanse: por fin,
Amigo mío, salgamos
Del día; luego del tiempo
Sabremos aprovecharnos.
Lo que quiero que usted haga
Por mí, en el crítico caso
En que me encuentro, es que dé
Á mi Isabelita amparo
Sólo por uno ó dos días,
Mientras yo otro albergue le hallo,
Donde pueda estar sin susto
Escondida, por si acaso
Su Cerbero hace pesquisas.
Además, que fuera extraño,
Y lo murmuraran mucho,
Si se quedara en el cuarto

De un mozo una jovencita.
Por eso es más acertado
Que usted, como buen amigo,
Tome esta niña á su cargo,
Y, como bien le parezca,
Que la ponga á buen recaudo.
De tan generoso amigo
Fío servicio tamaño.

D. LIB. Cuente usted, amigo mío,
Con todo cuanto yo valgo.

D. LEAN. ¿Con que me servirá usted
En lance tan apretado?

D. LIB. Ya he dicho que sí, y no puede
El cielo darme más grato
Momento en toda mi vida.
Jamás á nadie he sacado
De apuro con tanto gusto.

D. LEAN. Cierto que son muy contados
Los amigos como usted.
Yo me temía que acaso
Desechara usted mis ruegos;
Mas veo que es un dechado
De indulgencia: ha visto mundo,
Y no le causan espanto
Las locuras de los mozos.
Ahí queda con un criado
En esa esquina.

D. LIB. ¿Y qué haremos?
Porque ya va haciendo claro,
Y si la llevo conmigo,
Pueden verme los criados,
Y charlar: es más seguro
Que á sitio más recatado
Venga: aquella callejuela
Ha de ser, si no me engaño,

Buena: sí, que está algo oscura.
Pues, amigo, allí la aguardo.
D. LEAN. Es precaución muy prudente.
Luego la pongo en las manos
De usted, y me voy corriendo,
Porque nadie entienda el caso.
D. LIB. *(Solo.)* De buena gana, fortuna,
Perdono los malos ratos
Que me has dado, pues te debo
Tan inopinado hallazgo.
(Se emboza en su capa, tapándose la cara.)

ESCENA III

D.ª ISABELITA, D. LEANDRO, D. LIBORIO.

D. LEAN. *(Á D.ª Isabelita.)*
Va usted á parte segura:
No tenga ningún cuidado,
Que es casa de mucha forma.
Vivir conmigo es echarlo
Todo á perder: conque siga
Á ese señor embozado.
D.ª ISAB. *(Á D. Leandro.)*
¿Y qué; me deja usted sola?
(D. Liborio la coge de la mano, sin que ella le conozca.)
D. LEAN. Si no es posible excusarlo.
D.ª ISAB. ¿Y volverá usted muy presto?
D. LEAN. Nunca, Isabelita, tanto
Como desea mi amor.
D.ª ISAB. No tengo sin usted rato
De gusto.
D. LEAN. Y yo sin mi amada

Mal en todas partes me hallo.
D.ª ISAB. Si así fuera no se iría.
D. LEAN. ¿Pues duda usted que yo la amo?
D.ª ISAB. No tanto como yo quiero
Á usted. *(D. Liborio tira de ella.)*
¡Ay que me hacen daño!
D. LEAN. Se aventura mucho, hermosa,
En que nos vean á entrambos
En este sitio; por eso
El amigo, en cuyas manos
Á usted dejo, nos da priesa
Para que de aquí salgamos.
D.ª ISAB. ¡Seguir á quien no conozco!
D. LEAN. Deseche usted esos vanos
Temores, que es de fiar.
D.ª ISAB. ¿Y mejor con mi Leandro
No estuviera? *(Á D. Liborio, que tira otra vez de ella.)* Espere usted.
D. LEAN. Agur, que va ya aclarando.
D.ª ISAB. ¿Cuándo le he de ver á usted?
D. LEAN. Dentro de muy breve rato.
D.ª ISAB. ¡Dios mío, cuánto hasta entonces
El tiempo se me hará largo!
D. LEAN. *(Yéndose.)* Gracias al cielo, que tengo
Ya mi ventura en mis manos,
Y puedo dormir ahora
Sin susto ni sobresalto.

ESCENA IV

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA.

D. LIB. *(Embozado, y fingiendo la voz.)*
Venga usted; que no es ahí

Su alojamiento: su cuarto
Está puesto en otra parte
Más segura; allí á recaudo
Estará esa personita. *(Descubriéndose.)*
¿Me conoces?

D.ª ISAB. ¡Ay!

D. LIB. ¿Te espanto
Con mi vista? ¿no es verdad?
¡Ah bribona! ¿Te has quedado
Helada, porque no puedes
Seguir ya con tu Leandro
Tus coloquios amorosos;
Porque ves que se acabaron
Los requiebros y ternezas?
(D.ª Isabelita mira, por si ve á D. Leandro.)
No mires á todos lados;
Que está tu galán muy lejos,
Para poder darte amparo.
¡Ah, ah, tan niña, y ya sabes
Jugar con tal desenfado
Semejantes morisquetas!
¡Preguntas si los muchachos
No se paren por la manga
De la camisa, y tu cuarto
Abres de noche á los mozos,
Y te vas con gran descaro,
Sin que lo sienta la tierra,
Con tu cortejo! ¿Quién diablos
Te enseñó á decir requiebros,
Que charlabas más que cuatro
Con el mozalvete? Y, digo,
Sin duda se te ha quitado
El miedo de los difuntos,
Que andas de noche con tanto
Aliento. ¡Picaronaza!

¡Cometer yerro tamaño,
Y á mis muchos beneficios
Corresponder con tal pago!
¡Serpiente, que yo abrigué
En mi pecho, y con ingrato
Ánimo á su bienhechor
Pica, luego que ha cobrado
Vigor!

D.ª ISAB. ¿Por qué riñe usted?

D. LIB. Pues cierto, que no es el caso
Para alterarse.

D.ª ISAB. No veo
Que haya yo hecho nada malo.

D. LIB. ¿Conque no es acción infame
El irse con un muchacho?

D.ª ISAB. Si es un hombre que pretende
Darme de esposo la mano,
Y usted me ha dicho que no era,
En casándose, pecado.

D. LIB. Sí; pero yo te quería
Para mi mujer; y claro
Te lo he dicho varias veces.

D.ª ISAB. Es cierto; pero, tratando
Verdad, para mi marido
Me acomoda más Leandro.
Usted pinta el casamiento
De modo que pone espanto,
Y, cuando él habla de ser
Yo su mujer, me da tanto
Gusto, que siento en el alma
Que no estemos ya casados.

D. LIB. ¡Pícara! eso es que le quieres.

D.ª ISAB. Mucho que le quiero.

D. LIB. Alabo
La desvergüenza. ¿Y te atreves

En mi cara á confesarlo?
D.ª ISAB. ¿Pues no lo he de confesar,
Si es la verdad?
D. LIB. Buenos vamos.
¿Y por qué le quieres? dí.
D.ª ISAB. ¡Ay, señor! ¿Lo sé yo acaso?
Él solo tiene la culpa:
Mi amor vino sin pensarlo.
D. LIB. ¿Y por qué no combatías
Ese amor?
D.ª ISAB. ¿Qué viene al caso
Combatir lo que da gusto?
D. LIB. ¿No sabías cuánto enfado
Me dabas con ese amor?
D.ª ISAB. Nó por cierto: ¿pues qué daño
Á usted se le hace?
D. LIB. Ninguno.
Debo darme con un canto
En los pechos. ¿Conque tú
No me quieres? Dílo claro.
D.ª ISAB. ¿Á usted?
D. LIB. Á mí.
D.ª ISAB. ¡Ay! Nó señor.
D. LIB. ¿Cómo no?
D.ª ISAB. Si lo contrario
Digo, miento.
D. LIB. ¿Y por qué no
Me quieres, mujer ó diablo?
D.ª ISAB. ¡Dios mío! ¿tengo yo culpa?
¿Por qué usted, como Leandro,
No se hizo amar? Yo, á fe mía,
No se lo hubiera estorbado.
D. LIB. Si siempre en que me quisieras
Puse todo mi conato,
Y no sé en qué ha consistido,

Que no he podido lograrlo.
D.ª ISAB. Sabrá más en la materia,
Sin duda, el otro muchacho,
Porque el hacerse querer
No le ha costado trabajo.
D. LIB. *(Aparte.)* Miren ustedes si sabe
Discurrir con desparpajo
La bobita. ¿Una doctora
Respondiera más al caso?
¡Ay, qué mal la conocía!
Sin duda alguna, en tratando
De estas cosas, una boba
Sabe más que un varón sabio...
(Á D.ª Isabelita.)
Puesto que tan bien discurres,
¿Te he mantenido con tanto
Lujo, á fin que coja el fruto
Otro de todos mis gastos?
D.ª ISAB. Nó, que piensa resarcirlo
Todo, hasta el último ochavo.
D. LIB. *(Aparte.)* Me vuela con sus respuestas.
(En voz alta.) Norabuena: ¿y los cuidados
Que tu educación me cuesta,
Con qué, díme, ha de pagarlos?
D.ª ISAB. Si vale decir verdad,
No pienso que sean tantos.
D. LIB. ¿Pues no te he dado enseñanza?
D.ª ISAB. Cierto que ha sido un milagro,
Y que me puedo alabar
De lo que me han enseñado.
¿Piensa usted que, aunque tan niña,
En mi ignorancia no caigo?
Pues me da mucha vergüenza
De que, teniendo mis años,
Sé tan poco; y, si yo puedo,

Pronto saldré de este estado.
D. LIB. ¡Hola! ¿Quieres ser doctora,
Y que te instruya Leandro?
D.ª ISAB. ¿Por qué no? Lo que yo sé,
Si puedo decir que sé algo,
¿Quién, sino él, me lo enseñó?
De suerte que en tantos años
Menos á usted he debido
Que en tres días al muchacho.
D. LIB. No sé cómo me contengo,
Que no le pego un guantazo,
Y de su maldita sorna
Un bofetón bien vengado
Me deja.
D.ª ISAB. Bien puede usted,
Si satisface su agravio
Con pegarme.
D. LIB. *(Aparte.)* Esa mirada
Y ese acento con mi enfado
Acabaron ya, y mi amor
Se olvida de todo cuanto
Me ofendió. ¡Maldito amor!
¿Puede darse mayor flaco
Que el querer bien? Las mujeres
Son animales livianos,
Frágiles, antojadizos;
Sin cesar están fraguando
Tretas para que los hombres
Se den de veras al diablo:
En suma, son los peores
Entes que Dios ha criado,
Y nos morimos por ellas,
Y gobernar nos dejamos
Por sus cabezas al aire.
(Á D.ª Isabelita.)

Esto se acabó ya: hagamos
Las paces: yo te perdono,
Picarilla, los agravios
Que me has hecho, y mi cariño
Te vuelvo, como antes; tanto
Te quiero: tú, Isabelita,
También me querrás en pago.
¿No es así?

D.ª ISAB. Con mucho gusto
Lo hiciera; pero es en vano
Esforzarme, si no puedo.

D. LIB. Sí podrás, monilla, vamos;
Haz un esfuerzo. ¿No escuchas
Este suspiro inflamado?
Mira qué tiernos que pongo
Los ojos. ¿No ves qué guapo
Que soy? Deja ese mocoso.
Sin duda el bribón te ha dado
Algún hechizo: verás
Qué buena vida pasamos
En matrimonio los dos.
Tendrás siempre barro á mano
Para andar muy petimetra,
Que es lo que te gusta tanto.
No te reñiré jamás,
Aunque me gastaras cuanto
Caudal tengo: todo el día
Te estaré besuqueando
Y haciendo mimos; por fin
Verás que nunca regaño,
Aunque tu conductá sea
Tal... excuso hablar más claro.
(En voz baja, aparte.)
¡Hasta dónde una pasión
Maldita puede arrastrarnos!

(Recio.) Mi amor, en una palabra,
Es tan grande, que me allano
Á hacer cuanto tú quisieres.
¿Quieres experimentarlo,
Ingrata? ¿Quieres que llore?
¿Quieres ver cómo me arranco
El pelo, cómo me doy
De golpes, cómo me mato?
Díme, crüel lo que quieres,
Verás que al instante lo hago.

D.ª ISAB. Todo lo que usted me dice
Es gastar el tiempo en vano:
Más hiciera solamente
Con dos palabras Leandro.

D. LIB. Esto ya pasa de raya;
Pues me sigues provocando,
Saldrás luego de Madrid;
En San Fernando te encajo;
Veremos si allí te olvidas
De ese guapito muchacho.

ESCENA V

D. LIBORIO, D.ª ISABELITA, COSME.

COSME. Señor, no sé cómo ha sido;
Pero, á mi ver, se ha marchado
El ama con el difunto.
Lo cierto es que faltan ambos.

D. LIB. Aquí está; llévala á casa,
Y enciérramela en un cuarto.
(Aparte.) No la irá á buscar allí
El mocito acicalado;

Y luego antes de dos horas
Otro albergue le preparo
Más seguro.
(Á Cosme.) Echa la llave,
Y mira bien que te encargo
Que no la dejes ni un punto.
(Quedándose solo.)
Es muy factible que cuando
No le vea se le olvide
Ese maldito Leandro.

ESCENA VI

D. LEANDRO, D. LIBORIO.

D. LEAN. ¡Ah, sin mí estoy de pesar!
Señor don Liborio, el hado
Me persigue; la beldad,
Que con tantas veras amo,
Me quieren quitar: mi padre
En este instante ha llegado
En posta, y viene á casarme,
Sin haberme dicho el trato,
Con la hija de don Enrique,
Aquel poderoso indiano
Por quien antes pregunté
Á usted. Cuál mi sobresalto
Puede ser, piénselo usted;
Y, si en trance tan amargo
No encuentro quien me socorra,
Ha de ser el postrer paso
De mi vida. Apenas supe
De mi desdicha el amago,

Cuando, sin poder valerme,
Por poco me da un desmayo.
En fin, oí que mi padre
Estaba determinado
Á venir á ver á usted,
Y le gané por la mano.
Por Dios que no sepa nada
Del empeño en que yo me hallo,
Y haga usted por disuadirle
De estas bodas, pues que tanto
Influjo tiene con él.

D. LIB. Ya entiendo.

D. LEAN. Si ahora alcanzo
Que se dilaten, me basta.
Después...

D. LIB. Pierda usted cuidado.

D. LEAN. Toda mi esperanza tengo
En usted.

D. LIB. Ya.

D. LEAN. En este caso,
Como de un padre, me fío
De usted... Pero ya han llegado.
Apártese aquí conmigo,
Y óigame á solas un rato.

ESCENA VII

D. ENRIQUE, D. PABLO, D. ANTONIO, D. LEANDRO, D. LIBORIO.

(D. Leandro y D. Liborio se retiran á una esquina del tablado, y hablan aparte.)

D. ENR. *(Á D. Antonio.)*
Al punto que le hube visto

Á usted, dije que era hermano
De mi difunta mujer,
Que se le parece tanto,
Que no vi en toda mi vida
Otro tan cabal retrato.
¡Cuánto siento que la muerte
Me la hubiera arrebatado,
Cuando ya estaban las cosas
Dispuestas para embarcarnos,
Y cuando el hado, que siempre
Le había sido contrario,
Le permitía volver
Sin temor al suelo patrio,
Y en el seno de los suyos
Hallar alivio á sus largos
Afanes! Pero el destino
Fué con nosotros escaso
De tanta dicha; y así
Sólo resta consolarnos
De su dolorosa falta
Con la niña que ha dejado:
Y aunque yo deba tener
Á dicha que dé su mano
Al hijo de tal amigo,
Como es el señor don Pablo,
Si usted no aprueba este enlace,
No se dará en él más paso.

D. ANT. Fuera dar muestras de loco
Repugnar á lo que tanto
Aprecio merece.

D. LIB. *(Aparte á D. Leandro.)* Sí;
Yo lo compondré.

D. LEAN. *(Aparte á D. Liborio.)* Cuidado
Con...

D. LIB. *(Á D. Leandro, aparte.)* Nada recele usted.

(D. Liborio deja á D. Leandro para dar un abrazo á D. Pablo.)

D. PAB. *(Á D. Liborio.)* ¡Con cuánto gusto le abrazo
Á usted!

D. LIB. No es menor mi gozo.

D. PAB. Vengo...

D. LIB. Ya me han informado
De todo.

D. PAB. ¡Ya usted lo sabe!

D. LIB. Sí.

D. PAB. Me alegro.

D. LIB. Don Leandro
Á estas bodas se resiste,
Y en secreto me ha rogado
Que le disuadiera de ellas
Á usted: pero yo, al contrario,
Soy de dictamen que deben
Acelerarse, y que el caso
Exige imperiosamente
Que usted, sin darle más plazo,
Á su hijo case al momento,
Que es perder á los muchachos
Tolerar sus desvaríos.

D. LEAN. *(Aparte.)*
¡Bribón!

D. ANT. Si él á dar la mano
Á mi sobrina repugna,
No me parece acertado
Apremiarle; y como yo
Piensa sin duda mi hermano.

D. LIB. ¿Quiere usted que le gobierne
Su hijo? Pues no fuera malo
Que dispusiera el mocito,
Y obedeciera el anciano;
Sería el mundo al revés.

Nó, compadre, nó: don Pablo
Es amigo íntimo mío:
Hace ya que nos tratamos
Muchos años, y su honor
Me interesa acaso tanto
Como el mío: no se diga
Que á su palabra ha faltado,
Porque es su hijo un calavera,
Y él no tuvo en este caso
La suficiente entereza.

D. PAB. Bien dicho: no hay que dudarlo:
Yo haré que mi hijo obedezca,
Sea por fuerza ó de grado.

D. ANT. *(Á D. Liborio.)*
No sé por qué en este asunto
Toma usted cartas con tanto
Calor, no siendo pariente.

D. LIB. Yo me entiendo.

D. PAB. Sí: estimamos,
Señor don Liborio...

D. ANT. No
Quiere ser así llamado.
Vizconde del Atochal
Se titula.

D. LIB. No hace al caso.

D. LEAN. *(Aparte.)*
¡Qué escucho!

D. LIB. *(Á D. Leandro.)* Sí, amigo mío:
De esa manera me llamo.
¿Qué quería usted que hiciera?

D. LEAN. *(Aparte.)* Vaya, está echado mi fallo.

ESCENA VIII

D. ENRIQUE, D. PABLO, D. ANTONIO, D. LEANDRO,
D. LIBORIO, BLASA.

BLASA. Señor, si no acude usted,
Se escapará de las manos
Isabel, sin ser posible
Retenerla, que ya un salto
Quiso dar por el balcón.

D. LIB. Que venga aquí. *(Se va Blasa.)*
(Á D. Leandro.) Yo me marcho
Al lugar con ella al punto.
Amigo mío; en su caso
No hay más que tener paciencia,
Y acordarse del adagio,
Que hasta el fin nadie es dichoso.

D. LEAN. *(Aparte.)* ¿Hay hombre más desdichado?
Y todo por culpa mía.

D. LIB. *(Á D. Pablo.)*
Lo que hay que hacer es casarlos
Cuanto antes; y mire usted
Que soy de los convidados
Á la boda.

D. PAB. En eso estoy.

ESCENA IX

D.ª ISABELITA, D. PABLO, D. ENRIQUE, D. ANTONIO,
D. LIBORIO, D. LEANDRO, COSME, BLASA.

D. LIB. *(Á D.ª Isabelita.)*
Venga aquí usted, niña, vamos.

¿Conque si no la detienen,
Se echa del balcón abajo?
Aquí está su queridito.
Dígale adiós, que va largo
El que le vea otra vez.
(Á D. Leandro.)
¿Cómo ha de ser? Es mal trago:
Pero en amor hay sus quiebras,
Y á veces lo que pensamos
Suele salir al revés.

D.ª ISAB. ¿Qué, me abandona Leandro?

D. LEAN. Estoy mortal; este día
Será de mi vida el plazo.

D. LIB. Vamos, vamos, parlanchina.

D.ª ISAB. No me he de mover un paso.

D. PAB. ¿Qué significa esta bulla?
En ayunas nos quedamos
Todos.

D. LIB. No es nada; otro día
Lo explicaré más despacio.
Hasta más ver.

D. PAB. ¿Dónde va
Usted? Espérese un rato.

D. LIB. Haga usted el matrimonio
Que le tengo aconsejado,
De su hijo, aunque él lo repugne.

D. PAB. Sí, señor; en eso estamos.
¿Pero los que de estas bodas
Habían á usted hablado,
No le dijeron también
Que la novia, de que estamos
Tratando, la tiene usted
En su casa há muchos años;
Que es la hija de don Enrique,
Que de secreto contrajo

Matrimonio con la hermana
De don Antonio? ¿Qué extraño
Viaje es ese?

D. ANT. Por cierto,
Compadre, que es usted raro.

D. LIB. ¡Qué...!

D. ANT. Don Enrique y mi hermana
De secreto se casaron,
Y tuvieron esta niña,
Que á la familia ocultaron.

D. PAB. Y en un lugar se crió
Con un apellido falso.

D. ANT. Por calumnias á salir
De España se vió obligado.

D. PAB. Y se marchó á Guatemala,
Con mil peligros lidiando.

D. ANT. Donde hizo mucho caudal,
Y ha vuelto á su patria ufano.

D. PAB. Y ha buscado á la aldeana,
Que de su hija se hizo cargo.

D. ANT. Que dice que se la dió
Á usted hace muchos años.

D. PAB. Y que usted por caridad
Á la niña la ha criado.

D. ANT. Y él, lleno el pecho de gozo,
La mujer á Madrid trajo.

D. PAB. Que vendrá luego al instante
Á ponerlo todo en claro.

D. ANT. *(Á D. Liborio.)* Yo sospecho lo que tiene
Á usted tan atosigado.
Pero dé gracias al cielo.
Si piensa que es mal tamaño
Ser marido, y consentido,
El remedio está en su mano.
No se case el que no quiera

Ser clïente de San Marcos.

D. LIB. *(Se va, fuera de sí, y sin poder articular palabra.)*
¡Bú!

ESCENA X

D. ENRIQUE, D. PABLO, D. ANTONIO, D.ª ISABELITA, D. LEANDRO.

D. PAB. ¿Por qué se va furioso?
D. LEAN. ¡Padre! ¡Qué feliz acaso!
Las bodas que usted trataba,
Las había de antemano
Concluído ya el amor,
Y nos habíamos dado
Isabel y yo de ser
Esposos palabra y mano.
Por ella me resistía
Á dar cumplimiento al trato
Hecho ya con don Enrique.
La fortuna lo ha guiado
Mejor.
D. ENR. Luego que la ví,
Impulsos me estaban dando,
Sin poderme contener,
De darle dos mil abrazos.
¡Hija de mi corazón!
D. ANT. Este no es lugar, hermano,
Para hacer esos extremos.
Bien cerca de casa estamos.
Vámonos, que allí podremos
Sin escándalo abrazarnos

Todos, y daremos gracias
Á don Liborio de cuanto
Hizo por Isabelita,
Desde sus más tiernos años.

FIN

ÍNDICE

POESÍAS

POESÍAS

NO INCLUÍDAS EN EL MANUSCRITO DE PARÍS

TEATRO